EL VACIO DE LA ETERNIDAD



MARIA BUNAR

El Vacio de la Eternidad

Maria Bunar

I

TOLEDO SIGLO XVII -SE PINTA EL CUADRO.

Subieron por una empinada cuesta, atravesaron un dédalo de callejuelas y se adentraron en el barrio más proscrito de la ciudad. Allí, las casas pegadas unas a otras parecían todas iguales. La anciana llamó a la aldaba de la puerta, dio la consigna establecida y bajó por una mugrienta escalera hasta el sótano débilmente iluminado. Olía fuertemente, Inés sentía miedo y se aferraba a la mano rugosa que la había conducido al lugar.

- ¿Es ésta? –preguntó una voz bronca.

-Ella es –contestó la anciana.

- ¿Tú no quieres que te retrate? –volvió a preguntar la voz.

-No tengo dinero suficiente para dos retratos, píntala a ella.

- ¿Por qué?

-Porque es la luz de mi vida, mi nieta, lo único que tengo.

-Así será –contestó la voz levantándose de su asiento y mostrando su aspecto a las dos atemorizadas mujeres.

- ¿Qué edad tienes, muchacha? –preguntó un hombre de rasgos acusados con aspecto de hereje como luego, hasta el día de su muerte, comentaría de continuo la anciana.

-Veinte años –contestó la muchacha.

-Veinte años es una buena edad para vivir. Siéntate ahí y no te muevas.

El hombre, cogiendo una vela, se acercó a ella, le alzó la cara y estudió sus rasgos; pareció satisfecho con el examen.

La vieja dejó la bolsa con monedas sobre la mesa y esperó

pacientemente mientras el hombre las contaba. Luego observó cómo obligó a sentarse a su nieta para que posara.

-Abuela no quiero volver, me da miedo ese hombre –dijo Inés cuando salieron

- ¡Calla! ¿Cómo puedes decir eso? Ojalá tuviera suficiente dinero para hacerme pintar yo también.

Volvieron a su hogar en silencio. La mujer mayor parecía menos temerosa, ahora ya no llevaba nada que le pudieran robar, lo había dejado en manos de ese extraño hombre de aspecto siniestro. Tendría que apretar más las clavijas a los que le debían dinero si quería volver a llenar una bolsa como la que había depositado. No pensaba morir en la indigencia ni ser enterrada en una fosa común; cuando ocurriera, su nieta tenía que poseer suficiente oro para hacerla enterrar con todos los honores. Inés ayudaría en la tarea, era muy bella, además se lo debía, siempre se lo debería. Dudó al principio, a pesar de que quería a esta nieta, porque es difícil ceder la eternidad a otra persona que no sea uno mismo, pero pensó en el asunto, lo meditó con profundidad, y llegó a la conclusión de que sería terrible vivir para siempre con su vejez, con sus achaques. Aunque no fuera una persona muy sentimental y hubiera visto morir a cuatro hijos y a dos maridos sin desesperarse demasiado, si alguna vez había podido sentir algo en su interior parecido al cariño, éste había sido para esta niña a la que su hija abandonó en sus brazos al morir de unas fiebres terciarias después de parirla.

Cuando entraron en la casa, la vieja encendió el candil mientras la muchacha fue a la cocina para preparar algo de cenar. Se sentó en su mesa de trabajo, repasó sus cuentas y con satisfacción comprobó que uno de los plazos para cobrar los marevedíes que le debían estaba a punto de finalizar.

La sopa de ajos se había espesado demasiado, su abuela protestaría, pero no le importaba, no entendía su comportamiento, no podía entenderlo. Esa bolsa de monedas entregada, dada sin más por un simple cuadro, la escandalizaba. Se creía lista la anciana usurera, pero seguramente había sido engañada como una lerda; además, si vivir consistía en tener que soportar sobre su cuerpo la pesada carga de ese capitán de regimiento grueso y baboso que chupaba de sus pezones hasta hacerle daño, no quería vivir. Si todos fueran como Lope, el ayudante del albardero, no le importaría yacer cada noche con un hombre diferente, pero nadie era como Lope, nadie besaba sus labios con tanto amor, ni acariciaba su cuerpo con tanta dulzura, ni le hacia

sentir lo que él. Con los demás esperaba impaciente a que todo terminara y dejara las monedas estipuladas, con Lope ansiaba seguir entrelazada a él para siempre, que nunca se terminara. Odiaba que él se fuera, que saliera a hurtadillas como un alma en pena porque no podía dejar en la mesa ninguna moneda. Lope tenía miedo de su abuela, como casi todos. Ella, que no le había dicho nunca nada de estos encuentros, sabía que la anciana los conocía y los permitía porque era la forma que tenía de demostrarle que la quería, que aunque esperara que ella cumpliera con los que sí dejaban sus monedas, entendía que este desfogamiento era la moneda de cambio para soportar a hombres como el capitán o el abate de Santa Ursula.

Al pensar en el clérigo, Inés sintió unas profundas náuseas. De todos los hombres que concertaban la cita con su abuela era al que más repulsión le tenía, repulsión muy por encima de la que le producía su grueso capitán. El abate era delgado, de carnes blancas y blandas, con una sonrisa viciosa que ella luego seguía viendo aún después de que éste se hubiera ido. Ella era una ignorante como lo era Lope, pero a fuerza de conocer a tantos hombres había podido entender cosas que intuía y le aterraban. El capitán era un macho cabrío, un toro en celo que únicamente esperaba vaciarse para irse, como casi todos los que pasaban por su jergón, pero el abate era diferente, su perversidad se adivinaba en cada gesto, en cada orden que le daba. No la penetraba, se limitaba a pedirle cosas extrañas, como que se paseara desnuda, se trenzara el pelo delante de él, o se arrodillara a su vera y pidiera una confesión, cuyos pecados le eran dictados por este hombre que luego le daba la absolución.

Cuando se lo contaba a su abuela, ésta decía que era una bendición tener a un amante que apenas la rozaba, pero ella no lo veía así, prefería ver sus pezones lacerados por los mordiscos del gordo capitán que la mirada de ese clérigo obligándole a hacer cosas absurdas.

-Abuela, no quiero recibir al abate –había dicho la primera vez que éste concertó la cita con la anciana.

- ¿Qué dices, muchacha? Aunque no deje ninguna moneda, su protección nos interesa más que la del capitán –había contestado su abuela.

Levantó la mirada del puchero, el estrecho ventanuco que daba a los corrales le mostró la sonrisa de dientes amarillentos de un hombre que, semioculto por una capa, había entrado por la entrada posterior para no ser visto, aunque todos en el barrio conocieran la visita del abate Francisco Ullate de la Iglesia de Santa Ursula a la casa de

Anselma Sarmiento, la vieja usurera, la alcahueta.

Corrió a la pequeña habitación en donde su abuela repasaba sus cuentas, la excitación de su rostro hizo que la anciana abandonara su tarea.

- ¡Ha venido, abuela, ha venido! Hoy no puedo. Por favor dígale que estoy indispuesta.

- ¡Por nada del mundo! No le podemos decir eso, no ahora que tengo que volver a ahorrar la bolsa que pagué por tu retrato.

-No abuela, hoy no. No lo soporto. Dígale que se vaya.

-Inés, no te eduqué para que te comportaras como una pobre infeliz. Mírame, Inés, mírame.
Eres Inés Castro, la hija ilegítima de un gran magistrado, llevas sangre noble en tus venas. Eres la mujer más hermosa de Toledo y esa belleza te acompañará siempre. Recuerda lo que he hecho por ti. Sube rápido, yo mientras tanto comeré de esa sopa que acabas de hacer y te esperaré abajo. No temas, hija, conozco a los hombres, y ese no necesita embestir para darse por satisfecho. Bajarás enseguida.

Subió las empinadas escaleras de muros encalados, entró en su cuarto y se tumbó en el jergón acariciando la hermosa fusta que Lope le había regalado la noche anterior.

La figura de negro apareció en el umbral acompañado por la abuela que sostenía el candil, la puerta fue cerrada cuando el hombre la atravesó. Inés se incorporó, y el abate con un gesto le dijo que continuara así, mientras se sentaba en la única silla de la austera habitación. Ella esperaba con el corazón latiéndole con fuerza.

- Desnúdate –ordenó la meliflua voz

Hizo lo que este hombre le ordenaba; él la observaba con sus ojos caídos, mientras exigía las posturas que ella debía adoptar. Inés intentaba no fijarse en sus ojos ni en esa boca entreabierta por donde se escapaban gotas de salivas. El rostro del abate le asqueaba más que el de ningún otro hombre; con él no podía adoptar la actitud que su abuela le enseñó, no podía abandonar su cuerpo como si no le perteneciera hasta llegar a recuperarlo cuando el hombre de turno se saciaba e iba. En este rostro veía el vicio, un vicio siniestro que de alguna forma parecía salpicarle y hacerle sentir que ella era sólo vicio.

Vio con auténtico terror que el hombre procedió a quitarse sus negros

ropajes. El cuerpo blanco, de carnes blandas, quedó a su vista, produciéndole arcadas que contuvo a duras penas. Se tumbó sobre ella, sintiendo con mucha repugnancia el frotamiento del decrépito cuerpo contra el suyo; temió lo peor, pero con alivio se dio cuenta de que el miembro de este hombre no conseguía la dureza necesaria para la embestida que temía.

Con una de sus manos libres acarició de nuevo la fusta que permanecía oculta entre los pliegues de la áspera manta, y sus pensamientos se dirigieron a Lope, al muchacho que podría ser su marido si no fuera más pobre que una rata.

Tenía veinte años, edad suficiente para estar casada como algunas de sus vecinas y rodeada de hijos. Pronto sería vieja y nadie se querría casar con ella, sólo Lope lo haría si pudiera, y si su abuela le dejara. ¿Por qué se había tenido que gastar esa bolsa de moneda para que la pintaran? Esa bolsa les hubiera dado la oportunidad a Lope y a ella para irse a un lugar donde nadie la conociera ¿Para qué quería ella la eternidad?

¿Qué hacía este hombre? Sintió un dolor agudo, como si una navaja rasgara su vientre y miró al abate que en un estado de frenesí, con sus uñas amarillentas y curvas, arañaba su carne, vio el hilillo de sangre que brotaba e intentó apartarle, pero éste con una rapidez inusitada la volteó hasta ponerla de espaldas, mientras procedía a rasgar esta vez su espalda y nalgas. Chilló, intentó empujarlo, pero esas carnes viejas y decrépitas parecían dotadas de una fuerza inusual. Volvió a ser zarandeada y vuelta a ser colocada de cara a su agresor, siguió chillando mientras el hombre curvaba sus uñas hacia su rostro y con voz de loco repetía la palabra ¡Pecadora! ¡Hija de satanás!

Creyó que le sacaría los ojos, sin poder evitarlo, sin tener fuerzas para alejarlo de ella, pero la puerta se abrió, y vio la figura de su abuela detrás del hombre, blandiendo unas grandes tenazas.

- ¡Hijo de perra, no dañes a mi niña! – gritó la abuela, mientras atizaba un fuerte golpe en la cabeza del abate.

El abate se tambaleó, llevándose las manos a la cabeza sangrante. Inés se incorporó al tiempo que rozaba la fusta que le regaló Lope. La cogió y con ella procedió a golpear al hombre, obligándole a bajar dando tumbos por las estrechas escaleras.

- ¡Fuera de aquí, fuera, gusano repugnante, fuera! –gritó, y no vuelvas nunca más. Querías arrancarme los ojos. ¿Verdad?

Se pararon en la entrada de la casa. El abate miró con excitación el bello cuerpo desnudo de la mujer, que blandía la fusta cual una guerrera amazona. La visión consiguió que, por primera vez en no sabe cuanto tiempo, sintiera su virilidad agrandarse y endurecerse.

- ¡Es un milagro! – exclamó. Inés, Inesita, podemos hacerlo normalmente.

- ¿Hacerlo? ¡Viejo repugnante! Si vomito con sólo que me mires, qué no haría si sintiera tu repugnante colgajo dentro de mí. ¡Fuera de mi vista, miserable, fuera! –siguió chillando Inés, mientras seguía dándole golpes con la fusta y abría la puerta de entrada de su casa.

Fuera, en la tórrida y calurosa noche del 24 de Julio de 1640, los convecinos de Anselma Sarmiento, sentados a la fresca en las puertas de sus casas, rompieron a reír hasta desgañitarse mientras contemplaban al abate de Santa Ursula, desnudo en mitad de la calle, intentando cubrir sus vergüenzas con las dos manos.

Cuando cerró la puerta, Inés miró anhelante a su abuela que bajaba trabajosamente por las escaleras. ¡Qué habían hecho! ¡Qué habían hecho! –pensó atropelladamente.

Sorprendentemente los lloros de la abuela no fueron tales. Anselma Sarmiento se acercó a Inés y únicamente dijo: -Menos mal que no te ha dañado el rostro, si lo hubiera hecho igual el hereje no querría seguir pintándote.

Sólo transcurrió una semana desde este acontecimiento, tiempo suficiente para que el retrato de Inés hubiera sido finalizado, para que cuatro agentes seculares, llamados “familiares” por el Santo Oficio de la Inquisición, cuyo cometido era el de policía de este Tribunal, aporrearan la puerta de Anselma Sarmiento y acusaran a la nominada y a su nieta Inés de delitos contra las buenas costumbres, amén de brujería y las condujeran a las mazmorras.

A los pocos días de estar allí, las mujeres recibieron la visita del capitán, cuyo mayor placer consistía en mordisquear los pezones de Inés. Este capitán, muy compungido, les explicó que no debían de tener miedo, que gracias a Dios él tenía influyentes contactos que las ayudarían. Con palabras que las mujeres no entendieron en su totalidad, les hizo una larga disertación sobre el tribunal de la Inquisición.

-Temería por la vida de esta dulce ninfa mía si en vez de vivir en el reinado de nuestro bien amado rey Felipe IV, al cual Dios Guarde

muchos años, viviéramos en el de sus antepasados, los reyes Isabel y Fernando. Desde el auto de fe de Logroño, ocurrido hace tan sólo veinte años no se da demasiado crédito a un proceso incoado de brujería y se suelen desestimar, por lo tanto si prosperase alguna acusación, ésta sólo sería de un delito contra las buenas costumbres, cosa que si yo no lograra frenar con mis numerosos contactos sería trasladado a un tribunal ordinario, que a lo sumo impondría una leve pena de pocos años de cárcel.

- ¡Qué dice, vuesa merced! –exclamó Anselma escandalizada, yo no dispongo de unos pocos años. Soy inocente de todos los cargos. Sólo soy una débil anciana que cuida y alimenta a su nieta con mi trabajo. No soy una analfabeta, soy una mujer letrada que sabe leer y escribir y también de números. Lo único que he hecho es seguir con el trabajo de mi bien amado esposo, un hidalgo honrado.

El capitán, que miraba hipnotizado los pezones del pecho de Inés adivinándose bajo la fina tela de su blusa, pensó con socarronería en ese hidalgo honrado que la vieja alcahueta nombraba y que no fue otro que un judío converso que se dedicó hasta su muerte al próspero negocio de la usura, el cual legó a esta celestina que no logró mantenerlo en la misma línea de prosperidad.

-De eso no tengo duda alguna –dijo el capitán-, mientras pensaba que intentaría por todos los medios sacar a Inés del inmundo lugar, aunque tuviera que vender su hacienda para sobornar a quien fuera necesario. La vieja podía pudrirse allí hasta su muerte.

Como las pesquisas del susodicho capitán no parecieron dar los frutos deseados, o quizás, pasado el arrebato de contemplar los turgentes pechos de Inés, el hombre pensara que mermar su hacienda para intentar sacarla de allí fuera demasiado sacrificio, las dos mujeres pasaron en la cárcel más de seis meses, sin viso de que un tribunal dilucidara el caso.

El largo encierro empezaba a hacer mella en el ánimo de Anselma y de Inés, hacinadas con otras muchas mujeres, que ya ni tan siquiera recordaban porque se les había encerrado allí. Anselma veía resentida su salud, a pesar de que su nieta Inés procuraba escatimar algo de su escasa ración para dárselo a ella. Cuando se inclinaba hacia la anciana para meter algo del insípido brebaje en la boca desdentada, Inés oía decir a su abuela:

- ¡Qué hermosa estás! No nos engañó el hereje. Recuerda lo que te pido, un hermoso panteón donde entierres mi cuerpo.

Así pasó un año, en el cual, a pesar de las desdichas, Anselma no murió e Inés siguió conservando su hermosura. Todas la miraban con aprensión, a ella no se le había agrietado el cutis ni tan siquiera se le había caído un solo diente, seguía tan bella y sugerente como siempre, tanto, que los guardianes peleaban entre si para entrar en el maloliente cuchitril y poder contemplarla, sin que nadie osara ponerle una mano encima por temor a la reacción del jefe de ellos, un tal Sancho García.

Anselma, aunque mermada en su salud y vitalidad, seguía conservando su perspicacia y pronto pensó en las ventajas de esta atracción que su nieta despertaba. Empezó a analizar a cuantos pasaban por allí y contemplaban arrobados a Inés. Se fijó en el guardián fornido, el cual parecía tener más categoría que el resto de los matarifes que las vigilaban; este guardián de gran fortaleza física, el citado Sancho García, pariente de un magistrado, era el ideal para que su nieta le concediera algunos favores y consiguiera de él, si no que las dejara escapar, al menos que intercediera con el magistrado en la iniciación de un proceso que si tardaba en producirse no tendría reo a quien culpar, al menos en su persona, porque con su nieta, aunque fuera una vergüenza que consumiera allí su valía y belleza, no habría tribunal, por tardío que se convocara, que logrará enterrarla en el infame lugar.

-Inés, nieta mía-dijo una noche en que las dos mujeres intentaban dormir, concede tus favores a Sancho, él nos recompensará.

Inés escuchó escandalizada la propuesta de su abuela. En los largos meses de encierro, a pesar de las penalidades, había encontrado una forma de liberación porque no tenía que soportar, una noche sí y otra también, el peso de un hombre a quien amar por obligación. En todo ese tiempo había meditado sobre su vida y se había dado cuenta de la triste realidad que la había envuelto durante años. Por pensar hasta había pensado en los sermones escuchados durante toda su vida sobre el grave pecado que causa el gozo carnal, sermones a los que había acudido en compañía de la anciana que siempre hablaba de lo importante de vivir en apariencia como una buena cristiana, y este análisis no había logrado que ella se considerase una pecadora. Su meditación le había llevado a la conclusión de que no lo era porque jamás había gozado con esos revolcones impuestos; al revés, de haberse convertido en algo sería más bien en una mártir, obligada a realizar una actividad que no sólo no le proporcionaba ningún placer, sino que le asqueaba increíblemente, sobre todo desde que la ausencia de esas prácticas le hizo sentirse por primera vez dueña de su cuerpo, aunque este cuerpo estuviera confinado en una triste cárcel y hubiera

recibido alguna vez más de un puñetazo de la compañera de turno que tenía ganas de pelea o de robar su comida o la de su abuela. En cuanto al amor consentido con Lope, cómo podía ser pecado algo que la transfiguraba, que la había transportado lejos de su apestosa calle y de su apestoso hogar, y que le había hecho sentirse más rica y libre que a la propia soberana de España. No era por tanto debido a ningún escrúpulo religioso lo que le hizo revolverse contra la propuesta de Anselma Sarmiento, era que por primera vez había tenido tiempo para pensar y no vivir ansiando el momento en que el hombre de turno dejara sus monedas y le permitiera descansar, temiendo por el que vendría a sustituirle al día siguiente. Con el encierro también se había dado cuenta de que el amor que su abuela le demostraba no estaba exento de una gran codicia y egoísmo; es cierto que la anciana pudo muy bien abandonarla cuando su madre la parió, y que quizás ahora no estaría en el mundo de los vivos para contarlo, pero aunque reconociera que las únicas caricias que recibió, antes de que Lope le demostrara cuáles eran las auténticas caricias, fueran las de esta vieja que demostraba más amor hacia ella que otras madres de su mismo barrio que obligaban a sus hijas a hacer el mismo trabajo que ella había realizado desde su adolescencia, pero a golpe de palos, y entendiera que al morir el famoso hidalgo prestamista, marido de la anciana que ella no conoció, si no hubiera sido por el oficio que le enseñó desde que casi era una niña y que permitió a ésta continuar, aunque a muy baja escala, el negocio de la usura, las dos hubieran muerto de hambre en una esquina, ya que en los tiempos que corrían poco podían hacer dos pobres mujeres solas y sin protección. Aunque no era menos cierto que el amor de su abuela sólo existía si se enmarcaba en la peculiar forma con que Anselma podía amar.

A pesar de reconocer todo, una idea empezó a fraguarse en su mente, la de salir de allí como fuera e ir en busca de Lope para pedirle que se casara con ella y se marcharan lejos de esta ciudad y de la anciana que con tanto afán pedía un buen entierro cuando llegara su hora

Pasaron varios meses más, sin que nadie se dignara decirles cuánto tiempo estarían todavía presas sin que se celebrara ningún juicio por la acusación que las había llevado al lugar. Inés empezaba a creer que estaría allí para toda la eternidad si su abuela no había sido engañada por el hereje. Seguía conservando toda su belleza, a pesar de haber adelgazado bastantes kilos, pero en su ánimo empezaba también a hacer mella el largo encierro, aunque intentara neutralizar sus desdichas pensando obsesivamente en Lope.

Anselma Sarmiento parecía resistir, obsesionada por la idea de que si moría allí sus huesos irían a parar a una fosa común, cosa que

impediría a su nieta, cuando consiguiera la fortuna que siempre pensó le reservaba el destino, enterrarla en el hermoso panteón que le resarciría de toda la injusticia con que había sido tratada por la vida.

Efectivamente la atracción que ejercía sobre Sancho García era algo que cada vez se hacía más palpable. La primera vez que Inés sintió que su abuela decía la verdad y que inspiraba algo a este hombre, fue cuando le vio intervenir a su favor en una pelea que tuvo con una mujer, famosa prostituta de Toledo, que no podía soportar que Inés de Castro, la putilla sin importancia como era llamada por esta misma mujer, siguiera conservando un aspecto que ella había perdido. Elena Fernández, famosa por su belleza, amante de obispos, condes y duques, veía por momentos como su belleza y lozanía desaparecían a pasos agigantados y eso que sólo llevaba allí seis meses, menos de la mitad que Inés Castro.

Elena Fernández había sido conducida a la inmunda cárcel por un descuido imperdonable, descuido que le hizo olvidar tomar las precauciones necesarias para que el duque, que corría con su manutención y gastos correspondientes, no se enterara de lo que hacía a sus espaldas.

Se había enamorado perdidamente de un hombre, ayudante de un albardero, al cual había encargado los aparejos para el hermoso caballo que el duque le había regalado. Ese hombre, que respondía al nombre de Lope, de rasgos morunos, alto y espigado, la enloqueció por su hermosura. Se le insinuó, fue a visitarlo en varias ocasiones y al final consiguió atraerle al hogar que el propio duque pagaba y lo introdujo en su lecho. El tal Lope le habló de su inexperiencia con las mujeres, y a ella, mujer muy experimentada en los avatares del sexo, le sedujo la inocencia del hermoso joven, y se hizo el propósito de enseñarle y disfrutar al cabo de su inocencia. Inocencia que pronto descubrió no era tal y que, pese a su inicial desengaño, no le hizo desestimar del goce que este pícaro le proporcionaba.

Escuchó de sus labios el escándalo que para él suponía que ella pisara tan inmunda barriada, barriada en la cual vivía la usurera Anselma Sarmiento junto con esa putilla que respondía al nombre de Inés Castro, mujer de la que ella había oído hablar por boca del propio Lope, el cual demostró en la primera ocasión en que ella le desnudó en su casa e introdujo en su lecho, dispuesta a enseñar al inocente muchacho los rudimentos del amor carnal, lo innecesario de la enseñanza, ya que no fue capaz de fingir un desconocimiento tan alejado de la realidad y que a ella tanto le había cautivado oír, quizás porque durante toda su vida había soñado con los héroes y heroínas

de las novelas que devoraba y que ponían en el más alto podio de la hidalguía la honra de sus protagonistas.

Por el propio Lope se había enterado de que había perdido su inocencia con la tal Inés Castro, la cual le había enseñado todos los vericuetos amorosos, cosa que no le confesó en principio, porque en ella –según le explicó el mancebo, a pesar de su experiencia, había visto la inocencia en estado puro, inocencia de la cual él quería ser partícipe.

Elena Fernández fue pillada "in fraganti" por el enamorado duque, que la acusó de un montón de tropelías ante el Santo Oficio, motivo por el cual, y en espera del juicio que ella esperaba la absolviera, estaba en esa inmunda cárcel, en la cual había conocido a la que hizo perder la inocencia del enamorado que le recordó a su admirado Amadis de Gaula, y consiguió que ella llegara a creerse que era la reencarnación de la propia Oriana, seres que lucharon hasta el fin por el amor puro que les unía.

Como ella no era una don nadie como las demás mujerucas que se hacinaban allí y conservaba todavía en su faltriquera algunos maravedíes, había podido sobornar a un guardián y mandar una nota a Lope hablándole de su desgracia y rogándole encarecidamente que la esperara hasta que saliera de allí, momento en que aprovecharían para irse juntos a otras tierras donde nadie pudiera dudar de esa inocencia suya que el muchacho contemplaba en su persona. Lope debía tener a buen recaudo todos los regalos costosos que ella le hizo mientras se amaron, regalos que podían ayudarles a emprender una nueva vida.

La respuesta que recibió de su enamorado fue que la esperaría con impaciencia y que ni se le ocurriera comentar con Inés Castro, presa en la misma cárcel, que se conocían, porque esta mujer, auténtica bruja, bien podía emplear con ellos algún conjuro que los separara definitivamente.

No habló de Lope con Inés, temerosa de que ésta en verdad pudiera invocar algún maleficio que, definitivamente, la separara del hombre que la veía como realmente ella era: un ser inocente y angelical, en cuyo cuerpo las huellas de tantas manos masculinas tocándola no habían dejado la menor señal, pero en cambio sí se enzarzó con su rival en una pelea, de esas que ocurrían a cada momento en esa celda hacinada, por otro motivo que desde luego no tenía que ver en nada con sus amores con Lope.

Inés Castro se había acercado para recibir su ración del caldo grasiento, en cuyo fondo nadaban los trozos de pan rancio. Sin que ninguna de las dos se diera cuenta se encontraron una al lado de la otra. Fue en ese momento cuando se fijó en ese cutis nacarado, en la boca jugosa y en la lozanía de la tal muchacha, sintiendo un odio que la llevó al desatino de intentar agredirla. Elena, que se contemplaba a cada instante en el miserable trozo de espejo oculto entre su ropa y había observado el deterioro de su piel, deterioro tanto más visible en un rostro cubierto de pústulas y comezones, probablemente debido a la inmundicia de la comida, no pudo contenerse, olvidando por completo que esa mujer era una mala bruja que podía hacerle cualquier barbaridad sin necesidad de enterarse del amor que le esperaba fuera, por el que suspiraba cada noche.

¡Cómo podía ser tan injusta la vida y cebarse así en su persona! Ella, la mujer más guapa de Toledo, la más inocente de todas, porque, tal como había dicho Lope, que la inocencia siguiera viviendo en una después de haber pasado por tantas manos, era el mayor mérito que una mujer podía desear, no pudo soportar ver a la tal Inés tan guapa y lozana, como si realmente el lugar no hiciera mella en su físico y pareciese un auténtico retrato viviente por la luz que desprendía su persona.

Empujó a Inés por la espalda, la tiró en el suelo de tierra, cubierto de suciedad y excrementos, y después, sin pensar en el maleficio que podría echarla, se lanzó contra ella con un grito salvaje, procediendo a golpearla con saña.

A Inés, que había sido pillada desprevenida, no le dio tiempo a reaccionar, sólo sintió los golpes en su espalda, en su cabeza, en toda ella. Unas manos la levantaron del suelo, unas manos que empujaron con fuerza a la mujer que así le agredía e Inés vio sorprendida lo que esos ojos salvadores expresaban.

Sancho García se encontraba frente a ella, limpiaba con ternura el cutis cubierto de suciedad, y en su mirada a Inés le pareció ver una súplica que le anonadó.

Este guardián, el que su abuela decía era pariente de un famoso magistrado, jefe de los demás que pululaban por allí, la había mirado con adoración, con súplica, e Inés meditó sobre el asunto. ¿Qué sentía ese hombre? Podía coger de ella lo que quisiera por la fuerza, nadie se lo impediría, y en cambio parecía rogar, pedirle cosas con su mirada que ella, aunque estuviera dispuesta a concederle, no podía, porque en ese largo encierro su cabeza, sin darle tregua alguna, había meditado

en profundidad, llevándole a la certeza plena de que lo único que tenía en la vida era el amor de Lope, un amor que la enaltecía y replegaba a un lado lo que las circunstancias le habían obligado a realizar, y que le decía que ella era una persona digna, tan digna como otra cualquiera a quien el destino no hubiera obligado a caminar por esos derroteros. Si Lope no hubiera existido, si el amor que sentía por él no se hubiera ido acrecentando en el encierro, con gusto hubiera agradecido a este hombre lo que había dado a otros por unas pocas monedas, pero ahora no era posible, ya jamás lo sería. Su corazón había despertado allí y le había hecho ver que ella no merecía la cárcel en la que habitó tantos años, cárcel más opresiva que la que ahora le servía de hogar. Por primera vez se había dado cuenta de que las cosas no eran como su abuela le había explicado antes de iniciarla en el oficio, no era cierto que abandonando su cuerpo en manos del hombre de turno, ella no participaba en el asunto. Su cuerpo era su envoltura, y a fuerza de mancillar esa envoltura llegaría un momento en que mancillarían su alma, y entonces ella ya no sería nada, nada más que la pobre hija bastarda de una infeliz como su madre, nieta de una pobre y algo siniestra alcahueta.

Sería fácil cerrar los ojos y ofrecerse a este hombre, estaba segura de los parabienes que eso les proporcionarían a ella y a su abuela, pero no lo haría, confiaría, seguiría soñando en que todo se aclararía y que más pronto o más tarde ella saldría de allí, con la cabeza alta y le diría a Lope: Tómame, estoy limpia para ti.

Efectivamente el tal Sancho Garcia parecía estar hecho de una pasta especial, porque no la forzó para conseguir lo que imploraba con su mirada, e Inés tapó sus oídos para no seguir escuchando a su abuela que hablaba del mal pago que recibía por algo que no le costaría nada dar y tantas ventajas le reportarían.

Desde ese momento, aunque Inés se preocupara por conseguir alcanzar el cazo mugriento de comida y dar alimento a su abuela se fue alejando de ella; ya no permanecía a su lado, sentada por horas, despiojándola o dejando su regazo para proporcionarle mejor almohada que el duro suelo.

Inés buscaba la soledad para soñar con Lope.

Elena Fernandez fue castigada con más severidad de la que se solía emplear en cualquier otra pelea; fue aislada, atada con unos grilletes en un rincón apartado, grilletes que sólo se abrían cuando un guardián le llevaba la escasa comida.

Inés no le dio importancia al principio, pero un día en el cual estaba más abstraída que de costumbre, soñando que paseaba por las nubes con su adorado Lope, que hacían su hogar en una grande y algodonosa que veía a través del alto y estrecho ventanuco, oyó a esta mujer sollozar y escuchó con el corazón encogido las palabras de dolor que salían de los labios de la que ya sólo era un recuerdo de la más bella prostituta de Toledo.

- ¡Ya no te pareceré inocente, mi bello amor! –exclamaba la mujer-. Mi rostro te mostrará lo que verdaderamente fui, una ramera cubierta del más vil lodo. Verás en él sólo el vicio que me rodeó. Cómo podré culparte si al salir te alejas de mí, si hasta yo siento espanto de lo que soy.

Inés se acercó a ella, vertió un poco de agua en un trapo y limpió la cara, cubiertas de costras de Elena Fernández.

-Sanarás cuando te saquen– comentó, mirando los ojos todavía hermosos de Elena.

-No, no sanaré, estoy pérdida para siempre. Él ya no me querrá.

- ¿Cómo puedes decir eso? Te seguirá queriendo, el amor no desaparece si es auténtico.

- ¡Mírame! No ves en mi rostro la señal de lo que verdaderamente he sido. ¡Mírame!

-Sólo veo el rastro de la injusticia que padeces, el que todas nosotras padecemos. Ningún pecado merece el castigo que nos infligen a todas nosotras. Somos personas, no animales como aquí nos quieren hacer creer.

-Me extraña oír hablar así a una bruja emparentada con el diablo. –contestó Elena.

- ¿Bruja? Nunca fui bruja, nunca practiqué ninguna actividad relacionada con la brujería. Me trajeron aquí porque no aguanté el contacto del abate de Santa Ursula. Sólo he sido una infeliz como tú, obligada a vender mi cuerpo como tu vendiste el tuyo, aunque bien es cierto que con menor fortuna porque mi belleza no era comparable a la tuya y jamás fui amante de duques o obispos, a lo sumo de un gordo capitán que dejaba unas míseras monedas después de satisfacerse mordiéndome con saña los pechos.

Elena se quedó sorprendida, pero no se atrevió a preguntar por qué

había jugado con Lope, simplemente para disfrutar marchitando su inocencia como él le había explicado.

A partir de ese momento, entre las dos mujeres hubo más conversaciones, conversaciones que se intensificaron cuando Inés pidió a Sancho García que tuviera la piedad de quitar los grilletes de las muñecas de Elena.

Desde entonces ambas intentaban permanecer juntas todo el tiempo posible, como si se necesitaran. Elena le hizo ver a Inés el interés que Sancho mostraba con ella y volvió a sorprenderse cuando ésta le dijo que lo sabía pero que no estaba dispuesta a vender su cuerpo una vez más.

-Respeto a Sancho, es distinto a los demás hombres, podría forzarme sin problemas y no lo hace. Pide con sus ojos y calla en espera de mi decisión.

-Deberías consentirlo, piensa en lo que lograrías, puede que hasta te saque de aquí.

-Estoy bien aquí, porque he podido pensar, descansar de tantos hombres y liberarme. Cuando salga iré a por el mío, le diré: Mírame, soy yo, la nueva Inés Castro, me guardé para ti.

-Cuánto debes querer a ese hombre ¿Cómo se llama? – preguntó Elena.

-Se llama Lope, es el humilde ayudante del albardero, y la persona que siempre quise. Nos amábamos a escondidas, él no dejaba dinero y yo le entregaba un corazón dormido para que lo despertara con sus puras caricias. Cuando se iba, volvía a dormir mi corazón para soportar al que mi abuela abriera la puerta.

Elena sintió que el corazón se le encogía. ¿Cómo era posible? No era así como se lo había contado Lope; según este hombre Inés le hechizó con uno de sus embrujos, utilizándole a su antojo, cuando le convenía o quería, dejándole con el corazón desecho cuando ella le despedía diciéndole que se fuera rápido porque necesitaba a otro hombre en su lecho.

-Esa es la diferencia que te separa de esa ramera, Elena, -había dicho Lope. Inés Castro es sólo vicio, un vicio que le obliga a convocar varios hombres en la noche, y tú, en cambio, eres la inocencia que nadie ha logrado robarte, igual a la que esa mujer me arrebató con su infernal brujería.

¡Qué estúpida había sido, que lerda! ¿Cómo había podido dejarse engañar por ese pícaro malnacido? Se había dejado embaucar por esas fábulas suyas en cuanto a la inocencia, probablemente porque su espíritu se había impregnado de las novelas que con tanto deleite leyó en su mocedad acerca de la conservación de la honra. En el fondo él le hablaba de sus sueños ocultos, de esos sueños que enterró y que no llegó a matar del todo, en el cual se veía como una doncella pura y casta en espera del ansiado doncel que bendijera esa inocencia suya, corrompida en realidad por todos los hombres que pasaron por su alcoba. No sólo había sido engañada en sus sueños, sino que también había sido robada por este rufián que se las apañó para que ella le entregara objetos que eran propiedad del viejo duque, motivo principal para estar allí. Y ahora, a esta pobre infeliz le ocurría algo parecido. En ese inmundo lugar había llegado a creer que tenía que resistir para volver a recobrar su honra y entregarla al hombre que pensaba que estaría esperándola para perdonar su vida anterior. Tenía que abrir los ojos a esta dulce criatura, la cual sí conservaba su inocencia, porque ese cutis nacarado y esos ojos lozanos eran la prueba fehaciente del milagro, a pesar de su vida pasada.

-No hagas ningún sacrificio por ese Lope, -dijo Elena-. Es un rufián que sólo se ama a sí mismo.

- ¡Cómo te atreves! –exclamó Inés muy enfadada. No consiento que tu odio hacia los hombres mancille al más noble y bueno de todos. Lope no es como los demás. Quizás alguien pudiera juzgarle de cornudo por consentir mi oficio, pero lo juzgarían mal, porque él entendió que sólo utilizaban mi envoltura no mi corazón.

-Siéntate–contestó Elena con una triste sonrisa. Tenemos que hablar.

Elena le explicó a Inés todo con pelos y señales, le habló de su sueño de creer haber vivido con Lope la propia historia de su héroe favorito, Amadis de Gaula, e Inés mirando esos ojos que habían envejecido, pero todavía hermosos, la creyó.

-Las dos sólo somos unas pobres e infelices furcias que nos toman cuando quieren y nos engañan de igual modo. ¡Qué estúpidas hemos sido! –exclamó Inés

-Es nuestro sino por ser mujeres pobres y desamparadas. –dijo Elena.

-Es nuestro destino por ser tontas, ignorantes, y sin medios económicos que nos defiendan –añadió Inés.

Permanecieron un rato en silencio, acercando sus cuerpos para

proporcionarse el calor que las bajas temperaturas alejaban del lugar. La voz de la abuela de Inés rompió ese vínculo de orfandad que pareció aliviarlas.

-Inés, Inesita, ven a dar calor a tu vieja abuela. Todo mi dinero se lo di al hereje para que alejara de ti el frío que quiebra los huesos, pero a mi me está matando, ven a mi lado.

Inés volvió al lado de la anciana, dejando su regazo para que su abuela se acurrucara en él, mirando la luz de la luna a través de la mísera ventana, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro marmóreo.

Al día siguiente habló con Elena Fernández, y le explicó lo que pensaba hacer.

-Le diré a Sancho García que seré suya, me haré tan indispensable para él que permitirá que mis manos acaricien el manojo de llaves de su cinto, y escapáremos las dos.

- ¿Y a dónde iremos? Nos buscarán–contestó Elena con temor y excitación en la mirada.

- Me dijiste que hiciste valiosos regalos a Lope, los recuperaremos ¿Por qué no castigó el duque a Lope? –preguntó Inés.

-Cuando entró en la habitación y me encontró con él en la cama, yo le cubrí rápidamente con el embozo de mis sábanas. Me levanté y arrodillé, abrazándome con fuerza a las piernas del viejo, mientras le pedía perdón y gritaba al rufián que saltara por el balcón. El duque es viejo y Lope tuvo suficiente tiempo para correr hacia la calle como Dios le trajo al mundo. Cuando mi adinerado amante hizo una valoración de lo que me había ido regalando y llamó a los aguaciles, yo callé y no contesté quien los tenía. Jamás se enteró de que mi amante era Lope, ni que él posee ahora lo que me antes me entregó.

- ¡Qué par de estúpidas fuimos! –exclamó Inés, pero hiciste bien. Si como dices te has comunicado con él, es porque todavía está en Toledo. Podremos encontrarlo, pero antes tengo que seducir a Sancho.

-Ahora sí que perderás tu inocencia, Inés –dijo Elena con pena.

-Mi inocencia la perdí a muy corta edad –contestó Inés.

-No, no la perdiste, porque, como yo, sólo concedías tu envoltorio, y ahora tendrás que conceder algo más para conseguir que ese hombre

te libere –replicó Elena.

-Eso son tonterías, locuras que aprendiste con tus estúpidas lecturas. Amadís de Gaula no existió ni tú eres su princesa. La honra no existe, ni en nosotras ni en los hombres que conocimos, fueran duques, abades u obispos –volvió a contestar Inés.

-Sancho García la tiene, te ha respetado en un lugar donde no se concibe el respeto. Le tendrás que dar algo más para conseguir que él te deje el manojo de llaves.

- ¿Qué cosa más? – preguntó Inés.

-Un poco de tu corazón, hermana mía.

Cuando Inés Castro se ofreció al corpulento Sancho García, se dio cuenta de que Elena llevaba razón. Al notar los torpes dedos de este hombre desabrochándole el corpiño, con una mezcla de veneración y de respeto, supo que no podría ofrecerle un cuerpo muerto, que tendría que ofrecer el trozo de corazón que Elena le había insinuado, o al menos intentar fingir que parte de él le era concedido a este hombre que la trataba con tanto respeto y amor.

Su corazón estaba frío, sólo su cuerpo intentaba responder a la emoción de este hombre, que pronto se dio cuenta de su fingimiento y paró en seco sus caricias.

-No debes consentir para que te deje salir, lo haré sin que me des nada a cambio –dijo el hombre.

- ¡Me dejarás en libertad te castigarán a ti también! – exclamó Inés con los ojos abiertos por la sorpresa.

-No me importa, –replicó el hombre-, jamás me gustó este infame trabajo. Me metió en él mi pariente, el magistrado, pero no lo quiero.

El corazón de Inés se llenó de ternura, y aunque no amara a este hombre le concedió una parte del mismo junto con su cuerpo. El hombre, embriagado y feliz, dijo después de ayudarla a vestirse: Toma la llave, vete pronto.

-No quiero que te apresen a ti, no estoy dispuesto a consentirlo. Tú no mereces esto.

Sancho García se dio la vuelta con una triste sonrisa, e Inés, dejándose llevar por un impulso, cogió una gran maza que había apoyada en la

puerta y le propinó un fuerte golpe que le dejó inconsciente.

- ¡Adiós, dulce Sancho! Todos pensarán que me trajiste al lugar para disfrutar de mi envoltura, todos disculparán lo que para ellos es práctica habitual. No te encarcelarán, a lo sumo recibirás una fuerte bronca de tu superior. ¡Adiós, dulce Sancho! Me alegro de haberte entregado mi cuerpo.

Inés corrió precipitadamente a la celda donde le esperaban su abuela y Elena Fernández sentadas ante los barrotes de entrada.

Abrió la puerta, y, con mucho miedo, caminaron hasta la entrada del edificio sin que nadie les diera el alto.

-Lo he dejado inconsciente. No le acusarán por dejarnos escapar. Hay que darse prisa, mañana nos buscarán.

Anselma Sarmiento protestó. No podía correr como las dos muchachas querían. Inés, dándose cuenta de que su abuela no podría seguirlas, propuso un plan.

-Abuela, te dejaremos oculta en la vieja encina del río. Regresaremos a por ti cuando hayamos recogido el oro que el duque entregó a Elena y mi retrato. Volveré, te lo prometo.

La anciana usurera miró a Inés con temor, por un momento pensó en la posibilidad de que su nieta no regresara a por ella, sintiendo la mezcla de rabia y celos que le producía la amistad que su nieta había iniciado con la famosa prostituta de Toledo. Antes de que la desgracia se cebara en sus vidas por culpa de ese abate que pudo haber marcado el rostro de Inés, ella había envidiado a la famosa Elena Fernández, porque era el puesto que hubiera deseado para su nieta, pero ahora, comparando el rostro angelical con el de esa antigua belleza, cubierto de pústulas, comprendió que nadie podría ser rival para la que conservaría la lozanía con que fue pintada por el hereje.

- ¿Vendrás a por mí, Inés? – preguntó Anselma Sarmiento.

-Te doy mi palabra. Tengo que descolgar mi cuadro de nuestra casa.

-Sí, es cierto, tienes que recuperarlo. Te espero, nieta mía.

Corrieron sin darse tregua; fueron primero a la casa de Lope no sin antes llamar a un vecino que no conocía a Elena, cubierta por entero por la raída manta con que se había tapado en su encierro. Todo había sido planeado por las dos mujeres, cada paso había sido pensado y

cuestionado, menos el detalle de tener que ir a casa de Inés para recoger el cuadro, algo que Elena escuchó con intriga, pero de lo cual no preguntó, pensando que era la disculpa para que la vieja las esperara con tranquilidad.

-Da este mensaje a Lope, y toma estas monedas por tus servicios –dijo Elena al vecino de Lope, poniendo en su palma las dos monedas que todavía conservaba en su faltriquera.

Inés permaneció oculta, mientras Elena, después de dar el recado, corría sin parar hacia el viejo palacio del duque. El vecino cumplió con lo acordado, llamó a Lope y le dijo lo que Elena le había ordenado.

-Parecía una vieja alcahueta y te manda un recado de parte de Elena Fernández. Me ha dicho que te espera en la mansión del duque, que no te preocupes, que él se encuentra en la corte. Ha sido perdonada y quiere que vayas de inmediato porque tiene para ti un valioso presente. Encontrarás la puerta entreabierta, pero antes de entrar deberás proceder a dar la vuelta al palacio por tres veces. Esa será la señal para que una doncella te conduzca hasta ella.

El candil que alumbraba las bellas facciones de Lope, pudo ser vislumbrado por la sombra que permanecía agazapada en un maloliente rincón en espera del resultado de este recado.

Inés suspiró con alivio; había sido un acierto que Elena hubiera podido sobornar a un guardián con una misiva para Lope el día anterior, porque la respuesta de éste les confirmó que el hombre se sentía tan tranquilo y a salvo en Toledo que no se había mudado de allí. La luz de la luna, saliendo tras un negro nubarrón, le mostró a Inés que el rostro de Lope, un poco más redondeado, mostraba signos de la buena alimentación extra que había comprado con el trabajo de Elena.

A los pocos segundos, Lope emprendió con un andar ágil el camino deseado. Inés, caminando detrás, no lo perdía de vista, ocultándose cuando le parecía notar que su persecución podía ser visible para el hombre, adelantándose cuando sus pisadas y las del hombre se sincronizaban hasta parecer una sola.

Al llegar Elena a la casona del duque, lo primero que hizo fue coger con rapidez la llave escondida, la que ella siempre dejaba allí, en un agujero del muro, para "casos de urgencias" Una llave que ni siquiera el propietario o sus criados sabían de su existencia. Abrió el inmenso

portón y como una sombra furtiva se adentró en sus antiguos aposentos sin ser vista. Cogió una gran manta, con la cual hizo un hatillo, procediendo a meter con rapidez lo más necesario para que ella e Inés se adecentaran un poco, y volvió a bajar con rapidez al inmenso zaguán, abriendo con sigilo la puerta. Dejó el hatillo detrás de la puerta, no sin antes cubrir sus andrajos con una capa con la que tapó cabeza y cara, dejando sólo a la vista los hermosos ojos que todavía conservaba.

Lope vio la puerta entreabierta y procedió a dar las tres vueltas ordenadas por Elena Fernández. Antes de que finalizara la primera, Inés ya se había introducido en el portal, en el cual Elena le entregó otra capa, con la cual se cubrió.

Finalizadas las tres vueltas, el hombre procedió a entrar. Fue recibido por una Inés cubierta por entero que, con la cabeza gacha, simulando su habla, le dijo: - Sígueme.

Lope marchó detrás de la que parecía una decrépita vieja por el olor que emanaba, extrañándose de su sorprendente agilidad que le obligó casi a resoplar mientras subía los escalones tras ella. Inés siguió las consignas del plano memorizado de la casa que Elena había hecho y lo condujo a una habitación que abrió sin permitir que su agachado rostro asomara.

Sigilosamente unas pisadas habían seguido sus pasos.

-Mi ama te espera en el lecho - ¡Adiós! –se despidió Inés con su fingida voz.

-Espera, vieja, toma esta moneda y ve al baño público. Apestas.

La moneda no llegó a alcanzar el suelo porque Inés con inusitada agilidad la cogió en el aire sin permitir que el hombre rozara su mano.

Lope entró en la habitación y vio un bulto acostado boca abajo, cuya cabeza permanecía tapada por completo.

Elena había llegado ya a la altura de Inés y ambas se dirigieron a la siguiente habitación que Elena abrió con sólo girar el dorado pomo.

- ¿Estás segura de que será posible que el duque no lo reconozca antes de lo previsto? – preguntó Inés mirando a Elena con ojos radiantes.

-Completamente segura, el duque tiene que dormir siempre boca abajo, tiene un gran problema con sus flatulencias, y es la postura que

le permite descansar, además duerme con la cabeza cubierta; sostiene la teoría de que si la cabeza permanece al aire durante la noche los pensamientos vuelan y la dejan vacía. No te puedes imaginar el suplicio que para mí suponía verme obligada a cubrirla también, deshaciéndome un peinado que a mi doncella le costaba tanto elaborar cuando me pedía que durmiera con él toda la noche. Sentía que realmente me asfixiaba.

-Espera y escucha ahora –volvió a decir Elena, sonriendo ante la expresión de incredulidad de Inés.

Elena se situó en un rincón de la gran chimenea de la estancia y procedió a decir con voz apasionada: Desnúdate Lope, métete en mi lecho.

Inés ya había sido informada de este extraño prodigio, por Elena había sabido que la habitación en donde estaban, contigua a la del duque, gozaba de una extraña acústica en la cual, colocándose en un lugar concreto y dirigiendo la voz hacía la figura del angelote que adornaba la chimenea, ésta salía como disparada hacia la otra estancia, exactamente como si procediera del gran cabecero de la cama del duque.

Elena e Inés, una vez pronunciadas las susurrantes palabras, salieron de allí precipitadamente. Inés se había cuidado de dejar sin encajar la puerta de la habitación del duque cuando la abrió para Lope. Siguiendo el plan establecido, procedieron a hacerse con las llaves de la casa de éste, llaves que deberían encontrarse en algún bolsillo de las ropas que el hombre tiró al desnudarse. Con gran cuidado, ayudadas por el gancho que recogieron de la chimenea las atrajeron hacia si. Las palabras que oyeron de boca de Lope, les hizo relegar la prudente escapada del lugar, olvidándose por completo del peligro que hasta entonces habían esquivado gracias a un azar que parecía congratularse con la acción de las dos doloridas mujeres, y se quedaron quietas, conteniendo las carcajadas que a punto estuvieron de salir de sus bocas.

-Mi hermosa dama, mi adorada ninfa. ¡Cuántas ganas tenía de ti! ¡Oh qué gusto volver a tocar este cuerpo por el que soñé noche tras noche! -exclamaba Lope en una especie de éxtasis.

La luz embrujadora de la luna llevó a estas dos mujeres despechadas a contemplar una escena que sería motivo de burla para Inés durante los siguientes siglos venideros. El cuerpo desnudo de Lope tumbado sobre la espalda del duque se regodeaba con frotamientos que, al fin,

hicieron despertar al durmiente.

- ¿Quién osa magrearme así? ¿Eres tú, Dorotea?

La cara contrariada de Elena dio a entender que conocía a la tal Dorotea, pero la contrariedad de la mujer pronto fue compensada por la escena que, con riego para sus vidas, siguieron contemplando.

El duque pareció revolverse y Lope percatarse de que algo raro ocurría. El grito de los dos fue mayúsculo cuando la luz blanquecina, que se filtraba por los cristales del balcón, permitió a los dos enamorados contemplarse.

Era el momento de salir y correr sin parar. Elena, recogiendo la ropa de Lope, bajó con rapidez las escaleras hasta llegar al portón de entrada, antes de que los criados fueran despertados por tan descomunales gritos. Creyó que Inés seguía su carrera, pero al decir: -"Tenemos que llevar ese hato que hice" se dio cuenta de que Inés no estaba a su lado. Volvió sobre sus pasos, subiendo los primeros peldaños de las escaleras con el ánimo encogido porque ya llegaba hasta allí el alboroto de los sirvientes, y se llevó una mano al corazón cuando se encontró con Inés que bajaba llevando algo brillante en las manos.

Ya en la calle, Elena preguntó a Inés que era lo que llevaba y ésta, mostrándoselo, dijo:

-Es un anillo de gran valor, me lo mostró la luna y lo cogí. Valdrá una gran suma. Nos vendrá muy bien. Démonos prisa.

Cuando estuvieron en casa de Lope, cuya llave efectivamente se encontraba en un bolsillo de su ropa, descansaron un poco de tanto ajetreo. Inés, con lágrimas en los ojos de tanto reír, le contó a Elena que los dos hombres en su forcejeo entre sábanas y mantas cayeron al suelo gritando como posesos, momento que fue aprovechado por ella para entrar como una exhalación y coger el anillo de la mesilla del duque. Las voces de los criados corriendo hacia los aposentos de su amo se iban aproximando cuando ya Inés saltaba por las escaleras con su botín.

Ni Inés ni Elena pudieron enterarse nunca de la suerte de Lope, suerte que debió ser más que mezquina. Los procesos de aquel siglo, a los cuales Inés logró tener acceso posteriormente, no hablaban del caso de un hombre que juró y perjuró que el anillo del duque no lo había sustraído, que mientras forcejeaba con él creyéndole una mujer, le pareció vislumbrar que una especie de fantasma, parecido a la vieja

que le abrió la puerta, entró como una exhalación y se lo llevó.

Se llevaron todo lo que consideraron de valor de la casa de Lope, cosas que este hombre nunca hubiera tenido si Elena no se las hubiera regalado a cuenta del duque. Se asearon por encima, cambiándose sus apestosos andrajos por los ropajes que Elena había conseguido. Cuando estuvieron dispuestas, Inés dijo a Elena que tenían que pasarse por su casa.

-No podemos, es peligroso, Inés. Nadie podría pensar que iríamos a casa del duque, pero es fácil que alguien vaya a tu casa por si a tu abuela o a ti os da por visitarla.

-Correré el riesgo. Debo llevarme un cuadro.

- ¿Tan importante es? – preguntó Elena.

-Sí –contestó Inés.

Cuando llegaron a la humilde casa de Anselma, encontraron la puerta precintada, pero Inés no tuvo problemas para entrar por los corrales, al igual que entró el abate causante de su desgracia. La puerta que daba a la cocina, que fue abierta con sólo un empujón, mostró a las dos mujeres un lugar oscuro, cubierto por kilos de polvo. Al subir a su habitación comprobó consternada que el cuadro, que un día antes del encierro recogieron en casa del hereje, no estaba colgado en la pared como lo dejaron.

No había tiempo para lamentaciones; si con la desaparición del cuadro se sometía a un destino común y corriente, no le importaba. Los sueños de su abuela no eran los suyos.

No fue hasta los años cuarenta del siglo XX, cuando un desconocido periodista publicó que el cuadro, motivo de controversias, había sido propiedad de un hombre de Toledo, llamado Sancho García el cual, hasta el final de su vida, vivió para contemplarlo y suspirar por la mujer en él retratada, algo que los lectores nunca pudieron leer porque este sentimiento sólo perteneció al tal Sancho García.

Elena no entendía que se estuvieran retrasando tanto por nada. Si esa vieja tenía en su casa un cuadro, sería una posesión que no debía valer mucho, pero calló, notando la crispación en el rostro de la que se había convertido en su íntima amiga.

Inés comentó a Elena la necesidad de que se proveyeran de algún animal que pudiera acarrear el pesado equipaje que con tanto esfuerzo

habían logrado llevar hasta la casa y pudiera transportarlas a ellas tres, y se le ocurrió la idea de ir a los corrales de un vecino que disponía de un par de burros en condiciones.

Cuando salieron con los animales, decidieron dejar dos valiosos candelabros, parte del botín sustraído, pago más que generoso para el dueño de los dos pollinos.

Al llegar a la vieja encina junto al río, encontraron a Anselma Sarmiento hecha un ovillo, en parecida posición a como la habían dejado.

-Despierta, abuela, ya estamos de vuelta. Te montaré en el burro, abuela, despierta.

Anselma Sarmiento no despertó, estaba muerta. Entre las dos y con mucho esfuerzo la introdujeron en el hueco vacío del milenario árbol, rellenando la entrada con piedras y ramas hasta que sus dedos sangraron y la luz matinal les aconsejó montar de nuevo en los animales de carga y alejarse para siempre de la real ciudad de Toledo.

En el año de 1811 dos fornidos hombres, siguiendo las órdenes de la bella señora de cutis nacarado que todos señalaban como amante muy querida del odiado rey impuesto por Napoleón, José I, llamado injustamente por los españoles "Pepe botella", procedieron a descubrir el hueco de ese árbol y no encontraron nada que la bella dama pudiera transportar al hermoso panteón que había mandado construir en la ciudad de Toledo, al lado de otro, igual de majestuoso, que llevaba inscrito un pasaje del Amadís de Gaula.

Después de un rato de recogimiento en el cementerio, la bella mujer dio la orden al conductor del carruaje para que siguiera recorriendo las calles de la bella ciudad de Toledo. Cuando llegó a un barrio de casas humildes se bajó. Sus recuerdos se agolparon en su mente mientras paseaba furiosa por los lugares que un día conoció.

II

MADRID 1941-EXPOSICIÓN DEL CUADRO

Se paseaba furioso por la habitación, como siempre que tenía que redactar lo que él consideraba un miserable trabajo. No había derecho que su capacidad intelectual no fuera aprovechada en el diario para nada más que hacer reseñas de este tipo. Hoy le tocaba escribir sobre un cuadro que algún estúpido atribuía a Velázquez. Había acudido a la exposición del citado cuadro con Mercedes, su gran amiga, la persona más cercana a él, depositaria de todas sus confidencias y sobre todo de sus lamentaciones.

Ignacio Castilla, sobrino de un jerarca del régimen, enchufado por este tío suyo a pesar de conocer las simpatías políticas del hijo de su hermano, se sentía desaprovechado al máximo. Se consideraba un buen periodista, oficio que ejercía como medio de subsistencia, aunque su verdadero sueño fuera el de convertirse algún día en un buen escritor. La tardanza en ver cumplidas sus ilusiones, sobre todo desde que un editor se mostrara muy entusiasmado con la novela que acababa de escribir, le ponía impaciente y al borde de tirar la toalla. Esta novela que pudo haberle hecho alcanzar, si no la gloria al menos la posibilidad de introducirse en ese mundo que cada vez se le antojaba más inabordable, trataba un tema que no fue del gusto del censor correspondiente. Él había creído, sobre todo después de la información de un amigo escritor, que el censor, normalmente una persona bastante obtusa, sólo miraba y tachaba las líneas en que claramente encontrara una crítica abierta contra, y por este orden: caudillo, patria, iglesia y familia, amén del empleo de palabras y escenas que fueran consideradas atentatorias contra las buenas costumbres, pero que no debía preocuparse si su escritura contenía una doble lectura, es decir si él tenía la capacidad de escribir entre líneas, aunque esas líneas subyacentes atacaran todo lo que esos zafios resentidos consideraban intocable. Para su disgusto, le debió tocar un censor con un grado de inteligencia mayor del que hablaba su amigo, porque este hombre supo entender entre líneas y se dio cuenta de la ironía corrosiva con la cual él atacó, y por este orden: a la Iglesia, a la caridad de los que disponían de medios, y a la doble moral burguesa.

Al final fueron tantas las trabas, tantos los problemas, que el editor le dijo con pena que le era imposible su publicación. Con lo cual volvió a su casa con el manuscrito salvajemente tachado, que guardó junto con el que acababa de terminar en un cajón, sin ánimo de presentarlo en otra editorial, ya que, si no lo había logrado con Raimundo Fernández, arriesgado editor que siempre se había caracterizado en su lucha por publicar lo que otros no se atrevían, intentarlo de nuevo sería tarea casi imposible.

Ignacio Castilla había sido educado en Francia. Su padre, hermano de ese pro hombre afecto al régimen de Franco, se había exiliado allí con su mujer y con él, un adolescente, en 1929. El motivo de esta marcha no fue otro que las riñas continuas de su padre con el que fue su abuelo y con su hermano, este tío suyo, al que a su pesar ahora debía el sentirse seguro y malvivir con un precario empleo. Fernando Castilla, eminente lingüista, fue el único de la familia que apoyaba con fervor el alzamiento de la República y la marcha de un rey que él calificaba de indolente y de haber permitido el gobierno férreo de la dictadura de Primo de Rivera.

Durante toda la guerra civil permaneció en París con sus padres, a salvo y al tanto de una contienda que su progenitor seguía con máximo interés, celebrando con un brindis cada victoria del ejercito republicano y maldiciendo cada nuevo triunfo de los que se alzaron para erradicar al legítimo gobierno.

El motivo de que volviera a España había coincidido con la muerte súbita de su padre y el casamiento al poco tiempo de su madre, una mujer de muy buen ver, con un francés que Ignacio encontró detestable, amén de muy entusiasmado con la invasión nazi de Polonia en el año 1939.

Llegó un momento en que él se sintió un apátrida por completo. Permanecer en Francia le resultaba insoportable y no exento de riesgo, por Europa avanzaba imparable el ejercito que Hitler había reunificado. Su país adoptado, junto con Gran Bretaña, había declarado la guerra a Alemania y él, al igual que su padre, era una persona que abominaba de los fascismos imperantes en la época, sin que esa inclinación suya jamás hubiera estado unida a un compromiso activo porque, tal como le dijo su gran amigo Paul, él pertenecía a los que veían desfilar lo que pasaba en el mundo mientras filosofaba, observando el devenir de los acontecimientos sentado en un cómodo sillón.

Había conocido a Paul nada más llegar a París, fue compañero suyo

del Liceo, amistad que continuó después de dejar atrás la adolescencia. Paul siempre fue una persona idealista, de un idealismo que necesitaba de la acción, algo que desde la entrada de los alemanes en Paris el 14 de Junio de 1940, debió intensificarse. A él, que había regresado a su patria exactamente un mes antes de la entrada del ejercito invasor, le constaba que Paul no permanecería con los brazos cruzados, y que la Resistencia ganaría un buen elemento.

El motivo de alejarse de París no fue sólo el hecho de pensar que su vida correría peligro por las amistades de las que, al menos de corazón, jamás renegaría, ni la antipatía profunda por Michael, el marido de su madre, ni tan siquiera la ausencia de afecto que siempre encontró en ella, una persona que durante toda su vida había reprochado a su marido que no le proporcionara la vida que deseaba, sino también por el abandono del que fue objeto por parte de una mujer, Brigitte, a la que amó con tal pasión y vehemencia como no creía poder volver a amar a otra mujer, y que jugó con él como si fuera un muñeco de usar y tirar.

Su padre, Fernando Castilla, había sido como él, un indolente o quizás un cobarde como una vez le dijo el propio Paul en su casa, pero no fue una persona que se hubiera rebajado nunca como quería su abuelo y tío, ni tan siquiera para conseguir su parte de la herencia familiar, herencia de la que nunca se benefició porque durante toda su vida vivió de lo que ganó con sus clases.

Paul le había hecho esa observación de Fernando Castilla en una visita a su casa, cuando ambos fueron invitados a unírsele en el brindis para festejar el avance del ejercito republicano.

-No debería brindar, sino volver a su patria y luchar al lado de los suyos, –había dicho Paul.

Se molestó profundamente con su amigo, le contestó con dureza que su padre no era un soldado, que combatía con la pluma, pero en el fondo de su corazón esa idea que había insertado su amigo se le quedó grabada. Era como su padre y como él pensaba, o quizás tranquilizaba así su conciencia, creyendo que el mundo se podía cambiar no exclusivamente con la acción, sino también con las ideas. Lucharía por ser un escritor, pero no de cualquier clase, sino un escritor comprometido con las ideas que su padre insertó en su intelecto y corazón, las cuales plasmaría en algún momento para influir en un mundo que algún día llegaría a ser más justo.

Por supuesto Paul no compartía con él este convencimiento, jamás

lograrían entenderse en ese punto. Su amigo afirmaba que las ideas por sí solas no podrían cambiar el mundo, que necesitaban de una actuación previa que hiciera posible que esas mismas ideas pudieran ver la luz y se expandieran. Ignacio le rebatía contestando que el hombre no podría actuar con justicia y nobleza si no era educado por alguien que insertara en su corazón y cerebro la idea de justicia, de nobleza, etc. etc. Al final terminaban ambos cuestionándose el dicho de si existía antes el huevo o la gallina.

El caso es que llegó un momento y por todas las razones señaladas, en que deseó irse de París. Le hubiera gustado tener medios y contactos para viajar a Estados Unidos, país que de momento no parecía tener el propósito de involucrarse en una guerra, pero este deseo era irrealizable; además, en su consecución incidía esa característica suya de batallar con ideas, intuiciones, pensamientos, pero sentado en ese sillón que tanto le reprochaba su amigo Paul. España era un país atrasado, aniquilado y con hambre, recién salido de una guerra, pero España la ofrecía una seguridad que los Estados Unidos no le ofrecía, seguridad que llegó de parte de ese tío suyo, Norberto Castilla, el que tanto había peleado con su padre, convertido al principio de la contienda en un falangista de pro, y posteriormente en alguien muy cercano al caudillo, al cual defendía ante sus antiguos camaradas que criticaban la apropiación de este general del ideario político de José Antonio, así como del desmantelamiento lento y gradual que del partido hacía el dictador.

Con veintitantos años se encontró en su antigua patria, país que oficialmente se decía neutral, cuya oligarquía política anhelaba el triunfo de Hitler. Con un trabajo que le proporcionó este tío suyo, que de alguna forma le dio a entender que no quería saber nada acerca de sus ideas políticas, que se las guardara para él, y que le ayudaría pese a todo porque para eso era de su sangre.

Norberto Castilla se alegró de que este sobrino, hijo de su hermano Fernando, hubiera acudido a él, sintió un placer parecido a la venganza al pensar que su hermano por mucho que se hubiera alejado de la familia no pudo conseguir que al final su único hijo, el último de esta familia que llevaba el apellido Castilla, no se acercara a los de su sangre. Además no pudo evitar sentir emoción al abrazar al chico con pinta de franchute que bien podía haber sido suyo si Isabel, su cuñada, le hubiera aceptado a él como marido, algo que no logró porque se interpuso Fernando con su atractivo, con su labia, que no servía para nada pero que tanto gustaba a las mujeres. Él no tenía hijos, algo de lo que culpaba a María, la infeliz mujer que parecía siempre temerosa, sobre todo cuando se reunía con doña Carmen, esposa del que regía su

destino, tan señora, tan en su papel. El orgullo que sentía por lo que el caudillo quería lograr para España, y el nuevo orden que triunfaba en un país que hacía nada había sido un nido de rojos y anarquistas, sólo tenía un punto negativo, la imposibilidad del divorcio, algo que él, pese a ser católico practicante, hubiera permitido como en la República, porque nadie podía saber lo terrible que resultaba convivir diariamente con la mujer que sólo le inspiraba a uno un aburrimiento soporífero, encima incapaz de darle un hijo, algo que no lo subsanaba la necesidad de entretenimiento con que alguna vez se solazaba.

El tedioso trabajo que le proporcionó este tío de Ignacio, a través de sus innumerables contactos, fue en un periódico, ya que conocía que era para lo único que él estaba preparado, pero éste era tan poco creativo que Ignacio pronto empezó a creer que Paul tenía razón: las ideas no podían hacer nada por sí mismas. Cómo iban a poder cambiar algo si lo que escribía eran tonterías. No había sido tan estúpido de creer que en su país de origen, ganada la guerra por los que ahora suspiraban por el triunfo del Eje, se pudiera escribir libremente, pero al menos pensaba que podría hacer una labor constructiva con artículos de opinión sobre cultura en general que ayudaran a un pueblo, el cual prácticamente se había quedado sin intelectuales, a despertar del letargo que parecía empezaba a adueñarse no sólo de la apariencia, comprensible del todo, sino del interior de la inmensa mayoría. Al final viviría y moriría como su padre, como alguien que creía adherirse a las causas justas desde la barrera, brindando a lo sumo si alguna vez las veía realizadas, con la diferencia de que él se tragó el orgullo para pedir ayuda a su tío, algo que su padre nunca hizo. Su tío no tenía nada que ver con sus ideas, quizás, aunque en bandos contrarios, se parecía a su amigo Paul, porque ambos actuaban, luchaban por lo que creían. A su pesar entendió que, aunque jamás pudiera compartir la ideología de Norberto Castilla, éste no era un trepa sin ideal, aunque hubiera elegido el bando que su padre despreció, que él despreciaba a pesar de vivir dentro del mismo. Norberto Castilla tenía una fe fanática en lo que estaba haciendo.

En las pocas veces que por obligación había tenido que ir a casa de su tío, cuando su silenciosa mujer los dejaba solos, y se atrevía a insinuar con él la represión brutal con que eran tratados los vencidos, sentía que éste abominaba de esta forma de represión, aunque la justificara afirmando que era un mal menor para consolidar un orden, el nacimiento de una nueva nación.

El trabajo de Ignacio consistía en escribir simples crónicas sociales, aunque el director se empecinara en decir que llevaba la crónica cultural del periódico, cosa que para el interesado era de chiste,

porque en la España pobre, atrasada, con hambre endémica, decir que era sobre cultura lo que él escribía era lo más alejado de la realidad. Esas "crónicas culturales" solían tratar sobre eventos pueriles y carentes de importancia.

Mercedes Escobar, era alguien parecida a él, hija de un gran banquero, afecto sobre manera al régimen, proscrita por esta familia muy adinerada, familia "cuyas características peculiares", a medida que su amistad con ella se fue afianzando, ella misma mencionó, las cuales le habían servido a él, para en tono de solfa, describirlas como modelo de comportamiento en algunos de los personajes que había creado para su, al final, rechazada novela.

Ignacio había conocido a su gran amiga a poco de empezar a trabajar en el periódico, en otro de esos mezquinos y raquíticos eventos culturales a los que acudió mandado por su jefe. Simpatizaron enseguida; ella que se había visto obligada, tal y como después le explicó, a acudir acompañando a su madre, so pena de que su asignación mensual no le llegara con la puntualidad deseada, cosa que no podía permitir ya que había sufrido demasiadas estrecheces al no recibir el mes anterior su paga estipulada, pronto se las apañó para dejar a su madre hablando con una marquesa de no se sabe qué título y dedicarse al abordaje de las bandejas repletas de canapés y de bebidas, lo que propició el encuentro con el enviado del periódico, al que sólo compensaba la gratuita y, de vez en cuando, abundante fiesta gastronómica que acompañaba a estos saraos culturales.

Terminaron por hablar en un rincón, después de probar de todo lo que había en las bandejas. Mercedes le dijo en tono de risa que el hambre atrasada del mes sin asignación le había venido estupendamente para perder los cuatro kilos que creía le sobraban. Él también le confesó que esta comida extra le ahorraba la cena o comida correspondiente, algo que venía muy bien a sus menguados bolsillos. Al final se fueron los dos solos a una taberna de la Cava baja, ante una botella de vino, hablando como si realmente fueran dos viejos camaradas que se hubieran reencontrado.

Mercedes Escobar había estudiado la carrera de Filosofía y Letras, concretamente la especialidad de Historia que por entonces englobaba también los estudios de Arte. Su pasión era la pintura, algo a lo que le hubiera gustado dedicarse profesionalmente, si no fuera porque no podía contar con ayuda alguna por parte de nadie. Ella sospechaba que la mano negra que impedía que no se le diera una oportunidad, era la propia mano de su padre, el poderoso Alberto Escobar.

Alberto Escobar, importante banquero y hombre muy bien relacionado, sólo tenía una cruz en su vida, la forma de ser de su única hija, Mercedes, niña que fue criada entre algodones, y con todos los caprichos a su alcance, que de la noche a la mañana le espetó que se iba a un estudio que había alquilado porque ella no podía vivir como ellos. El trago que su mujer y él pasaron fue mayúsculo, pero no consiguieron que esta hija diera su brazo a torcer, ya que parecía haber heredado no sólo el físico, sino también el carácter de una tía lejana que abrumó a su familia convirtiéndose en cupletista.

Alberto Escobar entendía que el comportamiento de Mercedes era inadmisible para la sociedad bienpensante, que no era lógico que una chica soltera se hubiera independizado. Su hija estaba en boca de todos, y eso le revolvía las tripas. Si no fuera porque a Evelina, su mujer, le hubiera dado un ataque, hubiera renegado de ella por completo y desde luego hubiera cerrado su billetera para esta rebelde extravagante, y eso que de esa billetera lo que salía era con cuentagotas, porque por mucho que su mujer lloriqueara, él sostenía que quien quisiera la independencia que se la pagara de sus propios bolsillos. Mientras él siguiera siendo quien era, no habría ninguna Galería dispuesta a exponer lo que continuamente emborronaba su hija en un estado parecido al catatónico. Mercedes claudicaría algún día y él la vería casada con alguien que no hiciera ascos a la forma de vida de ellos que esta hija detestaba.

Mercedes le había contado a Ignacio, con esa sonrisa suya mezcla de amargura e ironía, que había llegado a plantearse escapar al extranjero, a un lugar donde la mano de su padre no pudiera llegar, pero en las condiciones actuales, con una guerra mundial en marcha, eso era imposible.

-Además, soy como tú, una rebelde idealista muy apegada al sillón –había dicho Mercedes, después de escuchar de labios de Ignacio los avatares que le habían hecho regresar a su país de origen.

Las salidas entre los dos fueron cada vez más frecuentes. Se encontraban bien juntos. Ignacio creyó haber logrado lo que nunca hubiera creído posible, la amistad con una mujer, con la cual podía hablar de cualquier tema. Además de todo esto, Mercedes fue la segunda persona, después del editor que a punto estuvo de publicar su novela, que parecía entusiasmada y creía en él como escritor.

Solía visitarla con frecuencia en el ático en que vivía, cerca de la plaza de Opera, quedándose muchas noches allí a dormir, aunque estos encuentros entre ellos, a pesar del murmullo de la portera y de los

demás vecinos, no llevara implícito ningún tipo de relación que no fuera la de la amistad, como definía Mercedes, con un tono exacto que él no había podido descifrar.

Mercedes sólo se dedicaba a pintar obsesivamente, ya que no necesitaba como él de un empleo remunerado para subsistir, aunque a veces ocurriera que su subvención se cortara por un período más o menos largo, coincidiendo con lo que los padres entendían como un comportamiento inadmisible y extravagante por parte de la que tantos quebraderos de cabeza les estaba proporcionando, instándola entonces a despotricar de su familia y a quejarse a viva voz de lo que se le negaba y legítimamente le correspondía, algo que después de una pausa más o menos larga, le obligaba a confesar: "Ves Ignacio, abominó de lo que ellos son, y en cambio deseo aprovecharme de lo que tienen",

Esa libertad de movimientos de la mujer sirvió para que, casi a raíz de conocerse, pudiera acompañar a Ignacio a eventos como el de la exposición en donde se mostraba el recién aparecido cuadro que alguna autoridad académica se empecinaba en decir que era un hallazgo valioso de Velázquez.

Mercedes nada más contemplar el cuadro le dijo a Ignacio que no era un Velázquez, que el cuadro en sí no tenía gran valor, el único valor era la belleza, a pesar de haber sido pintada un poco burdamente, de la figura pintada: la de una mujer con un aire etéreo y fascinante de cutis nacarado. Le explicó después de examinar exhaustivamente el lienzo todo lo próximo que le fue permitido, que podía haber sido pintado sobre el siglo XVII, por el tipo de pintura empleada, por el propio marco, que parecía ser el primitivo, pero que desde luego esas pinceladas no eran las de su admirado Velázquez.

Sin que Ignacio entendiera mucho el interés de su ya íntima amiga y confidente, Mercedes pareció obsesionarse en demasía por este engaño que quería presentarse como el mayor hallazgo pictórico del siglo, visitando el lugar reiteradamente, contemplando embobada la figura de una mujer que le intrigaba.

-Ese pintor no poseía una técnica elaborada, parece que hubiera hecho el retrato de esa mujer muy precipitadamente, pero hay algo en él que no acierto a describir y que me fascina. Esa mujer está viva, da la sensación de que su corazón late como cuando vivió. Su vestimenta es humilde, algo realmente curioso, porque en el siglo XVII el pueblo no tenía costumbre de hacerse pintar, ni costumbre ni medios.

Ignacio deseó, asesorado por Mercedes, escribir sobre el fiasco del hallazgo, algo que le permitiría extenderse en hablar sobre Velázquez y su época, pero pronto se volvió a decepcionar, porque el director le insistió que el periódico no podía afirmar categóricamente que fuera un engaño, a lo sumo le permitía exponer una velada duda sobre la autenticidad de un hallazgo que había sido honrado con la visita del caudillo y su esposa, los cuales posaron muy ufanos ante la susodicha pintura que Mercedes se empecinaba en afirmar que de Velázquez nada de nada.

Esa misma tarde había recibido la llamada telefónica de su amiga que le había aportado al menos unos datos que le parecieron de cierto interés, más que nada porque no había mucho que escribir sobre esta noticia, únicamente, y tal como le había sido ordenado, exponer una interrogación de manera subrepticia sobre si realmente pertenecía al admirado pintor, y congratularse del hallazgo de la persona que afirmaba con insistencia que era un auténtico tesoro, reseñando la visita del jefe del Estado y de su esposa al evento, es decir lo de siempre, la mera exposición de un suceso en donde lo más importante era reseñar la figura de los prohombres y mujeres de alcurnia en la visita.

Mercedes, muy misteriosamente, y sin decirle cómo se había enterado, le había explicado que la pintura en cuestión había sido pintada en 1640, que su primitivo dueño era una persona que había vivido en Toledo, llamado Sancho García. Cuando él le preguntó cuál había sido la fuente que le había proporcionado la información, ella con el mismo tono de misterio, le había dicho que no tenía tiempo para explicarle más, que tenía una cita con una persona sumamente interesante, con la que se había encontrado casualmente esa misma mañana, mientras contemplaba una vez más el falso hallazgo que se atribuía a Velázquez.

Se sintió un poco mosca, aunque no pensara nunca en Mercedes como la mujer de sus sueños. No era su tipo, a pesar de no poder negársele un gran atractivo. La consideraba su amiga del alma, el regazo para aliviar sus frustraciones, pero el hecho de oírle decir que se había encontrado con una persona muy interesante le fastidió bastante.

- ¿Dónde has conocido a esa persona? – preguntó, sin decirle que había pensado quedar con ella para cenar en un restaurante barato que le había recomendado un compañero de la redacción.

-Ya lo conocía, me lo he encontrado en la exposición. Te dejo, luego te llamaré o me pasaré por tu pensión –contestó Mercedes.

- ¿Por qué has vuelto a visitar otra vez el maldito cuadro? ¿No entiendo por qué te intriga tanto si crees que es un fraude? – volvió a preguntar Ignacio.

-No tengo tiempo, mañana hablaremos y te contaré. ¿Has escrito ya tu artículo? – inquirió a su vez Mercedes.

- ¡Artículo! Llámalo mejor reseña, porque para lo que tengo que decir. Dentro de una hora me pasaré por el periódico para entregarlo. Hablaré de ese primer dueño que dices se llamaba Sancho. ¿Seguro que no podemos quedar para cenar?

-Imposible. Lamento que tengas que entregar ya tu artículo.

Mercedes se cambió precipitadamente. Qué grata sorpresa la suya al encontrarse con ese antiguo profesor de la facultad. Había entrado en la sala y allí estaba él, el viejo y querido maestro, con el cual tanto aprendió y al que tanto admiró. D. Pablo Segura, catedrático de la asignatura de Arte ya en tiempo de la República, había sido uno de tantos profesores defenestrado por este régimen que no podía admitir a nadie que no comulgara con su ideario, a pesar de que este profesor jamás hubiera detentado ningún cargo relevante que lo vinculara con el gobierno anterior, a no ser el puesto de catedrático que ya ostentaba antes del levantamiento de los nacionales, y su firma, junto con la de otros profesores de distintas Universidades, en la cual condenaban el levantamiento. Cuando los triunfadores entraron en Madrid fue encarcelado y liberado poco después, porque no había ninguna acusación que pudiera adjudicársele, ni delito de sangre alguno ni nada relevante que pudiera sostener su permanencia en la prisión, aunque bien es cierto que en su liberación tuvo mucho que ver la intervención de un falangista, así mismo antiguo alumno suyo, que luchó denodadamente por sacarlo de allí, algo que consiguió por sus buenos contactos.

Cuando las clases en las Universidades se reanudaron, al tal profesor, y gracias también a la ayuda desinteresada de su antiguo alumno falangista, se le permitió volver a la docencia, para al poco tiempo volvérsele a expulsar, coincidiendo con el convencimiento del Gobierno de saberse dueño absoluto del partido de José Antonio, y con que el tal Rosendo Arroyo, el ex alumno del profesor de Arte, empezó a ser una persona molesta que no había sabido adherirse a ellos a la manera de otros muchos falangistas como Norberto Castilla, tío de Ignacio.

Mercedes se encontró con su viejo profesor precisamente en la sala

donde se exponía el cuadro. Pablo Segura lo estaba observando, alejado de la primera fila de espectadores, con un rictus de amargura. Cuando ella lo vio y se acercó a él, fue reconocida de inmediato. Mercedes llevaba un tiempo sin saber nada de este hombre, de la persona que más había influido intelectualmente en ella. Lo único que había podido indagar era que su querido profesor se había ido de Madrid definitivamente.

-Profesor Segura ¡Qué sorpresa! – había exclamado Mercedes.

El viejo profesor pareció sorprendido, con un aire que Mercedes pensó luego tenía mucho de conmoción emocional.

- ¿No se acuerda de mí? – había preguntado ella.

- ¡Cómo no me voy a acordar! – había contestado el profesor con una sonrisa- Eres Mercedes Escobar.

- ¿Cómo está profesor? ¡Cuánto me alegro de verle!

-Bien, no me puedo quejar.

-No es un Velázquez ¿verdad? – preguntó Mercedes.

-No, sólo al mequetrefe de Pedro se le podía ocurrir semejante disparate.

Pedro Ramírez había sido el eminente hombre que había proclamado a bombo y platillo que ese cuadro era un Velázquez, la persona que ocupaba el puesto en la cátedra de este anciano intelectual, que Mercedes encontró muy avejentado, demasiado para la edad que debía de tener.

-Tengo un amigo periodista que casi le han ordenado escribir en su columna que es un Velázquez, a pesar de las voces que, según me he enterado, proclamaron antes de la exposición lo contrario. Pedro Ramírez hizo que el caudillo y su señora vinieran a la inauguración del evento, creo que ese es el motivo para que todos los que dicen que no es auténtico se callen ahora. Se imagina, profesor, nuestro admirado caudillo inaugurando algo falso que encima ni tan siquiera se sabe de quién es.

-No conviene que hable así, Mercedes, no aquí, hay oídos por todos lados.

¿Qué le ocurría al viejo profesor? ¿Por qué parecía tan nervioso?

Mercedes percibió que mientras hablaban, Pablo Segura no dejaba de mirar hacia un lado y otro, como si temiera algo.

Le pareció absurdo tanto miedo; era cierto que en los tiempos que corrían no se podía hablar y por supuesto ni mencionar el nombre del caudillo como no fuera de forma laudatoria. Cualquier persona de aspecto normal, que camuflaba lo que realmente era, podía enseguida decirte que la acompañarás, pero en este comentario no había habido ninguna crítica ofensiva. Las que ella solía verter sobre el jefe del Estado y compañía las reservaba exclusivamente para Ignacio.

-Mercedes, dígame si hay un hombre alto y rubio detrás de las columnas – pidió el profesor.

-No veo a nadie – contestó Mercedes intrigada.

Este comentario pareció alegrar al profesor que a partir de ese momento fue más locuaz con su ex alumna, explicándole detalles técnicos acerca del cuadro, sin dejar de mirar a la que aparecía pintada con emoción, hasta con arrobo – diría después Mercedes al explicarle este encuentro a Ignacio Castilla.

-Me encanta la cara de esa mujer, parece viva, su cutis nacarado palpita como si la sangre latiera bajo su blanca piel – había comentado Mercedes.

El profesor no contestó, y Mercedes, verdaderamente intrigada, observó que los ojos del ya anciano se humedecían.

Repentinamente Mercedes creyó ver una alta figura que se movía entre las columnas. Retrocedió con disimulo y pudo ver con claridad a un hombre rubio con aspecto extranjero.

-Profesor, hay un hombre como el que me describió tras las columnas.

- ¿Tiene aspecto de alemán? – preguntó Pablo, totalmente pálido.

-Bueno, desde luego parece extranjero, muy rubio. Sí, podría ser perfectamente alemán, cosa que no me extrañaría, porque me ha dicho mi amigo periodista que campean por Madrid a sus anchas. Según este mismo amigo, en su periódico se han oído rumores de que Franco va a entrevistarse con Hitler en Hendaya ¡Qué locura! ¿Cree que nos meterán en otra guerra?

-Schhh, calle Mercedes, déjeme pensar.

La cara del hombre estaba tan pálida que parecía fuese a desmayarse de un momento a otro. Mercedes llegó a asustarse y se ofreció para salir con él a la calle.

-No, no me acompañe, Mercedes, prefiero que me haga un favor, un inmenso favor, intente distraer a ese hombre, aproveche el momento en que Pedro comience a soltar su rollo.

- ¡Por favor, déjeme acompañarle, le llevaré a su casa! – rogó Mercedes.

-No debe hacerlo, haga lo que le pido, hasta que Pedro comience a hablar permanezca cerca de mí. Le explicaré cosas del cuadro que le interesarán.

En el espacio que transcurrió hasta que Pedro, muy ufano, comenzó a hablar desde una pequeña tribuna del gran hallazgo, Mercedes pudo escuchar a su profesor explicarle nerviosamente que el cuadro había sido encontrado en un sótano de la Iglesia de Santa Ursula de Toledo, también le mencionó que el primitivo dueño de la pintura había sido un tal Sancho García. Cuando Pedro comenzó su discurso, Pablo volvió a recordar a Mercedes que procurara distraer al hombre oculto tras las columnas.

-Lo haré, profesor, lo haré se lo aseguro. Le daré tiempo para que se vaya. No sé lo que ocurre, pero me siento muy honrada al poder ayudarle. Sabe, sentí tanto que le obligaran a abandonar su cátedra. ¡Qué injusticia, Dios! –exclamó Mercedes con emoción.

-No lo lamente. Ya no importa demasiado–contestó Segura con amargura. Gracias por saludarme, Mercedes, gracias por intentar ayudarme. Escuche, si quiere y yo soy capaz de despistar a ese energúmeno, podríamos vernos esta tarde. Me gustaría hablar con usted. Hace tiempo que pienso en la posibilidad de charlar con alguien de confianza, pero no sabía con quien. Su llegada ha sido un milagro. No me queda mucho tiempo, y usted mi inspira confianza, siempre me la inspiró. Podríamos citarnos a las seis ¿Conoce este bar? –preguntó Pablo a Mercedes, mencionándole el nombre.

-Por supuesto, profesor –contestó Mercedes, intrigada.

Mercedes se acercó hacia el final de la sala, dejando solo a su antiguo profesor. Se colocó frente al hombre extranjero y le sonrió de la forma que ella pensaba resultaba fulminante, algo que sólo le había fallado con Ignacio Castilla, aunque todavía era pronto para descartar esa derrota.

El hombre rubio la miró extrañado, intentó girar su cabeza para buscar al que tenía orden de seguir, pero ella, con muy buenos reflejos, se ladeó precisamente hacia ese lado, empinándose sobre los altísimos tacones, lo que unido a su considerable altura la colocaba por encima de los ojos del que seguía al profesor, impidiéndole a éste la visión. El extraño intentó girar hacia el otro lado, pero de nuevo la mujer hizo el mismo giro. Cuando iba a empujarla, ella se abalanzó sobre él y los dos cayeron al suelo. Las miradas y el murmullo de los que también permanecían cerca de las columnas fueron considerables. Cuando fue ayudada a levantarse del suelo se puso a hablar atropelladamente con el hombre que, ya de pie, la miraba con una rabia intensa. No sabía por qué seguía al anciano profesor ni que ocurría, actuaba sin pensar, simplemente con la idea fija de ayudar al que tantas veces había escuchado con veneración impartir sus magistrales clases.

Cuando el extranjero se pudo zafar, apartando con brusquedad a los que habían acudido en su ayuda, Mercedes miró hacia donde debía estar el profesor. No había nadie ni rastro de él en toda la sala.

Después de llamar a Ignacio Castilla, se fue precipitadamente, en una tarde lluviosa y triste, al encuentro de su viejo profesor de la facultad, sin adivinar de qué cosas le quería hacer partícipe ni por qué este pobre hombre había sido seguido. Sonrió pensando con regocijo en el malestar que creía haber percibido en Ignacio cuando le dijo que tenía una cita. ¡Cuándo querría este hombre darse cuenta de sus sentimientos!

Cuando abrió la puerta de la pequeña tasca, de una tasca parecida a la que ella frecuentaba con Ignacio, el profesor estaba allí, sentado en un rincón, ligeramente apartado.

Se acercó a él sonriendo, su viejo maestro le devolvió la sonrisa, y la invitó a sentarse frente a él.

-Me alegro de que pudiera escapar, profesor, ¿Qué deseaba decirme?

-Antes debo darle las gracias, Mercedes. Pude salir de allí sin contratiempos. Siento el escándalo que se vio obligada a montar por mi culpa.

-No se preocupe, profesor, en el fondo fue un escándalo que agradó mucho al personal. Sabe, tengo fama de ser bastante escandalosa entre la sociedad bien pensante. Disfruté mucho cuando Ramírez se vio obligado a interrumpió su perorata ¿Qué quería decirme? – volvió a

preguntar Mercedes.

-Quería hablarle del cuadro y de otras cosas que necesito contar antes de morir. Usted me parece la persona adecuada para mis confidencias, igual me equivocó, Mercedes.

-Hable de lo que necesite –dijo Mercedes, muy intrigada.

-Dentro de nada, menos de lo que se imagina, desde las alturas habrá una orden para que los periódicos publiquen a bombo y platillo que la tal noticia de que se ha encontrado un Velázquez es incierta, que el cuadro es un auténtico fraude.

- ¿Pero cómo es posible si hasta Franco fue a hacerse la foto oficial con el hallazgo? Ya le dije que el director del periódico de mi amigo se entrevistó personalmente con otro profesor que negaba el hallazgo, y prohibe a mi amigo que abiertamente lo escriba.

-Ya, pero hágame caso si le digo que dentro de unos días dejaran que se oigan con claridad las voces que hablaban de que no era un Velázquez. Le garantizo que se organizará una campaña para decir lo contrario que se ha sostenido con el aplauso oficial –contestó el profesor.

-No lo entiendo, la verdad, -dijo Mercedes.

-Ese cuadro dejará de ser expuesto. ¿Sabe dónde terminará?

-En algún sótano pudriéndose – contestó Mercedes.

-No, en Alemania, en poder de una de las personas más poderosas de ese país

-Me parece absurdo, no comprendo, –afirmó Mercedes confusa.

-No es fácil entenderlo, quizás cuando termine de contar lo que le voy a exponer logre hacerse una idea. Le costará creerme, lo sé, pero aunque parezca inverosímil todo es verdad. Usted me dijo que su amigo el periodista le había hablado de una entrevista que Franco tendría con Hitler, algo que no me extrañaría porque lo que más le gustaría a Franco sería participar con él en la guerra. Este hombre está obsesionado con el norte de África. La gloria militar que consiguió allí le debió dejar con la fijación, y nada me extrañaría que el cuadro fuera un presente que él personalmente entregara al Fhürer.

- ¿Cómo puede Hitler desea un cuadro que es un fraude? – preguntó

Mercedes.

-No lo es, se lo aseguro y puedo explicarle el motivo de su interés. En lo único que puedo equivocarme es en que sea el propio Franco el que lo regale.

Mercedes y Pablo Segura estaban en este punto de la conversación, cuando un hombre rubio, de aspecto extranjero, el mismo que la mujer había interceptado para permitir que el profesor huyera de la sala, se acercó sin vacilar y sin medir palabra asestó una puñalada cerca del corazón de su víctima.

A pesar de los chillidos histéricos de Mercedes, el individuo pudo salir sin problemas de la pequeña taberna.

Mientras avisaban a la policía, Mercedes, ayudada por dos hombres más, había tumbado a su viejo profesor en el suelo y sostenía su mano llorando, mientras decía “Aguante, aguante, pronto vendrá ayuda”

El gesto de Pablo de querer decirle algo, le hizo agachar la cabeza hasta la altura de la boca del anciano que sólo le dio tiempo a decir: -No permita que el cuadro vaya a Alemania. A continuación, todavía agarrado a la mano de Mercedes, el hombre murió.

III

LISBOA SIGLO XVII –HUIDA A LISBOA

Su abuela había muerto. Ella estaba montada en un burro cuyo caminar era lento, pero habían salido ya de Toledo, en los campos empezaba a brotar el trigo y el aire limpio del azul del cielo llegaba a bocanadas a los pulmones de las dos mujeres que respiraban con fruición. ¡Eran libres! ¡Habían logrado salir de la inmunda cárcel!

Dormían al raso, en algún lugar escondido que les resultara seguro, con el oído atento, aferrada Inés al puñal que oprimía con fuerza en su mano. No se atrevían a ir a ninguna posada, a pesar de tener las monedas que Lope guardaba en su casa, las que Elena le daba de lo que le pagaba el duque por sus favores; en las alforjas de los burros, tapadas con viejas mantas, llevaban los objetos valiosos que habían desvalijado de casa del viejo duque y de Lope, propiedad todas del primero. La más preciada posesión, el anillo que Inés cogió de la mesilla del viejo amante de Elena, mientras Lope le susurraba sus palabras de deseo, lo llevaba ella, escondido en su pecho. Esa esmeralda debía valer una pequeña fortuna como había dicho Elena cuando Inés se la mostró.

La cuestión de la comida pudo ser subsanada en parte porque en los caminos encontraron a gente dispuesta a vender un queso, unos tomates o fruta del tiempo que las miraban con aprensión, porque eran sólo dos mujeres las que viajaban. Cuando ello ocurría Inés, dirigiéndose a Elena, decía: “estas peras de agua serán del agrado de nuestro padre”, entonces esa misma gente miraba hacia los lados esperando encontrar a la persona que tanto le gustaban las peras de agua y Elena repetía: “nuestros padres han parado para hablar con los aguaciles que andan por estos caminos, les están ayudando a arreglar el eje de nuestro carro”.

Normalmente era Elena la que bajaba de su burro y recogía esa comida que pagaba generosamente, mientras Inés, situada tras ella, oprimía el puñal bajo su manto con la convicción de que realmente lo usaría si alguno tenía la intención de robarlas.

-Elena, una de nosotras debería disfrazarse de hombre, no estamos seguras. Provoca recelos que dos mujeres viajen solas. Un día alguien nos atacará y robará nuestras pertenencias –comentó Inés con Elena, mientras descansaban a orilla de un riachuelo rodeado de álamos.

-Yo también me siento temerosa, Inés, pero no tenemos ropa de hombre que ponernos; si así fuera no me importaría camuflar mi sexo, sé que dejaría de ser la dulce Oriana, pero quizás en mi corazón pudiera comprender entonces lo que debió de sentir el pobre Amadis.

-Elena, Elena, deja de soñar, no eres Oriana ni Amadís de Gaula, eres una pobre prostituta como yo, nada más. Ese mundo sólo existía en las novelas que leías. No existen caballeros dispuestos a dar su vida por su dama, sólo hombres como el duque, que no tuvieron compasión de ti, y pícaros como Lope, nada más, –contestó Inés.

El gesto compungido de Elena, a punto de llorar, llenó de ternura el corazón de Inés, corazón que ella creía se había endurecido totalmente después de descubrir que lo único hermoso que había habido en su vida, el amor de Lope, había sido un engaño. En su cabeza sólo estaba insertada la idea de alejarse cuantos antes de allí, de poner muchos kilómetros entre Toledo y ella. Jamás volvería a esa cárcel ni aguantaría sobre sus carnes el peso de un hombre como el abate de Santa Ursula.

-Estáis muy equivocada, bella dama, el mundo de la caballería existe, siempre habrá en el mundo un caballero dispuesto a defender a dos bellas mujeres indefensas. Yo soy ese caballero, dispuesto a morir por dos damas cuya belleza hace palidecer al sol –dijo un pequeño hombre, mal vestido, casi andrajoso, haciendo una gran reverencia ante la cara asustada de Elena, y de risa contenida de Inés.

Inés sin necesidad de pensar valoró al instante la situación. Este repentino caballero recién aparecido no podía ser motivo de preocupación para nadie; sin necesidad de Elena ella sería capaz de tumbarlo con un golpe. Este hombre era más bajo que ellas, flaco hasta la extenuación, y de una edad más que avanzada.

- ¿Quién sois? – preguntó Inés sin ningún temor, pero con la mano en la empuñadura de su puñal.

-Vuestro caballero, el que os defenderá de cualquier peligro y viajará en vuestra compañía para alejar el temor que os inunda. ¡Jamás consentiré que una bella mujer intente esconder su angelical aspecto y se disfrace de hombre! No es necesario. Necesitáis un hombre, pues

bien aquí me tenéis. Yo soy ese hombre –volvió a decir el hombrecillo de aspecto cómico.

Elena sonreía bonachonamente, mientras Inés con burla inquirió:

-Habéis escuchado nuestra conversación. ¿Desde cuándo nos seguís?

-No, no, bella dama –contestó el hombre- Permitidme presentarme: Soy el licenciado Pérez. Mi nombre es Antonio Pérez, aunque nada tenga que ver con ese cobarde secretario que tantos quebraderos dio al insigne abuelo de nuestro monarca. Mi nombre es igual al suyo, pero yo jamás podría traicionar a nadie que me diera su confianza o su comida –volvió a decir el susodicho Antonio Pérez, mientras que sus ojos muy abiertos se dirigían a las ascuas de fuego con que las dos mujeres habían asado un pollo, que habían comprado casi al alba a la mujer que se dirigía al mercado de la próxima aldea para venderlos.

-Es un harapiento hambriento –se dijo Inés mientras su mente pensaba con rapidez y fraguaba una idea sin dejar de mirar los ojos del hombre, percibiendo su indefensión.

- ¡Inés! – llamó Elena.

-Ya lo sé, Elena, tiene hambre y nosotras sabemos más que nadie lo que es el hambre. De acuerdo, caballero o licenciado o lo que seáis, hay tenéis una buena pechuga, podéis cogerla –dijo Inés.

El caballero Antonio Pérez, que no tenía nada que ver con el secretario que llevó su nombre, se abalanzó hacia la pechuga de pollo y la devoró en un santiamén.

Sí, podía ser una buena idea, sería la única forma de poder viajar con cierta tranquilidad, quizás les podría valer, aunque dudaba que la fuerza física del recién llegado sirviera de ayuda si algún bandido les surgía en el camino, pero al menos podrían pernoctar en alguna posada y dormir aunque fuera en un jergón sin despertar sospechas. Esos ojos parecían reflejar nobleza, aunque las hubiera seguido para aprovecharse de su comida, y pretendiera hacerles creer que era un caballero. Había inocencia en esa mirada, ¿o quizás era sólo hambre atrasada? – se preguntó Inés-. De cualquier forma había que arriesgarse –pensó-, ya que vendría bien para llevar a cabo el plan que, poco a poco, y casi sin percibirlo se estaba fraguando en su cabeza, cada vez más despierta y con las ideas más claras.

- ¿Podría, podría partir un poco del oloroso queso de cabra que lleváis en la alforja? Si no os parece abusar mucho de vuestra hospitalidad,

por supuesto.

Antes de que Inés dijera nada ya se había acercado Elena al burro que contenía la reserva de alimentos y le extendía el queso entero a Antonio.

Antonio procedió a sacar de su jubón una gran navaja que hundió en las tiernas carnes del queso, sin dejar de mirar a Inés, en espera de su aprobación.

Es buena señal –pensó Inés-, que sepa quién manda.

-Comed lo que queráis–dijo Inés, con una sonrisa burlona, observando como Antonio después del permiso que se le concedía, hundía todavía más la navaja en el queso.

Cuando el hombre hubo saciado su hambre, pidió con solemnidad que le permitieran permanecer allí para protegerlas, mirando de nuevo a Inés para comprobar que le concedía el permiso, algo que Elena le confirmó. El hombre, con verdadera satisfacción, se sentó al lado del fuego y a los pocos segundos se acurrucó muy encogido entre las hierbas, roncando de tal forma que Inés pensó eran los cantos agradecidos de su ahora repleto estómago.

- ¡Valiente caballero! –exclamó Inés, mientras cogía una manta del burro y tapaba al hombre hecho un ovillo en el suelo.

-Inés, yo creo.......

-Sí, Elena, yo también lo he pensando. Este hombre no tiene fuerzas ni para tumbar a una mujer, pero nos puede servir. Hablaremos con él. Déjame que lo haga yo. Le diremos que se puede quedar con nosotras, que le daremos ropa y alimento con la condición de que se haga pasar por nuestro padre. Elena, hay que dejarle muy claro que las amas seremos nosotras.

-Por supuesto, Inés, yo también lo creo así. Sabes, sueño con dormir en una posada, con introducirme en una tinaja de agua tibia y perfumarme. Me gustaría tanto sentirme de nuevo bella.

-Eres muy bella, Elena, y volverás a tener confianza en tu belleza, te lo aseguro. Sólo necesitamos alejarnos cada vez más de Toledo.

- ¿Dónde piensas que deberíamos refugiarnos? – preguntó Elena

-Deberíamos ir a Portugal. Una vez oí hablar a mi abuela con un

hombre que vino a visitarla. Escuché que Lisboa es bella como una mujer, y que su gente es acogedora.

-Lisboa está lejos, Inés.

-Lo suficiente lejos para que no nos busquen allí, y lo suficiente cerca para que algún día podamos volver.

-Inés, tenemos la bolsa de maravedíes que cogimos de casa Lope. También podemos vender la plata y el anillo que llevamos, pero no nos durará eternamente ¿Qué haremos cuando se termine?

-No se terminará, Elena, entre las dos podemos conseguir mucho más.

-Inés, yo no quiero volver a yacer noche tras noche con un hombre distinto, y fue lo que hice hasta que el duque me tomó para sí; además, mira mi cara, está llena de impurezas que me afean y envejecen. Cuando miro mi rostro me doy cuenta de que realmente jamás podré ser la divina Oriana–contestó Elena irrumpiendo a llorar.

-Tu rostro curará, de hecho todas esas pústulas comienzan a secarse. El aire libre y la alimentación sana hará lo demás, ya lo verás, y con respecto a Oriana aunque nada he leído sobre esa novela que te sorbe el seso, te aseguro que no podría haber en el mundo Oriana mejor que tú, porque eres la criatura más noble que jamás conocí.

-Pensar que te odié con intensidad, no sólo porque creía que jugaste con el taimado que nos entretuvo a las dos, sino porque no podía soportar tu hermosura –contestó Elena, secando sus lágrimas. ¿Cómo es posible que tu largo encierro no te haya robado nada? ¿Por qué cada día pareces más joven?

Inés no contestó, pensó en el cuadro, en esa frase que la atemorizó:

-Tú y tu retrato, carne de la misma carne, sangre de la misma sangre. –dijo el extraño, entregando la pintura que antes había cobrado con la bolsa que le entregó su abuela. ¿Dónde estaría su retrato? ¿Quién lo tendría?

Cuando Antonio Pérez despertó, Inés tomando la voz cantante le explicó la situación.

-Si queréis podéis quedaros con nosotras. Nos dirigimos a Lisboa, queremos asentarnos allí. Seréis nuestro criado y nos obedeceréis a las dos por igual –dijo Inés señalando a Elena-. Seremos buenas amas a cambio de que en público finjas ser nuestro padre.

- ¡Oh, qué bella palabra, mis dulces damas! ¡Padre! Lo seré, claro que lo seré. Decidme cómo queréis que me comporte y así lo haré.

-Cuando estéis con nosotras como un buen criado, cuando en público nuestro comportamiento os guiará. ¿Estáis de acuerdo? – preguntó Inés.

-Claro, claro que me parece bien–contestó jubiloso Antonio-. Contadme ahora por qué necesitáis un padre ¿acaso no lo tenéis? ¿Sois las dos huérfanas?

-Sois nuestro criado –recordó Inés-. No debéis hacer preguntas, si queréis seguir siéndolo.

-No, claro que no las haré, por supuesto que no las haré.

-Más os vale –contestó Inés.

Emprendieron el camino; cada una de ellas iba sentada en su burro correspondiente. Antonio iba detrás intentando caminar todo lo rápido que podía.

-Así no llegaremos nunca–dijo Inés impaciente-. A pesar de que nuestros burros están cansados os dejaremos atrás si no aligeráis más el paso.

-La cárcel adentró la ponzoña de su carroña en mis huesos –contestó compungido Antonio- No puedo andar más deprisa, bella dama.

- ¿Cárcel? ¿Sois acaso un fugitivo? – preguntó Inés intercambiando una mirada con Elena.

-Cumplí mi condena. No temáis, no acompañáis a un fugitivo. – volvió a contestar el hombre.

- ¿Qué hicisteis? – preguntó Elena muy interesada.

- ¿Qué hace un pobre cuando tiene hambre? – preguntó a su vez Antonio.

-Me imagino que pedir limosna –contestó Elena.

-Creéis que yo, un auténtico licenciado venido a menos, extendía la mano y llenaba su palma. ¡Cómo se ve que sois inocentes seres angelicales que creen en la bondad! Nadie me echaba nada, las escasas monedas iban para los tullidos, ciegos y cuantas personas pudieran mostrar en público una deformidad que obligara al paseante a aflojar

su faltriquera para que éstos se alejaran con su desgraciada apariencia, pero yo no podía mostrar tal apariencia, cuando ésta lo único que proclama es mi hidalguía. La única apariencia que yo podría haber mostrado hubiera sido la de mis interioridades: esas tripas secas, pegadas unas a otras a fuerza de no comer. No, era imposible que yo inspirara lástima, en mi sólo creían ver a la persona noble que quiere mofarse de la buena voluntad del dadivoso, o simplemente al loco que abandona el calor de su hogar para solazarse a la intemperie del frío y el calor.

Elena miraba a Antonio, asintiendo con la cabeza, mientras Inés a duras penas contenía las risas que pugnaban por salir. No se había equivocado, el letrado, licenciado, capellán o el título que quisiera asignarse, era sólo un pícaro muerto de hambre.

- ¿Qué robasteis? – preguntó Inés.

-Una simple y oronda gallina, de la cual no me llegué ni a tomar los despojos, nada más, y a fe mía que pagué por la gallina como si fuera una pieza fina de orfebrería, porque pasé cinco años en una inmunda cárcel, de la cual me soltaron para no tener que alimentarme gratis.

¡Cinco años preso por una gallina! ¡Un año y medio presa por humillar al abate de Santa Ursula! ¿Qué mundo era ese? ¿Sería bueno vivir para siempre en un mundo que condenaba de esa forma? Quizás alguna vez, si su abuela no había sido engañada por el hereje, ella podría conocer otro mundo en donde el hombre fuera respetado, protegido por los demás hombres y alimentado cuando tuviera hambre.

Se prometió que, si alguna vez encontraba un hombre que reuniera en su persona algunas de estas características, que ella deseaba hallar en un mundo mejor, le entregaría no sólo su cuerpo sino también su corazón si se lo pedía, al igual que con Sancho.

Hubo varios hombres que se cruzaron en su vida y reunían las condiciones para que ella les pudiera ofrecer el regalo, uno de ellos fue Pablo Segura.

IV

MADRID 1941-ENTREGA DEL SOBRE CON LA EXTRAÑA LISTA.

Pablo Segura le había hecho en su vida un regalo inestimable: Su amor por el Arte, por la belleza, y ahora estaba muerto –pensaba Mercedes, llorando desconsoladamente, apoyada en el hombro de Ignacio, sin que éste supiera como aliviar la pena de la amiga que parecía totalmente destrozada.

-Ha sido horrible, Ignacio, horrible. Hablaba conmigo y al instante, casi sin darme cuenta, tenía un cuchillo atravesándole el corazón.

- ¿Qué te dijo la policía? – preguntó Ignacio apesadumbrado.

-Casi nada, me interrogó, les conté que había quedado citada con él, que era un antiguo profesor mío y nada más. No saben nada, interrogaron también a los de las otras mesas y al camarero y no sacaron demasiadas conclusiones. Aunque fueron muchos los que coincidieron en mi descripción del hombre, dicen que no lo conocen, que no saben quién es, y que me tendrán informada, nada más. Mañana lo entierran, ven conmigo, por favor, necesito que me acompañes. No puedo explicarme nada.

Ignacio Castilla tampoco entendía demasiado, había oído de boca de Mercedes todo lo relacionando con ese encuentro, la charla que mantuvieron sobre la falsedad del cuadro, el temor del viejo profesor, perseguido por alguien que luego resultó ser el que más tarde le asesinó.

Cuando la acompañó a su casa con la idea de pasar allí la noche, Mercedes lo despidió con un ligero beso en la mejilla en el portal, diciéndole que necesitaba estar sola para meditar sobre todo lo que había pasado y oído de boca del profesor, ya que no comprendía absolutamente nada.

-Tengo la cabeza embotada, Ignacio, tengo que estar sola para centrarme y analizar todos los puntos, –había dicho Mercedes.

- ¿No sería mejor que me quedara contigo? Te podría ayudar, –había contestado Ignacio.

-No, hoy no, necesito estar sola, – había repetido Mercedes.

Con desgana la dejó, y volvió sobre sus pasos a la habitación oscura y triste de una pensión de la calle Arenal, que al entrar le pareció todavía más vieja, oscura y triste que de costumbre. Se sentó en un sillón, estaba inquieto. Cuando empezaba a amodorrarse, alguien llamó a su puerta. Era el chico que servía para todo en el periódico, que le notificó que el director quería que se presentara en su despacho.

-A estas horas ¿para qué? – preguntó extrañado.

-No tengo ni idea. Está nervioso, se pasea a largas zancadas por su despacho y ha ordenado que se pare la rotativa del periódico. Quiere verte.

Muy extrañado acompañó a Sergio, como así se llamaba el chico del periódico, y entró en el despacho de su director y jefe, que parecía alterado.

-Tienes que dar un enfoque distinto del que has dado al hallazgo de ese cuadro. –dijo casi sin mirarle.

-Le di el enfoque que me ordenó. ¿Qué quiere que rectifique?

-Sería conveniente que hablaras de las opiniones en contra de su autenticidad, que subrayaras con énfasis las voces que claman lo contrario, de hecho te he concertado una cita con Javier Alonso, otro insigne ex catedrático que sostiene lo contrario que el profesor Pedro Ramírez. Ve rápido, lo entrevistas y regresa de inmediato a la redacción. Tenemos que empezar a imprimir cuanto antes, vamos con demasiado retraso. ¿Dónde te habías metido? Llamé a tu pensión hace más de una hora.

-Salí un momento. Nadie me dijo que me hubiera llamado.

-Deberías cambiarte de pensión, la chica que me atendió parecía medio tonta ¿No te dio el recado?

-No, subí directamente a mi cuarto. Nadie me dijo nada.

-Pues en marcha. La persona que quiero que entrevistes vive en esta calle –dijo el director, apuntando las señas en un papel.

-Es muy tarde para visitar a nadie. Probablemente no me abrirán la puerta. Deje que salga la noticia tal como la redacté, y mañana podré entrevistarlo.

-Javier Alonso te espera, me he comunicado ya con él.

Ignacio salió, dispuesto a entrevistar al tal Javier Alonso, sorprendido por el cambio de planes de su jefe. Cuando llegó a la calle se dio cuenta de que no había recogido el papel con las señas del que tenía que entrevistar.

Subió las escaleras de dos en dos y se quedó parado escuchando la conversación que su director mantenía a través de la línea telefónica.

-Si, ya está todo aclarado, el periodista ha ido a entrevistar a Javier Alonso, pero no entiendo nada, aunque Franco quiera regalar ese cuadro a Alemania, por qué tenemos que decir ahora que es un fraude. No creo que nuestro caudillo tenga que justificar ante nadie el regalo que hará a la nación alemana, podría regalar toda una pinacoteca y no se publicaría ni una sola crítica. ¿Por qué entonces me insististe tanto en que habláramos de un gran hallazgo y casi no diéramos cobertura a las opiniones contrarias? ¿Era por la foto del caudillo y de doña Carmen al evento? No, no perdona…. Si, te entiendo, te entiendo…, ya, ya sé, tú haces lo que te mandan desde las alturas, y yo obedezco lo que tú me dices. Compréndeme, tengo todo parado por culpa de esa maldita noticia. Saldremos con bastante retraso. De acuerdo…, de acuerdo. Saluda a Ángeles de mi parte.

Tocó con los nudillos a la puerta y recogió el papel sobre la mesa, saliendo precipitadamente de allí, con la mente muy confusa.

Javier Alonso vivía en la calle Zurbano. Una calle de casonas y palacetes señoriales, algunos de los cuales mostraban indicios de los obuses que habían caído sobre ellos. Las farolas iluminaban débilmente una calle silenciosa, en la cual el retumbar de sus pasos por la acera era el único sonido que escuchaba. Ignacio iba ensimismado en sus pensamientos, pensaba en la conversación que había escuchado entre su director y la persona que estuviera al otro lado del teléfono. Estaba claro que Hector Padilla, el director de su periódico, hablaba con alguien de las alturas que le había ordenado que la noticia incidiera ahora en que era un fraude el tal hallazgo. Era ilógico por completo, sobre todo si se tiene en cuenta que antes de escribirla había recibido la orden del propio Hector para que subrayara ese gran hallazgo, casi sin hacerse eco de las voces que proclamaban que ese cuadro no era un Velázquez. Él y Mercedes se

habían reído y burlado cuando hablaron de cómo quería el gran jefe que redactara la noticia en cuestión.

-Este país está lleno de catetos, catetos con ceguera intelectual, el hecho de que quieran que digas que el descubrimiento de Pedro Ramírez es un hallazgo se debe simplemente a la foto de Franco y su mujer en la inauguración. Cómo iban a permitir los lameculos que rodean a nuestro victorioso caudillo que la foto de éste aparezca en un evento que es ridículo del todo –había dicho Mercedes al enterarse.

-Lo que no entiendo es cómo consiguió Pedro Ramírez que Franco acudiera –comentó él intrigado-. Por lo que sé no muestra mucho interés por los actos culturales.

-Carmencita es muy amiga de Lucia, la hija de Pedro Ramírez, él mismo la lleva al Pardo para jugar con ella –explicó Mercedes.

Estaba claro que Padilla había cambiado de opinión debido a esa llamada, que debió de darle el toque de atención antes de que él fuera localizado, motivo por lo cual la rotativa había parado y le obligaba a ir a esas horas a casa del tal Javier Alonso, que muchas ganas tendría de salir en los papeles para conceder tan tarde una entrevista en una noticia que a la mayoría de la gente le importaría un pimiento. De cualquier forma, qué más daba que el cuadro fuera auténtico para que España lo regalara. ¿Desde cuándo los ganadores se sentían obligados a dar cuentas de sus actos? No entendía nada.

De repente le pareció sentir las pisadas de alguien que parecía caminar tras él, volvió la cabeza y contempló a un hombre alto, con una gabardina y sombrero, que al notar que él se había vuelto de improviso, se había parado al lado de la farola procediendo a encender un cigarro.

Tuvo un sobresalto, esa débil luz había iluminado a un hombre con aspecto de extranjero, y recordó las palabras de Mercedes.

- El hombre que asesinó a Pablo Segura, era rubio, muy alto, alemán

Sintió miedo.

Aceleró el paso. ¿Qué quería ese hombre? ¿Robarle? Sufriría una decepción porque estaba a último de mes. Se fijó en el número de la casa por donde pasaba, el catorce, un palacete en donde se ubicaban las oficinas de una empresa; todavía le faltaban dejar atrás más números antes de llegar a la casa de Javier Alonso, y esos pasos parecían seguirle, ir ganando terreno. Se acordó de Paul ¿Cómo

actuaría Paul en esa situación?

Dejó de escuchar por un momento el sonido de las pisadas tras sus talones, vio un portal semiabierto, probablemente algún despistado no había cerrado, y el sereno estaría en algún rincón, ahuyentado el frío mientras bebía de una botella, o quizás ocupado abriendo otro portal a un trasnochador como él. Se introdujo en esa puerta.

El individuo que lo seguía se quedó parado, como dudando, y él salió del portal y se puso frente a él.

- ¿Qué quiere? ¿Por qué me sigue?

El extraño le miró de arriba abajo, dijo unas palabras que Ignacio no entendió pero que reconoció habían sido contestadas en alemán, y se dio media vuelta, dejándole en medio de una calle que parecía proyectar sombras fantasmagóricas.

El propio Javier Alonso le esperaba en el portal. Después de la presentación preliminar, le condujo a su piso.

El tal piso era inmenso, atravesaron un pasillo interminable y pasaron a un cuarto que parecía un despacho. Javier Alonso tomó asiento tras la gran mesa e invitó a Ignacio a sentarse frente a él.

-No sabe la alegría tan inmensa que supone para mí que me dejen exponer mi punto de vista sobre este tema. Ese Pedro toda su vida ha sido un inepto. Qué pérdida para la calidad de la enseñanza que él ocupara la silla que con tanto rigor intelectual ocupó Pablo Segura.

- ¿Conoce a Pablo Segura? –preguntó Ignacio.

-Si, claro, claro que lo conozco, fuimos compañeros en la facultad. ¿Por qué lo pregunta?

-No por nada, una amiga mía me había hablado de él, simplemente por eso –dijo Ignacio sin mencionar que Pablo Segura había muerto asesinado ese mismo día.

-Pablo es una persona extraordinaria, de una gran valía, pero cometió un error: firmó con otros compañeros un manifiesto en el cual proclamaba su adhesión a la República. Fue expulsado de la Universidad.

- ¿Usted no fue expulsado, verdad? –preguntó Ignacio con ironía.

-Yo me jubilé después de una vida dedicada a la enseñanza. Si sabe algo de Pablo y de mí le podrá extrañar nuestra amistad, pero fuimos amigos se lo aseguro. Nuestra relación no trascendió más allá del ámbito universitario, porque Pablo era y sigue siendo muy celoso de su vida privada, pero nos respetamos y todavía somos amigos.

-No sé nada de usted. No estudié en España, de hecho hace poco que vivo aquí. Lo que sé de Pablo Segura es que fue encarcelado nada más terminar la guerra, y que él no tuvo ningún cargo que no fuera el de la enseñanza en tiempos de la República. Su único delito fue la firma de ese manifiesto antes de que los nacionales entraran en Madrid.

-Efectivamente, ese fue su único delito. No me ha dicho su nombre ¿Cómo se llama, joven?

-Ignacio, Ignacio Castilla.

- ¿Eres el hijo de Fernando e Isabel? – preguntó Javier Alonso, con los ojos abiertos por la sorpresa.

- ¿Conoció a mis padres?

-Sí, claro que los conocí, de hecho su padre pasó por una de mis clases, la que yo impartía de Arte en los cursos comunes. Se licenció en Filología Hispánica. Ya antes de irse a Francia, en el 29, había dado sobrada cuenta de su gran valía como lingüista. ¡Qué pequeño es el mundo! No me puedo creer que mi entrevistador resulte ser el hijo de Fernando ¿Qué tal está su padre?

-Murió –contestó secamente Ignacio.

-Lo siento, lo siento de verdad, apreciaba a su padre, al igual que aprecié a su abuelo, algo que no puedo decir tanto de su tío, el poderoso hombre del Régimen, y le aseguro que estoy convencido de que actúa porque cree en lo que hace. Está ciego y equivocado, pero no creo como otros antiguos compañeros suyos que él realmente sepa que traiciona el legado de José Antonio.

Ignacio no contestó.

-Le voy a hablar con toda sinceridad, muchacho, el hecho de que haya conocido y apreciado a su padre me obliga a hacerlo. Cuando me dijo que el único delito de Pablo había sido la firma de ese manifiesto he notado en su mirada desprecio. Si, no me mire así, había desprecio, algo que comprendo sabiendo quien es su padre; probablemente usted tiene sus mismas ideas.

-No creo que yo le haya mirado con desprecio, además sólo vengo a entrevistarle sobre lo que le hace creer que el cuadro es un falso Velázquez. Pablo Segura ha muerto hoy, le han asesinado–dijo repentinamente Ignacio.

- ¡Asesinado! – exclamó Javier con la cara blanca como el papel ¿Quién lo ha asesinado?

-No se sabe, parece ser que una persona con aspecto de extranjero.

- ¡Dios, qué golpe! – volvió a exclamar Javier Alonso. Hoy mismo estuvo aquí, me dijo que había estado viendo el cuadro, parecía nervioso pero no me contó más.

-Si quiere, puedo venir mañana por la mañana para hacerle la entrevista –dijo Ignacio levantándose, pensando a su vez en la cara de Hector cuando le dijera que no había habido tal entrevista.

-No, no, quiero que me haga esa entrevista, he de desmantelar toda la teoría que llevó a Pedro a afirmar tamaña barbaridad. Pablo lo agradecería.

-Pablo está muerto –volvió a contestar Ignacio con sequedad.

-Pablo y yo sólo nos parecíamos en algo, en nuestro amor por la cultura, en nuestra pasión por el arte, en todo lo demás éramos completamente distintos. Es cierto que yo no fui expulsado de la Universidad como otros profesores, porque no me adherí a ese manifiesto; aún hoy, a pesar de mi desengaño por como van las cosas, no lo haría –dijo Javier Alonso con orgullo-, e Ignacio pensó que este matiz del hombre tenía mucho que ver con ese desprecio que creía haber observado en él. Fui íntimo amigo de Calvo Sotelo -continuó diciendo Javier Alonso-, nunca entendí su asesinato, nunca pude comprender los desmanes que se dieron con la República. Lloré hasta la extenuación cuando vi como salía nuestro monarca como un proscrito del país. Soy monárquico convencido y recibí con alegría, al contrario que Pablo, la noticia del alzamiento. Mi decepción ha sido comprobar que Franco, después de ganada la guerra, no ha restaurado esa monarquía.

Me parece que tú no estarás en el mundo de los vivos si eso llegara alguna vez a ocurrir –pensó Ignacio, mientras escuchaba con ligera impaciencia el monólogo de este profesor, antagónico y a la vez amigo de Pablo Segura, según él mismo afirmaba.

-Hace ya tiempo recibí una visita de Pablo, acudió a mí porque

necesitaba ayuda. No sé por qué sospechaba que en los sótanos de la Iglesia de Santa Ursula de Toledo había un cuadro. Me dijo: "Yo no tengo muy buenas relaciones ni con las autoridades eclesiásticas ni con las civiles, ve tú en mi lugar; el cuadro representa a una mujer, a una bella mujer de unos veinte años, de gran belleza. Hazme ese favor, confirma si realmente existe ese cuadro"

Se produjo un silencio, Ignacio escuchaba ahora con verdadero interés lo que Javier, todavía pálido, contaba.

- ¿Pudo confirmar la existencia de ese cuadro?

-Sí, pedí permiso al Obispado que me dieron toda clase de facilidades. Soy católico, un buen católico que mantiene relaciones fluidas con sus autoridades. Visité esa Iglesia en varias ocasiones, y fue en una de esas visitas cuando descubrí la pintura de la mujer que Pablo me pidió buscar. Lo encontré medio escondido entre cuadros de santos y restos de imágenes rotas.

- ¿Era el mismo cuadro que Pedro Ramírez luego atribuyó a Velázquez?

-El mismo.

Ante la mirada interrogante de Ignacio, Javier Alonso continuó explicando.

-Nada más verlo me di cuenta de que no tenía gran valor, a no ser por la belleza de la mujer pintada. Es cierto que ante él tuve una impresión que me conmovió. Esa mujer parecía viva, daba la impresión de que su piel transpiraba, pero no encontré en él nada que me hiciera pensar que era un descubrimiento atribuible a un gran pintor.

- ¿Por qué el profesor Ramírez se empecinó en decir que era un Velázquez? –preguntó Ignacio.

-Déjeme terminar, no he llegado a ese punto –contestó Javier Alonso-. Ramírez se enteró de mis andanzas; un día para sorpresa mía acudió allí, cuando yo ya había encontrado el cuadro. Todavía no había conectado con Pablo, deseaba saber más cosas de una pintura que técnicamente no me parecía de gran valía para exponerle a éste todas mis conclusiones. No creía que Pablo me hubiera dicho que buscara ese cuadro porque sí, incluso al principio pensé que quizás él esperaba encontrar una pintura olvidada de uno de los grandes maestros del siglo de oro. Reconozco que me intrigó y decepcionó comprobar que

no era nada de lo que pensaba. Ramírez, que parece tener ojos y oídos por todos lados, se había enterado de mis visitas a Santa Ursula, de que yo había encontrado un cuadro en un sótano lleno de moho y desechos, y acudió a comprobar lo que yo examinaba. Pedro Ramírez es el típico trepa, que no tiene otro ideario que no sea el escalar y aplastar a cualquiera que entorpezca su escalada. Se entusiasmó mucho con la pintura. Al igual que yo dijo que había sido pintado en el siglo XVII, pero su osadía fue más lejos y afirmó que era un Velázquez. Me reí en sus narices y me fui de allí sin más.

-Le dijo a Ramírez en algún momento que usted estaba allí haciendo un encargo de Pablo Segura? – preguntó Ignacio.

-No, no le dije nada –contestó Javier Alonso. Sólo sé que cuando volví a visitar el lugar el cuadro ya no estaba allí, y que el tal Ramírez se lo había llevado.

- ¿Le dejaron sacarlo de allí sin más? – preguntó Ignacio.

-Parece ser que sí. Ramírez está muy bien relacionado con las autoridades civiles, sobre todo con algunos verdaderamente poderosos. Yo, en cambio, estoy muy alejado de todo desde que me jubilé, muy alejado y muy decepcionado.

- ¿Cuándo se enteró Pablo de todo? – volvió a preguntar Ignacio.

-Cuando yo le escribí y le notifiqué que había encontrado ese cuadro, que técnicamente no valía nada y que Ramírez se había empecinado en afirmar que era un Velázquez, me llamó por teléfono. Me extrañó mucho porque desde que le expulsaron vive en el campo, en un lugar donde no hay un teléfono en kilómetros a la redonda. Me dijo muy indignado que por qué me había retrasado tanto en confirmar que ese cuadro estaba allí, que él sólo me pedía eso, no que perdiera el tiempo en estudiarlo. Eso me dejo perplejo, pensé que quizás me culpaba por haber permitido que Ramírez se hiciera con la pintura y se atribuyera el mérito. Cuando se lo dije, me contestó con furia que Ramírez podría decir lo que quisiera, que al final sería desmentido por completo. Reconozco que al principio dudé, porque cuando quise dar mi opinión en su periódico y en otros más, me atendieron sin demasiadas ganas. Al ver la foto del caudillo y señora en la presentación del cuadro me di cuenta de que yo no iba a poder desmantelar los puntos que hicieron creer a Ramírez que era un Velázquez, que a lo sumo saldría una pequeña reseña con mi nombre en la noticia, diciendo que el ex catedrático Javier Alonso, alejado de la enseñanza por jubilación, no opinaba así. Lo de jubilación y ex catedrático me imaginaba que lo

pondrían para dar a entender que por mi avanzada edad yo ya desvariaba–explicó Javier Alonso.

Ignacio pensó que en cuanto saliera de allí, se iría directamente a casa de Mercedes Escobar. Necesitaba que ella se enterara de todo y le contara de nuevo lo que había hablado en su encuentro con Pablo Segura.

-En cualquier momento me hubiera conmocionado la muerte de Pablo, pero habiéndole visto hace tan sólo unas horas no lo puedo entender. ¿Quién podría querer matarlo?

Cuántas coincidencias, cuántos puntos que no encajaban. Estaba claro que Pablo acudió a esta casa de la calle Zurbano cuando pudo escapar de su perseguidor gracias al número que montó Mercedes – pensó Ignacio revolviéndose inquieto en la silla.

- ¿Qué quería Pablo Segura en esta última visita? –preguntó Ignacio de sopetón, pensando que quizás fuera un atrevimiento que Javier Alonso no estaba dispuesto a permitir.

- ¿Para qué lo quiere saber? – preguntó el profesor jubilado-, confirmando a Ignacio su suposición.

-Antes de venir aquí, se encontró casualmente con una buena amiga mía en la sala de exposiciones. De hecho quedó con ella por la tarde, en una taberna. Allí le mataron.

Javier Alonso estaba completamente pálido, no dijo nada

-La persona que vio morir a Pablo fue Mercedes Escobar –prosiguió diciendo Ignacio-.
Alumna suya de la facultad.

Javier Alonso pareció reaccionar. Se levantó y dirigiéndose a un cuadro que mostraba un hermoso paisaje campestre, descubrió una caja fuerte, abriéndola ante los ojos atónitos de Ignacio.

En su interior parecían apilarse muchos documentos y algunos estuches que Ignacio pensó contendrían joyas. Javier Alonso sacó un sobre.

En el sobre venía escrito el nombre de Mercedes Escobar.

-Le dije que parecía muy nervioso, hablamos un poco y antes de irse me hizo una extraña petición: Me entregó un sobre, en el cual escribió

un nombre, el de su amiga, y me dijo unas extrañas palabras: “Si no vengo hoy o mañana a recoger este sobre, entrégaselo a Mercedes Escobar. No vive con su padre, el gran banquero, entérate de sus señas, y por favor llévaselo personalmente, confío en que no tengas que molestarte, y sea yo el que vuelva a por él”

- ¿Qué más le dijo? – preguntó Ignacio con ansiedad.

-Recuerdo que me dijo que dentro de nada la vanidad y el orgullo de Ramírez iban a sufrir un buen varapalo, porque las autoridades permitirían que no sólo mi voz, sino las que también habían afirmado que no era de Velázquez, fueran escuchadas. Le contesté que no lo veía yo así, que el error de Ramírez había sido bendecido con una foto del caudillo al evento, pero que ojalá tuviera razón porque era un insulto para los que realmente tenemos capacidad y entendemos de pintura. Me extrañó mucho su actitud, no parecía que le importara en absoluto.

- ¿Qué le hace pensar eso? – inquirió Ignacio nuevamente.

-Las palabras que pronunció a continuación –prosiguió diciendo Javier Alonso-. Dijo: “Javier, da igual que confirmen o desmientan si es o no un Velázquez. De cualquier forma ese cuadro, si alguien no lo impide, saldrá de España”

-Saldrá hacia Alemania –se dijo Ignacio, sin comentarlo con su entrevistado, pensando con un sobresalto en la persona que había asesinado a Pablo, en el alemán que le había seguido a él hacia unos instantes.

-Para mi sorpresa a media tarde recibí la llamada del director de su periódico, el cual estuvo muy deferente, hablando de mi capacidad para dilucidar si el cuadro era un fiasco, pidiéndome una entrevista que con gusto concedí. Ansiaba exponer y rebatir punto por punto todas las conclusiones que han llevado a Ramírez a afirmar tal desatino.

-Mi director está muy interesado en esta entrevista, – comentó Ignacio, mirando ahora a Javier con cierta simpatía.

-No quiero que en ella cite usted lo que le he comentado de Pablo Segura ni mencione lo que le voy a entregar. Usted me ha dicho que es amigo de Mercedes Escobar y le creo. Entréguele esta carta.

-No voy a mencionar nada de lo que hemos hablado hasta ahora, ni Usted debe hablar con nadie sobre mi amiga. La veo muy a menudo,

se lo entregaré, tiene mi palabra. ¿Le parece bien que pasemos a la entrevista propiamente dicha?

Estuvieron hablando un rato sobre las conclusiones que Javier Alonso exponía para rebatir la teoría de Pedro Rámirez. Javier Alonso hablaba como si diera una clase que le fascinara e Ignacio Castilla escribía maquinalmente. De vez en cuando Alonso dejaba de hablar e Ignacio comprendía en quien estaba pensando.

Al irse se dieron la mano. Ignacio le dijo que le tendría informado caso de enterarse de algo con respecto a Pablo. Salió del piso, bajó las escaleras con un sentimiento extraño de inquietud. La débil luz del edificio le producía una sensación de angustia. Confiaba que el hombre que le había seguido no estuviera por allí, y al pensarlo un escalofrío le recorrió la espalda. Cuando salió del portal, con el sobre que le había entregado Alonso guardado en el interior del bolsillo de su gabardina, miró con aprensión a un lado y a otro; no había nadie. Las farolas iluminaban la calle con una luz que a cada minuto parecía más mortecina, y esas sombras atrapadas por la raquítica luminosidad proyectaban el volumen de los edificios con una sensación que Ignacio encontró asfixiante. Fue rápido a la boca más próxima del metro, la de Alonso Martínez. Los pasillos del metro estaban vacíos de gente. Cogió la línea que le llevaría a la calle San Bernardo, donde se encontraba el periódico, creyendo que el sonar de sus propias pisadas eran producidas por las del extraño que vio antes de llegar a la casa de Javier Alonso. Pensó entonces en Paul y en Mercedes Escobar.

Cuando entró en el vagón de metro, se entretuvo en observar a los pocos viajeros, ninguno era el hombre rubio cuya cara había grabado en su cerebro. Intentaría llamar desde la redacción a casa de Mercedes Escobar para decirle que, a pesar de la hora, necesitaba verla.

En la redacción, como es lógico, todavía se encontraba Hector Padilla, que le exigió rapidez. Cuando terminó de redactar su columna, Padilla la leyó. Pareció satisfecho con el enfoque que Ignacio le dio: la noticia empezaba hablando de la inauguración, y del convencimiento de Pedro Ramírez de haber encontrado un auténtico Velázquez, para mencionar luego que muchas voces discrepaban al respecto, una de ellas la del insigne ex catedrático Javier Alonso, al cual se le publicaba toda la entrevista que había concedido.

Lógicamente a pie de la foto de Franco y señora, saludando al profesor Pedro Ramírez, debía aparecer una leyenda que, para alivio de Ignacio, redactó el propio Padilla:

“Su excelencia Francisco Franco junto con su esposa, Doña Carmen Polo, visitan la exposición del cuadro aparecido en la Iglesia de Santa Ursula de Toledo, deseando suerte en la consecución de las pruebas que confirmen el hallazgo que el profesor Pedro Ramírez atribuye al insigne pintor Diego Velázquez.”

Ignacio pensó que Hector Padilla era un perro viejo; al redactarlo de esa forma daba perfectamente a entender que el jefe del Estado había visitado la exposición sin que con su presencia estuviera avalando el descubrimiento.

Al salir del periódico se encontró con Antonio Rico, otro compañero periodista mucho más veterano que él, que le preguntó si quería que le llevase a algún sitio. Fue una suerte que le ofreciera su coche, tenía hambre y no deseaba tener un mal encuentro, le dijo que le llevara hasta la plaza de Opera.

- ¿Dónde vive tu amiguita? ¡Qué suerte tienes franchute! –exclamó Antonio.

No contestó, no tenía ganas de hablar con Antonio, y eso que a pesar de ser un fanfarrón no le caía mal. Antonio Rico era la persona a través de la cual su periódico mantenía una relación con el exterior. Una especie de corresponsal que, de vez en cuando, salía al extranjero para cubrir una noticia.

Lo llevo hasta la misma plaza de Opera, le dio las gracias a Antonio, y caminó con pasos rápidos hasta el estudio de Mercedes Escobar. Cuando subió por las escaleras, pensó si se sería conveniente llamar o abrir directamente la puerta del estudio. Tenía una llave que Mercedes se la había entregado en una ocasión. Le pareció ver luz a través de esa puerta, y abrió sin llamar.

El estudio era pequeño, sólo disponía de una gran habitación que servía para todo: taller de pintura, comedor, dormitorio, además de un pequeño cuarto de baño. Estaba en el último piso, y desde sus balcones se podía contemplar perfectamente toda la plaza con su teatro real.

Mercedes pintaba frenéticamente. La observó unos segundos antes de llamarla para no asustarla. Parecía estar totalmente absorta en lo que hacía, y su expresión reflejaba angustia mientras plasmaba en el lienzo a la mujer del cuadro que tantas veces había visitado. La mujer a la que Pablo Segura había mirado con veneración y arrobo antes de morir.

V

LISBOA SIGLO XVII -CONSTANZA DO RIVEIRA INTRODUCE A LAS DOS MUJERES EN LA CORTE.

Mi nombre es Inés y mi hermana se llama Elena – se presentó a modo de saludo, después de ayudar a la oronda señora a levantarse del escalón, en el cual había tenido un traspié.

La dama en cuestión, mirando con enojo a la criada que no había sabido reaccionar, sonrió a las dos bellas muchachas que la auxiliaban. Era la hora del rosario, y tarde tras tarde había podido contemplar a estas dos jóvenes de las cuales se había informado bien.

Se había enterado de que eran españolas, y que habían ido a Lisboa porque el padre, rico comerciante, tenía negocios en posesiones allende los mares, pertenecientes a la corona portuguesa. Parece ser que el señor padre de estas dos jóvenes había abandonado Madrid, la capital del reino español, porque se había quedado viudo y no pudo soportar seguir en la ciudad en la que su mujer pereció, además según había oído, al tal Antonio Castro, como se llamaba el padre, le interesaba más vivir en Lisboa, ciudad más cosmopolita y mucho mejor relacionada con la poderosa Gran Bretaña, nación con la cual también comerciaba, que en su propio país, aunque claro sobre este punto no se podía saber con exactitud. Algunos decían que el tal Antonio Castro en realidad se había exiliado de España, que allí fue un prohombre, cercano a la corte, pero muy enemistado con el conde-duque de Olivares, el valido del monarca, motivo por el cual y por el poderío de ese hombre, se había tenido que refugiar en el reino vecino con sus dos hijas casaderas.

Rumoreaban que era imposible que este hombre fuera el padre de esas dos bellas criaturas. Se susurraba de oído a oído que probablemente estas dos jóvenes, en edad de merecer, no eran hijas suyas, porque parecía mentira que con su esmirriada figura el tal hombre hubiera podido haber engendrado a esas dos reales hembras, que acudían a diario a la Iglesia, como fervientes católicas que eran, aunque verdaderamente la que se podía considerar como una auténtica

belleza fuera la de cutis nacarado. Se mencionaba que quizás, sobre todo la que hacia volver la cabeza tanto de hombres como de mujeres, fuera hija del propio rey Felipe IV, el cual había sembrado de bastardos la capital del reino y de muchas provincias. Se decía que Antonio Castro, herido de amor por la mujer que le devolvió la honra al morir, no pudo soportar encontrarse de frente con el monarca cada vez que el consejo del rey, al cual pertenecía, se reunía.

En fin, una serie de rumores que Costanza do Riveira ni creía ni dejaba de creer, pero que le mantuvieron al tanto de los recién llegados.

Antes de llegar a Lisboa, Inés y Elena junto con Antonio Pérez habían pernoctado en una posada, en la cual se acicalaron y se vistieron decentemente. En la posada, sin despertar ninguna sospecha por parte de los posaderos, que vieron normal el hecho de que las dos damas viajaran junto a su padre, decidieron que tenían que aprenderse bien la lección antes de llegar a Lisboa.

Fue Elena la que decidió, ya que ella e Inés se habían convertido en hermanas para siempre, que Antonio cambiara su apellido de Pérez por el de Castro. Inés en este punto dijo que realmente sólo estaba segura de llevar el apellido de su abuela, que era el de Sarmiento, pero que no le constaba que el de Castro le correspondiera en verdad, ya que a la anciana alcahueta le gustaba fantasear con la idea de que su nieta era la hija bastarda de un gran magistrado con el mismo apellido.

-Castro es un apellido noble, es el mismo que llevó una reina de este país en el que vamos a asentarnos. Se llamaba como tú, Inés de Castro, y reinó después de morir –había dicho Elena con los ojos llenos de lágrimas.

Como a Inés el hecho de cual fuera el apellido elegido le daba exactamente lo mismo, estuvo de acuerdo en que su recién adquirido padre dejara a un lado el apellido de Pérez y adoptara el de Castro. A partir de ese instante, de cara al exterior, Elena y ella serían las hijas legítimas de Antonio Castro, caballero viudo que vivía con sus dos hijas.

Cuando llegaron a la capital del reino de Portugal, Antonio fue el encargado de vender parte de los pequeños tesoros del duque. Tal y como esperaban el hombre, muy emocionado desde que las dos mujeres le habían asignado el papel de padre putativo, hizo bien el trueque, claro que antes del encargo y para susto de Elena, ya se había

encargado de recordarle Inés, enseñándole el puñal, que si se le ocurría engañarlas y huir con lo obtenido, se las vería con ellas dos.

- ¡Hija de mi corazón! – había exclamado el hombre. ¿Cómo podéis pensar tamaña infamia? Nunca olvidaré lo que me habéis entregado: mi honra, mi estima, y convertirme de la noche a la mañana en un respetable padre de familia, viudo para más fortuna. Volveré. Sé que este anillo vale una fortuna y también podré obtener unas buenas monedas por estos dos magníficos candelabros dignos de un rey. Soy un buen negociante.

-Eso espero, porque como no obtengáis el precio justo, os aseguro que ahorraremos a cuenta de vuestra comida – había contestado Inés, satisfecha al comprobar cómo en unos días la figura esmirriada del hombre parecía haberse redondeado un poco.

Elena fue la primera que consideró que el precio obtenido por Antonio fue bastante justo; ella conocía más que Inés el valor de las cosas, porque estaba acostumbrada desde su adolescencia a tratar con amantes que la rodearon de cosas caras.

Arrendaron una hermosa villa con muebles elegantes. Inés no podía creerlo, se sentía tan maravillada que en los dos primeros días no hacía otra cosa que pasear por las habitaciones expresando a viva voz la suerte que por fin le deparada la vida.

- ¡Elena, qué bella cama. Su colchón es tan suave que no me importaría permanecer toda la vida acostada en ella! ¡Elena, qué maravilloso diván, permanecería por días tumbada en él!

-Disfrútalo, querida Inés, cuando se terminen las monedas que todavía conservamos y vendamos las cuatro cosas que nos quedan, no podrás hacerlo –decía Elena complacida ante su entusiasmo.

-Sí, podré hacerlo, te aseguro que a partir de ahora y durante toda la eternidad no volveré a vivir en una casa como la de mi abuela – comentaba Inés.

- ¿Por qué me sobresalto cuando escucho tus palabras? ¿Por qué miro tu rostro y me estremezco al ver que nuestro infernal encierro no dejó huella en él? – expresaba Elena con una mezcla de admiración y temor.

Inés sonreía ¿Qué le podía contar a esta adorable criatura? ¿Sería cierto lo que dijo el hereje a su abuela?

Inés despertó pronto de esa felicidad suya que le hacía creer que podría vivir eternamente en ese entorno que, por primera vez, encontraba tan agradable y acogedor; incluso a veces, a pesar suyo, se permitía creer que Antonio Pérez, ahora vestido como un verdadero caballero, era su padre, cosa que al hombre le complacía enormemente porque veía que su papel iba adquiriendo una cierta importancia en la vida de estas dos mujeres a las que ya había empezado a querer.

Comprendió que para vivir así, algo tendrían que hacer ella y Elena, porque Antonio poco podría ayudar en ese aspecto, por lo que decidió, vuelta su cordura, exponer con claridad a Elena la situación. Antes de hacerlo, ya se había informado quién era Constanza do Riveira y el papel decisivo de esta mujer en el paso que no tenía más remedio que dar.

Por una criada del servicio que contrataron se informó de las prácticas piadosas de esta dama y propuso a Elena el plan.

-Elena, ya hemos descansado, llegamos a nuestro destino sin que ningún aguacil nos apresara. Somos libres, y tenemos que pensar en nuestro provenir.

-Lo sé –dijo Elena-. Pero mírame, Inés, todavía mi cara conserva las marcas del infierno de donde escapamos. Tú podrás encontrar un buen marido respetable, ¿pero y yo, Inés?

-Elena, Elena, te juro que tu cara volverá a ser la de antes. Hay muchas personas que conocen remedios, y acudiremos a la mejor, te lo aseguro. Pero no estoy pensando en marido, al menos no para mí. Yo no deseo un marido, no quiero tener que guardar obediencia a nadie. Quiero mi libertad, Elena, y en este tiempo nuestro ninguna mujer, por buen marido que consiga, la tiene. Prefiero prestar mi cuerpo y dejar que mi espíritu me pertenezca sólo a mí que someterme a ningún hombre al que me obliguen jurar amor y obediencia.

- ¿Tendremos que volvernos de nuevos unas furcias, Inés? – preguntó Elena compungida.

-Seremos unas mujeres libres, sin ataduras ninguna que coaccione nuestra libertad. Me he informado, Elena, en esta ciudad vive una mujer poderosa, cuya amistad nos interesa, se llama Constanza do Riveira, mujer rica, muy bien protegida por duques, obispos y según dicen hasta por el propio rey de Portugal, que se dedica a proporcionar damas a los más ilustres caballeros de esta ciudad. Ella

fue una famosa prostituta y mujer letrada, que se retiró del oficio cuando comprendió que sus carnes ya no podían proporcionar el placer que había cobrado a tan alto precio.

-Pero, Inés, para volver a nuestro antiguo oficio no necesitamos a una celestina que se lleve parte de nuestras ganancias – dijo Elena.

-Sí, si queremos que nuestro oficio no nos cierre puertas. Ella pasa por una dama, jamás trabajaría con alguien que pudiera rebajar su conseguida categoría social. Si conseguimos su protección podremos dar nuestros favores a hombres que no nos pagarán con unas simples monedas o con regalos más o menos valiosos como tu duque, sino que nos encumbrarán realmente como hicieron con ella. No partimos de cero, no necesitamos que nuestros amantes nos den cobijo, sólo necesitamos que ayuden a pagar este cobijo que por fin hemos conseguido, y al que no estoy dispuesta a renunciar cuando nuestras monedas hayan desaparecido. Elena, tenemos un apellido respetable, pues bien, esta mujer nos garantizará que todo lo que hemos conseguido podamos seguir teniéndolo para siempre.

-De acuerdo, Inés. No abomino del matrimonio, pero comprendo que será difícil conseguir un buen casamiento cuando ya no tengamos nada.

-Elena, te aseguro que ningún marido nos proporcionará el placer de sabernos libres, libres por completo.

-Nunca me sentí libre cuando vendía mi cuerpo a un hombre y me sometía a él, Ines –contestó Elena.

-Ni yo tampoco, pero ahora será distinto, porque con la protección de esa mujer podremos elegir; quizás al principio, y hasta que nos demos a conocer, tengamos que hacer algún sacrificio que otro, pero luego no, te lo aseguro. Nos convertiremos en lo que ella se convirtió, alguien que elegía a quien quisiera, haciendo sentir al afortunado que era un favor inmenso el que le otorgaba al conceder su cuerpo, algo por lo que el elegido debía pagar con largueza y orgullo.

De esta manera, y con la lección aprendida, Inés y Elena empezaron a acudir a la Iglesia que esta famosa ex prostituta, solicitada por reyes, duques y obispos, frecuentaba con asiduidad, a la que se presentaron aprovechando la ayuda que brindaron cuando tropezó con el resbaladizo escalón.

Consiguieron su objetivo. La amistad entre las tres, iniciada con una cita que esta mujer les concedió en un hermoso palacete, desde cuyas

ventanas se podían contemplar las aguas del Tajo, surcadas por barcos que llegaban o se hacían a la mar, se fue intensificando a lo largo de los años

En el lecho de muerte, Constanza do Riveira, agradeciendo los cuidados de Inés, mientras contemplaba nostálgica la belleza de esta mujer, que le hacía recordar a la que ella poseyó en su juventud, le aconsejó: - Debes encontrar ese cuadro, así tu destino sólo te pertenecerá a ti, tú podrás elegir el momento y la hora.

- ¿Dónde podría encontrarlo? Desapareció del hogar de mi abuela, Anselma Sarmiento.

- Quizás podría encontrarse en la Iglesia de Santa Ursula. ¿Pensaste esa posibilidad?

-No, nunca lo pensé, pero yo jamás podría poner los pies en esa Iglesia, me recuerda al abate de la misma. No tengo interés por recuperarlo.

Cuando se lo contó a Pablo Segura, en el momento en que con dolor comprendió que este hombre no podía solventar la dificultad física y psicológica de seguir amando a la mujer lozana y joven, que parecía más su nieta que su antigua amante, él, sin que ella se lo pidiera, le prometió que lo buscaría, que la intuición de Costanza do Riveira era digna de tenerse en cuenta.

VI

MADRID 1941-UN NUEVO ASESINATO

Javier Alonso creyó que la intuición de Pablo Segura era digna de tenerse en cuenta, y buscó el cuadro en el sótano de la Iglesia de Santa Ursula –explicó Ignacio a Mercedes-. Él creía que tu antiguo profesor tenía algún tipo de información que le hacía creer que en esa Iglesia podría haber una pintura perdida de algún gran maestro del siglo de oro. De ahí su decepción al comprobar que el cuadro en cuestión no tenía otro valor que no fuera el de ser un retrato de una bella mujer, motivo por el cual, y según me contó, no puso a Pablo sobre la pista antes de que Pedro Ramírez cayera sobre la presa que el muy estúpido, aun a pesar de los razonamientos en contra de Javier Alonso, se empeñó en proclamar a bombo y platillo que era un auténtico Velázquez.

-Pablo Segura parecía saber mucho de ese cuadro, él me explicó lo que te conté, que había pertenecido a un tal Sancho García, que este hombre fue su primer propietario. No me comentó nada sobre esa Iglesia. No me puedo creer todavía que le hayan matado, no me lo puedo creer –dijo Mercedes irrumpiendo a llorar con desesperación.

Ignacio se acercó a Mercedes, la abrazó con ternura, ella le miró con indefensión, cubierta su mirada de miedo, de un miedo que Ignacio nunca hubiera creído en ella.

-Mercedes, estoy aquí, no tengas miedo –dijo Ignacio, sintiendo por primera vez que el contacto del cuerpo de Mercedes le llenaba de turbación.

-Sí, tengo miedo, Ignacio, mucho miedo. Le asesinaron delante de mí, y esa visión es difícil de borrar. ¿Por qué le asesinaron? Él era viejo, estaba retirado, sin contacto con el mundo. No podía ser motivo de preocupación para nadie. ¿Por qué le asesinaron?

-No lo sé, pero creo que el viejo debía saber más de la cuenta – contestó Ignacio.

- ¿De qué podía saber más de la cuenta? Él sólo era un experto en arte. No se metía con nadie, no hacía mal a nadie.

-Empiezo a creer que su muerte tuvo mucho que ver con ese dichoso cuadro –afirmó Ignacio.

-Él no habló en público sobre el cuadro, sólo lo hizo conmigo y con Javier Alonso, que fue el que levantó la voz para decir que era un falso Velázquez, y Alonso está vivo. No, la muerte de Segura no tiene nada que ver con la autenticidad o falsedad del cuadro, estoy segura. –contestó Mercedes.

-Hay un cambio de planes en todo este embrollo. Mañana saldrá publicado con detalle todo lo que antes no le permitieron exponer abiertamente a Alonso sobre la falsedad del cuadro. En una palabra, la prensa, que tanto se ha hecho eco de la hazaña de Pedro Ramírez, se va a dedicar a desacreditarlo. Mercedes –dijo Ignacio-, tengo algo para ti. Es una carta que Segura le dejó a Alonso. Tu nombre está escrito en el sobre.

- ¿Desde cuándo tiene Alonso esta carta? – preguntó Mercedes, tomando el sobre con manos temblorosas.

-Pablo pasó por su casa antes de reunirse contigo, le dijo que te lo entregara si él no volvía a recogerlo, –contestó Ignacio.

-Presentía su muerte, Ignacio, ¿te das cuenta? Él quería hacerme partícipe de algo que no logro adivinar, pero que me asusta. ¿Por qué le seguía ese hombre? Era alemán, estoy segura ¿Qué tenía Pablo que pudiera interesarle a un alemán?

-Cuando fui a casa de Alonso, me siguió un hombre, su aspecto coincidía con el que me describiste como autor del asesinato.

- ¡Dios, te han podido matar! – gritó Mercedes.

Irrumpió de nuevo a llorar. Ignacio percibió que los nervios de la mujer parecían a punto de estallar. Se abrazó a él, y para sorpresa de Ignacio empezó a besarle con desesperación, con una pasión tal, que el hombre comprendió.

Cuando despertaron, el sol entraba por la ventana del frío estudio, iluminando los cuerpos desnudos bajo las mantas de los que continuaban abrazándose para darse calor.

-Me has hecho una faena. Ya no podrás ser mi amiga del alma –dijo

Ignacio sonriendo.

-Seré tu amante del alma, te parece poco –dijo Mercedes incorporándose-. Nada va a cambiar, el ser amantes no tiene porque estar reñido con continuar siendo amigos. Si tu quieres, claro –volvió a decir la mujer con un matiz de candidez que sorprendió nuevamente a Ignacio, enajenado aún por lo que creía haber descubierto en esa noche de entrega mutua, algo que nunca creyó volvería a experimentar.

Pensó con emoción en las palabras de Mercedes antes de que hicieran el amor. Con llanto y pasión le había dicho: "No quiero pensar lo que te podría haber hecho ese hombre, sólo te tengo a ti, nada más que a ti, Ignacio".

Desayunaron en la cama. Ninguno de los dos tenía ganas de levantarse del lecho que parecía constituir el refugio perfecto y los protegía no sólo del frío sino de todo lo que ocurría en el exterior. Mercedes cogió de nuevo el pliego que ya había leído, jugueteando con él entre los dedos.

- ¿Qué significado tendrán estos nombres? ¿Te suenan a ti algo? –preguntó muy extrañada.

-No me dicen nada, ya te lo dije –contestó el hombre, mirando con preocupación el gesto de amargura que volvió a ver en el rostro de su compañera.

-Inés Castro es el único nombre español y aparece el primero. No conozco a ninguna mujer con este nombre, y los otros no los he oído en mi vida. ¿Quiénes serán? –preguntó Mercedes.

Al salir de la casa caminaron cogidos del brazo y atravesaron la plaza de Ópera, metiéndose en una callejuela en donde comieron algo en una tasca. Después acudieron los dos al entierro. Eran muy pocas las personas que acompañaban a Pablo Segura en su último viaje, Mercedes reconoció al inspector de policía que la había interrogado, a otro profesor de su antigua facultad, con el cual ella apenas tuvo relación, y poco más. También había una mujer, alejada de todos ellos, con un porte especialmente distinguido. Se fijó en ella, no pudo distinguir quien era porque cubría su rostro con un velo oscuro que salía de un discreto y elegante sombrero.

- ¡Pobre! Él no se merecía un entierro tan triste – comentó a oídos de Ignacio.

-Somos suficientes, para qué más –contestó Ignacio.

-Ese hombre es el inspector que me interrogó, y ese otro fue un compañero de Segura en la facultad, seguro que le habrá avisado Javier Alonso –dijo Mercedes.

-Qué raro que Alonso no haya acudido al entierro, me dio la impresión de que era buen amigo de Segura, le vi muy conmocionado cuando le notifiqué su muerte.

Mercedes no pareció escuchar este último comentario, miraba como hipnotizada a la mujer vestida con un elegante traje de chaqueta oscuro muy ceñido, moldeando una figura que parecía de maniquí, a la cual el viento había desplazado el velo, dejando a la vista el rostro que antes había permanecido oculto. Tuvo un sobresaltó que fue perceptible para Ignacio, motivo por el cual éste, pensando en el estado emocional de Mercedes, apretó su brazo más aún.

La ceremonia fue rápida. Mercedes ni se enteró, su atención se centraba en la mujer que se había acercado cuando el ataúd fue depositado en el profundo hoyo de la tierra.

La misteriosa mujer, de nuevo con el velo cubriendo su rostro, recogió un poco de tierra y la tiró sobre el féretro, pronunciando unas palabras que ninguno de los allí presentes pudo escuchar con claridad.

Mercedes, sin dejar de observarla, vio que fue la primera en salir, sin mirar a ninguno de los que también habían asistido al sepelio. A las puertas del cementerio, un chofer uniformado le abrió la puerta del vehículo que debía estar esperándola.

El inspector se acercó a Ignacio y a Mercedes. La voz de este hombre la sacó de su distracción.

-Siento molestarles en un momento tan triste, pero tengo que hablar con usted –dijo dirigiéndose a Ignacio.

-Inspector, mi amigo no presenció el asesinato de Pablo Segura, fui yo la que me reuní con él, y ya le he contado absolutamente todo lo que sé -contestó Mercedes.

-No vengo a hablar de Pablo Segura, vengo a hablar de Javier Alonso. En su periódico me han dicho que usted. se entrevistó ayer por la noche con él – dijo el inspector mirando a Ignacio.

-Sí, me entrevisté con él, mi director concertó directamente la

entrevista. ¿Qué es lo que quiere saber?

-Javier Alonso ha sido encontrado muerto esta mañana.

- ¡Muerto! – exclamó Ignacio con el rostro descompuesto.

-De eso precisamente quiero hablar. Tiene que decirme a qué hora fue a su casa, explicarme lo que hablaron y cuándo se fue usted de allí – pidió el inspector.

-Sí, por supuesto – contestó Ignacio, pero no creo que le pueda aclarar nada. Cuando me fui el profesor Alonso me despidió en la puerta y estaba vivo, se lo aseguro.

-No lo dudo –afirmó el inspector.

Salieron los tres del cementerio. Ignacio percibía el temblor de Mercedes, pero intentó que el estado emocional de ella no le influyera para seguir mostrando tranquilidad al inspector que le interrogaba. Estaba asustado, recordaba la imagen del hombre rubio, que parecía coincidir con la descripción que del asesino de Segura hizo Mercedes.

Al llegar a la verja, el coche negro seguía parado. Mercedes miró con los ojos muy abiertos a la mujer que, sentada al lado de la ventanilla con la cara totalmente descubierta, miraba hacia el lugar donde los restos del viejo profesor reposarían para toda la eternidad.

La palidez cubrió por completo su cara, y fue percibida por el propio inspector que atentamente preguntó: -Se encuentra mal, señorita Escobar.

-Está muy afectada, inspector, si no le importa la llevaré a su casa–dijo Ignacio, mirando con preocupación a Mercedes.

-Claro, por supuesto, pueden irse. Volveré a ponerme en contacto con usted.

Vieron como el inspector se alejaba, e Ignacio se dirigió con Mercedes a un taxi libre que había aparcado muy cerca del cementerio.

-A la Plaza de Ópera –apuntó al conductor.

-No, siga a ese coche, por favor –pidió Mercedes.

El coche negro, que había permanecido aparcado durante el entierro, se acababa de poner en marcha. Desde la ventanilla de atrás podía verse el cabello recogido en un elaborado moño de la que se acababa

de desprender del sombrerito, y echaba la cabeza hacia atrás.

- ¿Pero, qué dices? – preguntó Ignacio en voz baja-, necesitas ir a tu casa, estás muy nerviosa.

-Esa mujer, esa mujer – repitió Mercedes sin escucharle.

- ¿Qué ocurre con esa mujer? – preguntó Ignacio impaciente.

-Es la del cuadro –dijo por fin Mercedes.

- ¿Qué dices? –volvió a preguntar Ignacio, mirando el coche que Mercedes pretendía seguir.

-Sí, Ignacio, es la del cuadro, estoy segura. La he visto perfectamente, iba cubierta con un velo que el aire levantó.

-Mercedes, estás muy alterada, ves visiones.

-No, es ella, estoy segura. Nadie conoce mejor que yo su rostro, bueno quizás Pablo
Segura. Tenemos que seguirla e intentar hablar con ella, Ignacio. Tengo la corazonada de que esa mujer podrá explicarnos muchas cosas.

- ¿Qué cosas, Mercedes? Es una idea peregrina ¿Cómo va a ser la mujer del cuadro? Razona y volvamos a tu casa.

-Quizás sea una descendiente de la mujer del cuadro, claro eso tiene que ser. No me equivoqué al afirmar que la pintura podía fecharse en el siglo XVII, algo que Pablo me ratificó – habló Mercedes, aunque Ignacio se dio cuenta de que lo hacía consigo misma, como si necesitara expresar su razonamiento en voz alta para convencerse.

-Vale, no dudo que sea factible que hayas creído ver un parecido entre esa mujer y la del cuadro que tanto te atrajo, incluso cabe la posibilidad de que pudiera ser una descendiente suya, pero no tiene sentido que la sigamos

-Tengo una corazonada, Ignacio, estoy segura de que esa mujer, sea quien sea, podrá aclararnos detalles que nos harán entender por qué asesinaron al profesor Segura. ¡Dios, dos asesinatos por un maldito cuadro! –exclamó Mercedes estremeciéndose.

El taxi siguió el coche negro en el que viajaba la dama cuyo rostro había conmocionado de tal forma a Mercedes. En el trayecto

permanecieron en silencio; Mercedes miraba obsesivamente hacia delante, pendiente del coche que les precedía, Ignacio meditaba sobre la noticia que el inspector le había dado: Javier Alonso asesinado ¿Por qué? ¿qué sentido tenía su muerte? Su pensamiento volvió a dirigirse hacia el hombre que le siguió hasta la casa de Alonso. ¿Sería la misma persona la que había asesinado a estos dos hombres? Tendría que comentarlo con el inspector, -se dijo, al tiempo que intentaba recordar los rasgos del alemán que la débil luz de la farola le había mostrado-. Estaba seguro que, por lo que le había explicado Mercedes, parecían existir coincidencias entre el hombre que había matado a Segura y el que le había seguido a él, dándole un susto de muerte. ¡Vaya embrollo!

El coche negro paró ante la verja de lo que parecía un palacete en la calle Arturo Soria. Mercedes ordenó al taxista que parara también, y ambos bajaron en el instante que la mujer elegante, con tipo de maniquí, salía del coche, cuya puerta previamente había sido abierta con deferencia por su conductor.

Ignacio sólo pudo contemplar su silueta por detrás, ver como entraba mientras el conductor metía el coche por otra puerta que debía conducir al garaje.

Se quedaron los dos quietos ante la verja. El cielo que había permanecido encapotado todo el día empezó a descargar una lluvia fina y pertinaz. Ignacio notaba que sus nervios iban en aumento. ¿Qué hacían allí como tontos? Iba a decir a Mercedes que tenían que volverse porque necesitaba ir a la redacción de su periódico para hablar con su director de esta última muerte, cuando sobresaltado vio la silueta de un hombre muy alto que se paró en la acera de enfrente de la vivienda de esta misteriosa mujer.

-Vámonos, Mercedes, tengo que ir a la redacción – dijo sin disimular su alteración.

-No, no pienso irme. Voy a llamar a la campanilla de la puerta, quiero ver a esa mujer de cerca.

-Mercedes, me parece una tontería, esa mujer no tiene por qué saber nada, tenga o no parecido con la mujer del cuadro.

- ¿Por qué fue al entierro de Segura? ¿Qué le unía a él? Su muerte no ha aparecido en la prensa, y no creo que Alonso, antes de que le mataran, se dedicará a llamar a todos los conocidos de Pablo, a lo sumo habría avisado a ese otro profesor de la facultad que vi.

-Mercedes, mira en la acera de enfrente. Nos están siguiendo.

Mercedes miró hacia la dirección indicada. La figura alta del hombre de la gabardina, tocado con un sombrero de ala ancha, la sobresaltó.

-Parece el hombre que asesinó a Segura. ¡Vámonos, Ignacio, vámonos! – exclamó con terror.

Ignacio no se movió, miraba hacia un balcón de la vivienda en el cual se dibujaba la silueta de una mujer que, detrás de los visillos, parecía observar esa figura quieta e inquietante del hombre del gabán con aspecto extranjero.
El extraño pareció tener la intención de cruzar la calle, Mercedes tiró con nerviosismo del brazo de Ignacio que permanecía quieto, sin dejar de mirar la silueta tras los visillos.

-Va a cruzar la calle, vámonos –repitió con nerviosismo Mercedes.

En esos momentos, la mujer se asomó y miró hacia ellos. Ignacio seguía quieto, observando a la desconocida, sintiendo que realmente ese rostro le resultaba familiar.

Mercedes tiraba de él sin contemplaciones, mirando con terror la figura del hombre alto que en unos segundos se encontraría tan cerca de ellos.

- ¡Estás tonto! –exclamó-. Vámonos, vámonos enseguida.

-Mercedes, tienes razón, esa mujer se parece a la del cuadro –comentó Ignacio.

Mercedes miró entonces hacia el balcón. La extraña mujer les indicaba algo. El hombre ya había cruzado, se acercaba. No había tiempo de largarse.

La figura de un hombre uniformado abrió la puerta de la verja del palacete y dijo: -pasen, por favor.

Entraron los dos y la verja se cerró tras ellos. El hombre de la gabardina miró hacía arriba, y sus ojos se encontraron con los de la mujer que sostuvo la mirada de éste con altanería.

El jardín que contemplaron tras la alta verja dejó a Mercedes perpleja. No hubiera imaginado ni por lo más remoto que pudiera haber tal paraíso en una calle que Arturo Soria diseñó para fusionar ciudad y naturaleza. No se parecía en nada al de la casa de sus padres, tan

grande, tan pretencioso. Éste que ahora contemplaba, de dimensiones más reducidas, pero lo suficientemente amplio para poder aglutinar un modelo definido, guardaba el encanto de lo que a Mercedes le recordó una pequeña Alhambra en miniatura. Los setos que separaban los diferentes senderos en nada se parecían a las alienaciones rectas y frías del de sus padres. Todo aquí conducía a un lugar determinado, a una fuente que manaba agua, a unos árboles que formaban un círculo, a un pequeño estanque, frente al cual se levantaba un encantador cenador con un banco de piedra rodeando a una mesa de las mismas características.

El hombre, que Mercedes juzgó era el mismo chofer que conducía el coche de la misteriosa mujer, les hizo subir unas escaleras que los llevó a la puerta principal. Ignacio y ella intercambiaron una mirada de extrañeza, mientras este mismo hombre se la abría con deferencia.

Se encontraron en un amplio salón, situado en la planta baja del edificio y allí, siguiendo las instrucciones del chofer, tomaron asiento en espera de que la mujer del mirador bajara.

Ninguno de los dos habló, ambos observaron la espléndida habitación amueblada con muebles, objetos y cuadros que Mercedes, en una primera ojeada, pensó eran espléndidos. Si no fuera porque hasta sus oídos llegaba el ruido de unos tacones bajando unas escaleras se hubiera levantado para mirar con detenimiento lo que le rodeaba.

Frente a ellos, que miraban con ojos abiertos por la sorpresa, una mujer de una belleza fascinante, de cutis nacarado, se acercaba con la mano extendida y con una triste sonrisa en los labios.

VII

PORTUGAL SIGLO XVII – LA UNIÓN CON EL DUQUE DE BRAMANTE.

Con una triste sonrisa en sus labios dejó besar su mano, percibiendo la mirada de deseo del hombre que contemplaba con arrobo a la mujer de cutis nacarado. Era lo que quería, pero cuánto le costaba –meditó Inés con pena.

El duque de Bramante, primo del mismo rey de Portugal, observaba con fascinación a la mujer. No había exagerado Constanza cuando le habló de esta dama, de su belleza sin par. Esta mujer sería la sustituta perfecta de la mejor amante que nunca tuvo: la propia Constanza, que tanto había insistido en presentarle a esta joven española que quizás pudiera volver a conseguir que su viejo corazón latiera haciéndole sentir que todavía estaba vivo, que la sangre corría con impetuosidad por su cuerpo, que éste vibraba como vibró hace años con la pasión que le inspiró su vieja amiga de ahora, Constanza do Riveira, cuya juventud por entonces, de una belleza turbadora unida a una inteligencia despierta y ágil, le enloqueció. Fue la querida que más le duró, con la que más dadivoso se mostró, hasta el extremo de que cuando la mujer comprendió que su cuerpo ya no podía complacer a quien pagaba tan espléndidamente por tan exquisito bocado, y a petición de ella cambió la relación carnal que, dicho sea de paso, había dejado de proporcionarle el placer de antaño, por una relación amistosa que le proporcionó otro tipo de satisfacción, y le dejo un poco a la deriva, con amantes de quita y pon, se congratuló en extremo al conocer a la que podría ser la sustituta perfecta de la mujer que él todavía recordaba en sus sueños.

-Bien–pensó Inés-. Es lo que quiero, un amante mayor que según información de Constanza no exige demasiado y se satisface con unas relaciones que no piden nada de anormal o extraño. Él único inconveniente posible, tal como le había explicado Constanza, era que el duque, hombre muy culto, gustaba de la charla inteligente: conversar sobre poesía, teatro, novela, incluso sobre política, todo un mundo todavía inexplorado para la muchacha que se había criado en

un humilde barrio de Toledo, al lado de una abuela prestamista y alcahueta.

Constanza, cuya amistad con ellas se fue acrecentando en los tres meses que llevaban en Lisboa, había comprendido perfectamente a lo que ella y Elena pensaban dedicarse en plan profesional para lograr conservar el ritmo de vida que la venta de lo que robaron en casa del viejo amante de Elena les había proporcionado.

De momento todo parecía ir bien. Inés había explicado a Constanza claramente su situación económica, omitiendo, por supuesto, algunas cosas, como que ambas, Elena y ella habían estado hacinadas en una cárcel, y que el que se hacía llamar Antonio Castro realmente no era el padre de ninguna de las dos.

Constanza entendió perfectamente, dejando a Inés con la impresión de que si le hubiera contado toda la verdad no por eso se hubiera alejado de la amistad de las que le auxiliaron a la entrada de la Iglesia, y no se equivocaba. No adivinaba totalmente hasta qué punto la vieja matrona, antaño mujer pública, cuya fama traspaso los límites de Portugal, amante de duques, cardenales incluso de algún que otro monarca, había desarrollado una perspicacia e inteligencia que le hacían adivinar más que lo que unas simples palabras podían trasmitir. Inés tampoco sabía que Constanza recordaba a través de ellas su pasado, lo que fue, y que estos recuerdos suyos, que tan gratos le resultaban, los avivaba sobre todo ella, la mujer de cutis nacarado.

Efectivamente, Constanza se había dado cuenta, antes de que Inés hablara con ella claramente, que estas dos muchachas distaban mucho de ser las mujeres recatadas que aparentaban ser. Elena e Inés habían vivido experiencias similares a las que ella vivió cuando su cuerpo fue fuente de goce para quien tuviera cantidad suficiente para pagarlo. Comprendió que las que le pedían ayuda y le regalaban su amistad no eran unas furcias que ensuciaran sus cuerpos y sus almas por unas pocas monedas. Elena era demasiado inocente e Inés demasiado inteligente y sensible para ser consideradas unas simples mercancías. Estas mujeres se respetaban como ella se respetó y nadie podía entender este concepto mejor que ella misma. Lástima de la época en que les había tocado vivir, época en la que las mujeres sólo tenían dos opciones, mejor dicho tres: morirse de hambre si no había un hombre que les alimentara, cosa que por supuesto estaba segura que la persona que estas mujeres llamaban padre no hacía; meterse en un convento, para lo cual hacía falta una cierta dote, o casarse con alguien que normalmente exigía esa dote. Cuando el requisito faltaba y no había tal dote, en ausencia de familiares que cargarán con la

pesada carga de una mujer indefensa en la vida, sólo quedaba el convertirse en puta, profesión en la cual también existía una jerarquía, al igual que en el estamento político, religioso, o militar. Una puta era la que se vendía por unas pocas monedas a cualquiera que estuviera dispuesto a pagarle, una puta era la noble dama que por su condición social podía permitirse gozar del hombre que le apeteciese sin que su marido se enterase, y una puta era la que vendía su cuerpo a quien estuviera dispuesto a pagarlo generosamente, pero que no tenía la necesidad de cederlo a cualquiera, porque su condición le permitía elegir, y esa misma elección le proporcionaba los medios suficientes para rechazar o elegir al siguiente.

Percibía que estas mujeres españolas no habían adquirido todavía los conocimientos necesarios para optar al grado máximo en la escala. Elena, aunque más adiestrada en los entresijos que rodeaban a un verdadero ambiente refinado, era más torpe de cabeza. Inés, aun siendo menos conocedora de las buenas maneras, era con mucho la más inteligente y la que sin ella saberlo aprendía con una rapidez sorprendente, asimilando los datos que desordenadamente llegaban a su cabeza, los cuales reajustaba en su justo término de forma certera.

Se habían entendido bien. Ella sería la que les presentara a los prohombres que llenaban su salón. Por supuesto las muchachas serían libres de elegir a quien quisieran, aunque ella les aconsejaría sobre la cuestión. Se llevaría un pequeño porcentaje, el justo nada más, e Inés y Elena podrían seguir teniendo una casa en condiciones en donde vivir, así como comida suficiente en la despensa, y quién sabe si no lograrían la misma fortuna con que a ella le premió la vida, que les hiciera vivir como todo ser humano tiene derecho a vivir cuando sus carnes se ablandaran como se habían ablandado las suyas.

De momento había logrado algo fundamental, que el cutis de Elena, lleno de comezones e impurezas curara. Ella misma acompañó a la chica a la cueva de la vieja que coció ante sus ojos unas mezquinas hierbas y que luego, después de triturarlas, impregnando en un suave paño el jugo de las mismas, pasó por su rostro. El cutis de Elena, después de varias sesiones, había curado por completo.

En cuanto a Inés, y después de la conversación que mantuvieron, se dedicó a aprender de todo lo que ella pudo enseñarle en tan corto tiempo. Desde el principio había pensado en el duque de Bramante como amante de Inés, aunque quizás hubiera sido conveniente más tiempo para que esta chica aprendiera lo que todavía ella no había podido enseñarle, pero confiaba en que el cuerpo, lleno de vida y sensualidad de la joven, encandilara a su querido y viejo ex amante,

ahora amigo y protector, para que la falta de mundología de Inés no fuera obstáculo para la unión que encontraba perfecta. Además no tenía más remedio que acelerar sus planes. El día anterior, con gesto preocupado, Inés le había notificado la urgencia que ya tenían en su casa de que entrara algún presente.

Había sido un éxito. Cuando el duque salió de la habitación tapizada en damasco rojo, se había acercado a Constanza con ojos radiantes y había besado la regordeta mano de la mujer con dilección, con un mensaje mudo en sus ojos que ella supo interpretar.

Inés Castro se convirtió en amante oficial del duque de Bramante, un amante que, al igual que hizo con Constanza, le obsequiaba espléndidamente, contribuyendo a que el hogar que habían formado ella y Elena, junto con Antonio Pérez, pudiera seguir a flote.

Elena también ayudaba en la tarea, aunque no con la misma fortuna que Inés, puesto que ninguno de los hombres que pasaban por el lecho que Constanza le cedía, podían compararse al rico y viejo duque de Bramante. De cualquier forma, ambas estaban satisfechas. Inés pensando que podía seguir disfrutando del hogar que había formado lejos de Toledo, un hogar que no quería abandonar, que sentía que le pertenecía porque en él respiraba su libertad, una libertad que el contacto suave de las viejas manos del duque no le había arrebatado porque este hombre jamás le exigió su corazón; el duque de Bramante sólo se conformaba con su cuerpo y a veces ni tan siquiera con él, simplemente con la charla inteligente que discurría entre los dos. Al final, no sólo fue Constanza la que se convirtió en su educadora e introductora en un mundo sutil y complicado, sino que también el duque, fascinado por la inteligencia natural de Inés, se convirtió gustoso en su pigmalión, y en el primer hombre que le enseñó algo más que un cuerpo al que ella tenía que acariciar por obligación. El último, hasta que la vejez le hizo batirse en retirada, fue la persona a la que no había entregado solo una envoltura como al duque, sino todo su corazón al completo: Pablo Segura.

VIII

MADRID 1941 – LOS EXTRAÑOS NOMBRES DE LA LISTA

Conocían al profesor Pablo Segura? – preguntó la mujer que previamente había estrechado las manos de Ignacio y Mercedes.

-Sí, fue mi profesor en la facultad. Le asesinaron estando conmigo.

-Usted se llama Mercedes Escobar, ¿verdad? – preguntó la mujer.

-Sí, ¿Quién le ha dicho mi nombre? –preguntó Mercedes con extrañeza, ya que no se habían presentado todavía, esperando a que la mujer lo hiciese.

-Pablo me llamó y dejó un recado para mí, dijo que iba a visitar a un compañero suyo, un tal Javier Alonso, y que después se reuniría con usted., con Mercedes Escobar. Imaginé al verla en el cementerio que sería usted.

-Perdone, no conocemos su nombre –dijo Mercedes sin querer mirar la expresión embobada de Ignacio ante la espléndida belleza de esa mujer que guardaba tan misterioso parecido con la del cuadro.

-Me llamo Inés Castro. Fui una gran amiga de Pablo – contestó con lágrimas en los ojos.

- ¡Inés Castro! –exclamó Mercedes sobresaltándose e intercambiando una mirada con Ignacio que por fin pareció reaccionar-. Su nombre aparece el primero de una lista que Segura le había entregado a Javier Alonso para que me la hiciera llegar si él no volvía a recogerla.

Inés miró a Mercedes largamente, sonrío levemente y se sentó en un sillón, haciendo un gesto con la mano para que ellos volvieran a sentarse.

-Esto explica muchas cosas. Escuche Mercedes –dijo Inés-. Debe entregarme esa lista, su vida corre un gran peligro con ella encima.

-No, no pienso entregarla. Me la dio Segura e intentaré investigar para qué.

-Ese hombre que ronda mi casa es una persona muy peligrosa, se lo aseguro. Debe entregarme la carta de Pablo.

-No –contestó Mercedes-. Además si una simple de lista de nombres supone un riesgo, también lo sería para usted si yo consintiera entregársela.

-Le aseguro que el riesgo que yo correría sería bastante menor que el suyo –dijo Inés.

-Lo siento, la lista está en mi casa, y no pienso dársela a nadie.

- ¿La tiene bien guardada? –preguntó Inés.

-Creo, que sobre mi mesilla –contestó Mercedes.

- ¡Debe destruir esa lista! ¡Por favor vaya ahora a su casa y rómpala!

- ¿Por qué? No puede pedirme algo sin darme una explicación. No sé quién es usted. No la conozco. Sólo sé que tiene un asombroso parecido con la mujer del dichoso cuadro y que ha asistido al entierro de mi antiguo profesor.

- ¿Se encuentra mal, señorita? – preguntó Ignacio alarmado al ver que la cara de la mujer se tornaba extremadamente pálida.

En efecto, la extraña mujer que decía llamarse Inés Castro parecía casi a punto de desmayarse.

Mercedes reaccionó con prontitud y llenó un vaso con el agua de la jarra depositada en una mesita auxiliar, entregándoselo a Inés que lo cogió con un temblor perceptible para los que la miraban asustados.

Bebió unos pequeños sorbos y pareció recomponerse. Se llevó la mano a la frente en una actitud pensativa, tardó unos minutos en hablar, mientras Mercedes e Ignacio seguían observándola asustados.

-Por favor, hábleme de ese cuadro – pidió la mujer.

-La noticia ha aparecido en toda la prensa. Pedro Ramírez, un profesor de arte, se hizo con un cuadro que él atribuyó a Velázquez. ¿No se había enterado? –preguntó Ignacio mirando a la mujer con preocupación.

-No. Llegué ayer de Lisboa. Tengo allí casa y suelo pasar temporadas más o menos largas. ¿Dónde se encuentra ahora el cuadro? –preguntó la mujer con temblor.

-Me imagino que estará en la misma sala en donde lo presentaron al público –contestó Ignacio.

-Ayer, desgraciadamente, tal como les he dicho, recibí la llamada de mi antiguo y querido amigo Pablo Segura cuando yo había salido. Recogió el aviso mi doncella. Ella se limitó a escribir lo que quería que me dijera –habló Inés, dirigiéndose a Mercedes. Dijo que nos ayudaría, que me ayudaría –rectificó la mujer.

Mercedes escuchaba a Inés sin entender, ¿Qué quería esta mujer? ¿Qué ayuda podría prestar ella? ¿Por qué su rostro había palidecido de esa forma cuando se habló del cuadro?

-Ese cuadro, de cuya existencia usted. no parece saber nada, –recalcó Mercedes-, es la pintura de una mujer, de una mujer del siglo XVII, que se parece extraordinariamente a Usted. ¿Está segura de que no lo conoce?

El titubeo de la mujer fue perceptible. Mercedes se dio cuenta de que Ignacio la miraba con reproche, como si no entendiera esta dura actitud por parte de ella, esa forma de interrogar a la desconocida que parecía muy afectada.

- ¿Cómo se enteró Usted de la muerte de Pablo? – volvió a preguntar Mercedes, sin dar tiempo a que Inés contestara a su anterior pregunta.

-Ya dije que él telefoneó cuando yo no estaba. Mi doncella me explicó que había llamado desde Madrid y me puse en camino. Necesitaba ver a Pablo, necesitaba hablarle, lo que no me esperaba era que mi encuentro con él se produciría en su entierro –explicó Inés.

-En la prensa no ha aparecido ninguna reseña de este asesinato – volvió a decir Mercedes, mirando inquisitivamente a Inés de tal forma que Ignacio empezó a impacientarse.

-Pablo vendió su casa en Madrid cuando le obligaron a abandonar su cátedra. Se fue a un pequeño pueblo de Zamora, vivía en una finca, en la casa que había pertenecido a su familia. Cuando venía a Madrid se hospedaba aquí, en mi casa, luego dejó de hacerlo, espació mucho sus visitas a la capital, le traía malos recuerdos y optó, en las raras ocasiones en que venía, por alojarse en una pensión que hay en la misma Plaza de Oriente. Allí me dirigí y allí mismo me dijeron que sus

cosas habían sido retiradas de la habitación por la propia policía. Indagué y me enteré de que había sido asesinado ayer por la tarde,

-Mientras estaba conmigo, en el momento en que se disponía a decirme algo –aclaró Mercedes con lágrimas en los ojos.

-Murió por mí, murió por mi culpa –dijo repentinamente Inés sollozando fuertemente.

Ignacio se acercó solícito a esta mujer, colocó una mano en el hombro de ella y ella con un movimiento impulsivo se abrazó a él.

-Yo lo quería, lo quise con toda mi alma, fue mi verdadero y auténtico amor. ¡Dios por qué tuvo que morir! –gimió Inés.

Mercedes estaba perpleja, perpleja y bastante molesta con el abrazo de Ignacio, un abrazo en el que ella creía ver no sólo el gesto de consuelo ante lo que parecía una prueba de dolor sincera por parte de esta extraña. ¿Cómo podía decir que Pablo fue su verdadero amor? Pablo podía muy bien ser el abuelo de esta mujer que aparentaba ser muy joven. No entendía nada, lo único que entendía era que la actitud de Ignacio le estaba poniendo sumamente furiosa. Parecía un pasmarote, sin decir nada, embobado por el estrecho contacto de esta dichosa mujer.

Inés se recompuso, se apartó de Ignacio y como si comprendiera los sentimientos de Mercedes la miró de forma que parecía pedir disculpas.

Iba a decir algo, cuando el hombre uniformado abrió la puerta.

-Señora, ese hombre va a entrar en el jardín, intenta trepar por la verja.

-Suelta a los perros, Antonio, suéltalos ahora mismo. Llame a Jacinto, él sabe lo que tiene que hacer y lleve a estos señores a su casa por la parte de atrás. Le despistaremos. Les hice subir porque me di cuenta de que ese hombre les vigilaba, e imaginé que usted, Mercedes era la persona a la que se refería Pablo –confirmó Inés.

-Ese hombre puede ser el asesino de Pablo Segura –dijo Mercedes-. Cuando llegue a casa llamaré al inspector y le diré que lo hemos visto. ¿Le explicaste tú que un hombre de las mismas características te siguió hasta la casa de Alonso? –preguntó repentinamente a Ignacio.

-No tuve tiempo–contestó Ignacio-, de cualquier forma, volverá a

interrogarme y se lo describiré.

-España está llena de alemanes de parecidas características –dijo Inés con ironía -. Hablen con el inspector, pero por favor no le hablen de la lista que Pablo le dio a usted, Mercedes.

-Me la dio a través de Javier Alonso y él está también muerto. ¿Conocía usted a Javier Alonso? – preguntó Mercedes.

-No, no lo conocía, únicamente había oído hablar de él a través de Pablo. Mercedes, buscan la lista. Rómpala, por favor, no la tenga consigo –dijo Inés.

Oyeron el ladrido de tres perros intentando saltar la verja por donde el hombre se había encaramado y vieron en el jardín a un hombre robusto que, con un fusil de caza, gritaba al intruso que se bajara de la verja inmediatamente. El hombre de la gabardina guardó lo que parecía un revolver, se bajó y volvió a situarse a escaso metros de la verja del palacete de Inés Castro, con un gesto en su cara de profunda rabia.

Inés se dirigió con Ignacio y Mercedes por unas escaleras que bajaban al sótano de la casa, desde allí accedieron al garaje. Antes de que el chofer les abriera la puerta, Mercedes dirigiéndose a la misteriosa mujer, dijo:

-Venga con nosotros, iremos directamente a hablar con el inspector. No debe quedarse sola, ese hombre puede volver.

-No me quedo sola, hay criados en la casa, además a mí personalmente no me puede hacer daño –contestó Inés tristemente. Vayan primero a su casa y destruya la lista, por favor. Hágame caso.

IX

PORTUGA SIGLO XVII – MUERTE DE ELENA Y VIAJE A ROMA

A mí personalmente no me puede hacer daño, Elena, no temas por mí. Curarás, hermana mía, curarás.

-Inés, me estoy muriendo, no saldré de esta situación. Vete, Inés, toda la ciudad está enferma. Es la peste, Inés, y la peste no respeta a nadie, ni tan siquiera a ti, querida Inés.

-Nunca te abandonaré, Elena, nunca. Aguanta, querida mía, no me dejes, por favor. ¿Qué podría hacer yo sin ti?

Inés lloraba a lágrima viva, entrelazada sus manos con la de la enferma que parecía consumida por la fiebre. Cuando Elena soltaba sus manos, colocaba sobre su frente compresas de agua fría para aliviar el calor que emanaba de su cuerpo.

¿Por qué? - Se preguntaba- ¿Por qué tenía que morir Elena dejándola a ella huérfana de calor, de hogar, de cariño? Tenía a Constanza, a Antonio, incluso al bondadoso duque de Bramante, pero nadie podía igualar a Elena, porque Elena era el hogar, ese hogar que ambas mantuvieron como refugio de la libertad que ella clamaba y de los sueños que Elena mantenía en su corazón.

Habían vuelto a su antiguo oficio, a dejar su cuerpo separándolo de su espíritu, y era en esa casa que ambas compartían, en la que no entraba ningún hombre que pagara por sus envolturas, donde las dos habían encontrado el paraíso que las protegía de todo lo que no fuera sentir que se tenían la una a la otra, que no sufrían el hambre que les atormentó en el encierro que diez años atrás habían compartido. El hogar que habían formado era el lugar de recogimiento, de lecturas, de charlas, de soplos de libertad y de sentir que por el hecho de ser mujeres no pertenecían a otra raza diferente en ese mundo de hombres, a los cuales necesitaban para conservar su libertad y sueños como mujeres. Ninguna de las dos se había casado, y aunque era

cierto que después de diez años todo Lisboa conocía a lo que se dedicaban, no lo era menos que el oficio poco importaba si en la alcancía de su casa había más monedas de oro que en la de muchas casas regaladas desde la cuna.

Esa alcancía acallaba rumores, abría puertas y también ayudaba a gente que necesitaba de una limosna para comer. Todos alababan la belleza, generosidad, cultura de las dos mujeres, sobre todo de Inés de Castro, algo que ésta reconocía debía sobre todo a la labor del duque de Bramante, el cual después de que sus envejecidas carnes se convirtieran en un estorbo a la hora de poseer a la joven dama española, se había dedicado con un afán noble a guiar a ésta por los senderos de lo que él definía como sabiduría. Los regalos del duque de Bramante siguieron llenando las arcas de las dos mujeres y cuando estos regalos se espaciaban por ausencia del duque, se subsanaba por los de algún otro noble caballero que tenía en cuenta que jamás podría dañar a la bella protegida del poderoso duque.

Tal era su posición y su consideración en cualquiera de los estamentos que regían el destino del pueblo, que no les hubiera sido difícil encontrar a un buen marido que cerrara los ojos y compensara la ausencia de virtud con la riqueza que ellas habían adquirido, pero ninguna de las dos lo hizo. Inés porque no encontró a ningún hombre al que realmente deseara dar su cuerpo y corazón unidos y Elena porque en su vida no apareció ningún Amadis de Gaula que pudiera borrar en su mente lo que ella era. Al final, ya en la treintena, ambas se sentían felices en ese refugio que habían construido y ninguna de las dos necesitó del amparo oficial de un hombre que les diera su nombre.

Se me va, se me va –pensó Inés, al ver el gesto de dolor de su querida hermana. ¿Qué será de mí? Me miro al espejo y compruebo que el hereje no mintió a mi abuela, pero para qué quiero una vida en la que todo escape de mí. ¿Cómo podré soportar su muerte? ¿Cómo soportaré las que el destino cruce en mi existencia? Tendré que matar mi corazón para que éste no sufra. ¿Es eso vida? ¿Era la vida que tu querías para mí, vieja avara? – preguntó en voz alta Inés.

- ¿Con quién hablas, Inés? –preguntó Elena entreabriendo los ojos.

-Con nadie, con nadie. Duerme, Elena, no me separaré de ti.

-No quiero dormir, Inés, quiero mantenerme despierta hasta el final. Ya dormiré luego.

-No hables así, por favor, no hables así, no lo puedo soportar.

-Inés, he sido feliz en esta casa. No encontré a mi Amadis de Gaula, sé que no existe, pero este hogar nuestro ha sido más de lo que nunca podría haber soñado. Inés, contigo dejé mi miedo a un lado, tu libertad me hizo libre y un ser digno. ¡Cuánto hemos aprendido juntas y cuánto hemos reído! Es buena la risa, ¿verdad? Ahuyenta el remordimiento, ennoblece el alma, la libera de sus cargas.

Era cierto, en esos diez años, resueltos sus problemas más perentorios, eran lo que más habían hecho las dos: reír, reír, saboreando la vida, mientras contemplaban los almendros en flor, y un cielo enrojecido por el sol poniéndose sobre el Tajo, escuchando las historias inventadas de Antonio, o la charla de su vieja y querida benefactora Constanza do Riveira.

-Inés –dijo de repente Elena-, siempre he querido hacerte una pregunta que no me atreví a hacerla en la cárcel, cuando creí lo que Lope me contó ¿Te acuerdas? Tú eras una bruja capaz de sortilegios maléficos –rió la enferma sin fuerzas, contagiando con su risa la de Inés-. Dime –continuó preguntando Elena-. ¿Cómo es posible el milagro? ¿Por qué no se nota en ti la edad madura que ambas tenemos?

-Es una vieja historia, te la contaré. Escucha, una vez me pintó un hereje. Mi abuela pagó una bolsa de maravedíes por el retrato.

Repentinamente Inés calló, Elena había empezado a temblar con espasmos que parecían retorcer su cuerpo. Cogió sus manos, susurrando al oído de su amiga palabras de cariño, Elena pareció tranquilizarse y preguntó: - ¿Crees que yo podría ser Oriana? Inés

-Tú eres Oriana, Elena, la mejor Oriana que un Amadis podría desear.

Elena sonrió con expresión feliz, inclinó su cabeza sobre el brazo de Inés y expiró.

La desesperación de Inés fue tan grande que, según comentaron las gentes, sus gritos llegaron al río que los llevó al mar y se mezcló con el rugido atronador de las olas que zarandearon con rabia y desesperación a los barcos durante varios días.

Las desgracias nunca vienen solas, se acompañan de otras que hicieron que Inés maldijera al hereje que la pintó. Después de Elena, fue Antonio, el padre adoptado, el que se contagió; el esmirriado y pícaro hombre murió feliz, escuchando de boca de Inés, la palabra “padre”

con devoción.

A Antonio le siguió Constanza do Riveira, la vieja y querida amiga que la ayudó a mantener el hogar que otra vez veía desaparecer.

El duque de Bramante, nada más morir la última persona que ataba a Inés a Lisboa, vino en auxilio de ella y le propuso que se fuera con él a Italia, cuna de la antigua civilización que él deseaba mostrarle, y así ambos partieron hacia la ciudad eterna.

En Roma, mientras paseaba, acompañada por Piero Clementini por las ruinas antiguas de la que fue orbe de la humanidad, aleccionada por lo que el duque le había hecho leer al respecto y tantas veces le había explicado, se emocionó maravillada al comprender que entendía el susurro de esas ruinas, el eco de las voces de los que la construyeron. Por primera vez entendió lo que significaba el concepto de eternidad y tuvo miedo. Intimó con Piero, pero a este hombre no le entregó su envoltura ni tan siquiera su corazón, le entregó su amistad, recibiendo a cambio por parte de él la inaudita confesión de que él había sido pintado, casi dos siglos atrás, por una persona de aspecto extraño. Piero le explicó lo que tenía que hacer cuando en los demás causara espanto su juventud. Por él supo que su vida, mientras ese cuadro estuviera a buen resguardo, sería un trasiego de cambios, de ciudades, de países, de identidad. El espanto de Inés fue neutralizado por la alegría de este hombre al describirle la suerte de poder conocer a gentes como él conoció. Piero se enorgullecía de que mientras Miguel Angel pintó la capilla Sixtina él fue uno de los hombros donde el genial artista descargó su frustración.

El primer nombre de la lista lo encabezaba el suyo propio, el segundo Piero, que le dio el nombre de tres personas más, que como ellos estaban atados a la eternidad. Luego anotaría otros nombres más en su lista, nombres que le dictó otro hombre como Piero y ella misma. Esa lista, que en un momento de debilidad dio a Pablo, era la misma que ahora estaba en poder de Mercedes Escobar, la chica que la había mirado con tanta desconfianza, con la que probablemente se tendría que sincerar por deseo de Pablo Segura, su último y verdadero amor.

X

MADRID 1941 - SE DESTRUYE LA LISTA

Su verdadero amor! ¿Cómo es posible? Te has fijado en esa mujer, es muy joven y Pablo era una persona vieja, muy vieja. Te digo, Ignacio, que no es de fiar, –repetía Mercedes en su estudio, paseando con nerviosismo. De vez en cuando miraba a través de los visillos hacia la Plaza concurrida de gente que salía y entraba del metro, por si vislumbraba al maldito alemán que les siguió.

-Mercedes, has estado muy inquisitiva. Esa mujer nos ayudó cuando se dio cuenta de que aquel tipo venía a por nosotros, y tú parecías acusarla de no tengo idea qué –comentó Ignacio sin contemplaciones.

-Claro que he sido yo la que he tenido que preguntar, tú estabas tan embobado mirándola que parecías un tonto pasmarote.

-Cómo iba a preguntar si no me has dejado meter baza. Además, ella lo ha dejado todo claro, ha venido porque Pablo le llamó, y aquí se ha encontrado con la sorpresa de que el pobre hombre ya era fiambre. No tengo ni idea por qué se emocionó cuando escuchó lo de ese dichoso cuadro, ni tan siquiera sé por qué te ha advertido que destruyas la lista, pero está claro que desea protegerte, por lo tanto, no veo yo a qué tanta desconfianza –aclaró Ignacio.

-Tienes razón, todo este asunto destroza mis nervios.

-Dame la lista, Mercedes, tenemos que romperla –pidió Ignacio.

-De eso nada, esta lista no es una mera recopilación de nombres. No sé quienes son y por qué Pablo me la dio, pero no pienso destruirla, te lo aseguro.

-En ese caso, me la quedaré yo –aclaró Ignacio.

-La persona que te siguió no sabe dónde vivo, en cambio es fácil que averigüe donde trabajas tú. Si mató a Javier Alonso por esta lista, o por cualquier otro motivo, lo más seguro es que sospeche que tú la

tienes porque te siguió hasta su casa. Quizás tengas razón y debamos romperla.

-Podemos memorizar esos nombres –comentó Ignacio-. No sabía por qué había sido asesinado Alonso, ni tan siquiera cuál era la relación que unía a la lista con este embrollo del cuadro, ni con la mujer que acababan de conocer, cuyo nombre precisamente aparecía el primero del maldito pliego, pero estaba claro que ese hombre rubio los seguía para conseguir algo, ¿o quizás era para mandarles al otro barrio como a Segura y a Alonso? ¿Qué sabían ellos que pudiera interesarle? No podía entender nada.

Repitieron los treinta nombres de la lista. Algunos eran impronunciables, pero los memorizaron entre los dos, preguntándose uno al otro. Cuando uno de ellos se confundía al ser preguntando por el otro con la lista en la mano, volvían a intentarlo y al final, satisfechos, comprobaron que los dos, con buena o mala pronunciación, podían recitar la lista de memoria. Luego Mercedes quemó la lista con la cerilla empleada para el cigarrillo que calmó sus nervios.

-Ignacio, esta lista tendrá su importancia, no lo dudo, pero la clave de este asunto está en ese cuadro de Inés, porque es ella, estoy segura. La mujer pintada hasta tiene un lunar en el mismo lugar del rostro que nuestra misteriosa dama. ¿Cómo es posible? Estoy convencida de que pertenece al siglo XVII, me resulta difícil creer que tanto los profesores como yo nos engañemos al respecto. ¿Por qué me diría Segura que no debía ir a Alemania? Repíteme el último nombre de la lista, rápido –pidió Mercedes.

-Max Strassburger –contestó Ignacio, pensando que Mercedes deseaba pillarle para comprobar que la “lección aprendida” seguía impresa en su memoria.

-Es un nombre alemán. ¿Podrías enterarte de quién es?

-Podría intentar averiguarlo, pero no creo que este nombre nos diga más que si nos enteráramos quien fue por ejemplo Abraham Kurzt o Piero Clementini.

-Sí, si tenemos en cuenta de que en esta lista, compuesta por nombres de casi todas las nacionalidades, es el único nombre alemán, y el cuadro lo quieren llevar a Alemania ¿no es así?

-Parece ser –contestó Ignacio, pensando que tenía que contactar con el inspector y hablarle sobre el hombre que le había seguido a casa de

Pablo y al palacete de Inés.

-Mercedes, tengo que pasarme por la redacción y llamar al inspector. Debo informarle del hombre que me siguió. Volveré en cuanto pueda.

Se acercó a ella, la abrazó con fuerza y la besó en los labios, en una caricia prolongada que hizo gemir a la mujer, percibiendo que estaba más impresionada de lo que quería aparentar.

-Parecías un auténtico lelo mirando a esa mujer –dijo Mercedes sonriendo.

-Qué dices, sólo pretendía averiguar si realmente era la dama de nuestro famoso cuadro, intentando emplear un tono jocoso que distendiera el nerviosismo de los dos.

-No le digas al inspector nada sobre la lista.

¡No me digas que vas a hacer caso a la mujer que me deleitó con ese cuerpo de maniquí!

-No seas payaso, no digas nada y tampoco hables de ella. Si te pregunta si volvimos directamente a mi casa, no mientas, di que yo estaba tan nerviosa que preferí que el coche nos llevara a otro lugar. No te retrases, no me apetece estar sola. Ah, procura comprar un par de bocadillos, en casa sólo tengo leche.

Antes de irse Ignacio recomendó a Mercedes que no sólo cerrará la puerta con llave, sino que también echará el pesado cerrojo. No le apetecía dejarla sola en absoluto, pero no tenía más remedio que acudir a la redacción; probablemente Héctor Padilla había llamado varias veces a su pensión, además era necesario que el inspector supiera que quizás el mismo hombre, que ante la vista de todos asesinó a Segura, le había seguido a él la noche anterior a casa de Javier Alonso.

-Regresa pronto–dijo Mercedes mirándole con una mirada envolvente que hizo que el hombre se volviera para besarla nuevamente.

Fue andando hasta la calle San Bernardo; necesitaba caminar para despejarse un poco, el embrollo de este asunto estaba empezando a obsesionarle. No entendía ni comprendía lo que ocurría. El remate final había sido la visión de esa misteriosa mujer. ¡Qué mujer, era impresionante! Pensó entonces en Mercedes y sonrío para sí al pensar en los celos que había creído percibir en ella. Jamás hubiera imaginado que demostrara ese sentimiento infantil, que denotaba

cierta inseguridad; siempre había creído que ella era el ejemplo de mujer liberada, fuerte y autosuficiente, y ahora le demostraba una faceta distinta, como cuando hicieron el amor y ella pareció temerosa, incluso tímida. ¡Qué embrollo! Liarse con la que hasta entonces había sido para él una camarada. ¿Tendría razón cuando le dijo que podrían continuar siendo amigos y amantes? Nada de lo ocurrido había sido premeditado ni siquiera pensado, ocurrió porque sí, como ocurrían todas las cosas.

Qué aspecto tan triste se respiraba en el ambiente. Recién llegado a Madrid, a pesar de su aire provinciano, de la huella de la guerra y la escasez, se había sentido impresionado por el color de un azul intenso de su cielo. A esa hora, casi de noche, con un cielo blanquecino que no dejaba asomar ni el brillo de una estrella, y con gente que parecía caminar deprisa, como si temiera algo, encontró el ambiente opresivo.

Fue al periódico y se encontró con Padilla que le dijo que hacía una media hora se había marchado Humberto Sánchez, el inspector.

-Le dije que anoche tuviste una entrevista con Javier Alonso. Me preguntó a qué hora te fuiste del periódico, cuándo volviste a la redacción, etc., etc. Sé que has ido al entierro de Pablo Segura, compañero de Alonso, y que sabes que han matado también a este pobre hombre. Me lo contó el propio inspector. Por cierto, chaval, no sabía que te codearas con la hija del poderoso Escobar. ¡Buen braguetazo! Aunque te advierto que la fama de esa chica dentro de su círculo no es precisamente buena. Claro que poco se puede esperar de alguien a quien su padre manda a un internado de Inglaterra siendo una adolescente.

Cretino, estúpido –pensó Ignacio, mirando de malos modos a su director, algo que pasó desapercibido para este hombre, que muy ufano volvió a decir:

-Le he dicho al inspector quien es tu tío. Pareció muy sorprendido al oírme decir que era nada menos que Norberto Castilla. Así no te molestará demasiado. Me dio este número de teléfono para que lo llamaras, puedes hacerlo desde mi despacho.

Con un suspiro de alivio al ver que Padilla no entraba tras él y lo dejaba en paz marcó el número de teléfono. Reconocía que este hombre era lo que se podría llamar un perro viejo, que conocía su oficio, y que con él se aprendía el trabajo de periodista, a pesar de las opiniones sesgadas y sin contrarrestar que vertía el diario, siempre favorables al gobierno, como las de toda la prensa en general si no

querían que le cerrasen, pero escucharle opinando sobre algo ajeno al trabajo era algo que no aguantaba, sobre todo que comentara sobre Mercedes. No podía entender que alguien con una preparación intelectual como la de Padilla pudiera permitirse chismorrear como una portera. Le hubiera gustado gritar: “Menos mal que algunas mujeres rompen el molde de las que Ustedes quieren formar: represivas, beatonas, estúpidas.”

La voz del inspector al otro lado de la línea le hizo abandonar su disquisición.

-Inspector–dijo- Soy Ignacio Castilla.

- ¿Está Usted. en el periódico? – preguntó el inspector.

-Le estoy llamando desde el despacho de Padilla.

-Sólo quería hablar con usted por si recuerda algo que venga bien a la investigación. Su director ya me ha explicado el motivo de su visita a casa de Alonso en horas tan intempestivas, también me ha confirmado la hora de su llegada a la redacción. Usted dirá si quiere añadir algo.

-Me gustaría saber cómo murió Alonso. Fue obra de algún ladrón.

-Le acuchillaron. El hombre murió desangrado. No debió tener una agonía muy lenta según el forense, porque el cuchillo le atravesó el corazón. Encontramos la caja fuerte abierta, pero no parece que se llevaran nada porque todas las joyas se encontraron en sus estuches, y algunas eran realmente valiosas. Hablamos con una sobrina que conocía lo que su tío guardaba en esa caja y nos confirmó que todo parecía estar en orden. ¿Tiene algo que añadir?

-La lista –pensó Ignacio, sobrecogiéndose- Esa lista que él y Mercedes habían memorizado del derecho y del revés.

-Cuando fui a casa de Alonso me siguió un hombre, creo que era alemán –dijo.

- ¿Por qué lo cree? –preguntó el inspector.

-Porque hablaba en ese idioma. Cuando salí de la casa del profesor fui andando hasta la estación de Alonso Martinez, pero no lo volví a ver.

-Señor Castilla, tengo que verle. Sé que es tarde, pero necesitaría que me describiera personalmente a ese hombre que dice que le siguió.

Pensó con fastidio en que el inspector le obligaría ir a la comisaría. Sentía temor por Mercedes, deseaba llegar cuanto antes al pequeño estudio de ella. Su humor mejoró un poco cuando Humberto le propuso que se citaran en un bar bastante cercano a la sede del diario.

Estuvo en la oficina casi una hora, le dijo a Padilla que el inspector quería hablar con él. Subió por la calle San Bernardo hasta la Glorieta de Bilbao; en ese corto trayecto tuvo la misma sensación anterior cuando caminó desde casa de Mercedes hasta la sede del periódico. La gente andaba deprisa, como si temiera encontrarse con una barricada o con un tiroteo, como antes de que Madrid cayera en manos de los que ahora gobernaban. Pensó en Paul, en lo que estaría haciendo, en el mundo que habían conocido en París antes de esta terrible guerra que asolaba Europa. Madrid no estaba ya en guerra, pero el espíritu de ese período de tiempo se había adentrado en las gentes, que llevaban en su interior miedo, gentes que miraban recelosas a los que se cruzaban, a los que no conocían, gentes que probablemente no podrían describir el espléndido cielo de la ciudad, porque sólo miraban al suelo.

Lo mismo ocurriría en París, la gente caminaría deprisa, mirando sus pies, intentando desviar la vista si se encontraba con los ojos de un desconocido. El mundo tenía miedo, y ese mismo miedo se colaba en las ciudades, envolviéndolas, creando una atmósfera pesada que se depositaba en sus habitantes. Él también tenía miedo, como Mercedes, como la misteriosa dama que les había salvado momentáneamente de su seguidor.

Humberto Sánchez estaba sentado en una mesa y llamó a Ignacio en cuanto éste entró en el bar.

Ignacio agradeció el calorcillo que había en el local, lleno de humo de tabaco, deseando que el inspector no se extendiera demasiado para volver con Mercedes. Se fijó en unas tortillas que una mujer colocó tras la vitrina del mostrador y pensó que compraría allí los bocadillos que ella le encargó.

-Hace frío –dijo Humberto-. No parece que estemos a principios de octubre. Recuerdo los otoños de mi juventud, eran maravillosos. Yo solía ir con mi novia al Retiro o a la Casa de Campo. ¡Menudo invierno nos espera!

Ignacio no quería ser grosero, pero estaba deseando que fuera al asunto, por lo que únicamente asintió con la cabeza, confirmando la apreciación del inspector. Le habían contado, y estaba seguro de ello,

de la brutalidad con que se trataba a los detenidos en las comisarias, pero al mirar al hombre que tenía frente a él tuvo la impresión de que Humberto no era de esa calaña, parecía un buen hombre y quizás podría ayudarles de alguna forma, aunque desde luego no hablaría para nada de esa lista ni de la mujer que se parecía a la del cuadro.

- ¿Cómo era el hombre que le siguió? –preguntó Humberto.

-Rubio, muy alto, vestido con una gabardina y sombrero. Era de nacionalidad alemana, estoy seguro.

-Efectivamente coincide con la descripción que nos hizo Mercedes Escobar y los que presenciaron el crimen –contestó Humberto.

-Me ha seguido en dos ocasiones. La primera cuando fui a entrevistar a Alonso y la segunda cuando me llevé a la señorita Escobar del cementerio.

-Tomaron un taxi para ir a casa de la señorita Escobar. ¿Cuándo se dio cuenta de que les seguían?

-No fuimos directamente a casa de la señorita Escobar. Decidimos que nos llevara a otro lugar para pasear un poco. Mercedes estaba muy afectada.

- ¿A dónde les llevó el taxi?

-Nos llevó hasta Arturo Soria. Es un buen lugar para pasear. Paramos ante un palacete para verlo de cerca, y allí vimos a ese hombre de nuevo.

- ¿Se acercó a Ustedes? ¿Les dijo algo?

-No, nos fuimos de allí. Lo despistamos.

- ¿Está seguro de que el aspecto de ese hombre coincidía con el que le siguió la noche anterior cuándo fue a visitar a Alonso?

-Completamente seguro.

- ¿Son muy amigos la Srta. Escobar y usted?

-Muy amigos –afirmó Ignacio.

-Mire, le voy a hablar claramente. Sé que usted es sobrino de Norberto Castilla, también he averiguado quién fue su padre. Voy a intentar encontrar a ese alemán, pero no es fácil, nada fácil. Además no

entiendo por qué motivo les sigue. Ese tío mató con toda tranquilidad a Segura y a Alonso por razones que no entiendo, y lo único que tendría que hacer sería salir de España y volverse a su país. Le aseguro que el brazo de nuestra justicia no llegaría hasta nuestra admirada Alemania–dijo Humberto con una ironía que no pasó desapercibida para Ignacio. ¿Dígame qué me oculta, Ignacio?

-No le oculto nada, sólo le digo lo que sé, que al ir a casa de Alonso me siguió un hombre y que ese mismo hombre coincide con la descripción del que asesinó a Segura –contestó.

-Mire, Ignacio, usted está libre de sospechas. Sé qué fue a entrevistar a Alonso por lo del cuadro. No tenía ningún motivo ni sacaba nada con asesinarle. Puedo comprender que viera a un hombre, cuyas características coinciden con las del asesino de Segura, y que ese hombre se dirigiera a casa de Alonso para asesinarle, cosa que no hizo de inmediato porque se dio cuenta de que usted también se dirigía allí. Probablemente esperó a que abandonara la casa para matar a ese profesor, pero todavía no entiendo el por qué de estas dos muertes. Leí la entrevista que le hizo a Alonso esta mañana, pero me resulta difícil creer que le hayan matado por desmentir que el cuadro no es un Velázquez. En cuanto a Segura no tengo ni puñetera idea por qué fue asesinado, que yo sepa ese hombre no había abierto la boca para nada, y lo que me resulta extraño es que un alemán los siga a usted y Mercedes porque sí, a no ser que guarden algo que ese hombre quiera recuperar. ¿Qué se calla, Ignacio? No sé si podré coger el asesino, pero le aseguro que podría ayudarles a usted y a la Srta. Escobar.

-No le oculto nada, Inspector –volvió a decir Ignacio sosteniendo la mira de este hombre.

-Me enteré que. salió de Paris un mes antes de que llegaran los alemanes. No quiero que Alemania gane la guerra, muchacho, no lo deseo y sé que piensa lo mismo que yo–dijo Humberto bajando la voz.

-De acuerdo –volvió a decir el inspector levantándose. Si me necesita o me quiere contar algo, puede llamarme cuando quiera, no importa la hora. Éste es el teléfono de mi domicilio

Pidió los bocadillos y con ellos, envueltos en papel de estraza, tomó el metro a escasa distancia del bar donde se había reunido con el inspector. Cuando se bajó en Opera, después de cruzar la plaza a paso rápido, subió de dos en dos las escaleras del edificio donde se encontraba el estudio de Mercedes.

Se encontraba cansado, el corazón le latía con fuerza.

XI

FLORENCIA SIGLO XVII -EL DUQUE DE BRAMANTE CONOCE EL SECRETO

Le latía el corazón con fuerza cuando a requerimientos del duque abrió la puerta de los aposentos de éste. Desde la confesión de Piero, cuando escuchó de sus labios lo que tendría que hacer a medida que el tiempo fuera pasando y provocara sospechas en los de su alrededor, cada vez que el duque le llamaba sentía temor. Pronto cumpliría treinta y un años, era ya mayor, demasiado para seguir conservando un aspecto que al duque, hombre ya cercano a los setenta, debería extrañar. Un día este hombre la miraría con temor y le preguntaría qué ocurría con ella, quizás fuera acusada de nuevo de brujería. Tenía razón Piero, debía irse, apropiarse de una nueva identidad y desaparecer de todos los que la conocían.

-Acércate, querida –oyó decir al duque.

El duque estaba acostado, su aspecto parecía macilento y más envejecido que de costumbre.

- ¿Qué os ocurre, señor?

-Llevo cuatro días enfermo –contestó el duque.

- ¿Por qué no me habéis avisado? ¿Por qué nadie me avisó?

-Ordené que no lo hicieran.

-No entiendo.

-Te traje a Roma para que vieras con tus propios ojos los restos de la grandeza de la que tanto te hablé. No quise que pasaras tus días al lado de un enfermo al que ya le queda poco tiempo.

-Pensé que no queríais que os molestara, incluso creí que habíais viajado a Florencia. Os oí hablar de que queríais visitarla. Si lo hubiera sabido no me habría movido de vuestro lado. Os habría

cuidado –dijo Inés a punto de llorar.

-Eso es lo que quería evitar, Inés. Me alegro de que Piero te haya acompañado en mi lugar. Piero es una persona fascinante. Lo conocí en mi juventud. Yo por entonces sólo era un fatuo que presumía mucho de las prebendas de ser primo del rey de Portugal. Él me educó, me mostró lo que yo miraba sin ver.

Inés escuchó atemorizada estas palabras. Si había conocido a Piero en su juventud, el duque tendría que notar que seguía siendo el mismo hombre que sólo aparentaba unos cuarenta años, los años que debía tener cuando fue pintado. ¿Por qué le hablaba así?

-Quise buscar a ese pintor, Inés, pero no lo encontré. Luego pensé que probablemente él no se deja buscar, encuentra al que quiere pintar. Me entiendes ¿verdad? Yo no viviré mucho para protegerte, mi amada Inés, por eso he ordenado y dispuesto todo para que vayas a Florencia, te gustará.

-No tengo a nadie, sólo os tengo a vos, –contestó Inés, llorando con más fuerza.

-Debes irte, hazme caso. Sólo lamento no haber podido recuperar tu cuadro. Sé que estuvo en poder de un tal Sancho García hasta que murió, pero mis pesquisas terminaron en esta información, quería entregártelo para que fueras dueña de tu destino, pero no lo logré.

Una fría mañana, Inés abandonó la bulliciosa y vieja ciudad de Roma, y se instaló en Florencia, lugar donde vivió hasta que su cutis nacarado y terso empezó a ser mirado con prevención y le obligó a vender las posesiones que el dinero del duque le proporcionó, y vivir en diferentes ciudades de Italia, en otros países, antes de regresar nuevamente a España.

En uno de sus encuentros con Piero, visitó un jardín encantado que le fascinó, conocido por el nombre de Bomarzo. Miró aterrada las figuras fantasmagóricas de ese jardín, los monstruos extraños que habitaban allí.

- ¿Así somos nosotros, Piero? ¿Monstruos extraños? –preguntó.

-No, Inés, nosotros no somos monstruos, somos humanos con algo más de poder.

- ¿Qué clase de poder?

-Elegir la hora, el día, el año ¿Te parece poco?

-Cualquiera puede elegir la hora, el día y el año.

-No lo creas, no es fácil. Nadie cree vivir lo suficiente. La vida es corta, Inés, muy corta, y el que vive de verdad no envejece por dentro como por fuera. Inés, cuando termine el tratado sobre mis últimas investigaciones arqueológicas, destruiré mi cuadro. Te lo haré saber. Doscientos cincuenta años son demasiados años ¿no crees?

Lloró y comprendió.

A finales del siglo XVIII, Inés Castro se instaló en Madrid; en la capital del reino, antes de ese tiempo mientras vagaba por otros mundos, por otras ciudades, había conocido a más personas que fueron desapareciendo de su vida. Resistió como pudo, aferrándose a bellos recuerdos, pero sobre todo a su curiosidad, a una curiosidad que la mantenía ocupada y hacía de ella una mujer cada vez más sabia. En momentos de tristeza lamentaba no ser la dueña del cuadro que era su destino.

En Madrid, hizo una gran amistad con Miguel José de Azanza, la persona que le dio el alimento espiritual que antes había recibido de su viejo amante, el duque de Bramante. Miguel José, un intelectual ilustrado, que creía de buena fe en la necesidad de un cambio político y dinástico en España, llegaría a ser ministro de José I, hermano de Napoleón.

Sus conversaciones con él le hicieron adentrarse en los entresijos de la política. Miguel José le hablaba con entusiasmo de la Revolución que ocurría en el país vecino, de la llegada de nuevos tiempos que insuflaron en el corazón de Inés nuevas ilusiones. El mundo, ese mundo estrecho y mezquino en el cual nació, desaparecería de la faz de la tierra para ver resurgir un nuevo orden social. Esa alegría suya por el ansiado cambio pronto se vio mermada al contemplar, con auténtico pavor, a las tropas de Napoleón recorrer España, pero cuando este amigo, destronado el inepto Carlos IV, le habló de los proyectos que el nuevo rey, José I, traía para España, lo creyó.

Por entonces su situación económica pasaba por malos momentos, y ella, aunque ya pudiera ser considerada como una mujer letrada y preparada, no sabía hacer nada más que no fuera entregar su envoltorio carnal sin poner su corazón. Cuando Miguel Angel le presentó al nuevo rey, y éste la miró con ojos de deseo, ella se convirtió en amante del nuevo monarca en cuyos proyectos de

reformas siempre confió.

Cuando José I fue obligado a abdicar con la vuelta de Fernando VII, Inés, considerada una traidora afrancesada, volvió a salir de España, instalándose en Gran Bretaña, no sin antes enterrar con todos los honores a la que siempre sería su amiga del alma, Elena, e intentar cumplir la promesa que le hizo a Anselma Sarmiento.

Ahora huía para salvar una vida que no le podrían quitar, acusada de traidora y afrancesada. Traidora de qué y por qué –pensó, mientras preparaba su huida. Lloró con los fusilamientos de Mayo en Madrid, curó a heridos, repartió alimentos, y creyó en el hombre extranjero que si le hubieran dejado quizás hubiera podido convertirse en un buen rey. La relación que mantuvo con él, aunque no tan satisfactoria como la llorada y recordada con el duque de Bramante nunca lo consideró una traición, porque en su cuerpo no mandaba una nación, mandaba ella, y era un cuerpo que vagaría y trascendería a ciudades, naciones, monarcas, porque era eterno.

XII

MADRID 1941 -LA CONFESIÓN

Me está diciendo que su cuerpo es eterno? – oyó decir Ignacio a Mercedes mientras ésta descorría el cerrojo para que él entrara.

¿Con quién hablaba Mercedes? – pensó atropelladamente Ignacio, dándose cuenta de que aunque ella hubiera descorrido el cerrojo interior no le había abierto la puerta, ya que no se había molestado en abrir la llave por dentro.

Al entrar se encontró con una sorpresa. La persona que hablaba con Mercedes era la que les había salvado de su perseguidor.

Se quedó atontado, sin saber qué decir. Mercedes parecía no darse cuenta de su presencia, se paseaba con zancadas largas y poco femeninas por la habitación, mirando de vez en cuando, con ojos muy abiertos, a la misteriosa mujer.

Carraspeó un poco, más que nada para que Mercedes se diera cuenta de que ya había llegado. No podía evitar mirar a Inés. A la luz débil de la bombilla su cutis nacarado adquiría una tintura que parecía hacerle todavía más transparente. Era cierto, se parecía tanto a la mujer del cuadro que se le podía considerar su doble.

Mercedes se paró frente a él, le miró con cara de pocos amigos. Estaba claro que se encontraba incómoda y más nerviosa que cuando la dejó.

-Ha venido la señorita Castro para hablar conmigo –dijo a modo de presentación.

Sólo contestó con un “ah”. No sabía qué decir ni qué actitud adoptar. El ambiente era raro, demasiado –se dijo Ignacio.

-Me voy, señorita Escobar, crea en mí, por favor, no estoy loca, se lo aseguro. Ni un loco podría inventarse una historia como la que le he contado. Entiendo que no lo comprenda, lo entiendo perfectamente porque ni yo ni las personas de la lista podrían darle una explicación

racional, ya que no la hay. Si quiere contactar conmigo me puede llamar a este número de teléfono. Siento involucrarla, Mercedes, pero Pablo me ha guiado hacia usted y debía intentarlo.

Se despidió de ellos, dio su mano a Ignacio que se la estrechó. El contacto de esta mujer producía en la piel una especie de caricia suave; extendió luego su mano hacia Mercedes, que seguía mirándola con cara de pocos amigos.

Ignacio reaccionó con prontitud, le dijo a Inés, sin mirar a Mercedes, que le acompañaba a la calle, pero ésta, con una cálida sonrisa, declinó su ofrecimiento.

No es necesario, gracias. El chofer está esperando abajo. Mercedes tiene mucho que contarle. ¡Adiós! gracias por el tiempo que me ha dedicado, Mercedes.

Mercedes no contestó, sólo habló cuando la mujer ya había salido.

-Le acompañaré a la calle –dijo con un matiz burlón, mirando furiosa a Ignacio.

No quiso hacer caso de la burla, se acercó y la besó en los labios. La caricia pareció hacer efecto en la mujer que exclamó:

-No te lo vas a creer, Ignacio! Me ha contado un bulo que es la historia más absurda y tremendista que jamás imaginé escuchar.

Empezó a retorcerse las manos. Ignacio observaba su creciente nerviosismo, lo que hubiera oído de labios de Inés la ponía fuera de sí, de forma exagerada, evidentemente.

-Me ha dicho que ella es la mujer de ese cuadro, que le pintó un hombre ¿Cómo le llamaba? Ya recuerdo, le llamaba el hereje. Me ha explicado tantas locuras que me ha puesto fuera de mí. ¡Es una loca de atar! Estoy segura. ¡Venir a mi casa para contarme semejantes barbaridades! ¡Qué se creerá esa mujer!

-Cálmate, Mercedes, empieza por el principio, estás demasiado alterada –dijo Ignacio-. Se encontraba cansado, con ganas de ponerse a comer el bocadillo que había comprado para los dos. Había ansiado volver a casa con Mercedes, comprobar que ella se encontraba a salvo y descansar abrazado a su cálido cuerpo, pero estaba claro que habría que posponerlo.

Mercedes contó con pelos y señales a Ignacio todo el relato. Para

sorpresa suya, Ignacio no gritó como ella llamando loca a la mujer, sólo dijo: - Qué interesante.

- ¿Cómo te puede parecer interesante tantas barbaridades? –preguntó Mercedes con la ira asomando a sus ojos.

-Reconoce que lo que te ha contado es fascinante. No te estoy diciendo que lo creas –contestó Ignacio.

-Claro que no lo creo, como voy a creer a una persona como esa, que probablemente encandiló al pobre Segura y que seguro que tiene que ver con su muerte.

-A Segura le mató ese hombre alemán. Tú lo presenciaste, Mercedes.

-Tienes razón, desde que ocurrió estoy fuera de mí, no me reconozco. Está claro que no soy tan fuerte como creía. Tengo miedo, un miedo horrible.

-Te llegó a hablar Inés de su relación con Segura? –preguntó Ignacio, abrazado a ella en la cama.

-No, creo que no le di oportunidad de hacerlo. Cuando me explicó que el cuadro era la explicación de su inmortalidad, yo no hice otra cosa que interrumpirle, que decirle que todo lo que decía era un cuento absurdo. Creo que hasta le insinúe que estaba loca de atar.

-No sé por qué te ha contado algo tan extravagante. No me parece que esa mujer esté loca, no da esa sensación, pero a saber.

-No, no está loca, estoy segura. Me aterra afirmarlo, pero mientras me hablaba de esa locura, sentí en lo más profundo que ella no me mentía, que decía la verdad –confesó Mercedes avergonzada.

-Mercedes, es imposible que creas semejante barbaridad. El cuento es fascinante, pero por favor no me vengas ahora con dudas. Una cosa es que a ninguno de los dos nos dé la impresión de estar en presencia de una loca, al menos de una loca peligrosa, y otra muy distinta es que este rocambolesco relato llegue a plantearnos un atisbo de credibilidad. Lo que te ha contado es físicamente imposible –contestó Ignacio mirando fijamente a la mujer en cuyos ojos empezaba a vislumbrar una duda que no estaba dispuesto a permitir.

-Ignacio, pinté en mi casa ese cuadro de la mujer, memorizando sus rasgos. Míralo –dijo, levantándose y destapando el cuadro que ya conocía Ignacio.

Desde luego el parecido era sorprendente, incluso el lunar que Mercedes había visto en el rostro de la pintura original, y que había sido pintado de igual modo en su cuadro, un lunar situado encima del labio superior, que confería a esta mujer un atractivo más, era exactamente el mismo que tenía la persona que hacía un momento había contado una historia imposible de creer.

Ignacio no dijo nada al respecto, pero al volver a mirarlo tuvo un sobresalto.

-Fíjate, está pintado de memoria, lo he contemplado tantas veces que he conseguido un parecido asombroso con el original. Mi cuadro es técnicamente superior y más elaborado que el que hizo el autor del mismo, pero hay una diferencia que me aturde, y más después de oír la fantástica historia de esta mujer. El original tiene vida, la mujer de ese cuadro parece respirar, el mío no capta esa impresión que acongoja. Ignacio, mañana iré a visitar a Inés, me disculparé y le diré que me vuelva a contar todo. Tengo la intuición de que nos encontramos ante un caso que me pone los pelos de punta. Quiero que me acompañes.

Volvió a acostarse al lado de Ignacio, el calor del cuerpo del hombre la tranquilizaba, hubiera deseado seguir así, abrazada a él durante toda la eternidad. Al darse cuenta de la palabra que su deseo pronunció, volvió a temblar.

- ¿No duermes? –preguntó Ignacio

-No, no puedo dormir, estoy pensando. ¿Y si fuera cierto, Ignacio? Imagínete que lo fuera.

-Es imposible. Nacemos, vivimos, morimos. Así es la vida.

-Sería terrible vivir eternamente, terrible. No creo que nadie pueda resistir a vivir año tras año, sabiendo que el tiempo está detenido. Me imagino que nada puede superar el concepto de eternidad, ni el amor por un hombre, ni por unos hijos, ni por nada. ¿Te imaginas vivir sin esperanza?

- ¿Por qué sin esperanza? – preguntó Ignacio.

-Porque la esperanza solo se sostiene con la temporalidad de las cosas, de las personas, la esperanza debe de ser contraria a lo eterno. Si tú y yo viviéramos eternamente terminaríamos odiándonos. ¡Qué aburrimiento! - exclamó Mercedes acercándose más a él.

-Ella parecía amar a Segura –contestó Ignacio.

-Lo amó porque Pablo no era eterno; de no ser así ese amor no hubiera resistido el paso del tiempo – volvió a decir Mercedes con un matiz de amargura.
Durmieron mal, sobre todo Mercedes, impresionada por el relato que había escuchado unas horas antes de boca de una mujer que parecía trasmitir a través de sus ojos una verdad que ella no deseaba aceptar.

A la mañana siguiente, y después de que Ignacio llamara al periódico, se dirigieron al domicilio de Inés. Cogieron el metro en Ópera y después un tranvía que los dejó en Ventas, muy cerca de la plaza de Toros. Desde allí, Mercedes propuso ir caminando hasta Arturo Soria, quería aprovechar el sol tibio de esa mañana de Octubre.

-Siempre me ha gustado esta parte de Madrid. El sueño de Arturo Soria era humanizar la ciudad, que la naturaleza formara parte de su entorno, pero sus sueños murieron con él. ¿Sabes por qué? – preguntó Mercedes, ansiosa de hablar de cualquier tema que distrajera sus pensamientos.

-No ¿Por qué?

-Mi padre y su Banco ya están adquiriendo terrenos y echando fuera a la gente que vive en casitas bajas con un trozo de jardín.

Llegaron hasta el palacete de Inés, construido en la gran avenida recta donde se ubicaban las grandes mansiones que hasta antes de la guerra servía como lugar de veraneo para los madrileños. Detrás de estas grandes casas, en hileras de calles rectas, aparecían esas pequeñas casas que Mercedes sospechaba que pronto serían derribadas por el Banco de su padre.

Llamaron a la campana de la verja. El hombre uniformado, que los había llevado en el coche despistando a su perseguidor, abrió la gran puerta de hierro. Cuando Mercedes dijo que quería hablar con Doña Inés Castro, les condujo hacia la entrada principal de la gran casa.

Sólo esperaron unos minutos que fueron aprovechados por los visitantes para recrear su vista ante la amalgama de pequeños tesoros esparcidos por la habitación, objetos de diferentes países y épocas.

- ¡Cuánto me alegro de que hayan venido! – exclamó Inés con alegría.

Vestía un sencillo traje sastre, muy ceñido a la cintura, que resaltaba la redondez de sus caderas. Ignacio pensó que era una mujer de

bandera, pero intentó que su rostro no reflejara esa especie de embobamiento que Mercedes reprochaba que se le ponía cada vez que la contemplaba.

XIII

MADRID 1931 - PABLO SEGURA CONOCE INÉS

Comentaban que cuando ella le miraba en su rostro aparecía una expresión de embobamiento, y él hacia verdaderos esfuerzos para que en su cara no se reflejara expresión alguna cuando la mujer se acercaba a hacerle una pregunta. Algún compañero, que también se había fijado en la alumna que asistía a sus clases como oyente, se reía de él y le decía que por más que disimulara se le notaba a la legua.

Por entonces era un simple profesor ayudante de esta facultad de Filosofía. Le encantaba la enseñanza, se esforzaba al máximo intentando introducir en la cabeza de sus alumnos el entusiasmo por el saber. Impartía la asignatura de Arte en los cursos comunes de la carrera, y podía sentirse orgulloso de cómo se llenaba su clase. Las horas que a él le tocaba darlas, esas clases grandes y escalonadas se veían atiborradas de gentes: alumnos suyos, de otras facultades, y de simples oyentes.

Él no hacía como otros compañeros que consideraban su asignatura como un compartimento estanco, en la que sólo contaba el programa establecido para la misma. Las clases de Arte de Segura englobaban otras materias, porque él no concebía un saber aislado. Si por ejemplo la clase en cuestión versaba sobre el Renacimiento, además de explayarse en su arquitectura, en sus pinturas, en los genios que sobrevivirían a todos ellos y que marcaron la época en que les tocó vivir, hablaba también del mundo que les rodeó, con lo cual sus alumnos escuchaban a la vez una magistral clase de Historia, de Filosofía, de inventos y avances, de alianzas y de guerras, de todo lo que servía para englobar el marco en que se construyó la cúpula de la Iglesia que quería que observaran sus alumnos, o la gran pintura del maestro que debían estudiar.

Admitía oyentes en sus clases. No necesitaba enseñar únicamente al alumno que debía calificar al final del curso, a pesar de algún comentario malévolo al respecto. Lo que menos le importaba era esa misma calificación final. Sostenía que el saber abría puertas, la

primera y más importante la de la mente, y pensaba que una mente despierta, abierta y preparada para cribar la información que le llegara, sería un hueso duro de roer para que los poderes mediáticos pudieran influir o engañar. Él soñaba con hacer de sus alumnos hombres y mujeres libres, con capacidad de decisión y comprensión propia. Entendía que todos los errores de la historia ocurrieron porque el hombre siempre estuvo encadenado a su ignorancia y a su interés mezquino. El saber haría libres a los hombres, y con esa misma libertad quizás en un futuro pudieran dominar sus miserias.

En cierta ocasión tuvo un grave problema que le pudo costar una mancha en su expediente. Propuso algo innovador en su clase: que los alumnos se calificaran ellos mismos. Cuando llegó a oídos de su jefe y catedrático de la asignatura semejante comportamiento, después de la consabida bronca y gritos en su despacho, tuvo que aguantar que esas mismas notas, dichas a viva voz por los alumnos que habían realizado el examen, tuvieran que ser revisadas después de entregar esos mismos exámenes a otros compañeros que impartían en otros horarios la misma asignatura, pero que gozaban de una fama menos innovadora que la que se ganó a pulso Pablo Segura. Para sorpresa del catedrático, casi todos los exámenes revisados fueron calificados con notas muy parecidas a las que los propios alumnos se atribuyeron, algo que dejó bastante perplejo al citado catedrático, hombre de ideas bastante inmovilistas pero en el fondo justo, que admiraba que las clases de Segura estuvieran llenas a reventar.

Inés Castro, después de una estancia en Gran Bretaña, donde partió exiliada a poco de caer como monarca José I, había regresado nuevamente a España a principios del siglo XX. Por entonces, sin problemas económicos que le hicieran temer por su seguridad, había decidido dedicarse de lleno a profundizar más en el camino del saber que le había iniciado el recordado duque de Bramante.

Asistió por casualidad a una conferencia en el Ateneo, donde todas las miradas se concentraron en ella por lo anormal de la situación, ya que era extraordinariamente raro que una fémina acudiese a un evento cultural y en un lugar propio de hombres, y también porque su juventud y belleza no pasó desapercibida para los sesudos oyentes, ni tan siquiera para la persona encargada de impartir esa conferencia: El prestigioso especialista en Arte, Pablo Segura.

Quedó embobada oyéndole, Segura hablaba del descubrimiento que pocos años antes había realizado Schliemann, en el lugar que este arqueólogo creía se ubicaba la ciudad de Troya de los cantos homéricos. La disertación de Segura hablando sobre este gran hallazgo

le llevó a explayarse sobre la gran gesta cantada en la Iliada y Odisea, para luego terminar explicando los pasos dados por el mundo helénico en el Arte, hasta conseguir convertirse en el canon oficial del mundo occidental.

Esperó un poco hasta que todos se hubieron ido. Segura guardaba papeles en su portafolios; de vez en cuando miraba hacia la mujer que permanecía sentada, con las manos cruzadas, esperando no se sabe qué.

Cuando terminó, no sin antes lanzar otra mirada a la mujer que durante toda la conferencia le había escuchado tan atentamente, ella se acercó a él.

-Perdone, ¿podría hablar con usted un momento?

-Sí, claro –contestó Pablo sorprendido.

-Me interesa mucho el Arte. Sé que Vd. imparte clases en la facultad de Filosofía ¿Podría asistir como oyente?

-No hay ningún inconveniente. Mi clase tiene las puertas abiertas para quien quiera entrar, señorita….

-Me llamo Inés Castro.

Salieron juntos del Ateneo charlando como si fueran dos conocidos. Segura, de naturaleza tímida, contestó a todas las preguntas que Inés le hizo, sin poder disimular la admiración que ella le causaba. Inés demostraba mucho interés en el tema que Segura se había tenido que preparar una hora antes de la charla, puesto que la conferencia no la debía haber pronunciado él, sino otro profesor, compañero suyo, que impartía clases de Historia Antigua en la misma Universidad. Su indisposición obligó a Pablo a sustituirle y a darle las gracias al día siguiente con mucha efusión, motivo de extrañeza para el mismo compañero, que pensó al recibirlas en lo que antes había costado convencerle para que fuera en su lugar.

Inés comenzó a ir a sus clases en calidad de oyente. Escuchaba, tomaba notas, y al final de la clase, cuando todos sus alumnos salían a los pasillos para descansar hasta la llegada de otro profesor que impartía otra materia, se acercaba a él y preguntaba todas las dudas que el tema le hubiera suscitado.

La amistad entre ellos, consolidada a través de charlas, libros que Segura le recomendó, consejos y advertencias, pronto fue dando paso

a un enamoramiento por parte de ambos.

Inés, que había decidido vagar por los tiempos sin atar su corazón a nadie, comprobó con terror que se lo estaba dando de forma incondicional a este hombre erudito y honrado que creía con fe en su misión.

El corazón de Inés, seco como ella lo definía a fuer de no querer sufrir, y haber aceptado el destino que tantas veces le obligó a maldecir a Anselma Sarmiento, empezó a absorber calor ante la presencia del profesor que primero la enamoró por su entusiasta erudición y luego por el conjunto que configuraba el hombre que Pablo Segura había logrado ser.

Sus sentimientos fueron correspondidos por este hombre. que jamás había tenido tiempo de enamorarse ni había soñado sentir por una mujer lo que ella le provocó.

- ¡Eres tan joven, Inés! ¡Tan joven! -repetía Pablo que temo que te canses de mí.
- ¿Qué edad crees que tengo? – preguntaba Inés con una mezcla de picardía y amargura.

-No más de veinte, demasiados pocos para un hombre maduro como yo.

-Soy mucho más mayor, Pablo, tan mayor que si lo supieras no te atreverías a tocarme, pero te amo, te quiero tanto que te entrego mi cuerpo y corazón unidos.

El hombre cuando oía estas palabras la abrazaba emocionado, pensando que la vida le había compensado con creces de la soledad en que había vivido hasta ahora, dedicado únicamente al estudio, aunque bien es cierto que esa soledad, que ya no podría volver a tolerar, la había querido para la consecución de la meta que se había fijado en la vida.

Cuando le propuso en matrimonio, ella se negó; le repitió besándole con pasión que el amor no necesitaba de papeles que lo legitimaran, que sólo necesitaba de ellos dos. Pablo, de pensamiento laico e izquierdista, no le importó en demasía esta negativa. Inés le amaba, era la compañera ideal que sabía conjugar con él a la perfección su cuerpo y su mente; quizás por lo único que lo sintió era porque de vez en cuando le asaltaba el deseo de la paternidad y pensaba que en esa España suya, a pesar de creer con firmeza que antes o después se produciría un cambio drástico, todavía sería reprochable traer un hijo

al mundo sin papeles en regla que le otorgaran una posición en la legitimidad.

Cuando habló de este tema con Inés para intentar de nuevo convencerla, ella, emocionada, le dijo que jamás sería madre, que no podría serlo.

Le extrañó esta respuesta, no creía que ella, pletórica de vida y de juventud, pudiera tener un impedimento físico que se lo impidiera, y así se lo expuso.

-Pablo, es lo único que jamás te concederé. No estoy enferma, no me pasa nada, simplemente es una decisión mía irrevocable. No quiero hablar de ello. ¿No te basta con nosotros dos?

Le contestó que sí y comprobó con los años que era cierto, con ella le bastaba, y saciaba cualquier sentimiento que el mundo conociera. Qué más podía pedir a la vida. Dejó la pensión en donde vivía y se fue a la casa de ella, a ese palacete construido en el lugar que fue el sueño que Arturo Soria proyectó.

Se maravilló al ver lo que rodeaba a esta mujer. Reconoció en la cabeza del emperador, regalo de Piero durante la estancia de ésta en Roma, la autenticidad de la escultura; en la espada finamente labrada la verdadera marca del que la fabricó en Toledo varios siglos atrás. Contempló muebles, cuadros, alhajas que le enmudecieron de asombro. Todo allí era auténtico hasta la mujer que amaba con él, que aprendía con él, y que le daba fuerzas para seguir creyendo en el mundo que soñaba ver hecho realidad.

Ella le contó que descendía de una familia muy rica que se había afincado en Méjico varios siglos atrás. Su vida había transcurrido en medio de un periplo a lo largo de varios países, con estancias más o menos prolongadas, y ahora, sola y sin parientes, quería permanecer en el de sus mayores. Él la creyó.

Después de varios años de relación, relación que por deseo de Inés se mantuvo en el anonimato, él logró la cátedra que su jefe anterior había dejado vacante, culminación de una vida dedicada a la enseñanza y al éxito de una existencia proyectada hacia el estudio y a la propagación del saber.

Ese día siempre sería recordado por Inés como el principio que le mostró de nuevo la realidad de su existencia, la que con él empezaba a olvidar. Acudió al acto del nombramiento de Pablo, feliz por lo que consideraba un ascenso totalmente merecido. Se sentó entre el

público, intentando permanecer en un segundo plano, pero no lo consiguió. Un compañero de Pablo, probablemente el único que conocía la relación entre ellos, se mostró totalmente sorprendido por el aspecto de la mujer, hablando a viva voz que era el mismo que conoció años atrás, cuando la veía deambular por esa misma Facultad.

Inés se sintió morir, esas palabras que serían un halago para cualquier mujer, abrían ante ella la realidad que no quería volver a vivir. Miró la cara de Pablo y le pareció notar un gesto de preocupación en el hombre que le estremeció.

Cuando cogidos del brazo llegaron al barrio apartado e ideal en donde vivían, Pablo miró con detención a Inés, ella le preguntó riendo que por qué la miraba así, y el hombre le contestó que porque la encontraba más bella y joven que cuando la conoció años atrás.

Mientras contemplaba a la mujer en camisón cepillarse el pelo ante el espejo, se dio cuenta consternado que los bastantes años que él creía se llevaban parecían haberse duplicado. Pablo mostraba abundantes canas en una cabeza de grandes entradas. En sus ojos las arrugas parecían multiplicarse. A través del espejo miró el cutis nacarado, el óvalo perfecto de una cara que casi parecía la de una adolescente.

¿Qué te ocurre hoy? – preguntó Inés, con una sonrisa de felicidad.

-Sólo te miro, no me cansaría de mirarte nunca ¡Qué bella y qué joven eres! – exclamó

-Mi admirado catedrático me encuentra bella después de tanto tiempo mirándome. Me gusta. Mírame siempre así, por favor, -contestó Inés.

En la gran cama, abrazados y en silencio Inés olvidó el contratiempo, necesitaba olvidarlo para que la vida, pegada a ella hasta el martirio, no le arrebatara la felicidad presente que quería disfrutar por encima de todo. El pasado ya no parecía existir, el futuro tardaría en llegar y Segura era su presente, un presente que le hacia más feliz de lo que nunca fue.

"Me estabas esperando. Me estabas esperando, mi amor, y he resistido al tiempo, a esos años que pasaban con lentitud, secándome, aburriéndome, olvidando mi lado humano, para encontrarte. ¡Gracias vieja avara, estés donde estés!"

- ¿En qué piensas? – preguntó el hombre besando su pelo.

-En mi fortuna, en dar gracias a la vida por haberte encontrado. Gracias, amor mío.

- ¿Gracias, por qué? – volvió a preguntar el hombre. Te has enamorado de un viejo, de un hombre que pierde demasiado tiempo entre sus libros y te abandona con frecuencia.

-Me gusta ser abandonada si luego vuelves a por mí –contestó la mujer.

-Inés ¿por qué eres tan joven? ¿Por qué tengo la sensación que en estos años tu aspecto no ha cambiado?

Inés volvió a sobresaltarse, algo que fue perceptible para el hombre, pero se recompuso, se abrazó a él y permaneció así unos minutos antes de contestar. No dejaría escapar su presente, lucharía con uñas y dientes, porque el presente era lo único que deseaba prolongar en la eternidad.

- ¿Por qué eres tan joven, Inés? –volvió a preguntar Pablo.

-Es herencia familiar. En mi familia la vejez se percibe muy tarde.

-Nunca hablas de tu familia. Quiero saber más de ti.

-No hay mucho que contar. No conocí a mi madre, murió cuando yo nací. Me crió mi abuela, una mujer muy especial, nada más.

- ¿Cómo era tu abuela?

-Como yo –mintió Inés-. Tenía sesenta años y parecía una mujer de treinta y cinco. Su cutis era terso y luminoso, era una mujer muy bella.

Mientras así hablaba recordó el rostro de Anselma Sarmiento tal como fue: una mujer desdentada, llena de arrugas, que desde que ella nació parecía una vieja decrépita.

-Tal como te ocurrirá a ti, mi adorada pequeña. Dentro de nada me avergonzará ir contigo del brazo, veré a la gente murmurar a mis espaldas diciendo: “Mirad a ese viejo verde”

Inés Castro hizo el amor con Pablo esa noche de una forma especial, con desesperación, pensaría luego al recordar, y Pablo con la veneración de quien tiene entre sus brazos una reliquia de gran valor.

Pensó con amargura en el tiempo parado que ella había odiado,

deseando que también se parara para este hombre al que quería conservar a toda costa. Pablo Segura siempre fue y sería el gran amor de su vida, al que entregó por entero su corazón, pero un corazón al descubierto, no disfrazado por la ternura con que Sancho lo inundó ni por el agradecimiento con que lo recubrió el duque de Bramante.

Cuando la realidad se impuso a su sueño, y comprobó la huella que el avance del tiempo dejaba en su amado, no tuvo más remedio que confesarle la verdad. Aunque entendió el atroz sufrimiento del hombre que escuchó su fantástica verdad, supo que él la creyó.

Pablo Segura no murió realmente asesinado por ese hombre alemán, murió lentamente, consumiéndose en su pasión, mientras Inés lo hacía en su desesperación.

XIV

MADRID 1941 -LA DEMOSTRACIÓN DE LA VERDAD.

Me consumí en la desesperación, aunque mi cuerpo no mostrara signo alguno del trago más duro que la vida me hizo pasar en mis trescientos años de vagar inútilmente. Cuando Pablo me dijo que no podíamos continuar así, y me di cuenta de su atroz sufrimiento, yo me fui, volví a Portugal, al hogar que levanté con mi amiga del alma, con mi hermana, Elena Fernández.

No interrumpieron el relato de Inés. Mercedes lloraba sin disimulo, limpiándose las lágrimas con el reverso de su mano, sin pensar en el pañuelo doblado en su bolso. Ignacio, aunque disimulando, también notaba un nudo amargo en su garganta. Probablemente esta mujer estaba de atar, pero cuánta pasión, cuánta carga de amargura y de verdad parecía revestir su relato. Inés calló, mientras miraba hacia el jardín, hacia el banco de piedra construido dentro del cenador e Ignacio imaginó a los dos enamorados sentados allí, sonriéndose, amándose.

-Comprenda Inés que su historia es tan fantástica, tan imposible, que aun creyendo su dolor por la muerte de Pablo nos resulte un tanto, un tanto... –comentó Ignacio sin encontrar el adjetivo adecuado que pudiera definirla.

-Fantástica y a pesar de ello creíble– continuó Mercedes, mirando con reproche a su compañero.

Iba a protestar y decir que cómo era posible que ella creyera algo tan inverosímil, cuando Inés se levantó, se acercó a una lujosa vitrina en donde guardaba objetos de gran valor y cogió un pequeño puñal. Con él en la mano se acercó a ellos.

-Este puñal lo guardé, no vale nada, pero formó parte de mi liberación, con él salí de Toledo camino de Portugal.

Miraron el puñal sin entender, y lo que vieron a continuación a punto estuvo de producir un desmayo en los dos. Inés dirigió el puñal hacia

su corazón y se lo clavó, tirándolo a continuación. Ignacio se levantó con tanta rapidez que la silla se volcó hacia atrás. Mercedes se quedó quieta, blanca como la pared.

La sangre manaba e Ignacio reaccionó, sosteniendo a Inés que parecía a punto de desmayarse, mientras gritaba a Mercedes que pidiera ayuda.

Lo que ocurrió después jamás podrían olvidarlo. Presenciaron el milagro más increíble que pudiera contemplarse, algo que escapaba a toda lógica, a todo raciocinio y que les mostró una verdad difícil de admitir.

La blusa casi arrancada por las manos frenéticas de Mercedes, mostraba la herida sangrante que pareció comprimirse hasta llegar a cerrarse. La sangre que antes manaba volvió a su interior e Inés, pálida y con una mueca de tristeza, se recompuso.

-Lo siento, es terrible lo que he hecho, no sé si podrán perdonarme, pero no tenía más remedio. Necesito que me crean.

-Sí, ha sido una demostración horrible. No lo entiendo, Inés, científicamente es imposible, pero he de reconocer lo que he visto. No puedo imaginar que nos haya hecho una treta para que la creamos. ¿Qué quiere de nosotros? ¿Por qué es tan importante que conozcamos su secreto? – preguntó Ignacio.

-Mi infernal secreto. Entiendo que lo piense, tantas veces llegué maldecir mi destino que yo también lo pienso. Mercedes, perdóneme, la he asustado mucho, ahora me aborrecerá más.

-No la aborrezco, Inés. Ayer cuando me lo contó me impactó tanto su relato que estuve antipática con usted, perdóneme, –dijo Mercedes haciendo un esfuerzo-. Es complicado aceptar lo que no se entiende, nos hace más vulnerables y cobardes. En el fondo estaba defendiendo mi miedo, a pesar de que algo me decía que usted es incapaz de engañar, por eso he venido hoy a su casa.

-Es Usted valiente, Mercedes, muy valiente, lo supe desde el instante en que Pablo quiso hacerle partícipe del secreto que le mató.

- ¿Tuvo que hacer la misma demostración para que Segura le creyera? – preguntó Ignacio todavía pálido.

-No, no fue necesario. Viví con él unos años. Él envejeció y yo seguí como ahora me ven, de igual forma a cuando me pintaron en 1640.

- ¿Huyó de ti, Inés? – preguntó Mercedes tuteándola por primera vez.

-Él sufría, sufría enormemente porque me quería con todo su corazón al igual que yo a él. Tuve que marcharme. A veces, cuando la angustia se apoderaba de mí de tal forma que no lo podía soportar, yo volvía a esta casa y nos juntábamos aquí. Al final tuvimos que prescindir de estos escasos encuentros. Pablo se alejó para siempre cuando le echaron de la Facultad. Se aisló por completo. En nuestros últimos y escasos encuentros él ya ni tan siquiera quería quedarse aquí, se alojaba en una triste pensión –contestó Inés con sollozos que entrecortaban su voz.

-Siempre admiré a Pablo Segura. Sus clases eran magistrales. Inés, quiero que sepas que cuando nos encontramos él contemplaba tu cuadro con una veneración que ahora entiendo –explicó Mercedes.

-Cuando le conté todo y le dije que no me interesaba buscarlo, dijo que habría que indagar, que quería que estuviese en mi poder. Yo no sabía que el cuadro había aparecido ni tan siquiera me enteré que le pidió ese favor a Alonso.

- ¿Por qué quería que lo recuperaras? – preguntó Ignacio, tuteándola como su compañera.

-El cuadro es mi destino. Si alguien lo destroza, me destroza a mí.

- ¿Quieres decir que has vivido tanto tiempo sin saber lo que podría ocurrirte? – preguntó Mercedes.

-Así es. Un querido amigo, el duque de Bramante, investigó por su cuenta, se enteró de que el cuadro había estado en poder de Sancho, la persona que me liberó de la cárcel. En el fondo siempre sospeché en qué lugar se encontraba, pero no me importaba. Mi permanencia en este mundo, transcurriendo a través de un tiempo que no era el mío, me decía que nadie lo había destrozado, que el cuadro se encontraba seguro en algún lugar. En el fondo la incertidumbre de no tenerlo conmigo me venía bien, porque me hacía creer que en algo me igualaba a los demás mortales. Pablo quería recuperarlo para devolverme lo que el hereje me dio: eternidad y poder sobre esa misma eternidad.

-Comprendo, -dijo Mercedes-. Era lo que quería pedirme, probablemente deseaba que lo recuperáramos para ti, pero no entiendo cómo podremos recuperarlo.

-Eso carece de importancia. Escuchad, no todo termina en lo que os he

contado, por desgracia hay más. No sé lo que se puede hacer al respecto, pero necesito contarlo

Ignacio y Mercedes se revolvieron en sus asientos, con la misma inquietud que veían reflejada en la cara de Inés que parecía hacer un esfuerzo para seguir.

-Conocí en Roma a un hombre, Piero, el duque de Bramante me lo presentó, quería que hablara con él porque era como yo. A él también le hicieron un retrato, me imagino que la misma persona que me pintó a mí, al que siempre llamé el hereje como mi abuela le apodó. Por entonces, yo todavía no sabía si realmente la pintura que me hicieron me daría mi infernal poder, sólo lo sospechaba, nada más. Mi cara no envejecía, mi cuerpo tampoco, ninguna enfermedad me atacaba, el tiempo se detenía en mí. Él me explicó en qué consistiría mi vida, lo que tendría que hacer cuando mi aspecto fuera motivo de sospecha para los demás. Supe que vagaría por ciudades y países donde pudiera camuflar mi verdadera identidad. Me entregó una lista, me dio nombres de gentes que eran como él y yo.

- ¿Era la misma lista que me hizo llegar Pablo? – preguntó Mercedes.

-Sí, era la misma, pero más ampliada que la que me entregó el bueno de Piero. Cuando cayó José Bonaparte tuve que volver a salir de España. Fui a Gran Bretaña. Allí viví mucho tiempo recluida, demasiado. Fue, junto con el envejecimiento paulatino de Pablo, la época más terrible de mi larga existencia. Me trasladaba de condado a condado, de casa en casa para no despertar sospechas. En esa época, asumiendo el infernal legado, intenté en más de una ocasión quitarme la vida, pero jamás lo logré a pesar de que imploré, me arrodillé y pedí clemencia sin importarme que esos ruegos míos fueran dirigidos a Dios o al diablo. No pude segar mi vida, estaba condenada a vivir sin ilusiones, sin esperanza, vegetando, eternamente vegetando a solas con mi aburrimiento, un aburrimiento que se imponía a mi voluntad, a mis recuerdos, a mis plegarias. Un día, casi sin darme cuenta, después del matinal paseo al que me obligaba cada mañana, cuando ya no podía apreciar el verdor de la campiña ni el brotar de las flores que tantas veces había contemplado, me asaltó una idea, pensé que podría dedicar mi tiempo como Piero lo empleó. Empecé a soñar que podría encontrar a gente como yo, gente a la que me uniría y me enseñaría a vivir ayudándome a conseguir una meta para mi eternidad.

- ¿Por qué no acudiste a Piero? – preguntó Mercedes.

-Él ya no vivía, con sus propias manos destrozó lo que le concedía la inmortalidad. Yo, en cambio, no podía ser dueña de mi destino. Siempre me pregunté por qué no busqué mi retrato con ahínco, quizás era esa incertidumbre de que os hablé, el hecho de desear sentir en mí un atisbo de humanidad, no lo sé. Ahora, agradezco no haber tenido en mis manos esa pintura que quizás me hubiera tentado hacer lo que Piero hizo, antes de haber tenido la oportunidad de pasar los años que pasé con Pablo. Puede que mi corazón presintiera que en algún momento, en alguna época de mi vida, encontraría a alguien como él. Los años vividos en su compañía fueron para mí el reencuentro con mi esperanza, lo único que pudo en su momento justificar mi propia inmortalidad. Vivir tres siglos para encontrar a alguien como Pablo mereció la pena, os lo aseguro.

Inés lloraba mansamente y Mercedes acompañaba con sus silenciosas lágrimas ese llanto de la mujer, mirándola con emoción. ¡Dios, un amor que justifique la eternidad! –pensó-. ¿Cómo es posible?

-Nací pobre e ignorante, el duque de Bramante, mi amante, pero sobre todo mi amigo, me hizo el regalo de sus riquezas y de introducir en mi aletargado cerebro el destello de empezar a apreciar todo lo sutil que nos rodea. Con él me introduje en el difícil camino de intentar aprender, aprendizaje que mi aburrimiento frenó en los cuarenta años que permanecí en Inglaterra, aislada, asqueada de todo. Volví por tanto a sumergirme en el estudio, con la esperanza de que los libros me llegaran a enseñar el camino para comprender lo que yo era, y me indicaran el lugar donde podrían encontrarse los que eran como yo. La lista de Piero era corta: su nombre, y el de tres personas más, a los cuales me resultaba imposible encontrar. Sus exóticos nombres me hablaban de la lejanía que separaba nuestros pobres mundos eternos.

Yo había leído en mi primera época en Madrid, a poco de intimar con José Bonaparte, la primera parte del Fausto de Goethe. Recuerdo que me impresionó, que me afectó sobremanera, hasta tal punto de que el bueno de José, al que jamás le hice partícipe de mi terrible secreto, me prometió presentarme a quien su propio hermano, Napoleón, había condecorado con el águila de la legión de honor. Creí sinceramente que el autor que escribía sobre la juventud eterna podría ser alguien como yo. Luego pude enterarme de que el mito de Fausto existió siempre, antes de que yo naciera, antes de que mi abuela pagara por mi eternidad. Ese mito quizás lo provocó el mismo que me pintó. Nunca lo sabré, pero si me di cuenta de que el autor de ese libro, que me hizo temblar, no era de los míos. Supe de su muerte cuando ya atravesaba mi período más negro de desesperanza en la campiña inglesa.

Comencé por tanto de nuevo a interesarme por algo. Leía continuamente, un libro tras otro, intentando encontrar un indicio que me llevara a no sabía realmente dónde. Me trasladé al mismo Londres con el propósito de tener más acceso a ese saber que imaginé me llevaría a encontrar quizás un absurdo, quizás un sueño, o puede que el remedio a mi permanente hastío.

Me relacioné bastante, hice amigos, los abandoné cuando temí que mi presencia causaría terror. Yo seguía igual, aparentando los veinte años que tenía cuando me pintaron. Una noche, sobre 1890, en la cama, a solas con mi eterna soledad, pensando en la inutilidad de todo, en el engaño que al menos me había hecho soportar tantos años buscando lo que ni yo misma sabía, comencé a leer un libro extraño, que me maravilló: el retrato de Dorian Grey. De nuevo el tema de Fausto volvía a cruzarse en mi camino. Me espantó y hechizó a la vez. Su autor, muy conocido por entonces, Oscar Wilde, no me era desconocido, ya había leído algo de él y conocía la fama de excéntrico que siempre acompañaba a sus actos y palabras. El libro tuvo muy malas críticas, fue tachado de inmoral por todos los puritanos que en el fondo se habían visto reflejados por este hombre, que había hecho de la sátira y el patetismo un retrato preciso de todos los hombres y mujeres de la sociedad a la que él pertenecía y frecuentaba.

Logré conocer personalmente a Wilde. Cuando me lo presentaron lo encontré un poco endiosado; su excentricidad me pareció más una pose que una actitud real. Era un hombre brillante y muy inteligente, con un problema en su interior que le dañaba. Recuerdo que le pregunté en quien se inspiró para crear el personaje de Dorian Grey, y se sobresaltó al oírme, intentando eludir mi pregunta. Me habló de mil tonterías, con un lenguaje superficial parecido al que le gustaba emplear en su obra para zaherir a los que parecía despreciar y buscar a la vez.

Intenté no pensar más en el tema, Wilde al igual que Goethe podía perfectamente escribir sobre el mito de la inmortalidad sin que fueran igual que yo. En cuanto al personaje de Dorian Grey no había razón para pensar que se hubiera inspirado en una persona parecida a mí. En mi fuero interior me cuestionaba qué era realmente lo que yo quería buscar.

Cuando lo acusaron de homosexual y lo metieron en la cárcel, fui a visitarlo. Me dio tanta pena verle así, derrotado, asqueado. No era ya el Oscar brillante, provocador, extravagante; en su lugar me encontré a un hombre terriblemente hundido, al que los que se decían amigos habían abandonado. Agradeció mucho mi visita, me regaló un poema

que conservo con cariño y me dio una información que me ayudó a confeccionar la lista que entregué a Pablo.

James Parker había sido la persona que le inspiró el ficticio personaje de Dorian Grey, alguien a quien yo también conocía, ya que me había sido presentado por lord George Humbley, mi amante por entonces, y la persona que me introdujo en ese mundo al que volví después de mi largo encierro aislada en el campo.

Fui a visitar a James Parker, que me recibió con suma amabilidad. Al principio no me atrevía a hablar sobre el tema, ¿Cómo podía pedir explicación de por qué le inspiró a Oscar esa novela fascinante y terrible como era la de Dorian Grey?

Le hablé del estado de Wilde, de su hundimiento moral y pareció reaccionar, pero siguió callado sin querer hablar de lo que realmente yo no me atrevía a preguntar con toda claridad. Antes de irme, cuando casi me había despedido, hice algo impropio de mí, algo que Piero me hubiera prohibido. Recuerdo que le dije "es fascinante la novela de Dorian Grey y también muy exagerada. A mí me pintó el hereje y mi retrato no refleja mis pecados ni mis vicios"

Vi que Parker palidecía, que me miró aterrado. Cuando ya pensaba salir precipitadamente de la casa, él me paró, recuerdo claramente sus palabras. Inés hizo una pausa que mantuvo en vilo a Mercedes e Ignacio que estaban clavados en su asiento, casi sin respirar.

- "Por eso no puedo perdonar a Oscar. Él fue mi amigo, mi íntimo amigo. Le conté mi secreto, ese secreto que él de alguna forma no respetó" – fueron las palabras de Parker que me aclaró lo que yo había ido a confirmar.

-Claro–dijo Mercedes reaccionando-. Parker debió tener una relación con Wilde, romperían, y el escritor hizo un retrato bastante cruel del secreto que el pobre hombre le había contado.

-No quise preguntar, no puedo saber con certeza si las cosas discurrieron como dices. Efectivamente Parker era homosexual, algo que yo ya sabía a través de Lord Humbley, pero él no mencionó para nada que hubiera tenido una relación sentimental con Oscar, simplemente me contó lo que os estoy explicando. Confesarle mi secreto me vino bien, porque me hizo participe de una información que completó la que Piero me dio en su día. Recuerdo que nos pasamos toda la tarde hablando; para mí era sorprendente encontrar a una persona como yo y para él, por lo que me dio a entender, también

supuso mucho bien hablar conmigo. Parker me dijo que él tenía noticia de gentes como nosotros, con algunos había conectado, pensando al igual que yo, que quizás juntándose a ellos pudiera soportar ese vagar nuestro por un mundo que nos concedía la eternidad y a su vez nos arrebataba todo a nuestro alrededor. La experiencia no le fue bien. Me explicó que si era terrible amar a alguien y ver su desaparición, más terrible todavía era permanecer al lado del que es como tú, sumando su desesperanza y hastío al tuyo propio. A él no le vino bien ese contacto que yo deseé en un momento determinado de mi vida. Cuando me iba a ir, me dio los nombres que completaron mi lista, por si quería acercarme a alguno. Sólo me hizo una advertencia, que no intentara buscar a uno de ellos, el que aparecía en la lista con un nombre alemán, Max Strassburger. De este hombre me dijo que no me podría imaginar cuáles fueron sus identidades a lo largo de la Historia, si lo supiera –me repitió-, viviría horrorizada, con el mismo terror que le acompañaba a él desde que lo conoció. A través de investigaciones emprendidas, Parker se había enterado que ese terrible hombre, que parecía atemorizarle hasta extremos insospechados, había vuelto a aparecer en el mundo mortal con el nombre que os he mencionado, el de Max Strassburger. El detalle de cambiar de identidad es lógico, ayuda a desaparecer y aparecer en el tiempo. En determinados períodos viví con un nombre diferente del que me asignaron al nacer, aunque siempre que he podido, he vuelto al que me pertenecía porque me recuerda que todavía soy yo, que mi personalidad no es engullida por la multitud de personalidades que la eternidad obliga a adoptar a los que estamos abrazados a ella.

- ¿Por qué no seguiste relacionándote con Parker? – preguntó Ignacio.

-Murió después, cuando un incendio destruyó su casa – comentó Inés.

- ¿Estaba allí su retrato? ¿Ardió también? – preguntó Mercedes.

-Sí, estaba allí, quiso enseñármelo después de sincerarnos. Lo guardaba en una sala en la que nadie entraba. El cuadro era la pintura de un hombre a caballo fechado en 1530, con la misma cara del atildado caballero inglés que confió en mí y me dio tanta información.

- ¿Crees que lo destruyó él mismo? – preguntó Ignacio, pensando en el momento de hacer esta pregunta a Inés que desde luego él ya desvariaba ¿Cómo podía creer tamañas incoherencias? ¿Estaría dejando a un lado su capacidad racional? No lo sabía, lo que sí sabía era que después de haber presenciado algo terrible y fascinante a la

vez, cuando vio como la sangre volvió a adentrarse en la herida que la propia mujer se había producido, podría creer cualquier cosa. ¡Para volverse loco! – exclamó para sí.

-Nunca lo podré saber, puede que lo quemara él mismo para destruirse o puede que otra mano lo hiciera porque deseaba su muerte. Sólo sé que antes de que muriera tuvo tiempo de hacerme una advertencia que puede que influyera enormemente en Pablo cuando le conté todo sobre mí –aclaró Inés.

- ¿Qué advertencia te hizo Parker? – preguntó Mercedes sin alejar de su rostro la expresión de ansiedad y angustia que sentía y se había acrecentado desde que Inés le hizo partícipe de su fantástica historia.

-A los pocos días de que Parker me hubiera abierto su corazón, antes del incendio, me escribió una carta, en ella me decía que intentara por todos los medios hacerme con mi cuadro y que lo pusiera a buen resguardo, porque el hombre de la lista, ese alemán llamado Max Strassburger, se estaba dedicando últimamente a buscar los cuadros de los que eran como nosotros. Inexplicablemente quería destruirnos a todos. Mencionaba que no quiso asustarme antes, pero después de meditarlo había llegado a la conclusión que no sería justo silenciar lo que era de importancia vital. He de confesar que me asustó, pero de nuevo y después de una muerte que he de reconocer me conmocionó bastante, me dije que no buscaría mi cuadro. Volví a pensar que esta otra incertidumbre, que se unía a la de no saber dónde se encontraba, me vendría bien. En el fondo cualquier peligro que pendiera sobre mi eternidad me servía para intentar aferrarme de nuevo a la ilusión de creerme que así me parecería un poco más a la raza que mi propio destino alejaba cada vez más de mí.

Cuando me vi obligada a contar todo a Pablo, él me dijo que ese cuadro podría estar en la Iglesia de Santa Ursula, que quizás el abate de la misma, la persona que todavía recuerdo con repulsión, se habría hecho con él a la muerte de Sancho García. Le dije toda la verdad cuando no tuve más remedio que hacerlo. Sólo hubiera podido guardar mi secreto si me hubiera ido de su lado en el momento oportuno, pero apuré hasta el último día, hasta el último segundo para poder estar con él. No dejé de hablarle de nada. Aun temiendo su rechazo quise que lo supiera todo de mí. Se lo debía al gran amor de mi vida, que lo único que ya podía ofrecerme era sólo amistad, una amistad que el mismo deseó transcurriera en la distancia, alejado de mí.

Cierto día, después de su expulsión en la Facultad, recibí una carta de

él, en la que me decía que quería verme. Yo seguía recluida en Lisboa, allí pasé toda la guerra civil, y volví, volví con la ilusión de creer que todavía me necesitaba, de que ambos podríamos mirarnos sin horrorizarnos. No pudo ser, él era un hombre viejo, incapaz de amarme como antes hizo, yo
era una mujer joven, demasiado, con una juventud que odiaba más que el hecho de contemplar lo que el maldito paso del tiempo había arrebatado a Pablo. Os juro que a pesar de todo hubiera continuado a su lado, hubiera aceptado convertirme en lo que él no estaba dispuesto a consentir.

Durante todo ese tiempo de separación, Pablo se había dedicado a pensar en lo que yo le había revelado, intentando investigar quien era ese Max Strassburger. Cuando volvimos a vernos me dijo que había escrito a un colega alemán, amigo suyo. Se habían conocido siendo ambos estudiantes, cuando a Pablo le concedieron una beca para ampliar estudios en Alemania. Su amigo, un judío alemán, fue durante muchos años catedrático en la Universidad de Munich, y al igual que Pablo se vio forzado a abandonar su cátedra, exiliándose en los Estados Unidos, asustado, como le contó en su momento a Pablo, al comprobar la proliferación de bandas incontroladas que seguían con pasión al que hasta entonces había sido un desconocido personaje, Adolf Hitler. Para suerte o desgracia, el amigo de Pablo sabía bien quien era el actual Strassburger.

Según el amigo de Pablo, ese hombre fue el verdadero impulsor del nazismo, de la doctrina nacional socialista que llevó a Hitler al poder. Quien verdaderamente manda y ha llevado a Alemania a declarar la guerra al resto de Europa es realmente el hombre del que Parker no quiso mencionarme cuál fue el papel que representó a través de una vida que no sé cuando empezó. Hitler, hombre fanático, resentido y muy amante de los estudios oscuros y esotéricos, en realidad es el títere de Strassburger.

- ¿Qué es lo que realmente quería de mí Pablo? – preguntó Mercedes temblando.

-Ya os dije que la última vez que intentó conectar conmigo, antes de que le mataran, no pude hablar con él –contestó Inés con voz temblorosa-. Pablo debió sentirse tan solo, tan desesperado por mí, que te pidió ayuda. Él no quería que mi cuadro fuera a Alemania porque sabía qué ocurriría. Quizás Strassburger sabía de mi existencia y siguió mis pasos sin yo saberlo, incluso puede que obligara a Parker a contarle que había conocido a alguien como ellos. ¡Qué sé yo!

-Lo que Pablo Segura me pedía era que te ayudáramos a hacerte con tu retrato, ¿pero cómo podemos conseguirlo? – volvió a preguntar Mercedes.

-No lo sé–contestó Inés-. Cuando me dijiste que mi cuadro había aparecido, os confieso que en lo único que pensé fue en recuperarlo, sentí que ya no necesitaba de esa incertidumbre que antes me había servido para creerme todavía humana, que podía descansar al lado de Pablo. He pasado toda la noche en vela, llorando por Pablo y por mí, y he llegado a pensar que si el vivir hasta llegar a forma parte de la vida de mi amado profesor justificó en su momento mi eternidad, quizás también consiga justificarla ahora e incluso pueda hacérmela entender si me adelanto a los propósitos de Max Strassburger y lo destruyo yo a él. Si ese hombre busca mi cuadro porque de alguna forma se ha enterado de mi existencia, yo también podría buscarle a él. No soy un peligro para la humanidad. ¿Pero qué pasa con ese hombre? Es el alma de una infernal ideología que puede triunfar en el mundo si Alemania gana la guerra. Parker me insinuó algo, me habló de este hombre de forma aterradora, sin llegar a explicarme quién fue a lo largo de la Historia o qué papel representó, pero yo ahora conozco cuál es su actual representación. ¿Qué pasará si no se le detiene? Es el alma que alimenta los mezquinos y locos sueños de unos fanáticos seguidores, fieles a la persona que el propio Strassburger ayudó a alzarse con el poder, Hitler, su alter ego, su obra. Si ganan ¿asistiremos impertérritos a la destrucción de los que no quieran sometérsele?

- ¿Qué quieres pedirnos, Inés? – preguntó ahora Ignacio, con un gesto contraído.

-Que me ayudéis a destruir el cuadro de Strassburger, –pidió Inés mortalmente pálida.

- ¡Qué dices! Es imposible– exclamo Ignacio con enfado.

-Sé que parece imposible, pero también lo es vivir sin morir y aquí estoy todavía, con trescientos años de edad y con el aspecto de veinte. Pensémoslo, por favor. Quizás no logremos nada, quizás sea una macabra broma la que os propongo, pero al menos meditemos sobre el tema – pidió Inés, levantándose de su asiento, mirándolos de tal forma que Ignacio creyó marearse, envuelto en el extraño fulgor que desprendían los hermosos ojos de esta mujer que proponía una locura mayor que la que les había contado.

A pesar de la confusión de su mente, Ignacio dijo que no tenía más

remedio que pasarse por la Redacción y propuso a Mercedes irse, pero ésta dijo que no, que ella se quedaría un poco más.

-Vente conmigo. No quiero que escuches más disparates–había susurrado al oído de Mercedes, aun sabiendo de antemano que su compañera tenía decidido quedarse allí, respondiendo al grito mudo que la soledad eterna de Inés emitía.

Un destello de alegría pasó por los ojos de Inés que propuso a Mercedes que se quedara a comer en su compañía, e Ignacio creyó percibir en la mirada de la extraña mujer el ansia de mitigar la tristeza que debía consumirla.

- ¿Vendrás a recogerme? – preguntó Mercedes a Ignacio.

-Sí, claro, pero no sé a que hora podré venir. Padilla debe de estar preguntando a todo el mundo dónde estoy–contestó Ignacio sobresaltado por el cumulo de sensaciones y pensamientos que atosigaban su mente.

Ya en la calle, con la misma sensación de anonadamiento que la confesión y charla de Inés le provocó, pensó que por primera vez se sentía capaz de justificar la muerte sin necesidad de pensar en una dolorosa enfermedad o un deterioro físico que la justificara.

“La muerte va unida a la vida, forma parte de su esencia. La muerte explica precisamente esa esencia”-se dijo

XV

MADRID 1941 - CONVERSACIÓN CON ANTONIO RICO

Tenemos que explicar lo de su muerte. No podemos limitarnos a mencionarlo de pasada –le dijo a Padilla, sin que éste le hiciera el más mínimo caso.

- ¿Qué rumias, franchute? – preguntó Antonio, entrando en el despacho que acababa de abandonar Padilla.

-Me ha dicho casi al dictado lo que tengo que escribir con respecto a la muerte de Javier Alonso: "Javier Alonso, el prestigioso catedrático de Arte, que defendió con ardor la teoría de que el cuadro encontrado no es un Velázquez, murió en su casa, después de ser entrevistado por este periódico"

- ¿Y te quejas? –preguntó con ironía Antonio Rico-. Te ha evitado estrujarte las neuronas. Te paga y encima hace tu trabajo.

Ignacio miró a Rico de malos modos. La alteración que sentía, después de todo lo que había ocurrido y oído en casa de Inés, no le había abandonado. Además, a pesar de creer comprender los motivos de Mercedes, no le agradaba el hecho de saberla en compañía de Inés; temía que esta extraña y bella mujer siguiera contándole más locuras que afectaran a su compañera más de la cuenta. Para colmo, y después de malcomer un bocadillo de pan negro horrible, había tenido que aguantar que Padilla le dictara tal como quería que apareciese la noticia del asesinato de Alonso, torpedeando su idea de redactarla haciendo una semblanza de la personalidad y trayectoria del finado, sin obviar el informe forense que Humberto, el inspector, le había explicado, pero estaba claro que Padilla no quería hablar para nada de este asesinato.

-No te enfades, franchute. Te invito a una caña – volvió a decir Antonio-. Entiéndelo, chico, en estos momentos es preferible no mencionar que se sospecha de un tipo alemán.

-Me llamo Ignacio, Ignacio Castilla – respondió con enfado.

-Perdona, chico, no es mi intención. Anda, bajemos al bar. Si supieras el encarguito que me ha hecho el cabroncete de Padilla. Tengo que cubrir la entrevista de Franco con Hitler en Hendaya.

Bajó con él, tenía que saber todo sobre esa entrevista. Por el periódico se había rumoreado que la tal entrevista iba a celebrarse, pero hasta ahora sólo había sido eso, un simple rumor. Si Padilla había encargado a Antonio Rico cubrir esta noticia, éste podría informarle cuándo se celebraría.

Antonio Rico le informó que la tal entrevista se celebraría dentro de diez días, le dijo con un tono de desagrado que esperaba que de esta entrevista no saliera una participación más activa de España en la guerra.

-Si nos metemos en la guerra nos van a freír, espero que Franco pueda sortear con éxito lo que Hitler quiere de él.

-Ah, ¿piensas que los alemanes pueden perder la guerra? – preguntó Ignacio con ironía.

-La perderán únicamente si los Estados Unidos abandonan su neutralidad. No me gusta lo que está ocurriendo en Alemania. No me gusta que marquen a los judíos como si fueran reses. Me están llegando noticias que ponen los pelos de punta.

Ignacio miró a Rico con interés. Nunca le había oído hablar así. Conocía que era un anticomunista visceral. Había oído rumores que propagaban que su padre, alcalde de un pueblo, había sido fusilado por éstos. Se atrevió a hablar.

- ¿Conoces a un hombre llamado Max Strassburger? - preguntó

-Sí, pero muy por encima. Cuando estuve en Berlín oí hablar de él, y llegué a verle tras Hitler en una de sus arengas. Un camarada me dijo que era la persona que aparecía oculto tras el balcón y que era la sombra del Führer. Según me comentó se oían extraños rumores con respecto a él, de entrada no le gustaba ser fotografiado, no lo consentía, y tenía muy celoso a los prohombres de Hitler. Me comentaron que las opiniones del tal Strassburger eran muy tenidas en cuenta por éste. ¡Menudo susto pasé ese día!

- ¿Qué ocurrió? – preguntó Ignacio con excitación.

- ¿Por qué te interesa tanto? – preguntó con suspicacia Antonio.

-Por nada en particular, oí hablar una vez del tal Strassburger, y me intrigó.

Antonio pareció quedar satisfecho con la respuesta o quizás, como luego pensó Ignacio, se sintió complacido por el interés con que era escuchado. Antonio Rico era un buen periodista, que se había ganado el puesto por su valía y también, todo hay que decirlo, por haber luchado al lado de los vencedores. Su mayor placer era explicar a los que consideraba principiantes como Ignacio, los entresijos que debían sortearse en una profesión que para el interesado gozaba del mayor respeto.

-Decidí fotografiar al tipo. Siempre he sospechado de quien no quiere ser fotografiado. De cualquier forma para mí suponía un reto, a pesar de comprender que aunque consiguiera la foto, Padilla en cuanto recibiera una orden de arriba -dijo Rico apuntando con el dedo el techo del bar-, no dejaría que saliera en el periódico, pero no me importaba, deseaba hacerla y guardármela como recuerdo.

- ¿Llegaste a hacerla? –volvió a preguntar Ignacio con una ansiedad que Antonio no advirtió, gozando como estaba por la lección de audacia que estaba dando a este chico que todavía no conocía demasiado en qué consistía este oficio, pero que parecía tener madera para llegar a convertirse en lo que él había logrado ser: un excelente periodista. La audacia –pensaba- era una cualidad necesaria en el periodismo, algo que muchos de sus compañeros olvidaban, escondiéndose tras una mesa y limitándose a escribir ñoñerías que no podían interesar a nadie. Aunque se hubiera burlado alguna vez de este franchute, reconocía que a veces le había causado buena impresión, como hacía un instante, cuando fue capaz de contestarle a Padilla a la cara que era una ignominia silenciar que el tal Javier Alonso había sido asesinado por una persona extranjera, probablemente de nacionalidad alemana.

-Sí, la hice y te aseguro que pudo costarme cara la broma. Esperé apostado tras una columna a que Hitler pasara con su camarilla, empecé a tirar fotos a diestro y siniestro, gritando a viva voz y en mi deficiente alemán: "Mi Fuhrer, para el Ideal, un periódico español". Te juro, chaval, que hasta logré una foto de él en que me sonreía, y por supuesto no sólo tiré fotos a los demás prohombres que le seguían, sino que retraté el rostro del misterioso personaje que tanto poder me decían le otorgaba el mismo Hitler. La gente se arremolinaba gritando como posesos. La arenga de Hitler les había enfervorizado, haciéndoles creer que ellos tenían que estar orgullosos por haber nacido alemanes. Aproveché el momento, me metí en un portal, saqué

el carrete, y lo introduje en un buzón del mismo, que aparecía pintarrajeado con la estrella de David. El buzón no parecía que tuviera mucho uso, al meter los dedos me manché de polvo e hilos de telarañas, y a continuación coloqué otro carrete en mi máquina y como si no hubiera hecho nada, disimuladamente, volví a introducirme entre el gentío, disparando a diestro y siniestro otra vez con mi nuevo carrete, mientras gritaba el nombre del periódico para el que trabajaba. Casi sin darme cuenta me vi rodeado de cuatro orangutanes que me cogieron en volandas a mí y a mi cámara, y me introdujeron en un coche, llevándome a un lugar que de vez en cuando aparece en mis sueños. Revelaron las fotos, me interrogaron sin parar, recibí más de un puñetazo. Mira, mira, -indicó-, mostrándole el hueco que las muelas que le faltaban le habían dejado.

- ¿Qué ocurrió? ¿Cómo lograste salir? – preguntó Ignacio.

-Algo que te será difícil creer. Sé que tengo fama de fantasioso, pero te aseguro que es cierto. Me sacó de allí el cuñadísimo. Yo les expliqué como pude quien era, les dije que mi periódico quería fotos de su Führer, y que yo sólo me había limitado a hacerlas porque el pueblo español admiraba y deseaba tener noticias y fotos del dirigente de un país que nos había ayudado a ganar la guerra. Recuerdo que me preguntaron si sabía quien era el hombre que yo había fotografiado tras Hitler, en un perfecto primer plano. Les dije que no lo conocía, que era la primera vez que lo veía. Al final realizaron una serie de llamadas y me dejaron en paz. A la mañana siguiente un hombre de confianza de Serrano Suñer, que estaba por entonces en Berlín, vino a por mí. Probablemente debo la vida a este hombre. Antes de irme reclamé mi cámara y las fotos para mi periódico. Recuerdo que mi salvador me cuchicheó al oído que me dejara de reclamaciones, que él me regalaría otra cámara, pero no fue necesario, me la devolvieron, sin el carrete por supuesto, y me regalaron una foto de Hitler, diciéndome que era un regalo del Führer para el pueblo español.

Antes de regresar a España, y después de prometer que no me metería en líos, volví de nuevo al portal de la casa en donde había ocultado el carrete, forcé sin problemas el casillero y me lo escondí temblando. Hasta que no me vi en Madrid, concretamente en mi despacho no se me pasó el susto de encima. Lo había logrado, muchacho, lo había logrado sin saber realmente si valía la pena, sólo por la sospecha de que igual podría servir. Siempre me oirás proclamar ....

- "Que la audacia es la virtud que todo buen periodista debe poseer"- declamó Ignacio con una sonrisa.

-Bien dicho, muchacho. No, si al final haremos de ti un buen profesional –contestó Antonio complacido, al tiempo que pedía dos cañas más.

- ¿Tienes la foto de ese tipo? – preguntó Ignacio, intentando aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

-No, franchute, no la tengo. Le conté todo a Padilla, y recibí una visita que nunca imaginarás y que me hizo desistir de mi empeño en conservarla.

- ¿Quién te visitó? – volvió a preguntar Ignacio, sintiendo que no habría forma de que Rico no apreciara la excitación que gradualmente, y por el copioso sudor que recorría su cuerpo, iba en aumento.

Antonio no pareció darse cuenta de nada. A medida que había ido comprobando cómo Ignacio escuchaba con asombro su relato, se había ido creciendo en el placer de contar lo que él pensaba era una lección de audacia y de auténtico periodismo.

-Tu tío, el propio Norberto Castilla vino expresamente a la redacción y me pidió con mucha educación que le diera la foto. Me explicó que no podíamos publicarla porque crearíamos un tonto problema diplomático sin sentido. Le di la foto de ese dichoso hombre. Recuerdo que se quedó mirándola con interés, y que al explicarle yo lo que me habían contado, que ese tipo parecía gozar de una influencia muy grande sobre Hitler, que no permitía ser fotografiado, me contestó que efectivamente y por los rumores que le habían llegado, este hombre no consentía que le hicieran fotos. Me comentó con tono de burla que el propio Goebbels le llamaba el nuevo Rasputín.

- "Son temas domésticos del entorno de Hitler que ni nos importa ni tenemos por qué hacer noticias del asunto. Las relaciones entre nuestros respectivos países están en un momento álgido. Si queremos parar el peligro bolchevique nos interesa el triunfo de Alemania. Olvídese de esa foto, carece de importancia. Si tienen razón los que hablan de la excesiva influencia de ese hombre sobre Hitler, no nos importa, nos da igual, porque a nosotros no nos interesa el Führer como persona, sino como símbolo,"–me dijo textualmente el poderoso Norberto Castilla.

- ¿Tiene mi tío la foto?

-No tengo ni idea, me imagino que la rompería, porque desde luego yo sí que entregué esta vez la foto y el negativo. No creo que haya

querido conservar la foto de una persona que produce repelús con sólo contemplarla.

- ¿Tenía algún rasgo especial que echara para atrás? –volvió a preguntar Ignacio.

-No, era una cara corriente de un hombre con aspecto normal, pero a pesar de ello producía malestar. Me lo dio cuando me acerqué y le tiré la foto. Al revelarla y mirarla con fijeza todavía me la produjo más, tenía unos ojos extraños, diabólicos diría yo. ¿Quién te habló de Strassburger?

-Tuve un amigo en París que siguió con especial atención todos los acontecimientos que precedieron a la subida de Hitler al poder. Él me dijo que ese hombre le ayudó mucho en la sombra. Sólo quería que me lo confirmaras, nada más. Antonio, me gustaría que me informaras de otro tema –pidió Ignacio.

- Pregunta, chico, pregunta. Si lo sé, te contestaré.

- ¿Por qué Padilla pretende silenciar que Javier Alonso ha muerto asesinado por un hombre alemán?

-Me imagino que es por el encuentro en Hendaya entre los dos caudillos. Pensarán que en un momento así es mejor no airear que se sospecha de un ciudadano alemán.

-El inspector que tomó mi declaración me dio a entender que pensaba buscarlo

-No lo dudes, lo intentará, pero será difícil echarle el guante. Los alemanes entran y salen a sus anchas de nuestro país, algunos al menos –dijo con amargura Antonio, sin que Ignacio pudiera sospechar a qué era debido ese momentáneo estado de ánimo que no entendió.

-Franchute –volvió a decir Antonio-. Tengo un problema, un serio problema.

- ¿Qué problema?

-He viajado varias veces a Alemania. La primera en el treinta y ocho y conocí a alguien muy especial, una mujer, sabes. La conocí casualmente, como suelen ocurrir estas cosas. Era judía, y por ella me enteré con pelos y señales lo que Goebbels había llevado a cabo ese mismo año. La verdad es que su confesión hizo que mi admiración inicial por el partido nacionalsocialista alemán se diluyera bastante.

Gretel me explicó de qué forma entraron en su casa, cómo vapulearon a su anciano padre, un honrado veterinario. Comprobé que esos hechos, que el sistema propagandístico del partido había ocultado, fueron reales, que habían sido llevados a la práctica por iniciativa del propio Goebbels, la persona que por si no lo sabes llegó a tener amistad con tu tío. En el treinta y nueve volví a Alemania, precisamente se me encomendó entrevistar al poderoso ministro de propaganda, Joseph Paul Goebbels, y logré encontrarme de nuevo con Gretel. Ella ya no vivía en su casa, ni tan siquiera en su propio barrio, vivía confinada en un horrible lugar, un ghetto sólo para judíos. Gretel no era comunista, era sólo judía. Se había criado en un lugar hermoso y no merecía vivir allí, porque era tan alemana como ese dichoso Goebbels de las narices, al que tu tío parece endiosar tanto y que yo, antes de conocer a Gretel, también admiré. Cuando terminó nuestra guerra, volví de nuevo, esta vez mandado por nuestro periódico, las anteriores fueron misiones encomendadas desde las alturas –dijo Antonio con unas ínfulas que Ignacio encontró pueriles -, y fue cuando ocurrió el incidente de esa foto. Intenté hacer gestiones para traer a Gretel a España, pero de momento no he logrado nada. Ella es débil sabes, y las noticias que me llegan de la situación de los judíos cada vez es más preocupante.

Se produjo un silencio. Ignacio pensó perplejo que jamás hubiera creído que una persona como Antonio Rico pudiera experimentar el tipo de sentimiento que parecía le inspiraba la tal Gretel. Siempre lo había considerado una persona muy lista y competente en su trabajo pero con una personalidad un tanto tosca, amén de un fascista que, por primera vez, le insinuaba que deseaba que Alemania perdiera la guerra y hacía una crítica abierta a los medios empleados por una ideología que antes había admirado.

Pensó que mal que le pesase tenía que ir a visitar a su tío, al poderoso Norberto Castilla, y obtener como fuera más información sobre el misterioso Max Strassburger.

XVI

MADRID 1941 – INICIO DE UNA BUENA AMISTAD.

Puedo obtener más información sobre el misterioso Max Strassburger. Tengo contactos y la dirección en los Estados Unidos del amigo de Pablo –explicaba Inés a Mercedes.

Estaban sentadas en el cenador del jardín tomando café, después de una comida que Mercedes no podría olvidar nunca. A ninguna de las dos parecía importarle el frío del exterior, habían hablado mucho y también habían llorado.

A Mercedes le conmocionó sobremanera oír hablar de Elena Fernández, de su hermana, como Inés la llamaba, la mujer que en el siglo XVII murió deseando ser la Oriana de Amadís de Gaula. Entendió de forma dolorosa la soledad que esta mujer arrastró sin saber exactamente por qué. Se admiró de la capacidad que tuvo para aprender, primero de Constanza do Riveira, luego del duque de Bramante, y por último de cualquiera que pudiera aportarle unos conocimientos que agrandaran un mundo que con el paso del tiempo se le hacía cada vez más pequeño.

Se maravilló de la experiencia que tuvo en Roma, y tembló cuando ella le explicó que en su visita a Bomarzo se identificó con esas figuras monstruosas que contempló al lado de Piero. Entendió perfectamente cuando le habló de la sensación de hastío que tantas veces experimentó, un hastío que la mujer intentó combatir aprendiendo, no permitiendo que su curiosidad se aletargara, y que le llevó al final de esa etapa a conocer a Pablo Segura. Supo realmente que el amor de su viejo profesor y esta mujer fue un amor que los engrandeció a los dos, pero que no pudo ser salvado porque el tiempo parado en ella y corriendo en él se lo impidió.

- ¡Qué vida tan terrible y tan fascinante a la vez! – se decía Mercedes, escuchando con atención todo lo que Inés contaba, preguntando lo que quiso, dándose cuenta de la corriente de empatía que empezaba a envolverlas.

-No sé cómo podré ayudarte, pero te aseguro que si se te ocurre algo lo haré– había dicho con convicción.

-Gracias, Mercedes, yo tampoco sé realmente lo que puedo hacer –confesó Inés-, pero debo intentarlo ¿Comprendes, verdad?

-Sí, claro que comprendía, cómo no comprender algo que justifique una vida si ella también lo hacía, aunque en su vida no hubiera nada de extraordinario, nada de anormal, como en la de esta mujer. Ella sólo podía hablar del sentimiento de no poder aceptar el mundo que le rodeaba, ese mezquino mundo de represalias, de pobreza, de tristeza, de sentir que, hasta que conoció a Ignacio, estuvo sola, a pesar de que él tardó más en darse cuenta. Por tanto era capaz de entender a la perfección que Inés justificara su eternidad al conocer a Pablo Segura, y que lo volviera a hacer para intentar destruir a Max Strassburger.

Sintió que los lazos que empezaban a atarle a Inés en esas breves horas compartidas parecían lazos antiguos, como si se hubieran conocido desde siempre, e intuía que esta bella mujer sentía lo mismo. Pensó en el misterio que rodean a las relaciones humanas. Se podía vivir toda una vida al lado de alguien, conviviendo incluso, y no llegar a cruzar nunca la raya que permite que los sentimientos se hermanen, que las emociones se compartan. Ella, sin saber por qué, la había cruzado y podía sentir lo que esta mujer condenada a la eternidad sentía.

-Es la primera vez que hablo de esta forma con una mujer. Desde que Elena murió, y luego Constanza no puedo decir que haya tenido una amiga verdadera. Pablo sí lo fue, mi amigo, mi amante, mi compañero–exclamó Inés con emoción.

-Yo tampoco he tenido amigas, siempre me ha sido difícil la comunicación con las de mi sexo. Me imagino que mis esquemas mentales no son demasiado femeninos o quizás temo demasiado la competencia. No sé–respondió Mercedes.

-Tú y yo nos estamos entendiendo a la perfección –dijo Inés con una cálida sonrisa.

-Sí, es cierto, igual es que tus esquemas mentales tampoco son demasiado femeninos – contestó Mercedes devolviendo la sonrisa.

-Te aseguro que sí. Mis esquemas son tan femeninos como los tuyos. Tengo la impresión de que nos parecemos en algo, somos el tipo de persona que dan mucho a los demás y también que exigen mucho de los demás.

-No te equivocas, cuando doy y no recibo me aíslo, intento refugiarme en mí misma para no sentir dolor. A veces creo que con Ignacio me pasará igual. Fui yo la que di el primer paso; me enamoré de él como una tonta colegiala nada más conocernos. Siempre me sentí orgullosa de mi independencia, de la poca necesidad que tenía de los demás. Me creía autosuficiente, y desde que estoy con él me da la sensación de que no es así, he descubierto que tengo un sentido de la posesión que no creía que tuviera, y no me gusta, te lo aseguro. Estoy hecha un lío.

-Tranquila, se te pasará, conozco ese estado emocional –contestó Inés-. Cuando alguien se siente solo se aferra a esa autosuficiencia que es muchas veces el escudo a nuestra soledad. Nadie lo sabe más que yo, pero si alguien aparece, y estamos convencidos de que puede ser el hombro perfecto para apoyar nuestros miedos e incertidumbres, nuestro primer conato es esa especie de sentido de posesión que dices que posees, y que en el fondo es solo miedo, miedo a que se nos arrebate lo que nuestra soledad clamaba y nuestra autosuficiencia ocultaba. El siguiente paso llega por si sólo: un día descubres que estás segura de su amor, que no puedes vivir con el miedo de que te decepcione, de que no te comprenda, que si todo termina, terminará porque sí, porque debía terminar; admites la decepción, la incomprensión porque estás segura de su amor y comprendes que tú también le decepcionas, que a veces no lo comprendes. Entonces, maravillada, descubres de nuevo que eres autosuficiente, y que tu autosuficiencia no es el escudo a tu soledad, sino simplemente la admisión de que el amor arropa esa soledad, pero que no la elimina en todo momento.

-Conoces muy bien el alma humana – dijo Mercedes con admiración.

-Recuerda que soy vieja, terriblemente vieja, y la vejez alguna vez, no siempre, se compensa con la sabiduría.

-No eres vieja, y no sólo por tu aspecto, sino porque nadie que piense o sienta como tú te expresas podría serlo jamás. Me ha venido bien conocerte, te aseguro que estaba necesitada de hablar a corazón abierto con una mujer.

-Yo también lo necesitaba, más de lo que puedas imaginar –volvió a decir Inés.

Se produjo un silencio entre ellas. Mercedes contempló el jardín, ese jardín en el cual el tiempo, como en su dueña, parecía haberse parado. La luz tenue de la tarde creaba una atmósfera un poco irreal, dejando un poso de quietud en los objetos, en los árboles, en las flores, en

cualquier cosa que abarcara. Miró a Inés que también parecía meditar, su rostro, ese rostro que alguien pintó deprisa, captando la vida de su interior, era ahora exactamente igual que el del retrato pintado en 1640.

- Hice la copia de tu retrato –dijo repentinamente Mercedes.

-Debes ser una gran pintora.

-Creo que sí, pero lo decía porque se me ha ocurrido una idea: podemos cambiarlo, poner mi copia en lugar del original. Sería complicado pero no imposible.

-También sería complicado encontrar el cuadro de Strassburger, pero no imposible, nada es imposible, te lo aseguro –contestó Inés.

-Pablo quería que te devolviera el cuadro, que no fuera a Alemania. Me lo pidió antes de morir.

-Pablo no tuvo tiempo, pero él quería algo más y debo intentarlo.

-Por qué lo crees? – preguntó Mercedes posando su mano sobre la de Inés.

-Porque lo conocí, por eso –contestó Inés con un brillo acuoso en su mirada.

-Sinceramente no veo la forma de ayudarte y te aseguro que me encantaría. Puedes contar conmigo, pero no sé cómo. Dímelo tú y te secundaré, siempre he sido la típica persona que batallaba verbalmente por lo que creía sin abandonar mi sillón. Es hora de que lo haga, y me involucre en algo.

Sin que Mercedes pudiera adivinarlo, en esos momentos otra persona tenía la misma idea que ella había verbalizado

XVII

MADRID 1941 -VISITA A NORBERTO CASTILLA

Era hora de que abandonara su cómodo sillón y se involucrara en algo –pensó-, mientras dirigía sus pasos a la casa de su tío Norberto. Nunca antes se había presentado allí sin avisar, pero ahora necesitaba hacerlo. No estaba seguro por qué seguía estas pistas ni si le conducirían a algún lugar; todo era tan rocambolesco, tan increíble que la verdad es que ya no sabía ni lo que creía.

La doncella le h194izo pasar al salón en donde se encontraba la mujer de su tío, ésta lo saludó, interrumpiendo la charla con dos encopetadas señoras, que le miraron de arriba abajo. Notó que a su tía no le agradó su visita, ya que no se molestó en disimular su incomodidad; probablemente, y tal como pensó, no había sido buena idea aparecer por allí sin haber avisado. De cualquier forma ya lo había hecho y no se podía volver atrás. Lo que realmente le preocupaba era cómo podría sonsacar a su tío la información que quería.

Su tío Norberto lo recibió con un sentimiento que le pareció de alegría y le sacó de allí diciendo: - ven a mi despacho, Ignacio, estaremos mejor.

-No aguanto la charla de tu tía y de sus amigas – comentó ya en su despacho-. Me alegra que hayas venido, me alegra mucho, muchacho, no hay forma de verte.

-Vengo siempre que me llamas –dijo Ignacio a modo de disculpa.

-Sí, es cierto, vienes cuando te llamo, pero es la primera vez que lo haces por iniciativa propia, y en cambio tengo que aguantar un día sí y otro también como mi casa se ve invadida por los dos alacranes de sobrinos de mi mujer, que siempre quieren algo. Sólo tú eres de mi sangre, recuérdalo, los malentendidos entre tu padre y yo no tienen por qué alejarnos el uno del otro, Ignacio.

No contestó, pero pensó que esta vena sentimental que Norberto le mostraba le vendría bien para empezar a sonsacarle.

- ¿Conoces a Max Strassburger? – preguntó a bocajarro sin pensar.

-Personalmente no– contestó Norberto mirándole fijamente. ¿Por qué me lo preguntas?

-Bueno, por nada en particular, simplemente por una historia que me contó Antonio Rico y que quería que tú me confirmaras –explicó Ignacio, ruborizándose al pensar que hacía mal en involucrar a Antonio en esta historia.

-Ese Antonio en un fanfarrón imperdonable. Siempre le gusta alardear de sus dotes periodísticas.

-Él me habló con mucha admiración de la amistad que te une con Goebbels, y parece apreciarte mucho.

- ¿Qué tal se porta contigo? – preguntó Norberto.

-Me ayuda mucho, aprendo de él, es un magnífico compañero– contestó Ignacio, consciente de su exageración.

-Bien, me gusta oír eso. Sé que eres una persona formal y trabajadora. Padilla me ha dicho que te estás adaptando muy bien a las directrices de la publicación, sigue por esa línea –comentó Norberto.

Ignacio se ruborizó, se acordó de Paul y pensó en lo que éste diría si conociera estos halagos tan poco favorecedores.

Se revolvió en su asiento. Estaba claro que no lograría ninguna explicación de su tío, y desde luego no había venido a escuchar lo bien que se adaptaba en ese periódico fascista y maniqueo, e hizo ademán de levantarse diciendo que volvería otro día.

- ¿Te vas ya? – preguntó Norberto sorprendido.

-Bueno sólo venía a visitarte y a que me confirmaras la historia de Rico, pero no quiero forzarte a contarme cosas si no quieres. Por favor, si lo ves no comentes con él que he querido cerciorarme de la autenticidad de su historia.

-Quédate a cenar, es un favor que te pido. Me vendrá bien tener la compañía de alguien inteligente para variar. Hoy estoy de bastante malhumor y no creo que pueda soportar a mi mujer y al sobrinito de turno que seguramente se apuntará. ¿Qué historia te contó Rico?

Ignacio explicó todo acerca de la historia fallida de la fotografía, del

truco que el veterano periodista ideó para hacérsela al enigmático personaje, sin obviar que el propio Rico le comentó que se la había entregado al propio Norberto Castilla.

-Sí, por esta vez, todo lo que te ha contado es cierto. Se empeñó en hacerle una fotografía al tal Strassburger, y no podíamos consentir que el majadero publicara la fotografía, después de lo que nos costó sacarlo del atolladero, cuando a nosotros nos importa un pimiento cuál es el poder que el tal Strassburger ejerce sobre el Führer.

-Me picó la curiosidad cuando me contó que Strassburger tenía un aspecto que imponía, claro que Rico exagera tanto, pero te confieso que me intrigó.

- ¿Quieres verla? – preguntó Norberto.

Ignacio afirmó con la cabeza y esperó anhelante a que su tío abriera la caja fuerte y rebuscara en una de sus carpetas.

Con la foto en las manos, Ignacio intentó aparentar una indiferencia que estaba lejos de sentir. Efectivamente el rostro de Strassburger era un rostro común, pero con algo peculiar en su mirada que imponía, provocando en el que contemplara esos ojos, captados en un magnifico primer plano, un desasosiego difícil de calibrar.

Norberto volvió a insistir para que se quedara a cenar e Ignacio aceptó ahora, abandonando la foto que le hubiera gustado seguir examinando en la mesa, al lado de la copa de coñac que su tío le había servido. Éste se sirvió la segunda copa, que bebió al igual que la primera con demasiada rapidez. Pareció ponerse más eufórico y siguió hablando, sin retirar la foto que su sobrino rozaba con la mano.

-Efectivamente, te explicó bien cuando te dijo que fui un buen amigo de Goebbels. Durante un tiempo contestaba a todas mis cartas, aunque bien es cierto que últimamente no ha habido ocasión de seguir manteniendo una correspondencia epistolar ni de vernos. Él, como ministro de propaganda, está excesivamente ocupado en un país que ha tenido el coraje de enfrentarse al mundo entero para detener el peligro bolchevique. Conocí a Goebbels en un viaje que hice a Alemania cuando pedimos una ayuda que no se nos negó. Fue muy amable conmigo, sé que le complació enormemente que yo le pidiera observar sus métodos propagandísticos. Jamás conocí a nadie que arengara al pueblo con tanta convicción, con tanta fuerza. Volví a viajar de nuevo en otra ocasión a Alemania –continuó diciendo Norberto, después de servirse otra copa. Goebbels se alegró de volver

a verme, charlamos mucho, por él me enteré de la existencia de ese tipo, el tal Strassburger, al que no parecía apreciar demasiado por su enorme influencia sobre Hitler. Nadie sabe demasiado de ese tipo, pero está claro que es poderoso. Permanece en la sombra, sin ganas de gloria, sin dejarse fotografiar, pero moviendo los hilos detrás del escenario. El último día de mi estancia allí, Goebbels me invitó a cenar y los dos nos emborrachamos, él sobre todo. Por primera vez le oí expresarse de forma resentida, me dijo que después de haber hablado personalmente con el Führer sobre la posición del tal Strassburger, éste le había dicho: - "Cuidado, Joseph, el puesto de ministro se lo debes a él. Max Strassburger te eligió como él más adecuado para propagar por el mundo su doctrina". Goebbels lo llamó delante de mí el nuevo Rasputín. Por primera y última vez oí de sus labios una crítica hacia su admirado Führer, recuerdo que me dijo que éste se sentía tan atraído por todo lo esotérico que estaba planeando búsquedas inútiles, y que el tal Strassburger debía ser el incitador de esa inclinación de Hitler.

Ignacio estaba callado, grabando las palabras de Norberto en su cabeza, palabras que coincidían con la información que le llegó a Inés a través de ese amigo de Pablo, exiliado a los Estados Unidos cuando no pudo seguir con su vida profesional en un país que no le perdonaba su origen judío.

Norberto se sirvió otra copa. Ignacio no había creído que bebiera de esa forma, pero estaba claro que el hecho de no parar de beber le soltaba la lengua, eso y el que parecía claramente complacido por charlar con él.

Cuando su mujer vino a preguntarle si quería que sirviera ya la cena, Norberto, con gesto de enfado, exteriorizando lo poco que le gustaba que ella le interrumpiera, contestó:

-Pon otro plato en la mesa, mi sobrino se quedará a cenar.

El gesto de contrariedad de la mujer fue evidente para los dos hombres. Norberto se limitó a comentar:

-Tiene la idea de que el dinero de mi padre irá a parar a los crápulas de sus sobrinos, mirando a Ignacio significativamente.

No parecía que Norberto tuviera mucho apetito porque siguió hablando y bebiendo, sin tener para nada en cuenta que había confirmado a su mujer que sirviera esa mesa a la que Ignacio había sido invitado.

-En el periódico se oye últimamente un rumor. ¿Es cierto que Franco va a tener una entrevista con Hitler? – preguntó Ignacio, aprovechando la locuacidad de su tío.

-Sí –es cierto-. A muchos les gustaría que interviniéramos en la guerra. Conozco el sueño de Franco, su obsesión por el Norte de África, que no creo que Hitler estuviera dispuesto a arrebatar al gobierno colaboracionista francés. Yo, y así se lo he hecho saber a nuestro Generalísimo, creo firmemente en la postura neutral que debemos seguir manteniendo. España no aguantaría otra guerra, muchacho. Acompañaré a Franco a la dichosa entrevista.

Ignacio se dio cuenta de que su tío se encontraba ya en un estado más rayano en la embriaguez que en la normalidad, y se atrevió a hacer otra pregunta.

-También he oído comentar por el periódico que regalaréis un cuadro a Hitler ¿Es verdad?

-Parece ser que llevaremos un cuadro, pero no es para Hitler, debe de ser para Max Strassburger –comentó Norberto sin que diera importancia a la pregunta de su sobrino que no había trascendido a la opinión pública-. ¡Valiente embrollo con el cuadro de las narices! Precisamente es el de esa mujer que Ramírez encontró en una Iglesia de Toledo y que difundió a bombo y platillo que era de Velázquez. El tema no tiene ni pies ni cabeza. Los periódicos le dieron bastante cobertura. No sé si sabrás que la mujer de Ramírez es íntima de doña Carmen, y que hasta asistió con el general al evento.

-Sí, lo sé, cubrí la noticia –contestó Ignacio-. Padilla al principio casi no me permitió hablar claramente de las voces autorizadas que sostenían que no era tal descubrimiento. Me sorprendió mucho porque no veía en ello nada censurable; Sólo se trataba de discrepancias entre profesores de Arte.

-De locos, el asunto es de locos. Yo me llevo muy bien con Sebastián Aparicio, un profesional como la copa de un pino, que trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores y que se baraja como posible ministro cuando Franco lleve a cabo alguna sustitución que otra, y éste me dijo que, a pesar de que la noticia no trascendió, se recibió un comunicado de Berlín en el cual manifestaban el interés por ese dichoso cuadro. A partir de ese momento, según él, se volvieron a recibir órdenes de arriba para que la noticia, que afirmaba el hallazgo de un Velázquez, se contrarrestara con la información de las voces que clamaban lo contrario.

-Igual pudo ser para que la opinión pública no criticara el regalo que se le va a hacer a Alemania – comentó Ignacio.

- ¡Opinión pública! La opinión pública no tiene que objetar nada, ni tan siquiera aunque a Franco le diera por regalar el Museo del Prado entero, –contestó Norberto con indignación.

Ignacio tragó saliva, había sido un comentario estúpido por su parte; se estaba fiando demasiado y había cometido una imprudencia que esperaba no le quitara a su tío las ganas de seguir soltando, cosa que por suerte no ocurrió.

-Yo creo que esta absurda petición de un cuadro, que no parece valer demasiado, es porque ese Strassburger lo quiere. Según me dijo Goebbels la famosa noche de la borrachera, ese hombre, que no permite ser fotografiado, es un apasionado coleccionista. Colecciona como un poseso, sobre todo retratos. Me dijo silabeándome al oído que el Führer, gran conocedor del entusiasmo pictórico de ese Raputín, le regala cuadros muy valiosos. Por lo visto el extraño personaje es poseedor de grandes firmas que tiene colgadas en su casa de Berlín, un palacio que es un búnker, tan seguro como el que posee Hitler, y que los dichosos retratos que le da por coleccionar, y en cuya búsqueda a través del mundo se pierde tiempo, dinero y sobre todo gente preparada para otras tareas más importantes, los guarda en un palacio en Venecia, cerrado a cal y canto. Él se enteró porque según me dijo su trabajo consiste en enterarse de todo, aunque no se lo manden.

Ignacio tembló, todo encajaba, todo parecía ser como adivinó Segura e Inés le contó. Sonrió por dentro al pensar en todo lo que creía saber Goebbles con respecto a la mano que indicó a Hitler que lo eligiera a él como ministro de propaganda. Nadie, ni tan siquiera el mismo Führer, debía conocer lo que realmente Max Strassburger era; sólo una mujer como él y dos mortales indefensos, viviendo hasta ahora una tranquila existencia únicamente estimulada por charlas que pretendían arreglar el mundo, lo conocían.

-Querido –dijo la mujer de Norberto-. La cena lleva un rato servida y Alfredo espera.

-Vamos, sobrino, que si tardamos ese estúpido haragán es capaz de comerse todo –dijo Norberto sin importarle que su mujer escuchara con un mohín de molestia el comentario.

- ¿Te importa que llame por teléfono? – pidió Ignacio.

-No, claro que no, llama lo que quieras –contestó Norberto saliendo tras su mujer.

Marcó el número de teléfono de Inés; lo cogió ella misma, y pidió que le pusiera con Mercedes.

Le explicó que se tenía que quedar a cenar en casa de su tío. Se sorprendió que ella no pareciese molesta al saber que no iría a recogerla, pero sobre todo cuando le contestó que no se preocupara, que se quedaría a cenar con Inés, y que si se hacía tarde puede que también a dormir.

-Estoy enterándome de cosas que no te imaginas. Di a Inés que la creo –dijo bajando la voz-. Oye, es buena idea que te quedes ahí a dormir, estaré más tranquilo. No puedo hablar ahora, mañana os lo contaré.

- ¿Qué cosas? ¿De qué te has enterado? – preguntó Mercedes excitada.

-No puedo, ten paciencia. Te quiero, adiós.

Iba a salir del despacho de Norberto Castilla cuando sus ojos tropezaron con esa foto que Antonio Rico había hecho y sin pensar, con manos temblorosas, la guardó en su chaqueta.

La cena transcurrió en medio de una atmósfera enrarecida por las pullas hirientes que Norberto lanzó contra el sobrino de su mujer, sobrino que a Ignacio le pareció un imbécil en toda la extensión de la palabra. Se dio cuenta de que Norberto se sirvió dos vasos de vino. Estaba claro que su tío tenía problemas con la bebida. Cuando terminaron los postres, Norberto, tambaleándose ligeramente, ya que por lo que Ignacio apreció no se le podía negar el aguante que tenía para soportar el alcohol, le dijo a su mujer que tomaría el café en su despacho para continuar la conversación con su sobrino.

Alfredo fue tras ellos, como si no hubiera oído el comentario del marido de su tía, pero Norberto sin recato alguno le espetó:

- ¿A qué vienes? Quédate con tu tía y acompáñale en el rosario.

Ignacio rechazó el café, pero aceptó un inmenso puro que su tío le ofreció. Estaba asustado, temiendo que Norberto se diera cuenta de que la foto de Strassburger no estaba en la mesa. Pensó meterse la mano con disimulo en el bolsillo interior de la chaqueta y dejarla de nuevo allí, pero no encontró el momento oportuno, y además Norberto siguió hablando con la misma locuacidad que al principio, sin que pareciera pensar en la foto que durante años había guardado.

-Tengo que confesarte una cosa, sobrino. La entrevista se realizará muy pronto, y estoy nervioso, porque por mucho que se hable con el caudillo éste siempre guarda para sí lo que realmente piensa. No sé si Goebbels acudirá, me imagino que sí. Probablemente Rico será el encargado de cubrir la noticia para vuestro periódico. Acude a mí si te cuenta algo, yo te confirmaré si es una exageración de las suyas, o si dice la verdad – comentó Norberto con una sonrisa.

-Rico lo está pasando mal. Creo que se enamoró de una judía alemana. No ha logrado traerla a España –dijo Ignacio.

-Lo sé, intenté hacer algo por él. Escribí a Goebbels, pero hasta ahora no he recibido ninguna contestación al respecto. Si acompaña a Hitler intentaré hablarle de nuevo sobre el tema. No estoy de acuerdo con todos los puntos que Goebbels defiende –dijo Norberto mirando a su sobrino.

Ignacio estaba deseando irse, puesto que ya había tomado la decisión de exponerse y quedarse con la foto. Su tío seguía de momento sin darse cuenta de nada. Era necesario que Inés conociera el rostro de la persona que la perseguía para destruirla. Estaba claro que ese Strassburger no quería a su alrededor a nadie que conociera su secreto, y que su obsesión era hacer desaparecer a los que eran como él.

-Sé que te interrogaron por la muerte del tal Alonso. Hablé con Padilla y le dije que recordara al inspector de quién eres sobrino para que no te molestara mucho. Hay cosas que no entiendo, Ignacio, que no llego a comprender –dijo Norberto, mirando a Ignacio con preocupación, que se dio cuenta de que en ese momento el efecto del alcohol en su tío estaba a punto de dejarle KO.

Pensó que era el momento de irse, de alejarse cuanto antes de allí, pero la voz de Norberto con un matiz que nunca antes hubiera adivinado, le volvió a dejar quieto.

-Tú hubieras podido ser mi hijo, Ignacio, si tu padre no se hubiera interpuesto entre tu madre y yo. Yo quería a tu madre, fue la única mujer a la que quise. Sé que arrebaté a tu padre la herencia de tu abuelo, pero esa herencia es para ti, todo lo mío será para ti cuando yo muera, te lo aseguro.

Era el momento de poner punto y final a una entrevista que deseaba finalizar. No se sentía molesto porque este hombre le hablara de los sentimientos que su madre le inspiraba, porque para su desgracia

hacía tiempo que había dejado de sentir la necesidad de recordarla. Había sufrido antes por la indiferencia que ella siempre le demostró, y había llegado a un punto en que nada que se le relacionase podía conmocionarle emocionalmente. Notaba que deseaba que esta ternura, que el hombre quería mostrarle en un momento de borrachera, concluyera cuanto antes. Se sentía incomodo, a pesar de agradecer todo lo que su tío le había contado, algo que jamás hubiera pensado que conseguiría con tanta facilidad.

-Tío has bebido mucho, deberías irte a dormir, yo me tengo que marchar – aclaró Ignacio.

-A veces tengo muchas dudas, Ignacio, temo haberme equivocado y me entra un sudor frío por las noches. Algunas cosas que están ocurriendo no me gustan. Yo no gané una guerra para esto. Sueño con tu padre, pienso mucho en él y veo su rostro riéndose de mí, mofándose por lo que él definía como mi ceguera.

-Acuéstate, tío, necesitas dormir – dijo con suavidad Ignacio.

-Sí, tienes razón, me ha alegrado mucho tu visita, mucho. Vuelve otro día y dime si necesitas algo. Somos de la misma sangre, no lo olvides.

Ignacio asintió y comprobó con alivio como el hombre, casi tambaleante, hacía un esfuerzo para acompañarle a la puerta. Fuera de la casa, respiró hondo y profundo. Era una noche oscura, con un cielo limpio de nubes que permitía contemplar una luna llena que parecía un globo blanco suspendido en el aire. La luz del astro emulaba la de las farolas, situadas en las aceras de la calle Recoletos, donde vivía su tío. Llegó hasta la Puerta de Alcalá, con idea de coger el tranvía que le conduciría cerca de la Plaza de Ópera. Había pensado irse a dormir al estudio de Mercedes, introducirse en el lecho que ambos dejaron revuelto antes de ir a la casa de Inés y procurar descansar. No quería pensar de momento en todo lo que sabía; por la mañana temprano hablaría con las mujeres sobre el tema, y le confirmaría a Inés que su cuadro efectivamente partiría camino de Alemania.

El tranvía paró e Ignacio no subió a él, en la fracción de un segundo decidió continuar caminando para intentar tranquilizar una cabeza en la cual las ideas iban y venían desordenadamente, impidiéndole dejarlas aparcadas hasta el día siguiente, provocando en él una gran excitación.

Avanzó con paso rápido, creyó sentir algo tras él y se volvió con

rapidez. No vio nada; se angustió y recordó al asesino de Segura y de Alonso que andaba suelto. Repentinamente, pensó "en esa gente preparada que Goebbels había confesado a Norberto perdían el tiempo tras simples retratos". Como cada noche se veían pocas personas caminando; la gente tomaba el tranvía, prefería el hacinamiento con otras personas que andar a través de la tristeza de una ciudad que todavía no había olvidado el asedio al que fue sometida. Aceleró aún más el paso, deseaba llegar a la siguiente parada del tranvía y tomarlo, para volver él también a ocultarse entre extraños que le protegieran de sus miedos, de todo lo que sabía y le asustaba.

La parada estaba desierta, y esos pasos implacables seguían los suyos, acortando el camino. Miró para ver si un taxi pasaba libre, pero no vio a ninguno dispuesto a parar para cogerlo. Los que pasaban estaban ocupados por hombres gordos acompañados por mujeres pintarrajeadas que reían sin parar. Siguió caminando cada vez más rápido, pensando que de un momento a otro una mano se posaría en su hombro y le apuñalaría allí, en mitad de la calle.

Notaba la respiración del cazador, la sentía en su nuca quemándole. Su boca también estaba pastosa, aunque quizás tuviera mucho que ver la copiosa cena que había casi engullido en casa de su tío, quien por primera vez hizo gala de una fragilidad que le extrañó, impropia del fascista que sólo creía en lo que él considera una verdad absoluta.

XVIII

MADRID 1941 – SURGE LA IDEA DE CAMBIAR EL CUADRO ORIGINAL POR UNA COPIA DEL MISMO.

Se levantó pensando en la fragilidad que esta mujer le mostró, impropia de alguien que tenía poder sobre la misma muerte. Sentía la lengua pastosa. Había comido y bebido en exceso de todo lo que su anfitriona había servido en la mesa. Su excitación había tenido que ver con que lo hubiera hecho en demasía y sin tino, eso y el hecho de que casi había olvidado lo que era deleitarse con unos manjares que únicamente se podían adquirir en el mercado negro y que, desde que había abandonado la casa familiar, su exiguo presupuesto no le había permitido volver a probar.

El miedo no lo puede combatir ni tan siquiera la promesa de una vida eterna–pensó Mercedes-, quizás porque el miedo es el sentimiento más unido al concepto de humanidad, y estaba claro que Inés era un ser humano como otro cualquiera, aunque tuviera la desdicha de tener que caminar a través de un mundo que de alguna forma ya no le pertenecía.

Ella no hubiera podido justificar su soledad, el vagar por el tiempo, por la recompensa de encontrar el verdadero amor que justificara ese mismo vagar. Pablo Segura, su admirado profesor, fue la persona que en un momento determinado dio un sentido a la vida sin fin de Inés, y ahora la obsesión que se había insertado en su cabeza, destruir al tal Max Strassburger, era el segundo motivo que quizás pudiera volver a justificar su vagabundear a través de la historia.

Intentó imaginarse en el puesto de Inés y se dijo, muy convencida, que el amor que sentía por Ignacio, la esperanza que con él volvía a percibir, jamás hubiera podido mitigarle la angustia de sentir que el tiempo se detenía, permitiéndote contemplar el desmoronamiento de las personas y de las cosas alrededor, ni hubiera aguantado vivir con las horas pegadas a su piel, paradas, ni sentirse recompensada por el encuentro con un amor que en cambio viera avanzar esas mismas horas. Tampoco la idea de salvar a la humanidad de alguien como ese

Strassburger sería motivo de justificación al horrible tedio que debía acompañar al que se supiera eterno.

Sería horrible contemplar como un mundo conocido desaparecía una y otra vez; ella no hubiera tenido valor para adaptarse a esa existencia infinita. Comprendió perfectamente esos largos períodos de hastío que atravesó Inés, la permanente náusea que la invadió; este estado emocional era para Mercedes más comprensible que la justificación de esa misma náusea a través del amor que llegó a encontrar en Segura o del nuevo cometido con que Inés intentaba llenar su existencia, la de hacer desaparecer del mundo a Max Strassburger.

¿Quién habría sido Strassburger a través de la historia? ¿Nacería en la piel de un tirano, de alguien que cambió en un momento la historia de una humanidad y la sumergió en el caos? Probablemente ese maldito nazi había canalizado su hastío a través de las ansias aniquiladoras que le dominaron y que le llevaron a creer en una infernal misión.

Tenía que convencer a Ignacio de la decisión que había tomado, intentar por todos los medios recuperar el cuadro de Inés. Se le había ocurrido la peregrina e irrealizable idea de sustituirlo por uno pintado por ella. Ya lo había hecho antes de conocerla personalmente, logrando un gran parecido con el retrato original, ese retrato que tanto le obsesionó sin saber exactamente por qué. Ahora comprendía, entendía que de alguna forma fue capaz de sentir el áurea de ese rostro pintado con vida, y captar algo que le conmocionó, incluso antes de presenciar el asesinato de Segura y de escuchar sus palabras entrecortadas.

Había pensado en esta noche pasada en casa de Inés que podía muy bien volver a pintarla, pero no de memoria, sino con la propia mujer posando, y de alguna manera, que todavía no sabía, sustituir su trabajo por el que le otorgó su poder sobre la muerte.

El hereje, como llamó Inés a su pintor, le dio la eternidad, y ella le entregaría la llave de su libertad, la que le permitiría continuar con su propia eternidad o acabar con ella, a su propia elección. Le gustaría tanto hacer este regalo a Inés. Era curioso lo que después de un día entero pasado en su compañía sentía. Entendía ahora perfectamente que ese rechazo suyo inicial, únicamente lo provocó el miedo, los prejuicios que le impedían entender lo que escapaba a toda lógica y raciocinio. De alguna forma sentía ahora que no tenía por qué admitir que todo debía estar atado en su vida y en su pensamiento, que su raciocinio no tenía que aceptar sólo lo palpable y lo que le pareciera cierto, que podía vivir permitiendo que ese mismo raciocinio diera

paso a unos sentidos que no necesitaban de la lógica para sustentarse.

No sabía cómo se podría entrar en la sala de exposición donde se mostraba el cuadro de Inés y proceder al cambiazo, aunque había fantaseado con la posibilidad de proponérselo a Renato, el hijo de su insufrible portera, un chico capaz de entrar en cualquier lugar y de abrir cualquier puerta por complicada que fuera. Renato era un muchacho listo, alguien muy peculiar a pesar de sólo contar quince años de edad. Su madre lo había metido varias veces en un reformatorio, alegando no se sabe cuantas tropelías que sólo tenían como verdad de fondo la respuesta del muchacho a los malos tratos que esa mujer le infligía. Patrocinio, su portera, era una mujer de un servilismo rastrero, con una mente embrutecida que sólo sabía chismorrear y alterar la convivencia entre los vecinos con cuentos que traía y llevaba con un placer que la engordaba aún más que la comida que se reservaba para ella sola. Cuando en una ocasión ella intentó ponerse de acuerdo con los vecinos para intentar echarla de esa portería, que se había convertido en la oficina oficial del espionaje de la casa, aun a pesar del apoyo de la inmensa mayoría, no lo logró. Alguien le reveló que esa mujer estaba muy bien relacionada con la dueña absoluta del inmueble que alquilaba, y que la amistad protectora de esta última, no era otra cosa que el pago que la señora hacía para tenerla con la boca callada, ya que Patrocinio conocía ciertos detalles escabrosos de su vida pasada.

Se había enterado de la cualidad asombrosa de este chico cuando supo que la inmensa mayoría de la comunidad conspiraba sin éxito para echar a la portera del inmueble. Una noche llegó un poco tarde a su casa y se dio cuenta de que había perdido la llave de su estudio, cosa que le obligó a intentar sin éxito que Patrocinio le entregara la copia que guardaba. Llamó a la puerta de su vivienda, situada en el semisótano, para que ésta le abriera, pero no lo consiguió, a pesar de oírle cantar a pleno pulmón una copla. A medida que ella aporreaba con los nudillos más fuertemente en la puerta, mejor pudo escuchar la voz de la mujer que se debió situar tras esa misma puerta y cantó con más brío aún, para fastidiarla todavía más. Cuando desalentada iba a volver sobre sus pasos, pensando que tendría que pedir refugio en casa de sus padres para pasar la noche, alguien la llamó, sin que en principio pudiese adivinar de donde procedía la voz que reclamaba su atención. Cuando volvió a oír “Señorita Mercedes, Señorita Mercedes” y se dio cuenta de que esa voz venía de arriba, subió de nuevo las escaleras. El sonido venía de detrás de la ventana del descansillo del cuarto piso que, como todo el resto de las ventanas de las escaleras, daba al patio interior del edificio. La ventana estaba cerrada y ella la abrió, encontrándose con el muchacho que estaba encaramado en una

estrechísima repisa sin anchura para que un pie humano pudiera apoyarse. Se pegó un susto de muerte, e instintivamente alargó la mano para que el chico se agarrase a ella, algo que consiguió sin que el muchacho demostrase que realmente lo necesitaba. Ya a salvo, y después de las consabidas exclamaciones que ella profirió, el muchacho con la misma pasmosa tranquilidad le dijo que no pasaba nada, que se solía quedar allí hasta que su madre se calmaba. Incluso había pasado una vez allí la noche porque su madre había cerrado, una por una, todas las ventanas de los descansillos para que él no lograra salir. Ella entonces, con la boca abierta por el espanto, le dijo que si alguna vez ocurría eso que diera una patada al cristal, pero que no volviera a quedarse allí, a lo que el chico le contestó "de eso nada, si rompo un cristal me acusa de vandalismo y otra vez al reformatorio".

Propuso al muchacho que fuera con ella al bar más próximo que le invitaba a un bocadillo, pensando que lo más probable era que no hubiera cenado, pero él le dijo que no era necesario que podía invitarle en su estudio, que él abriría la puerta en un abrir y cerrar de ojos.

Efectivamente abrió esa puerta con un simple mondadientes que guardaba en el bolsillo, y se quedó allí a cenar. Cuando ella le dijo que le preocupaba pensar que no tenía donde dormir, le volvió a sorprender contestando que su madre ya roncaba a pierna suelta y que él entraría sin problemas. Desde ese día recibió con asiduidad la visita del chico que parecía complacido del interés que ella le mostraba. La confianza que se entabló entre los dos hizo que el muchacho le confesara un día que lo que quería era ser un ladrón, pero un ladrón de guante blanco, de los que robaban joyas y buenos cuadros. Se lo tomó a broma, pero en su fuero interno pensó que realmente el chico tenía unas cualidades extraordinarias para entrar donde quisiera y como quisiera. Se limitó a aconsejarle que sería el camino perfecto para desaprovechar su vida en la cárcel, y nuevamente le volvió a sorprender con su respuesta.

-Señorita, no todos los ladrones van a la cárcel, muchos de ellos están en buenos puestos, sé lo que me digo.

Al oírlo pensó en los chanchullos de su propio padre, y se calló.

Ignacio, que por entonces ya se había convertido en su amigo más fiel, cuando se enteró de la amistad que le unía con este pilluelo se escandalizó un poco, diciéndole que el día menos pensando este chico entraba en su estudio y le robaba lo poco que tenía, pero nunca

ocurrió, incluso tuvo un detalle que le reveló su habilidad portentosa. Había salido con Ignacio, había quedado con él para cenar y dar una vuelta, por entonces ya había comprendido que estaba totalmente coladita por este hombre que sólo veía en ella a la igual para discutir sobre los temas más variopintos. Se despidió en el portal y subió a su estudio, pensando precisamente que estaba ya cansada de que él no se diera cuenta de nada, y que probablemente nunca se lo daría si ella no encaraba directamente la cuestión, cuando se encontró con Renato, sentado en el suelo frente a la puerta. Le preguntó que qué hacía allí, pensando en los golpes que habría recibido otra vez de su madre, y que la obligaría a tener que darle de cenar precisamente cuando en su casa sólo quedaban unas galletas y un poco de leche porque había tenido que estirar su asignación como si fuera un chicle, ya que pasaba por uno de sus períodos de castigo que sellaban su rebeldía con el cierre del dinero que le llegaba con cuentagotas.

-Toma estas llaves, son las nuevas de tu casa. Te he cambiado la cerradura – dijo el chico.

- ¿Por qué? – preguntó ella asustada.

-Porque la bruja chismorrea en tu casa cuando tú no estás. Lo lleva haciendo desde el principio.

Patrocinio tenía la desfachatez de entrar en su estudio y fisgonear. Era la gota que colmaba el vaso. Así y todo le dijo al chico que no había sido necesario que le hubiera cambiado la cerradura, que ella podía perfectamente exigirle a su madre que le devolviera la copia que le entregó.

- ¡Qué te crees tú eso! Ella te daría tu copia, pero tiene guardada otra.

-Se la pediré también. Iré a hablar con doña Encarna (la dueña del inmueble) y me tendrá que oír. Te aseguro que tu madre no saldrá esta vez de rositas.

-Mejor no lo hagas. Mi madre sólo saldrá de la portería cuando la palme. Si vas a hablar con doña Encarna, la que saldrá de aquí serás tú.

-No sé cómo. Pago mis recibos, no me pueden echar.

-Te echarán con la disculpa de que atentas contra la moralidad y buenas costumbres del vecindario– contestó el muchacho.

- ¡Qué yo atento contra las buenas costumbres! – exclamó enfadada.

-Eso es lo que ellas dos alegarán. Tranquila, a mí no me importa que recibas a tus amigos en tu casa-contestó Renato, haciéndola sentir que no sabía si despedir al muchacho con viento fresco o reír su intromisión.

Al final aceptó las dos llaves que el chico le entregó de la nueva cerradura. Se tuvo que confesar que por un momento pensó en la posibilidad de que él se hubiera quedado con una copia y le diera por hacer lo que se madre había practicado en su ausencia. Para vergüenza suya Renato debió de leer sus pensamientos porque dijo:

-Yo no me quedo con ninguna llave. Tendrás que hacerle una copia a Ignacio si quieres conservar tú las dos que te he dado.

Pensó entonces que era tonta de remate, desde cuándo este chico hubiera necesitado una llave para entrar en su estudio, si con un simple palillo de dientes podía accionar cualquier cerradura. Además, Renato jamás entraría en su casa sin permiso, lo sabía, de la misma forma que sabía que este pilluelo tenía algo en sus ojos que hacía creer en él y confiar en su palabra.

Esa misma noche intentaría conectar con él para hablarle, ya vería cómo le explicaba el asunto, pero desde luego pediría su ayuda.

Alguien tocó con suavidad en la puerta de la habitación. Se estiró antes de contestar que podía pasar, sintiendo su cabeza pesada.

XIX

MADRID 1941 -EL INSPECTOR SALVA LA VIDA DE IGNACIO.

Sentía su cabeza pesada, mientras oía como alguien tocaba a su puerta. No contestó y quien llamara desistió del empeño. Al final se había quedado en su pensión, no quiso que el inspector que le acompañó hasta allí fuera con él hasta el estudio de Mercedes Escobar. Era mejor no dar demasiadas pistas sobre su relación con ella, aunque este hombre parecía saber de él más aún de lo que había dejado entrever.

Su perseguidor había logrado alcanzarle, llegó a zafarle por el brazo, pero antes de que se volviera, otra persona le atrapó a él. Forcejearon los dos, mientras él se quedó parado viendo como los dos hombres rodaban por la acera. Intentó pedir ayuda, pero misteriosamente las escasas personas, que había creído ver mientras caminaba, parecieron desaparecer. Hizo un esfuerzo por reaccionar y ayudar a su salvador, pero los dos cuerpos entrelazados, ambos con un revolver en la mano, se lo impedían. Todo sucedió en la fracción de un segundo; su perseguidor fue más rápido al levantarse, apuntó con su pistola hacia él, que cerró los ojos, pero Humberto, el inspector, se revolvió en el suelo, giró con suma rapidez y disparó sobre el hombre que le había perseguido hasta la casa de Javier Alonso, la misma persona que los siguió hasta Arturo Soria el día del entierro de Pablo Segura, y probablemente la que mató a los dos hombres involucrados en un tema que escapaba a toda lógica y raciocinio, y que tenía que ver con el cuadro de la mujer que pintaron tres siglos antes en Toledo.

La bala del inspector impactó de lleno en la mano que sujetaba la pistola y que a punto estuvo de dejarle seco. El arma cayó y el hombre, en un gesto instintivo, se la apretó con la otra, y empezó a correr de tal forma que cuando Humberto se incorporó ya había desaparecido del lugar.

- ¡Menos mal que me dio por seguirle! – había exclamado Humberto, mientras Ignacio le ayudó a incorporarse del todo.

Ignacio estaba pálido, terriblemente pálido. La cena volvía a su boca, produciéndole unas terribles ganas de vomitar.

-Caminemos un poco–dijo Humberto-. Nos vendrá bien.

- ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué me sigue? Yo no he hecho nada, ya se lo aclaré; le dije todo lo que sabía. De cualquier forma, gracias, me ha salvado la vida.

-No es lo que se figura. Puse una persona para que le siguiera y protegiera. Esa persona fue tras usted y Mercedes Escobar hasta una mansión de Arturo Soria donde sé que permanecieron mucho tiempo, tiempo suficiente para que mi confidente me detallara que no creía que en esa casa tuvieran problemas, me dijo que parecía bien protegida, que detrás de la verja paseaba un hombre muy fornido con dos perrazos inmensos. Cuando usted marchó para el periódico volvió a seguir sus pasos. Sé que Mercedes se quedó allí, lógicamente pensé que si se quedaba era porque se sentía segura. Mientras estuvo en la calle Recoletos, en casa de su tío, yo sustituí a su guardián.

-Vaya, no me imaginaba que la policía, con el trabajo que tiene, se molestara tanto por mí – exclamó Ignacio irónicamente.

-No le ha seguido ningún policía, bueno yo sí soy policía y efectivamente le he seguido y le he salvado la vida, pero la persona que mandé que fuera tras sus pasos y los de Mercedes Escobar no era un policía, digamos que es una persona que me debe varios favores.

-Realmente debe de ser muy bueno, porque no me di cuenta.

-Por supuesto que es bueno, y el mejor carterista que existe –afirmó Humberto.

- Pensaba que los carteristas estaban en la cárcel– comentó Ignacio con asombro.

-No, las cárceles en estos tiempos las llenan gentes condenada por otros motivos –afirmó Humberto con amargura-. Este hombre, que es una excelente persona y me ha hecho favores inestimables, no trabaja oficialmente para la policía, lo hace para mí personalmente. Yo lo protejo.

- ¿Por qué se preocupa por mí? – preguntó Ignacio.

-Usted me recuerda a alguien, pienso que realmente está en peligro y me gustaría protegerlo, lo hago extraoficialmente.

Humberto propuso a Ignacio entrar en un bar abierto. Se encontraban cerca del metro de Sevilla, e Ignacio lo agradeció. Necesitaba tomar algo caliente que le asentara el estómago; se encontraba cansando, terriblemente cansado por el susto y también por la caminata que, casi sin darse cuenta, se había dado desde casa de su tío.

Humberto pidió dos carajillos e Ignacio, sin pensar que igual se pondría peor, se lo tomó de un sorbo. Tembló al pensar en esa bala que pudo haberle atravesado el corazón; hasta ese instante era como si realmente no hubiera apreciado realmente lo que había ocurrido con tanta rapidez. Su cabeza estaba tan llena de cosas que le era imposible asimilarlas con claridad.

-Mire, sé que tiene cierta prevención contra la policía y puedo entenderlo. Por desgracia el cuerpo se ha convertido en un brazo más de la represión en estos tiempos. Sí, no se asombre por oírme hablar así. Conozco todo de usted, absolutamente todo. Yo soy policía, pero policía vocacional, y no concibo que mi trabajo consista en detener a la gente por sus ideas, lo concibo como un trabajo que pueda servir a la sociedad, que la proteja. No me mire así, adivino lo que está pensando, usted se pregunta cómo se puede proteger perteneciendo a la misma maquinaria represora que se dedica a reprimir para defender sus intereses, pero créame si le digo que confío en que algún día los que nos quedamos aquí, intentando hacer algo dentro del pozo oscuro y de la misma represión a la que parecemos pertenecer, intentando sortearla, incluso engañarla, seamos valorados en su justo término. Fui amigo personal de su padre, pero esto es otra historia que en algún momento le contaré, ahora no hay tiempo. ¿Qué ocurre, Ignacio? ¿Por qué quieren matarle?

-De verdad que no lo sé–contestó Ignacio, sorprendido después de escuchar de boca de Humberto que había sido amigo de su padre.

-Dígame, ¿se llevó algo de casa de Javier Alonso? No pienso detenerle, Ignacio, pero hay algo que usted tiene, y que interesa a ese alemán, estoy seguro.

-No me llevé nada de casa de Javier Alonso –afirmó Ignacio-, mirando los ojos de Humberto. No soy un ladrón, no me dedico a robar en las casas de los que entrevisto.

-Lo sé, sé perfectamente que no es un delincuente. En la casa de Alonso no faltaba nada de valor, eso ya nos lo confirmó su sobrina, pero él debía de tener algo que ese alemán quiere, y esa persona cree que usted lo tiene.

-Pues yo no tengo nada, absolutamente nada.

-Bien, no puedo forzarle. Sólo intentar que no le maten.

Se dejó acompañar hasta su pensión de la calle Arenal. En cuanto se metió en la cama se quedó dormido, con un inquieto sueño en el que se vio vagando por calles, ciudades, países que no conocía, agarrado a la mano de Mercedes, corriendo, siempre corriendo de la persona que tenía los mismos rasgos que el alemán que le perseguía y que a punto estuvo de matarle. Se volvía viejo corriendo, primero lentamente, luego de forma acelerada hasta que la decrepitud doblaba sus piernas y arrastraba en su caída a Mercedes, que le miraba aterrada. Mercedes seguía bella, joven, se soltaba de él y seguía corriendo de la persona que gritaba a pleno pulmón: soy Max Strassburger.

Se levantó, miró el reloj sobresaltado, y todavía con el recuerdo del sueño fue a por la chaqueta que había abandonado en una silla. Miró en el bolsillo interior y allí estaba el rostro imperturbable, la mirada retadora, extraña, malévola. Aunque sentía el deseo irrefrenable de guardarla, de esconderla bajo las baldosas rotas de su habitación, donde alguna vez había escondido algo porque resultaba un lugar seguro que su casera no parecía haber descubierto, aguantó con ella en las manos, intentando grabar en su memoria el rostro de una persona eterna, que había vagado por el tiempo probablemente provocando cataclismos, guerras, maquinando ideas que podían enredar y atraer el lado oscuro y estúpido de los que le seguían.

Tenía que vestirse, ir rápidamente a casa de Inés y decirle que le creía, que no sabía cómo, pero que estaba seguro de que su historia era cierta. Debía hablarle del cuadro, de ese cuadro suyo que sería entregado en la entrevista que tendría lugar en Hendaya.

Se había dado cuenta de que Norberto Castilla estaba en contra de que España entrara en la contienda, que pensaba que su paupérrima economía no lo soportaría. Ojalá los Estados Unidos terminaran por entrar en esta maldita guerra. Se sabía que la población americana no quería mandar a sus hijos a morir en una batalla que no parecía incumbirles, pero tarde o temprano tendría que hacerlo. Ignacio estaba completamente seguro de esta participación, porque si Europa caía, -se dijo-, los americanos también se verían salpicados por las olas que el cataclismo produciría.

Ni tan siquiera su tío, hombre de confianza del caudillo, conocía lo que pasaba por la mente de ese hombre. ¿Querría participar para ocupar ese Norte de África que le obsesionaba o intentaría convencer

a Hitler de la necesidad de la neutralidad de un país como España, destrozado por una guerra civil que lo diezmó? Seguramente en un futuro, cuando todo hubiera pasado se elucubraría sobre el tema. Muchos españoles considerarían que la maldita entrevista fue concebida para preservar la neutralidad, otros, en cambio, verían en ella el último intento del hombre que siempre soñó de forma obsesiva con la posesión de ese Norte de África que debía traerle muy buenos recuerdos.

Lo que estaba claro es que no podía evitar sentir que no soportaba saber que el cuadro de Inés viajaría en el tren que uniría en un saludo a los dos dictadores que se mirarían soberbios, orgullosos por el papel que la historia les concedía.

¿Hacemos la historia tipos como yo? – se preguntó-. Estaba claro que no, que él sólo la había visto desfilar ante sus ojos, discutiéndola, adhiriéndose intelectualmente al devenir de los distintos acontecimientos, pero contemplándola sentado en su sillón como le reprochaba su amigo Paul, y si así se hacía la historia, si la gente le daba de lado como si no tuviera que ver con ella, y permitía que personas como las que se iban a entrevistar la hicieran, todos ellos quedaban fueran de esa historia que ya no les pertenecería, y la historia tenía que pertenecer a los hombres y mujeres que debieron haberla hecho en un pasado, que debían hacerla en el presente como ahora, y que deberían inventarla en un futuro. La historia no podía pertenecer a cuatro caudillos ni a cuatro mil, tampoco a los poderes fantasmas que se situaban por encima de esos mismos caudillos, y ni mucho menos a la persona que supeditaba la historia a su eternidad. Tenía razón Inés, ese hombre debería ser destruido, pero ¿cómo?”

Otros golpes en su puerta le hicieron reaccionar y decir “Pase”

XX

MADRID 1941 – UN NUEVO CUADRO

Dijo "pase" y a los pocos segundos entró su anfitriona en la habitación, preguntándole si había descansado bien. Le contestó que mejor de lo que había esperado, después de lo mucho que había cenado. Inés sonrió a modo de respuesta, sentándose con confianza en la cama de Mercedes.

-Yo también cené en exceso. Siempre me ocurre igual: si la charla me absorbe y en la mesa hay buenos alimentos y bebidas no me controlo. Mercedes, quiero agradecer tu compañía, me ha hecho mucho bien. He aprendido a vivir en soledad, la busco, entre otras cosas porque no tengo más remedio; la soledad me preserva, me protege y me esconde, pero también me encarcela de una forma asfixiante. Sé por experiencia que no se puede buscar alivio a la soledad entre gente que jamás podría entenderte, pero contigo no ha sido así. No te lo digo por la fe que me has demostrado creyendo mi terrible historia; aunque no me hubieras creído, pensaría de igual forma, que contigo mitigué mi soledad en un momento en que me apretaba, ahogándome. Has logrado trasmitirme calor. Gracias, Mercedes.

-No me las de, Inés, tú también me has venido bien a mí. Por alguna razón que no entiendo, claro que desde que te conozco renuncio a entender, - afirmó Mercedes con una sonrisa-, siento que ha sido una bendición haber hablado contigo y compartido una experiencia tan alucinante como la tuya. De pronto me has descubierto una especie de universo inexplorado que me ha liberado. Sí, no me mires con esa incredulidad, me ha liberado. Siempre he sido una persona insatisfecha con todo, y tú me has abierto una puerta que no sé donde conduce, pero que me hace comprender que la existencia en este mundo no se reduce a lo que nos rodea y afecta personalmente. No sé cómo podré ayudarte, pero ten por seguro que lo haré si tengo la oportunidad.

Se produjo un silencio entre las dos. Inés, que había cogido la mano de Mercedes, se la apretó. Por un instante creyó percibir que el rostro de

Mercedes se transfiguraba en el de la hermana que se le murió en los brazos tres siglos atrás.

Un criado hizo pasar a Ignacio al comedor donde las dos mujeres desayunaban y charlaban amigablemente.

¿Qué te ocurre? – preguntó Mercedes con ansiedad-, tienes muy mala cara.

-Siéntate con nosotras. Come algo–dijo Inés, haciendo un ademán a Ignacio para que se sentara en la mesa.

Ignacio pasó su mano por la barba sin afeitar. Cuando su patrona llamó para decirle que Padilla había llamado, lo primero que pensó fue que debía ir a casa de Inés antes de pasarse por el periódico, tenía que hablar con las dos mujeres de todo lo que se había enterado.

-Creo en tu historia Inés. Sé que dices la verdad, aunque mi raciocinio se resista a admitirla. Tengo mucho que contar, escuchad.

Ignacio contó lo que había sucedido desde el instante en que abandonó esa casa el día anterior. Habló de su conversación con Rico, con su tío y también con el inspector.

- ¡Dios Mío, han estado a punto de matarte! – exclamó Mercedes levantándose de la silla y abalanzándose sobre él.

-Están buscando la lista, te siguen porque piensan que los dos estáis involucrados en este asunto. Lo lamento, lo lamento profundamente– dijo Inés-. No fue justo que Pablo os involucrara y que yo intente que me ayudéis.

-Tú no nos has metido en este embrollo. Ignacio y yo nos metimos en el instante que contemplamos tu cuadro, Inés –dijo Mercedes con vehemencia-. Ninguno de los tres podemos ahora volvernos atrás.

- Sí, si podemos. Toda mi vida he pasado por momentos en que sentía la enorme necesidad de que todo terminara. La eternidad me pesa como nunca podréis comprender. La vida sólo se sostiene en la temporalidad, no en este milagro monstruoso que me acompaña. Si quieren destruir mi cuadro que lo hagan, me da igual. Después de todo he recibido más de lo que nunca pensé, y ya no estoy dispuesta a soñar con otro Pablo Segura cruzándose en mi destino. Él fue suficiente para comprender que mi existencia, después de todo, ha merecido la pena.

- ¿Y Max Strassburger, Inés? ¿Qué ocurrirá con él? – preguntó Ignacio

-No lo sé, ayer pensé que podría hacer algo, que vosotros me ayudaríais, pero la realidad es que no sé qué es lo que puedo hacer ni en qué me podríais ayudar aun teniendo un plan. No tengo idea donde puede guardar su cuadro. Las posibilidades de acercarnos a él son casi imposibles porque ese hombre tiene el poder en sus manos – contestó Inés.

-Claro que tiene el poder, un poder tan grande que ha conseguido que en el mundo estalle una guerra. Un poder tan monstruoso que esos malditos ya han empezado a aniquilar a las personas que no consideran merecedoras del nuevo mundo que quieren crear, pero hay una posibilidad, aunque sea remota: mi tío mencionó que Goebbels, en una noche de borrachera, le comentó que el tipo guarda una gran colección de cuadros en Berlín, en una especie de búnker tan seguro como el que se ha hecho construir su discípulo, el propio Hitler, pero que los malditos retratos, en cuya búsqueda emplean los mejores hombres, algo que el poderoso ministro de propaganda no entiende, los conserva en un palacio en Venecia. Si estuvieran guardados en un búnker en Berlín yo no vería posibilidades de que intentáramos nada, pero en Venecia siempre sería más fácil –dijo Ignacio, al tiempo que pensaba que ni él mismo se creía lo que decía.

-Inés, hasta ahora estabas convencida de que lo que ibas a emprender era como una misión que volvería a justificar tu inmortalidad, incluso mencionaste que es lo que Segura hubiera querido. No tenías ningún plan y pedías nuestra ayuda sin saber si nosotros estábamos dispuestos a ayudarte, incluso sin tener certeza de que realmente creíamos tu fantástica historia. Claro que podemos morir. ¿Quién no puede morir en los tiempos que corren? Pero tanto Ignacio como yo queremos intentar hacer algo, los dos necesitamos saber, al menos por una vez en nuestras vidas, si estamos dispuestos a luchar por lo que creemos – afirmó Mercedes.

-No podría soportar que pudierais morir siendo como sois, tan jóvenes, tan afortunados – contestó Inés.

-Tenemos que intentarlo, Inés, y vamos a hacerlo. Mi padre influyó mucho en mis ideas. Esto lo hago por mí y por él –afirmó Ignacio.

-Lo primero que tenemos que hacer es recuperar tu cuadro. He pensado algo que puede servirnos. Volveré a pintarte, posaras para mí vestida de igual forma a como te vestiste ese día de 1640, y sustituiremos este lienzo por el que te pintó ese hombre al que llamas

el hereje. Cuando la comitiva española vaya a Hendaya y entreguen el cuadro, regalarán el que yo te he hecho. Strassburger creerá destruirte a través de mi obra, y tú recuperarás el tuyo. Una persona me ayudará en la tarea, alguien a quien no se le resiste ninguna llave o cerrojo.

- ¿Quién? – preguntó Inés.

-Un chico que es muy buen amigo mío, un chico que sueña en convertirse en ladrón de guante blanco.

-No estarás pensando en ese pilluelo ¿verdad? – preguntó a su vez Ignacio.

- Exactamente, estoy pensando en Renato. Él hará lo que yo le pida, por supuesto habrá que pagarle generosamente.

-No podemos involucrar a Renato en esto. El secreto de Inés no debe salir de esta habitación –afirmó Ignacio.

-No saldrá. Jamás se me ocurriría comentarlo con el chico, a él le contaré una historia que me inventaré y le pediré que me facilite entrar y salir en la sala donde está, nada más que eso.

-No sé, no me convence mucho, pero la verdad es que no se me ocurre otra idea mejor. El edificio sólo tiene una gran puerta de acceso a la calle; probablemente contará con más de una cerradura, cosa que el muchacho podría sortear, pero hay un problema que ese chico no podrá saltarse, hay un vigilante que permanece allí todo el día, mejor dicho dos, uno que vigila por el día y otro por la noche – volvió a decir Ignacio.

-Una de las muchas veces que fui a contemplar el cuadro se me pasó el tiempo. Fue una tarde, antes de que me encontrara con Pablo Segura y Ramírez echara su discursito; sólo estábamos cuatro o cinco personas, lo que demuestra la poca avalancha de gente que se ha interesado por el evento. Cuando me di cuenta estaba sola; recuerdo que intentaba descifrar lo que percibía de vida en ese cuadro cuya técnica no me podía deslumbrar. Un vigilante, casi sin hacerme caso, se acercó al cuadro y procedió a echar el candado a las rejas que lo protegen, que permanecen abiertas por el día y que se cierran con ese simple sistema por la noche. El hombre me dijo que me tenía que ir, que se iba a cerrar la sala. Me entretuve unos minutos y al irme recuerdo que me asusté un poco porque la puerta de la calle estaba cerrada. Tuve que buscar a ese hombre que dormitaba en el piso de abajo y despertarle para que me abriera, cosa que hizo de mal humor y protestando, pero que subsané cuando le puse una propina en la mano. Con esto quiero

decir que por mucho interés que tengan los alemanes en recuperar esa pintura, aquí no se emplea ningún sistema sofisticado que impida a alguien, con la habilidad de Renato, acercarse al mismo. El cuadro no está en ningún Museo y en España no se emplean los métodos que seguramente protegerán las pinturas de ese Strassburger –comentó Mercedes.

-No sé–contestó Ignacio dubitativo- De cualquier forma tendríamos que ir hoy para confirmar que sigue allí; imagínate que ya lo han retirado.

-Esperemos que no –afirmó Mercedes-. Podemos ir ahora y si está allí hablaré hoy mismo con Renato, ya se me ocurrirá algo.

Tengo que pasarme por el periódico, Padilla llamó a la pensión, prefiero que te quedes con Inés. Yo me pasaré esta mañana por la sala y confirmaré que está todavía allí. Vendré luego por aquí.

-No, quiero ir contigo. –insistió Mercedes.

-Es mejor que aproveches el tiempo y empieces a pintar a Inés. Volveré pronto con la información, te lo aseguro.

-Te esperamos a comer –dijo Inés con tristeza.

Ignacio se levantó. No quería que Mercedes le acompañara sabiendo que ese tipo que le perseguía podía estar merodeando a su alrededor, pero no lo dijo. Se había arrepentido de haber contado el incidente de la noche anterior, probablemente le soltó la lengua el miedo que todavía llevaba en el cuerpo. Era absurdo exponer a lo tonto a Mercedes, aunque realmente los dos estuvieran más que expuestos. Todo este tema era un desatino que no tenía pies ni cabeza –pensó-mientras se acercaba a besar a Mercedes.

- Tiene miedo por mí. Teme que ese hombre me pueda hacer algo –dijo Mercedes a Inés.

- Sí, tiene miedo por ti. Desea protegerte y sabe que aquí lo estás, pero no te preocupes, mi chofer lo va a seguir. Es un guardaespaldas de primera, él lo protegerá.

-Bien, no tengo más remedio que esperar. Emprendamos la tarea. Inés, quiero que te vistas con las mismas ropas con que te pintaron ¿Es posible?

-Claro que lo es, pero antes tendrás que decirme donde comprar lo

necesario para tu cuadro. Mandaré que te lo traigan.

-Hay una tienda donde se puede adquirir todo lo que voy a necesitar. El viejo que la regenta me conoce mucho. Le haré una lista de lo que quiero. Especificaré las mezclas de tierras y aceites que necesito. Me imagino que dándose prisa lo podré tener todo mañana.

Mercedes apuntó en un papel la calle y en otro, junto con un saludo a Remigio, el hombre que regentaba la tienda que siempre la proveyó, anotó lo que necesitaba con mucha urgencia.

-Di que pagarás el doble, si te lo consigue pronto– dijo Inés entregando las notas a otro criado que se presentó cuando llamó a la campana y que Mercedes todavía no conocía.

-Se va a extrañar, porque el pobre me fía. A veces me suministra a principios de mes y cobra a final, pero me aprecia mucho y hará lo posible, estoy segura. Dime Inés ¿cómo es posible que los criados no sospechen nada? –preguntó Mercedes intrigada.

-Me desprendo de amigos, de amantes, y por supuesto también de criados. Todos desaparecen de mi vida. A los que aprecio les compenso con la única forma que tengo de compensar, con dinero. El dinero es lo único que me acompaña y no reniego de él.

-Entiendo –dijo Mercedes-, mirando con pena a Inés.

XXI

MADRID 1941- IGNACIO ES ELEGIDO PARA CUBRIR EL ENCUENTRO EN HENDAYA.

Entiendo –dijo Ignacio-, mirando con pena a Rico.

-No, no entiendes nada. Vas a ir tú, franchute, te van a dar a ti la misión, me postergan, me dejan de lado. Claro, es lógico, yo no soy el sobrinito de Norberto Castilla.

Cuando había llegado al periódico, Padilla le había dicho muy ufano que le iba a proponer un trabajo importante, que él sería uno de los periodistas que irían con la comitiva española a Hendaya, al encuentro entre los dos jefes de Estados de España y Alemania.

Se quedó de piedra, no sólo porque no tenía ningún interés en contemplar de cerca la cara de Franco ni de Hitler, sino porque no entendía este cambio que Padilla proponía. ¿Por qué no iba Rico que era lo lógico? ¿Qué pretendía con ello? Hasta hora su trabajo en el periódico simplemente había sido el de cronista cultural. Sabía en qué consistía lo de ser cronista cultural y le encantaría, aunque fuera por una sola vez, escribir sobre algún tema de importancia, pero de eso a saltar por encima de otros como Rico y cubrir una noticia de tal envergadura, mediaba un abismo. Además, para qué querría Padilla que él fuera si luego sería él mismo quien redactara la noticia; al menos con Rico no tenía que hacer su trabajo, a pesar de que el experimentado periodista no escribiera con el tono servil que lo hacia Padilla cuando se trataba de según que personaje; la forma de expresarse de éste siempre sería mucho más laudatoria que la que él podría conseguir aun intentándolo.

Él no deseaba cubrir esa noticia ni podía hacerlo, porque después de llevar a cabo la primera parte del plan que propuso Mercedes, tendrían que poner en práctica la segunda, ir a Venecia y descubrir el cuadro del maldito y poderoso ideólogo de la doctrina nazi. Rocambolesco, se mirase por donde se mirase.

Después de la conversación con Padilla, que pareció muy ufano al darle la noticia y también muy impaciente porque hasta llamó a la pensión para que se presentara cuanto antes, le había interceptado Rico.

Rico estaba muy ofendido con él, le había echado un discursito de aquí te espero. Él sólo pudo decirle que lo entendía, sin que le diera tiempo casi de explicar que no había tenido nada que ver con ese encargo del que se había enterado poco antes de que él le increpara con tanta dureza y que, por supuesto, no era un favor que hubiera pedido a su tío

El veterano periodista, dejándole con la palabra en la boca, se fue, no sin antes decir muy alto, para que Padilla le escuchara, que se tomaba unos días de vacaciones, que si necesitaban algo le localizasen. Padilla no contestó, se había encerrado en su despacho, probablemente porque no tenía argumentos que esgrimir ante el profesional, al que tanto apreciaba, que justificara una decisión tan injusta y arbitraria.

Decidió largarse e ir a comprobar si el cuadro permanecía en la misma sala. A la vuelta intentaría convencer a Padilla del desatino que pretendía, le diría que él no estaba preparado para cubrir esa noticia, que todavía tenía mucha inexperiencia, y que la única persona que podía hacer un buen trabajo era Rico.

Cuando llegó al edificio, sus portones estaban abiertos. Subió por las escaleras hasta la sala de exposiciones y, consternado, comprobó que su lugar había sido ocupado por una colección de objetos religiosos traídos de diferentes conventos de España. No pudo evitar pensar, a pesar del problema que representaba esta desaparición, que para eso estaban los españoles, para mirar cálices adornados con joyas valiosas, imágenes vestidas con brocados y perlas auténticas, cuando todavía dormían con el recuerdo de los obuses sobre sus cabezas y no se desprendían del hambre que la cartilla de racionamiento no lograba paliar.

Vio al viejo que vigilaba durante el día, se acercó y muy amablemente le preguntó dónde se encontraba el cuadro que había estado expuesto allí durante semanas.

-Se lo llevaron esta mañana muy temprano. Mi compañero dijo que no había amanecido todavía. Esta exposición aún no está montada, ¿Cómo ha entrado? –preguntó el guarda.

-La puerta de la calle estaba abierta- contestó Ignacio-. Soy periodista,

suelo venir a esta sala con frecuencia.

-Pues lo siento, pero hasta mañana o pasado no se abrirá al público. Tiene que irse.

Siguió al vigilante, pensando que no sólo Renato podría haber entrado sin problemas y hacer el trueque, sino que hasta él mismo, con semejante vigilante y sistema chapucero, lo hubiera logrado.

- ¿Sabe dónde se han llevado el cuadro? –preguntó al viejo que impaciente le conducía a la salida. - Soy periodista como le dije y necesitaba ampliar mi noticia con respecto al hallazgo del profesor Ramírez. Mientras lo decía, acordándose de lo que comentó Mercedes, puso unas monedas en la mano de este vigilante que se las guardó en un abrir y cerrar de ojos.

-Se lo han llevado a casa de D. Norberto Castilla –contestó el vigilante.

¡Lo que faltaba, el dichoso cuadro en casa de su tío! ¿Qué podría hacer ahora? ¿Cómo podrían hacer el cambio?

Bien, no le quedaba más remedio que hacer lo que menos deseaba, volver a casa de su tío y estudiar in situ el problema, que se iba haciendo cada vez de una complicidad mayor. Le fastidiaba bastante porque temía que Norberto le preguntara por la dichosa fotografía que guardaba aún bajo la baldosa suelta de su habitación. Desde luego si lo hacía estaba dispuesto a decir que no sabía nada, que la última vez que la vio estaba encima de la mesa de su despacho, aunque con ello la ira de su tío se dirigiera a su mujer a la cual, y en otras de sus anteriores y esporádicas visitas a la casa, ya había visto como su tío regañaba por el afán de la buena señora de tenerlo todo impoluto, algo que desquiciaba a su marido porque según decía le desordenaba la mesa.

-Es que esta mujer me desquicia, me desquicia por completo –le había oído decir en más de una ocasión-. Yo controlo todo lo que hay en mi mesa dentro del desorden, pero a ella le da por ordenármelo, pasarle el maldito plumero, levantarme los papeles y apilarlos de forma que durante días me obliga a buscar lo que quiero como un loco. ¡No hay manera con ella! A veces hasta me tira un papel que piensa que no necesito, por el simple hecho de estar arrugado. Me descontrola por completo. Sobrino, si te casas alguna vez, desconfía de la mujer que pregona en alta voz que en sus suelos se puede comer. ¡Son las más estúpidas de todas!

Estaba claro que Norberto Castilla no aguantaba a su mujer, eso ya lo

había comprendido él en la primera visita que por obligación le hizo. En aquella ocasión, oyéndole hablar así, estuvo tentado de decir que de qué se quejaba, si el tipo de mujer al que correspondía la suya era el mismo que la delegación femenina de su partido quería formar, pensamiento que por supuesto se abstuvo de pronunciar, en el cual tuvo mucho que ver lo que le contaba Mercedes, que se quejaba mucho del cometido que esas mujeres se habían atribuido.

-Te imaginas qué clase de mujeres formarán esas fanáticas. Entre sus enseñanzas y la de la Iglesia nos van a masacrar, te lo aseguro. Vamos a ser una generación de mujeres mutiladas psíquica y sexualmente, y si no al tiempo, –había comentado Mercedes en un momento en que todavía sólo veía en ella a la amiga lenguaraz y descarada, con la que se sentía libre para expresar sus pensamientos.

Él entonces, y para enfadarla, bromeaba con ella diciéndole que estuviera tranquila, que su privilegiada educación en Inglaterra y sus estudios universitarios le salvaban de la quema a la que se verían sometidas las infelices de turno.

- ¿Estás echándome en cara que soy una burguesa adinerada? –preguntaba ella enfadada.

-No, intento hacerte comprender la suerte que has tenido al nacer en un hogar burgués y adinerado que, paradójicamente, ha hecho de ti lo que no hubiera querido.

-De eso nada, no consentiré que me hagas sentir culpable. Tengo amigas con padres que tienen tanto dinero o más que los míos, que también fueron educadas en ambientes cosmopolitas, y son unas auténticas mequetrefes que sólo esperan de la vida cazar un buen marido que las mantengan y vegetar inútilmente; por lo tanto, aunque reconozca que los medios puestos en una educación tengan mucho que ver, todavía lo tiene más el alma de la persona, y te aseguro que la mía es especial –decía entonces con una infantil vanidad que provocaba las risas de Ignacio.

-Bueno, había que exponerse –pensó-, dirigiendo sus pasos hacia la puerta del Sol. El frío, inusual para la época, se calaba bajo la gabardina que ya estaba bastante ajada, pero el cielo brillaba con un azul intenso, el mismo cielo que su padre alababa en su exilio a cada momento, y que, tal como había observado desde que llegó, la gente no miraba, porque la gente sólo miraba hacia el suelo como si deseara buscar la moneda que alguien hubiera perdido en un descuido. No sabía si su tío estaría a esas horas en su casa, pero tenía la disculpa

perfecta para hablar con él si es que se encontraba allí. Pensaba darle las gracias por ese trabajo que Padilla le había propuesto, y que bien sabía procedía de la sugerencia de Norberto, sugerencia que debió ocurrírsele en su visita de la noche anterior, que tanto pareció complacer a este hermano de su padre, que hasta hace tan poco ni existía para él. Le diría que agradecía mucho su preocupación por él, pero que no se encontraba preparado para cubrir una noticia de esa envergadura, que Antonio Rico era el periodista perfecto para el cometido. Intentaría estar de lo más agradable con su tío y, como si no le importara, trataría en un momento dado de preguntar si el cuadro estaba en su poder. Se inventaría algo al respecto. Si ya ni tan siquiera le preocupaba haberle sustraído la foto la noche anterior, menos le importaría que su tío descubriera alguna mentira de las que le tendría que echar para no provocar, al menos de momento, sospechas que le obligaran a no hablar de lo que él tenía tanta necesidad de saber.

El tranvía le dejó en la parada correspondiente. Dejó a un lado la Puerta de Alcalá, esa puerta que su padre le había contado era el símbolo de Madrid, construida para que pasara uno de los monarcas Borbones que más hizo por esta ciudad: Carlos III. Torció por la calle Serrano, y se encontró enseguida en la calle Recoletos, en el edificio donde su tío vivía, antaño hogar también de su padre.

Una doncella, con un uniforme perfectamente planchado y con la cofia almidonada como la de una monja, le abrió la puerta. Preguntó por Norberto Castilla y al instante los pasos silenciosos y cortos de su tía le dieron a entender que su voz había sido reconocida por ésta desde la lejanía de la salita, en donde la buena mujer pasaba el tiempo cuando no estaba limpiando ella misma o supervisando la limpieza de la doncella.

-Ignacio ¿Cómo por aquí? No te esperábamos.

-Necesito hablar urgentemente con mi tío –contestó sin darse por enterado de la cara de fastidio que demostraba la mujer.

-No es posible. Ayer se excedió un poco. Estuvo demasiado tiempo contigo y ha tenido un cólico tremendo esta noche. Tuve que llamar al médico y me ha recomendado que esté a dieta y que no se le moleste. Vuelve otro día, por favor.

La beatona insípida lo echaba con cajas destempladas, pero lo sentía, no pensaba desistir en su empeño, el cólico de Norberto importaba menos que lo que él necesitaba averiguar.

- ¿Tía, quién es? – preguntó un hombre acercándose por el pasillo.

El orangután del sobrino que conoció la noche anterior estaba de nuevo allí. Se notaba que esa visita no debía ser considerada molesta para la enfermedad de Norberto, y efectivamente no lo era, a pesar de que este infeliz, tal como pudo comprobar la noche anterior, no sólo era ignorado por el poderoso Norberto, sino que también, y a la primera de cambio, era zaherido por éste sin compasión.

- ¡Ah, hola, eres tú! El tío está enfermo. Vuelve otro día –dijo el sobrino del cual ni recordaba el nombre.

Obviamente tía y sobrino se compenetraban a la perfección en su deseo de que él no entrara en la casa, pero como no estaba dispuesto a consentir que se le echara de allí, y mucho menos por ellos dos, se adelantó, obligando a su tía a retroceder hacia atrás y pasó del rellano de la puerta al pasillo de la casa propiamente dicho.

-Sólo estaré unos minutos. Necesito hablar con mi tío –dijo remarcando el posesivo, y alzando la voz, esperando ser escuchado por el interfecto.

Tuvo suerte, Norberto, que se había adormilado hacía nada, había sido despertado primero por la vozarrona del sobrino de su mujer, y luego por la de Ignacio que parecía desear hablar con él urgentemente.

Cansinamente se puso el batín que tenía a los pies de la cama y se levantó, maldiciendo esa vesícula suya que de tarde en tarde le hacía pasar las de Caín.

Se le descompuso el cuerpo cuando vio la escena. Su mujer estaba claramente intentando impedir que Ignacio entrara y el mierda de su sobrino, muy en su papel de dueño de la casa, seguía la corriente si cabe todavía con más ínfulas.

- ¿Pero, qué esto? ¿Por qué te quedas ahí? –preguntó sin mirar a su mujer ni al sobrino-. Pasa, hombre, pasa. Estás en la casa de tu abuelo.

Ignacio se dio perfectamente cuenta de que la mención de su abuelo sólo fue hecha por el placer que su tío experimentaba al humillar a su propia mujer y sobrino, intentando dar a entender que él tenía unos derechos que, irónicamente, antes había negado a su propio hermano, cuando ese abuelo, al que casi no recordaba, murió.

-Necesito hablar contigo un momento –dijo Ignacio.

-Pasa al despacho. Allí hablaremos –dijo Norberto.

-Vas a coger frío, cariño –dijo la mujer con verdadera preocupación.

-Ve a la salita con tu sobrino y no nos molestes –contestó Norberto con un tono que desagradó a Ignacio.

-Tú dirás, hijo.

-Lamento que te encuentres mal, pero necesitaba con urgencia hablar contigo. Esta mañana Padilla me ha hecho la propuesta de cubrir la noticia del encuentro en Hendaya. Rico estaba furioso conmigo, me ha mencionado que has sido tú el que has forzado a Padilla para que me asignara ¿Es cierto?

-Sí, Lo hice con la intención de favorecerte. Has pasado tu período de prueba con una nota alta, Ignacio. Te dije cuando volviste de Francia que tus ideas no me importaban en tanto en cuanto esas ideas no me crearan problemas, y no me lo han creado. Te debo algo, sobrino, y puedo conseguir tu ascenso en el periódico. Padilla me debe demasiado, siempre me escuchará e intentará complacerme por la cuenta que le tiene.

-Te lo agradezco mucho, pero por favor di a Padilla que lo has pensado bien y que consideras que es mejor que una persona como Rico, que es un verdadero periodista experimentado, cubra la noticia.

-Estás seguro de lo que me pides. Piensa que es una oportunidad muy grande la que te ofrezco.

-Estoy totalmente seguro. Espero que no te enfades por mi decisión.

-No, no me enfado. Entiendo que no quieras saltar sobre Rico, que es un gran periodista. Yo sólo quería darte esa oportunidad, pero te comprendo y no deja de alegrarme tu actitud. No eres un trepa, muchacho, está claro que no lo eres, y me agrada. A pesar de las pestes que gente de mi partido echa contra mí, yo tampoco lo soy. Simplemente intento que el legado del que fue mi verdadero caudillo y jefe, José Antonio, no muera con él. A veces me entra el temor de equivocarme, y que ellos tengan razón. Pienso que los que tanto nos prometieron, sea lo contrario, engullirnos, pero debo luchar e intentar que nuestro partido forme parte del Gobierno actual porque, al fin y al cabo, entre todos ganamos la guerra. No sé si me comprendes, pero es así.

Ignacio asintió maquinalmente. Solucionado el primer punto de que

Rico fuera de nuevo el encargado de cubrir esa noticia del encuentro entre los dos líderes, lo único que pensaba era en cómo preguntar a su tío acerca de la pintura que el vigilante de la sala de exposiciones le había dicho que había sido llevada a esta casa. Tenía que improvisar sobre la marcha, cruzando los dedos para que su tío no sospechara.

-Esta mañana fui un momento a la sala de exposiciones para ver el cuadro, quizás tenga que hacer otro comentario sobre el mismo y me encontré con que había desaparecido ¿Se lo han llevado ya para embalarlo convenientemente?

- ¡Quia! Me lo han traído aquí. Anoche nada más irte me llamó Sebastián Aparicio, mi amigo de Exteriores, y me preguntó si no me importaba tenerlo en mi casa hasta que él se pudiera pasar para llevárselo. Lo tenía que recoger él en persona, pero el hombre tenía un compromiso difícil de eludir. Tiene una querida, sabes-dijo Norberto echando una carcajada- una mujer que trabaja en el teatro, que además de ser una real hembra, los tiene bien puestos. Debuta hoy en Barcelona y parece ser que le dio a Aparicio un ultimatum, o se presentaba al estreno o terminaban. Aparicio me contó que iba a decir en el Ministerio que hoy no se pasaría por la oficina porque se encontraba indispuesto, y en su casa pensaba comentar que tendría que pasar todo el día y la noche en el Ministerio por lo ocupado que le tenían unos asuntos de vital importancia. Lógicamente, el cuadro no debía ir a su domicilio mientras él no estuviera, porque en el envoltorio se designaba como destinatario su nombre completo y la palabra “asunto oficial”, y probablemente su mujer, a pesar de haber sido advertida de que se abstuviera de llamar al despacho, bien podría hacerlo o mandar que se lo llevaran al Ministerio, donde supuestamente él debería estar. Dejó encargado a una persona de absoluta confianza que me lo trajera aquí, a mi casa. Me comentó que mañana sin falta pasaría él personalmente para recogerlo. Míralo, está ahí en el suelo.

Ignacio miró y no vio nada apoyado en el suelo. Norberto que también había vuelto la cabeza irrumpió en un grito que se oyó en la casa cuando dijo: -Esta mujer otra vez ha entrado a limpiar mi despacho. Mira este orden y mis papeles apilados como a ella le gusta. ¡María, María! –gritó Norberto con furia.

- ¿Qué habría hecho la estúpida mujer con el cuadro? ¿Lo habría puesto en remojo? –se preguntó Ignacio, al tiempo que pensaba que aun sintiéndolo por ella, el problema de la fotografía del tal Strassburger se había solucionado para él. Si Norberto le preguntaba por ella, le diría que se quedó en la mesa. Había sido una bendición

que María aprovechara la indisposición del marido para entrar en la habitación

- ¿Qué ocurre, querido, te encuentras mal? No debiste levantarte – dijo María echando una mirada de reproche a Ignacio.

-No, no me encuentro mal ¿Dónde está el cuadro que trajeron anoche?

-Estaba mal colocado, querido, no podía permanecer en un suelo tan sucio. He aprovechado tu descanso para que la doncella lo fregara convenientemente. El cuadro está encima de la chimenea del salón. Alfredo dice que queda estupendamente allí.

- ¿Qué lo has colocado dónde? – preguntó Norberto rojo por la ira.

-Encima de la chimenea – dijo con temor María.

- ¿Dónde está el papel que lo envolvía? ¿Dónde? – gritó al borde del ataque Norberto.

-No sé, me imagino que la doncella lo habrá tirado.

-Di que venga ahora mismo. ¡Díselo! – gritó rojo por la ira.

La escena le resultó a Ignacio patética y molesta. Norberto chilló a las dos mujeres cuando comprobó que el envoltorio estaba destrozado, mostrando el trozo de papel que, milagrosamente, se conservaba en mejor estado a María, mientras gritaba: - Lee lo que pone aquí. ¡Léelo!

- "Sebastián Aparicio" "Asunto oficial". ¡Oh, querido, cuánto lo siento! Volveremos a embalarlo.

-Ni se te ocurra. Ven, Ignacio, vamos a ver donde está el cuadro.

El cuadro, tal como dijo María, se encontraba sobre la repisa de la chimenea. Al contemplarlo Ignacio se sobresaltó, el rostro de Inés, de una hermosura conmovedora, parecía respirar y mirarle.

Alfredo, que no se había atrevido abrir el pico en cuanto vio a su tío entrar con tanta furia, se alejó a un rincón, observando como Norberto se lo llevaba del lugar que tanto su tía como él encontraban perfecto para su lucimiento.

-Ven Ignacio, tu me ayudarás a embalarlo de nuevo, porque si se sabe esto se van a reír todos hasta partirse el culo.

Tenía que atreverse a pedir lo que estaba pensando atropelladamente.

No sería más riesgo que el que les esperaba si continuaban con el asunto que, mal que le pesase, no podía dejar de lado.

-No te molestes. Mi novia, Mercedes Escobar, es pintora; si no te importa vendremos esta tarde para que ella lo mire. Le impresionó mucho esta pintura. Ella podrá embalarlo perfectamente.

-Me imagino que en el Ministerio lo harán perfectamente, pero de cualquier forma no me gustaría que Aparicio descubriera la patochada que ha hecho mi mujer, bastante se ríen de mí por su culpa. O sea, que los rumores que oí son ciertos –dijo Norberto, cambiando repentinamente de tono-. Te han pillado, chico y me alegro. Esa chica parece ser que es un poco especial ¿no es así? – preguntó, mirando a su sobrino-, que había adoptado una actitud preventiva, pensando en las inconveniencias que podría soltar su tío por esa boca que no sabía contenerse.

-Tranquilo, sobrino, no pienso decir nada de tu novia que encuentres grosero. Sólo son murmuraciones, y yo sé más que nadie las mentiras que se pueden decir murmurando. Lo que es cierto es que te has echado una novia muy independiente, demasiado diría yo. Me lo comenta su propio padre, con el que hablo de vez en cuando, aunque nuestro trato sea bastante superficial. De cualquier forma a una mujer se le educa, son seres que necesitan la mano férrea de un hombre, y me da la impresión de que tú tienes agallas suficientes para eso y para mucho más. Que no sea al principio una mujer de su casa hasta puede tener ventajas. Tú la moldearás, pero no consientas nunca que en tus suelos se pueda comer ¡por favor!

No puedo evitar sonreír, se imaginó a Mercedes con el plumero, paseando arriba y abajo, fregando concienzudamente los suelos, y a punto estuvo de echar la carcajada, que seguro hubiera provocado el enfado de dos días por parte de ella si hubiera conocido estos pensamientos suyos que surgían a pesar de la tensión que le dominaba.

-Si esa chica quiere contemplar el cuadro tráela esta noche a cenar, pero perdona un momento, me está entrando un apretón que no sé si me dará tiempo para llegar al retrete.

Se quedó sólo en le despacho, abrió la ventana y se asomó; necesitaba tomar nota de la altura, de los asideros que pudiera haber. Era un cuarto piso, altura más que suficiente para que al menos él se hiciera papilla en la caída. El repecho de las ventanas de los pisos era ancho, y el canalón que subía desde ese patio parecía lo suficientemente

seguro para que un gato lo escalara.

- ¡Por favor, cierra la ventana! Enfriarás la habitación y tu tío no debe coger frío –dijo la voz de María a sus espaldas.

-Perdona, tía, he abierto la ventana para tirar la colilla del cigarro que me acabo de fumar. Ahora mismo cierro.

- ¿Tiraste la colilla? ¡Qué horror! Había aquí un cenicero –dijo María con indignación contenida- señalando el cenicero de cristal tallado que se encontraba encima de la mesa de Norberto. El portero se queja siempre del vecino del segundo, una persona guarra donde las haya, que se dedica a tirar al patio de la finca sus colillas. Tendré que disculparme y decirle que desde mi casa se ha tirado una. ¡Qué contrariedad!

Estaba claro que le había llamado guarro a él, y pensó en las veces que vio a su tío tirar un cenicero entero de colillas a ese patio que parecía impoluto, y que su tía acusaba al vecino del segundo de ensuciar.

-Bien, vamos a comer, espero que vengas otro día de estos a visitarnos –dijo María a modo de despedida.

-Vendrá esta noche a cenar, nos tiene que presentar a su novia ¿verdad sobrino? – habló Norberto, apareciendo de nuevo en la habitación.

María se volvió con el gesto contraído, pero Norberto sin hacer caso del gesto perceptible a todas luces, volvió a decir esta vez a su mujer.

-Esta noche pon en la mesa dos platos más y di a tu sobrino que no venga. No le incumbe el tema.

-Cariño, tú no estás en condiciones de hacer una dieta normal. Es mejor posponer esta cena, la haremos en otra ocasión.

-Ya me encuentro perfectamente. Ahora comeré ese insípido arroz blanco, pero esta noche cenaré un buen filete como los demás. A propósito, este mediodía sólo arroz blanco para todos en la mesa, mis tripas no aguantarían contemplar como Alfredo se zampa el asado que tienes en el horno.

María se fue, asintiendo con la cabeza, casi sin mirar, e Ignacio pensó que su tío se equivocaba del todo con su mujer, y que no era la bobalicona infeliz que el marido creía, sino una mujer que reprimía un carácter que debía ser de armas tomar y que correspondía al de la

mosquita muerta que las mata callando.

-Agradezco tu confianza, me estás demostrando que me consideras tu familia. Gracias Ignacio –dijo Norberto al despedirlo.

Sintió vergüenza, no miró la cara de su tío sino el rostro nacarado de la mujer del cuadro.

XXII

MADRID 1941 -RENATO RECIBE UNA PROPUESTA Y SE COMETEN DOS NUEVOS ASESINATOS

Miró el rostro nacarado de la mujer, vestida tal como una vez se vistió en una ocasión para que le pintara el extraño hombre que le concedió su poder. ¿Cómo podría otorgar a ese rostro la vida que se observaba en el original? ¿Podría conseguir al menos que en la primera ojeada no se percibiera el engaño? De cualquier forma lo difícil sería hacerse con el original, por lo que esas divagaciones y dudas suyas carecían de importancia si lograban que Inés recuperara lo que le pertenecía. ¡Quién se lo iba a decir a ella metida hasta las cejas en un asunto tan peligroso, sintiendo que por primera vez tenía valor para algo realmente importante! ¿Qué pasaba con Ignacio, por qué se retrasaba tanto?

-No me extraña que tantos hombres enloquecieran por ti, Inés, tienes unos rasgos perfectos –exclamó Mercedes, interrumpiendo sus anteriores pensamientos.

-No fueron tantos, Mercedes, el duque de Bramante me tomó y ayudo mucho, pero no creo que yo pudiera suplantar a la que fue su auténtico amor: Constanza do Riveira. Sólo provoqué verdadero amor en Pablo.

- ¡Madre mía, cómo te quiso ese hombre! Si alguien me mirara a mí como le vi a él contemplar tu cuadro, te aseguro que sería la mujer más feliz del mundo.

-A ti te miran así de continuo, lo hace Ignacio, pero tú no lo ves.

-Me lancé yo en sus brazos, si hubiera dejado que lo hiciera él, todavía estaría esperando.

-Yo también me lancé en los brazos de Pablo, le eché las redes de tal forma que él no pudo escapar. No creo que se quiera más o menos por ser uno el que tome la iniciativa. Ten en cuenta que las mujeres estamos mejor preparadas que ellos para lanzarnos a lo que queremos.

-Es cierto, la naturaleza nos ha dotado de algunos dones que ellos no tienen.

-La naturaleza nos ha permitido subsistir empleando la astucia para compensar las carencias que este mundo de hombres nos arrebata. De cualquier forma no me gustaría haber nacido hombre–afirmó Inés.

-Ni a mí. A veces pienso que hombres y mujeres somos mundos diferentes, razas aparte que nos repelemos y atraemos irremediablemente.

-Quizás ahí resida el milagro de la necesidad de ellos hacía nosotras y viceversa. Los polos opuestos se atraen–dijo Inés mirando hacia la puerta con una sonrisa sin que Mercedes se diera cuenta.

-Tú eres mi polo opuesto y no me atraes, me repeles –dijo Ignacio de improviso, besando el oído de Mercedes.

Había entrado en la habitación después de que la doncella le dijera donde estaban, permaneciendo unos segundos delante de la puerta escuchando los comentarios de ellas dos. Venía contento por un lado y terriblemente excitado por otro. Hasta ese momento, todo había salido a pedir de boca. Demasiado fácil quizás. Cuando salió de casa de su tío se había dirigido a su pensión, tenía que recoger la foto de su escondite, y llevarla a casa de Inés. Después de lo sucedido la noche anterior, temía que registraran su habitación. Había tomado el tranvía hasta Ventas y luego una especie de autobús desvencijado que le había dejado cerca de la casa de Inés.

- ¡Ignacio, me tenías preocupada! ¿Qué ha ocurrido? – preguntó Mercedes ansiosa.

-Todo ha salido a pedir de boca. Tenemos una cena esta noche en casa de mi tío Norberto. He quedado con él a las diez, quería que fuera a las nueve, pero pensé que era mejor decirle que no podríamos ir antes. Tenemos mucho que hacer.

- ¡Ir a cenar a casa de Norberto Castilla! – exclamó Mercedes con desagrado-. ¿Estás tonto o qué? No sabes todo lo que tenemos entre manos.

-Escucha, el cuadro está en su casa, lo he visto con mis propios ojos. Es nuestra única oportunidad, mañana irá a por él una persona del Ministerio de Exteriores.

-Pero no he empezado tan siquiera a pintar a Inés, y no tenemos un

plan concreto. Es imposible hacer las cosas con tanta precipitación. ¡Saldrá mal! – exclamó Mercedes con desaliento.

-No puedo exigir que os arriesguéis por mí. Tiene razón Mercedes, es demasiado precipitado –dijo Inés.

-Lo es, pero no tenemos más remedio. En el camino lo he pensado todo. Tu idea de pedir ayuda a Renato es perfecta, entre otras cosas porque no podemos presentarnos nosotros con un cuadro en las manos, pero sí lo puede hacer el chico. Es un cuarto piso, el cuadro está en el despacho de mi tío que da a un patio. Tú y yo lo hemos visto subir más alto aún cuando huye de su madre. Él llevará tu cuadro, sus dimensiones son reducidas, puede colgárselo en una bolsa a la espalda. Saldrá bien, te lo aseguro –afirmó Ignacio intentando convencer a las mujeres, pero sobre todo a sí mismo, porque también pensaba que la idea era una locura descabellada, cuyas consecuencias podían resultar peligrosas.

-No he pintado el cuadro a Inés, no puede ser – afirmó Mercedes

-Puedes utilizar el que tienes en tu estudio. Olvídate de conseguir una materia prima parecida a la del original. No importa, Mercedes, nadie se dará cuenta; el único que puede apreciarlo es el propio Strassburger y cuando eso ocurra dará igual, porque el cuadro estará en poder de su dueña.

Mercedes miró a Inés, que permanecía callada y serena. Pensó en las palabras de Pablo Segura "No dejes que el cuadro vaya a Alemania". Era arriesgado, mejor dicho era descabellado, pero qué otra cosa podía hacer. También era descabellada el hambre de la gente, la escasez, la represión feroz, el miedo, y todos seguían, viviendo el día sin cuestionarse el mañana.

-Tienes razón, ese cuadro podrá resultar perfecto. Sólo tengo que hacerle unos pequeños retoques y envejecer un poco el lienzo con barniz. Vayamos a mi casa, tienes que venir con nosotros. Llévate esa ropa, me vendrá bien.

- ¡Qué raro! –exclamó Inés, el chofer no ha llegado todavía, le dije que te siguiera esta mañana para protegerte, es un excelente guardaespaldas. Debería haber llegado cuando tú –dijo dirigiéndose a Ignacio.

-No he notado que nadie me siguiera. Desde casa de mi tío pasé un momento por mi casa y luego vine aquí sin entretenerme. Toma, Inés, guarda este sobre en un lugar muy seguro. Ya lo veréis -comentó ante

la mirada interrogante de las dos mujeres.

Inés sacó otro coche del garaje que Ignacio condujo. La carretera de Aragón estaba prácticamente desierta; en unos segundos llegaron a Ventas, y desde allí enfilaron por la calle de Alcalá hasta llegar a la Plaza de Opera. Aparcaron el coche delante mismo de la puerta de la casa de Mercedes, y subieron los tres con precipitación.

Inés volvió a colocarse la ropa para posar y Mercedes hizo los ligeros retoques que según ella le faltaban al cuadro, luego dio una capa de barniz para envejecer el lienzo y para que pudiera dar el pego, al menos en apariencia.

-Se notará, se darán cuenta enseguida – repitió Mercedes.

-Mercedes, a todo el mundo le importa un pimiento ese cuadro; aquí en España ni lo van a mirar. No va a estar Ramírez para decir que no es el que encontraron en Santa Ursula, tranquila. Tu cuadro es igual que el original –dijo Ignacio.

-No, no lo es, y no porque sea peor, sino porque en mi cuadro Inés no está viva y en el otro sí –afirmó Mercedes.

-El hereje encerró mi aliento en él, pero el tuyo encierra mi liberación, Mercedes –afirmó Inés con emoción.

Notó que sus ojos también se nublaban. Nunca había llorado tanto como últimamente lo hacía, pero esta mujer provocaba en su interior una serie de emociones que creía había dejado de sentir a fuerza de haberlas reprimido para hacerse la fuerte y segura. Las emociones, que ahora surgían sin previo aviso y la vaciaban en un sentido mostrando su vulnerabilidad, habían sido sacadas de su encierro primero por Ignacio, del cual se reconocía enamorada como una colegiala, y luego por esta mujer increíble que justificaba la maldición de su eternidad a través de Pablo Segura.

-Quedaros aquí, voy a buscar a Renato –dijo Mercedes limpiándose las manos y colocando el cuadro en el lugar conveniente para que terminara de secarse.

Cerró la puerta tras ella, enjugándose las lágrimas, dejando solos a Ignacio e Inés.

-Es una gran mujer –dijo Inés.

-Sí, lo es –afirmó Ignacio con una sonrisa.

-Hazla feliz, Ignacio, porque tiene mucho que ofrecerte.

-Pero yo tengo muy poco que ofrecerle a ella, ese es el problema.

-No lo creas. Ella sólo quiere lo que tú puedes darle.

Se produjo un silencio. Ignacio miraba a la mujer, consciente de estar contemplando un milagro de la naturaleza. Pensó en Pablo Segura y comprendió que este hombre la hubiera amado como la amó. Ese cutis nacarado provocaba la tentación de acariciarlo, de trasmitirle un poco de calor.

-Ya lo he encontrado. Vendrá enseguida. Deja que sea yo la que se lo diga, –dijo Mercedes interrumpiendo los pensamientos de Ignacio.

Renato llamó con los nudillos y se sorprendió mucho al encontrarse allí con Ignacio, porque normalmente, si en alguna ocasión le daba por ir a casa de su amiga cuando este hombre estaba allí, percibía que él no le miraba con muy buenos ojos, pero ahora parecía distinto, era como si Ignacio se sintiera muy complacido con su comparecencia a la reunión. Miró a Inés y tuvo un sobresalto.

-Es igualita a la dama que ha pintado Mercedes – exclamó.

Inés le sonrío, y Renato pensó que era la mujer más guapa del mundo, después de Mercedes, por supuesto.

Mercedes le explicó el tema: su amiga había sido pintada por un pintor muy bueno, pero ese cuadro lo habían robado; era de suma importancia recuperarlo, y para no ser descubiertos era necesario reemplazarlo por el que ella había pintado.

A Renato se le expuso claramente lo que querían de él. Ignacio le comentó que el cuadro estaba en casa de una persona a la que iban a visitar esa misma noche. Le habló del patio por donde podría subir y le aseguró que él se encargaría de dejar abierta la ventana de la habitación para que él pudiera entrar a la misma sin problemas.

-Renato si pudiéramos hacerlo nosotros, te aseguro que lo haríamos, pero no podemos entrar en esa casa con mi cuadro a cuestas y cambiarlo. No tenemos tu habilidad y seguramente nos descubrirían, pero es peligroso, incluso para ti. Lo único que te puedo decir es que si sale mal, tanto Ignacio como yo asumiremos que nosotros fuimos los autores. Si no quieres aceptar el encargo, lo comprenderé perfectamente -dijo Mercedes con firmeza.

-Es la propuesta más estupenda que nunca me han hecho ¿A qué hora queréis que lo haga? –preguntó Renato con los ojos brillantes por la excitación, pensando que después de esta acción ya se podría considerar un ladrón de guante blanco en toda la extensión de la palabra.

-No es un robo, Renato, bueno si lo es, pero no como tu crees. Te acuerdas de ese dicho.......

- "Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón". Claro que me acuerdo –recitó Renato con suficiencia, interrumpiendo a Mercedes.

-Por supuesto se te pagará generosamente – dijo Inés mirando a Renato, que sintió que haría todo lo que estas dos gachís le pidieran.

Trazaron el plan, si es que a semejante cacao se le podía llamar plan –pensó Mercedes-, viendo a Ignacio dibujar en un papel el plano de la casa de su tío, el patio, señalando la altura aproximada entre las diferentes ventanas hasta llegar al cuarto piso. Se sintió aliviada cuando la dejaron sola. Ignacio se tenía que pasar por su pensión para afeitarse en condiciones y cambiarse de ropa, e Inés volver a su casa para esperarles hasta que regresaran.

Los pensamientos se agolpaban en su mente, su estado le creaba una somnolencia rara que le hacia sentir que realmente su cuerpo no permanecía en el espacio que ocupaba. Pensó por un momento si vivir eternamente supondría estar suspendida en una percepción extraña, parecida a la que en esos momentos sus alterados nervios le hacían sentir. Todo era absurdo, era imposible que saliera bien, pero supo que no podía volverse atrás, porque ya había abandonado el sillón que la retuvo por años.

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando Ignacio llegó a la calle Arenal. No pensaba entretenerse mucho, simplemente lo justo para llamar a Padilla e inventarse algo que disculpara su ausencia de casi todo el día. Reconocía que desde que cubrió la noticia del dichoso cuadro su comparecencia en la oficina no había sido lo habitual que en él era costumbre, y sabía que el enchufe, que su tío le proporcionaba, estaba detrás de esta benévola paciencia de Padilla. Vio el bar de enfrente de la pensión abierto, y a pesar de sus prisas por volver a casa de Inés y seguir explicando a Renato el plan, un plan que había surgido sobre la marcha, en el cual no confiaba demasiado, decidió entrar y tomar una cerveza con algún pincho porque sentía un hambre atroz.

Después de beber la mejor cerveza de barril de Madrid y picotear un poco, llamó desde el teléfono del bar a la redacción.

-Chico qué alegría oír tu voz. Quería darte las gracias. Te lo agradezco, muchacho. Has sido muy generoso y me has quitado un peso de encima. Me llamó tu tío hace poco y me dijo que no querías cubrir esa noticia, que pensabas que sólo Rico podría hacerlo. Te repito que me has hecho un gran favor. No pienses que dudo de tu valía. Sé que lo harías perfectamente, pero entiende mi problema. Rico es un veterano y alguien en quien yo puedo confiar plenamente; con eso no quiero decir que no confíe en ti, que por supuesto lo hago, sino que me sabía mal hacer esta faena a un empleado mío de tantos años. Tenía miedo en el cuerpo, muchacho, porque si Rico le da por decirme que se va a otro periódico me hace la faena del siglo. Qué tiempos, muchacho, qué tiempos, no sé cómo aguanta la prensa siempre con órdenes de arriba, con patadas de abajo.

Ignacio sintió alivio al escuchar hablar así a Padilla. Se alegró al saber que todo estaba solucionado, y que Antonio no sería desplazado de un trabajo que por méritos propios le correspondía a él cubrir.

-No he regresado en todo el día porque he visitado una exposición de objetos religiosos valiosos. Podría hacer una reseña del evento y explicar algunas cosas– explicó Ignacio aprovechando la coyuntura favorable del buen humor de Padilla.

-Claro, chico, ya sabes que en tu columna tienes plena libertad. Explica lo que quieras, a la gente le maravilla enterarse de todo eso con detalle. Mientras le oía hablar así, Ignacio sonrío con sorna. ¿Desde cuándo él tenía libertad en su columna? ¿Tan majadero le consideraba Padilla para atreverse a hablarle como si fuera subnormal profundo?

Pagó y salió; al ir a cruzar la cera varios hombres salían del portal de su pensión. Uno de ellos era el inspector, la persona que le había salvado la vida y había dicho que debía algo a su padre, a Fernando Castilla.

Humberto también lo vio. Cuando se encontró con él, Ignacio preguntó si pasaba algo.

-Dos hombres han muerto en el portal. Uno es el que le siguió, el mismo que yo herí. Venga, quiero que vea al otro muerto por si lo reconoce.

Uno de los hombres efectivamente era el alemán que le había seguido,

el otro era el chofer de Inés. Ignacio palideció, algo perceptible para Humberto que preguntó ¿Le conoce?

-No–dijo Ignacio, pensando que no debía decir nada, que no podía dar pistas que condujeran a Inés y al asunto que se traían entre manos.

Levantaron los cadáveres. La conclusión de estas dos muertes estaba clara: una terrible pelea entre los dos hombres que se había sellado con su muerte.

Ignacio, terriblemente pálido, dijo que tenía que subir a la habitación de su pensión, pero Humberto le retuvo. Los demás policías se fueron y el inspector propuso a Ignacio ir al bar que hacia nada él había abandonado.

-Según el forense la muerte ha ocurrido hacia mediodía. Debieron entablar una lucha terrible entre ellos. Nadie parece haber oído nada. Rodaron por las escaleras que dan al sótano. Una pobre mujer descubrió los cadáveres al bajar al patio interior para recoger una prenda que se le había caído del tendedero.

Ignacio pensó atropelladamente. A mediodía, antes de ir a recoger a las chicas, él había estado allí para recoger la foto de Strassburger que había ocultado bajo la baldosa de su cuarto. ¡Pobre hombre! Había muerto por su culpa, y ni tan siquiera recordaba su nombre.

-No sé nada, no puedo decirle que pasó. Al único que reconozco es al alemán que me siguió en repetidas ocasiones, nada más. Se lo aseguro, inspector.

-Sabe algo, Ignacio, pero no puedo obligarle a que me lo cuente. Sé que usted no ha matado a nadie, pero sabe algo y no quiere confiar en mí.

- ¿Qué hizo mi padre por usted? – preguntó Ignacio repentinamente.

-Él me salvó, consiguió que yo no fuera condenado por los terribles sucesos que acontecieron en Casas Viejas–dijo Humberto, agachando la cabeza, como si le costara pronunciar ese fatídico nombre.

El cerebro de Ignacio pensó atropelladamente: el once de Enero de 1933 braceros de este pueblo de Cádiz, armados con escopetas, hartos de su miseria y desilusionados con las esperanzas puestas en el gobierno de la República, atacaron el cuartel de la guardia civil, proclamando el comunismo libertario. La represión fue tan brutal que el prestigio de Azaña quedó en entredicho, a pesar del dictamen que

absolvió al gobierno de dar la orden de esa bestial represión que la compañía de asalto, al mando del capitán Manuel Rojas, llevó a cabo, y del voto de confianza del Parlamento. Este suceso pesó tanto que marcó el fin del bienio azañista.

-Mi padre por entonces estaba en París. Nos fuimos allí en el veintinueve –contestó Ignacio, pálido todavía por lo que acababa de presenciar.

-Sí, su padre vivía en París, pero él se mantenía en contacto permanente con España. Creo que se fue por lo mal que se llevaba con su abuelo y con su propio hermano, pero tenía muy buenas relaciones con gente del gobierno y con el propio Azaña. Él fue una de las personas que formaron parte de la comisión encargada de estudiar estos terribles hechos. Yo fui uno de los soldados de esa compañía de asalto, y también uno de los acusados de la matanza que tuvo lugar. Cuando Rojas nos mandó incendiar la choza donde se hicieron fuerte el tal Curro Cruz, apodado seisdedos, con cinco hombres más, junto con dos mujeres y un niño, yo me negué, me encaré a mi propio superior y dije que sería un crimen a sangre fría, pero no me escuchó, lo único que conseguí es que me arrestaran. Rojas me dijo que me formaría un consejo de guerra. Luego cuando nos detuvieron y di mi versión, mis propios compañeros y superior lo negaron. Su padre investigó concienzudamente, escuchó uno por uno a los supervivientes de esa horrible matanza y consiguió que me absolvieran, después de oír el testimonio de alguien que recordaba perfectamente que yo había querido impedir la barbaridad que nos cubrió de deshonor para siempre– relató Humberto con voz temblorosa que dio a entender a Ignacio el suplicio que la tal visión debía provocarle todavía.

-No tenía constancia de esa intervención de mi padre, ni tan siquiera de que hubiera vuelto a España –dijo Ignacio perplejo.

-Por eso quiero ayudarle, Ignacio. No tema, confíe en mí. No se le acusa de nada, pero sé que conoce cosas que yo ignoro.

-Escuche, inspector, nada de lo que yo pudiera saber le aclararía el asesinato de los tres hombres que han muerto, y le doy mi palabra que yo no he tenido culpa en ninguna de esas muertes.

-Lo sé. Bueno, al menos, ese alemán está fiambre, ya no podrá hacerle ningún daño. ¿Quién sería el otro muerto?

Ignacio no contestó. Se despidió de Humberto y subió al tercer piso del edificio que ahora parecía desierto. ¿Qué habría pasado? Debieron

seguirle los dos sin que él se diera cuenta y se enzarzaron en una lucha, quizás el alemán quiso subir a la habitación cuando él estaba allí, porque el inspector le había comentado que la muerte se produjo sobre mediodía, cuando él fue a recoger la foto que había robado a su tío. El empleado de Inés debió de ser quien impidió que el alemán subiera a su cuarto.

Se afeitó, provocándose un ligero corte con la cuchilla. Se dio cuenta consternado que eran los nueve y cuarto. Mercedes debía estar histérica.

XXIII

MADRID 1941 MERCEDES E IGNACIO CONTEMPLAN EL CUADRO ORIGINAL EN CASA DE NORBERTO CASTILLA

Estaba histérica, eran las nueve y media e Ignacio no había dado señales de vida, y eso que se había ido hacía más de dos horas y media y le había dicho que regresaría rápidamente.

Renato había vuelto ya, con un atuendo distinto, en el cual y tal como le mostró a Inés llevaba ocultos una gran cantidad de objetos que dijo que le servirían para entrar en cualquier lugar, porque ninguno se le podría resistir con semejantes herramientas, la mayor parte de ellas fabricadas por él mismo.

Mercedes quiso enseñarle a desmontar con rapidez un lienzo de su marco y a colocarlo nuevamente, y él lo realizó con tal rapidez y maestría que volvió a sorprenderla, como era su costumbre.

El pequeño lienzo fue colocado cuidadosamente en una mochila de tela. Ella quiso volver a estudiar el plan con Renato, precisar sobre el plano dibujado por Ignacio los pasos más convenientes a seguir, pero el chico, con una sonrisa, le contestó que no se molestara, que le gustaba improvisar sobre la marcha, que sólo necesitaba lo que ya había memorizado: el piso y la habitación exacta en donde se encontraba el cuadro original.

Cuando le dijo a Renato que iría con ellos en el coche que Inés había dejado aparcado frente al estudio, éste se negó, le contestó que ellos fueran por su cuenta y que él iría por la suya, que ya había hablado con Ignacio sobre la hora en que era mejor que entrara en el piso, hora que tenía que coincidir con la que todos estuvieran sentados en la mesa.

Se volvió a quedar a solas, ya se había vestido de forma apropiada para el evento que le tenía con el alma en vilo. Bien sabe Dios que no hubiera aceptado si allí no se encontrara el cuadro que necesitaban

recuperar. el primer paso para continuar con un plan que a su pesar encontraba muy peligroso.

- "Siempre hay que intentar las cosas, no dar por sentado el no por respuesta; más irrealizable e incomprensible era haber vivido los trescientos años que Inés había vivido. A veces ocurren los milagros, a veces se consiguen las cosas –se dijo para animarse, sin que realmente le diera buen resultado."

¿Qué pasaría si Ignacio no se presentaba? Iban a llegar tarde. Qué coraje tener que ir a casa de ese mandamás del Régimen para ser presentada como la típica novia del sobrino en espera de su bendición.

-Ignacio se ha pasado por el periódico, seguro. Si no, es imposible tanto retraso –dijo en voz alta-, intentando contrarrestar el temblor que la imagen de ese alemán persiguiéndoles le provocaba.

Repentinamente, empezó a sollozar con un llanto convulsivo que hacía temblar su cuerpo. En su imaginación vio a Ignacio tirado en mitad de la calle, con un puñal clavado al igual que Segura.

No se dio cuenta de que la llave de la puerta del estudio giraba en esos momentos. Cuando Ignacio estuvo a su lado y lo vio, se abrazó a su cuello, besando su cara con auténtica desesperación.

Ignacio se dejó besar, apretar y hasta empujar por una mujer atacada por los nervios, mientras decía: "tranquila, cariño, tranquila".

- ¿Por qué has tardado tanto? Me tenías al borde de la locura. Renato ya se ha ido. Cuando quiera entrar en la casa no estaremos sentados en la mesa. ¿Qué te ha pasado?

-Sólo llegaremos unos minutos tarde. Renato entrará en la casa a las once, cuando estemos tomando el café y la copa. El inspector me entretuvo, estaba esperándome en la pensión. –dijo Ignacio.

- ¿Qué quería? ¿Sospecha algo? – preguntó Mercedes asustada.

-No, ¿cómo va a sospechar? A nadie le importa el cuadro, sólo quería hacerme algunas preguntas nada más.

Hasta que todo terminara no pensaba decirle que el chofer había muerto, con lo afectada que ella se encontraba prefería callarlo de momento. Él también lo estaba, afectado y sorprendido por esa estúpida muerte y por lo que Humberto le había contado sobre su

padre.

Mercedes empleó unos minutos más en arreglar el desaguisado que el llanto había provocado en su rostro. Volvió a empolvárselo y a darse carmín.

-El mandamás me encontrará horrible. Seguro que su beata mujer pensará que mi pecaminosa vida me ha estropeado prematuramente– comentó Mercedes mirándose al espejo.

-No sé lo que pensará su mujer, pero sí que Norberto Castilla se dirá que es una lástima no poder echar los tejos a la novia del sobrino –comentó Ignacio, intentando que ella no se diera cuenta del gran susto que tenía en el cuerpo.

En el camino, Ignacio le advirtió sobre la necesidad de que se mostrara locuaz, algo que ambos deberían hacer, sobre todo cuando a eso de las once alguien estuviera intentando entrar en la habitación del cuadro.

-Le dije a Renato que me las apañaría para dejar abierta la ventana del despacho. Tenemos que estar parlanchines, incluso gastar alguna broma y reír sonoramente cuando nos acerquemos a la hora. No sé cómo saldrá –confesó Ignacio.

- “Qué tema podría surgir con unos anfitriones que le repateaban, pensó Mercedes-. Al tío de Ignacio sólo lo había visto una vez, en una de esas reuniones sociales a la que había sido obligada a asistir por las únicas palabras que siempre le hicieron claudicar: “si no vienes no tendrás tu asignación este mes”. Detestaba lo que representaba ese hombre. ¿De qué podrían hablar? Por supuesto, la política ni nombrarla. Como no sacara una conversación con la mujer no tendría nada de que hablar, y desde luego la disyuntiva no era precisamente agradable, porque Ignacio le había contado que la esposa de Norberto era no sólo estúpida sino muy cerrada mentalmente, los dos elementos que ella no podía soportar en un ser humano. -Bien tendré que hacer un esfuerzo –se dijo a sí misma-, quizás hasta logre sorprenderme si consigo actuar como a mi madre siempre le hubiera gustado. ¡Por ti, Segura! –ofreció mentalmente.”

Fueron recibidos por los esposos Castilla y se disculparon por el cuarto hora de tardanza, algo que provocó un mohín en la mujer de Norberto que dio a entender su malestar ante el hecho. Pasaron seguidamente al comedor, en donde les sirvieron una copa, que no ayudó a distender la atmósfera que se respiraba.

-Bien, Mercedes, bien –dijo Norberto-. O sea que eres la novia de mi sobrino. ¡Vaya sorpresa!

Qué se podía contestar a semejante comentario, sólo hacer una mueca que pasara por una sonrisa de satisfacción, aunque no era fácil que pudiera dar esa impresión.

-Los Castilla siempre nos hemos distinguido por tener un buen gusto, si señor, algunos al menos.

- ¡Valiente grosería! – pensó Mercedes, observando la fealdad de la mujer, con cara de perdonavidas, sentada en el sofá a su lado.

-Tío, Mercedes se muere de ganas por ver el cuadro. ¿Puedes enseñárselo?

-Sí, claro, ahora mismo.

-Querido, tenemos que sentarnos ya en la mesa, no podemos recalentar de nuevo el asado.

- ¡Vaya con la señora! – se dijo-, mirando implorante a Ignacio, esperando que a éste se le ocurriera algo, lo que fuera, pero tenían que abrir la ventana de ese maldito cuarto cuanto antes.

Se sentaron los cuatro en la gran mesa, preparados para lo que Norberto definió como un festín en honor de la novia de su sobrino, que compensaría el horroroso ayuno realizado durante todo el día.

-Me dijo Ignacio que se encontraba mal –dijo Mercedes-, esperando que este inicio en la charla diera paso a explicar una serie de malestares y enfermedades que pudieran estirar una conversación el tiempo necesario para poder aguantar. Por propia experiencia conocía el placer infinito que tales conversaciones provocaban en algunas personas; su madre era una de ellas. Desde pequeña le sorprendió comprobar la alegría que parecía experimentar cuando hablaba de sus dolencias, sobre todo si la explicación tenía lugar ante la amiga que la había ido a visitar, y que tomaba luego la palabra para hablar de las suyas, lo que obligaba a su madre a replicar “pues yo más” Ella creía presenciar entonces una auténtica competición en la cual se luchaba con fuerzas para ganar, y por supuesto la ganadora era la que más dolor tenía, o más penalidades pasaba. No creía que Norberto perteneciese a este tipo de gente, no daba esa impresión, pero la mujer de gesto hosco sí parecía pertenecer al gremio de competidoras de dolor y quizás, con un poco de suerte, la incitara a deleitarse con las dolencias del marido o con las suyas propias. Ya que tenía que hablar

porque no le quedaba más remedio, y casi todos los temas eran tabú, con un poco de suerte podría encontrar aquí un filón en el cual podría desenvolverse, porque después de oír a su madre durante los casi veinte años que vivió con ella, se reconocía una experta en la cuestión.

-Estuvo con un cólico tremendo. Es la vesícula, sabe. De vez en cuando le da avisos, pero no quiere escuchar.

-Esos cólicos son realmente dolorosos. Mi madre los padecía con frecuencia y la pobre pasaba unas noches pésimas –dijo con una animación que sorprendió a Ignacio.

-Lo peor para la vesícula es comer mucho, además hay alimentos que son verdaderamente dañinos, provocan más bilis que otros –respondió María, con un oculto regocijo que Mercedes conocía.

-Sí, efectivamente, tiene usted razón. Recuerdo que mamá se preparaba una infusión de algo que la aliviaba.

-Lo mejor es una cucharada de aceite de oliva en ayunas, pero Norberto no quiere hacerme caso.

-Ese es el problema, que los hombres no suelen hacer caso. Creo que la infusión que mamá toma es la de romero, pero no estoy muy segura. Si quiere se lo pregunto.

-Oh, sí, pregúnteselo, es bueno enterarse de remedios naturales. Al fin y al cabo todos los medicamentos se encuentran en la naturaleza.

- ¿Mercedes, quiere ver un momento el cuadro? Está en mi despacho –dijo Norberto, pensando que si continuaba hablando de la vesícula, la suya despertaría de su siesta y empezaría a hacer de las suyas, antes de deleitarse con el exquisito asado que la doncella había preparado.

-Oh, me encantaría. Me gustó ese cuadro en cuanto lo vi. Se lo agradezco mucho, Norberto –dijo Mercedes echándole su más cautivadora sonrisa, detalle que hizo al hombre olvidar su pensamiento anterior de que quizás su sobrino, a pesar de la apariencia desenvuelta de esta mujer, se llevaba en el fondo a una muy parecida a la suya propia.

Ignacio, alucinado por la verborrea de Mercedes, también se levantó para ir con ellos.

-No le importa, verdad María, no nos retrasaremos. Creo recordar otra infusión que mamá hacía con muy buenos resultados. Luego si quiere

se la explico.

-Oh, sí, me encantaría. Bien, mientras van al despacho, diré a la chica que traiga a la mesa la comida. No se retrasen, por favor.

-De ninguna manera, María, le aseguro que no estropearemos su exquisita cena. –dijo Mercedes con un gesto que pretendía dar a entender lo grato que era estar allí.

El cuadro estaba allí, apoyado sobre la pared. La mujer parecía respirar y su sangre latir bajo la piel de cutis nacarado. Por un momento los dos la miraron en silencio, con respeto. ¿Cómo era posible que una imagen pudiera atrapar la vida? ¿Quién podía haber llevado a cabo el milagro, o más bien la maldición?

-Técnicamente no es gran cosa, pero la belleza de la mujer es increíble ¿verdad? – preguntó Mercedes a Norberto.

-Si te digo la verdad, lo he mirado poco -contestó Norberto-. Me produce una impresión extraña, desagradable. Si quieres embalarlo me harías un favor. Aquí tengo papel de embalaje nuevo, y estas son las señas que iban en el envoltorio original –volvió a decir el hombre, mostrando el trozo de papel en donde se precisaba el nombre del destinatario.

-Volvamos al comedor, estropearemos el asado. Antes de irnos, Mercedes lo embalará. Es una auténtica experta, –dijo Ignacio.

Mercedes cogió con familiaridad el brazo de Norberto y le miró de una forma que el hombre encontró impropia de una mujer decente, pero que le produjo un cosquilleo agradable.

-Qué ilusión me produce ser invitada a tu casa ¿Puede llamarte tío? – preguntó

-Claro, claro– dijo Norberto, asombrado por toda la gama de indicios que esta mujer mostraba. Al principio le pareció tan tonta como su mujer y ahora veía en ella gestos provocadores hechos con el ánimo de que él se fijara en ella. ¡Pobre Ignacio! Claro que este chico, a pesar de ser inteligente, era un poco pardillo. ¡Madre mía, si no fuera la novia de su sobrino otro gallo le cantaría! Porque la mujer estaba de pan y moja.

Se quedó detrás, contemplando con cierto asombro como Mercedes encandilaba al viejo verde. Abrió la ventana y echó la cortina para que no diera esa impresión. Después los alcanzó en el pasillo.

No tuvo que esforzarse mucho para intentar hablar, porque Mercedes y su tía tomaron la palabra y no pararon de hablar de síntomas de enfermedades que Ignacio ni sabía que existían. Su tío no parecía especialmente molesto, aunque él notaba como de vez en cuando le echaba miradas de conmiseración que parecían darle a entender que se preparara para lo que se le avenía. De cualquier forma se notaba que agradecía la presencia de los chicos, porque estaba comiendo y bebiendo lo que le daba la gana, sin aguantar la retahíla de quejas de su mujer, que lo único que hacían eran amargarle el placer que para él suponía sentarse en una buena mesa.

Ignacio miró el reloj; eran las once menos cuarto. Momento para empezar la algarabía que camuflara los ruidos que podrían surgir del despacho de un momento a otro. Gracias a Dios la doncella sólo podía estar en la cocina o en su propio dormitorio, y por el tamaño del piso, ambos se encontraban a mucha distancia del despacho.

-Quiero proponer un brindis: Por la familia –dijo Ignacio levantando su copa.

- ¡Oh, me encantan los brindis! Sí, sí, brindemos todos, ahora que nos hemos conocido –dijo también Mercedes levantando su copa y chocándola con la de Ignacio.

Norberto se sumó a la algarabía, levantando la copa con manos vacilantes. Su mujer también lo hizo, reconociendo que la charla tan animada que había tenido con esta chica le había agradado. A pesar de todo lo que había oído de ella, le había sorprendido favorablemente, hasta el extremo de hacerle olvidar el malestar que la deferencia de Norberto hacia su sobrino le había provocado, teniendo en cuenta que en esa casa jamás se había hecho una cena especial para los suyos propios. Cuando se dio cuenta de ese temblor del marido no pudo evitar el gesto desabrido que descompuso su cara.

- ¡Cuándo les diga a mis padres que he estado en su casa se pondrán muy contentos! - exclamó Mercedes, dispuesta a seguir la farsa hasta el final-. Quiero hacer otro brindis si me dejáis. Brindo por nuestra anfitriona, por la acogida tan cariñosa que me ha hecho.

Mientras alzaba la copa en este nuevo brindis y miraba con deferencia a la mujer de Norberto Castilla, Ignacio, sorprendido por completo, pensó que desde luego Mercedes podría dedicarse al teatro.

Todas las copas chocaron de nuevo. Norberto se sentía tan ufano de no oír esa voz que escuchaba hasta en sueños de: “contente, querido,

contente" que cualquier brindis que animara el aburrimiento soporífero que vivía allí, encerrado en esa casa desde el instante en que se casó con esta mujer, le animaba a él.

-Once en punto –pensó Mercedes-. Había que inventarse otro brindis más.

-Brindo por mi novio, por Ignacio Castilla que al fin ha vuelto a su patria de donde nunca debió salir –volvió a decir, más bien gritar, con la copa en alto.

Norberto fue el primero en levantar su copa, chocarla contra la de la novia un poco lela y provocativa de su sobrino, y con la de su mujer que ya no pudo aguantar más y repitió la fatídica frase: - "Contente, querido, contente".

La mirada rabiosa de Norberto y esos ojos vidriosos, provocado por todo lo que había bebido sin parar desde que se sentaron en la mesa, hizo intervenir a Ignacio que también se sentía un poco mareado y con unas ganas terribles de que todo terminara.

-Por mi tío y por mi tía, por proporcionarme un hogar cuando llegué a Madrid, confundido y sin trabajo – brindó Ignacio-, esperando que su imaginación encontrara más palabras con que cerrar lo que esperaba sería el último brindis.

-Sí, Ignacio, haces bien de brindar por las dos personas que te han abierto su hogar y te han acogido como un hijo. Gracias a ellos me conociste - volvió a decir Mercedes.

Otro choque más de copas, un descuido imperdonable que hizo que la suya se derramará sobre el mantel, y que a continuación mojara la mano en el líquido vertido, tocando la cara de su novio al tiempo que decía "trae suerte", ante la mirada de genio de María que parecía haber olvidado el entretenimiento que antes le había producido esta chica. Las once y cuarto. ¿Sería necesario hacer más tonterías?

- ¡Cuánto lo siento, María, qué torpe soy! –exclamó Mercedes, haciendo gestos compungidos.

-No pasa nada –contestó María-, con ese gesto desabrido que ya formaba parte de sus facciones, pero es un poco tarde – volvió a decir, mirando el reloj. Son las once y veinte y no trasnochamos tanto, ¿verdad, querido?

Once y veinte, lo que hubiera pasado tenía que haber ocurrido ya. Era

el momento de poner punto y final a tanta majadería –pensó Mercedes, intercambiando una mirada con Ignacio.

-Tío, es hora de irnos. Vamos a embalar el cuadro.

-Sí, necesito dormir –comentó Norberto-, pensando que su vesícula, a fuerza de recordarla su mujer, parecía a punto de despertar por los pinchazos que sentía y que la auguraban otra nochecita toledana.

Cuando llegaron al despacho, las cortinas estaban descorridas y la ventana herméticamente cerrada. ¡Había salido mal! Alguien había vuelto a cerrar la ventana por dentro.

Se arrodilló temblorosa ante el cuadro. Tardó unos minutos en recomponerse, respirando profundamente y procedió a embalarlo con manos expertas. Miró a Ignacio y éste comprendió

XXIV

MADRID 1941 -RENATO SE LUCE COMO UN PERFECTO LADRÓN

Miró al muchacho y comprendió. El cuadro que él sacó de la bolsa de tela, era el suyo no había duda, el mismo que colgaron en la humilde casa de Anselma Sarmiento poco antes de que vinieran a apresarlas por las acusaciones que sobre ellas vertió el resentido Abate de Santa Úrsula.

Era, por fin, dueña de su destino. Podría terminar con su maldición cuando quisiera, pero no pensaba hacerlo, no por ahora, porque antes tenía que intentar zanjar un tema peligroso que quizás no lograra llevar a cabo. Era la única forma de parar a ese hombre que gozaba de su misma maldición. Lo hacía por Pablo Segura, por la gente que conoció a través de sus múltiples vidas, por estos dos nuevos amigos, pero sobre todo por la necesidad de encontrar una justificación, como la que encontró en el amor de Pablo, que paliara la monstruosidad de vivir en un espacio y tiempo que no le correspondía.

-Gracias Renato, te agradezco mucho lo que has hecho por mí. ¿Dónde están Mercedes e Ignacio? - preguntó Inés con nerviosismo.

Le había sorprendido que sólo llegara Renato. Habían quedado que, tanto si lo conseguían como si no, los tres irían esa noche a casa de Inés, que había esperado con el corazón encogido ver aparecer a sus amigos, pero sólo había llegado el muchacho que había hecho entrega a la dueña de su cuadro.

-Los estuve esperando en la esquina con Serrano como me dijeron, pero vi a un hombre que se paseaba por allí, y me miraba de forma rara, de modo que puse pies en polvorosa y me vine para acá –había comentado Renato.

-Los esperaremos. Vendrán. ¿Dime, te fue muy difícil? - preguntó

-Fue coser y cantar–dijo el muchacho, animado por la calidez y agradecimiento que esta bellísima mujer le mostraba-. Esperé a que

ellos entraran y cuando el sereno se fue, entré yo. Ese portal lo puede abrir hasta un niño pequeño –volvió a decir con ínfulas-. Todavía resultó más fácil con la puerta del patio, bastó un ligero empellón, pero al final no escalé por él. Las luces de los pisos de abajo se apagaban y encendían y me hubieran retrasado. Decidí el camino más fácil: Entrar por la propia puerta del piso. Subí a las once en punto, tardé cuatro minutos en conseguir abrirla. Me vino muy bien el reloj que la señorita Mercedes me regaló. No me equivoqué al llegar al despacho de ese hombre, allí incluso encendí la luz e hice el cambio en un santiamén. Ignacio y Mercedes hablaban muy alto, creo que brindaban. Luego cerré la ventana que me habían abierto y volví a salir con tranquilidad de la casa. Esperé donde me dijeron, pero me empezó a poner nervioso la persona que en la calle parecía vigilar el edificio y me vine. Espero que Mercedes no esté preocupada.

-Te mereces una buena recompensa, Renato y la tendrás –afirmó Inés.

-No quiero ninguna recompensa. Lo hice porque Mercedes me lo pidió, bueno por Mercedes y por usted–contestó Renato sonrojándose.

-Lo sé, pero quiero dártela y ayudarte. Eres muy listo, Renato. No has pensado la posibilidad de prepararte y llegar a ser de mayor alguien de provecho–dijo Inés.

-Pienso ser alguien de provecho. No me voy a quedar toda mi vida en la portería con la bruja. Seré un gran ladrón, el mejor ladrón de guante blanco del mundo.

Inés sonrió y no dijo nada. De momento callaba los planes que tenía para este chico. Otras veces, en distintos períodos de su vida, había ayudado a algún chico o chica a labrarse un porvenir, y sabía que este chico, con un poco de ayuda, podría llegar lejos porque tenía cualidades de sobra para conseguirlo.

Ignacio y Mercedes entraron, abrazándose a Inés y a Renato. ¡Por fin el cuadro original estaba en las manos que siempre debieron estar!

-Me quedé muerta cuando al ir a embalarlo me fijé en la ventana cerrada. Lo primero que pensé es que la habían cerrado antes de que hubieras podido entrar –dijo Mercedes, dirigiéndose al chico-. Cuando vi que era mi cuadro me hubiera puesto a gritar de contento. ¿Por qué no nos esperaste dónde dijimos?

-Cuando bajé vi un hombre parado en la calle que parecía vigilar, subí hasta la esquina de Serrano y él hizo lo mismo. No me gustaba su aspecto, así que me eché a correr y aquí estoy.

- ¿Parecía un extranjero? – preguntó Ignacio.

-No, no era extranjero. Era tan español como yo – contestó Renato.

- ¿Te costó la escalada, muchacho? -volvió a preguntar Ignacio, mirándole con tal admiración que él volvió a sentirse como si fuera un auténtico héroe de una de esas películas del oeste a las que era tan aficionado.

-Entré por la puerta, resultaba más fácil. Gritaban ustedes mucho desde el comedor.

-Brindamos mucho. No sabíamos ni qué decir para seguir brindando. ¡Fue agotador! – exclamó Mercedes, riendo a carcajadas.

-Lo agotador fue escuchar la conversación que mantuviste con mi tía. Teníais que haber visto a Mercedes; nos os podéis imaginar la cantidad de remedio y de enfermedades que conoce. Nos levantó dolor de cabeza –dijo Ignacio sumándose a esas risas.

-Si lo hubiera dejado en tus manos, el silencio habría sido más denso que el de una catedral a oscuras y sin gente. Había tan pocos temas que pudiéramos hablar con ellos, que cogí el más inofensivo. Es el tema preferido de mi madre. Soy una auténtica experta –contestó Mercedes cómicamente.

Era demasiado tarde para volver a su casa. Inés propuso que se quedarán todos allí a dormir. El único que cenó y con una voracidad increíble fue el muchacho, que en su vida había tenido la oportunidad de comer lo que en esa mesa se sirvió. La forma con que este chico miraba todo lo que le rodeaba, hizo recordar a Inés su propia admiración cuando por fin tuvo una casa y cama donde dormir, y su voracidad en el comer, el hambre que ella pasó en la inmunda cárcel de Toledo.

En el cuarto que Inés asignó a la pareja, acostados en una inmensa cama hablaron de lo que significaba ese cuadro recuperado.

-Le hemos entregado el poder sobre su inmortalidad. Me da escalofríos sólo de pensarlo. Me alegró de haber hecho realidad los deseos de Pablo Segura. El cuadro no viajará a Alemania.

-Mercedes, tengo que contarte algo –dijo Ignacio-. No quise hacerlo antes porque no quería ponerte más nerviosa de lo que estabas. El chofer de Inés ha muerto, él y el alemán. Los encontraron a los dos en el patio de mi pensión.

- ¡Oh, Dios Mío! Tenemos que decírselo a Inés, es necesario que lo sepa. ¿Cómo fue?

-El alemán debió seguirme hasta la pensión cuando fui a recoger la foto que robé en casa de mi tío, supongo que el chofer de Inés también me siguió. Me imagino que intentó impedirle que entrara en mi habitación. El inspector estaba allí, hablamos. Por eso llegué tarde.

-Nos hemos metido en un lío espantoso. ¿Seremos capaces de salir, Ignacio?

-No lo sé, pero debíamos intentarlo. Mañana le diré a Inés que su empleado ha muerto, no he querido hablar del tema delante de Renato.

-Tenemos que ir con Inés a Venecia. No nos podemos volver atrás. Aunque quizás la información que te dio tu tío no sea veraz. Quizás Strassburger guarde su retrato en ese búnker que posee en Berlín, donde atesora sus obras de arte.

-Mi padre no estuvo sentado, viendo todo desde la barrera. Llegó a involucrarse en algo importante. Me lo contó el inspector –dijo Ignacio como si hablara consigo mismo.

Mercedes lo miró sin saber a qué se refería, e Ignacio, envuelto en recuerdos que parecía haber aparcado hacia tiempo, prosiguió.

- ¿Te acuerda de lo que sucedió en Casas Viejas?

-Sí, claro que me acuerdo. Fue horrible. Yo estaba entonces en Londres, pero me enteré. Fue un hecho deleznable, mataron a los campesinos a sangre fría. La imagen de la República quedó tocada, y también la figura de Azaña. Creo que hubo una comisión que exoneró al gobierno y a Azaña de no haber dado las órdenes al ejercito de asalto para que actuara así.

-Mi padre formó parte de esa comisión. Por una vez en su vida él se mojó en algo, Mercedes. Salvó a un militar, al inspector. Indagó para averiguar que lo que él contaba era cierto, y parece ser que demostró que este hombre se había enfrentado a su superior para evitar que el muy bestia quemara la choza donde se habían refugiado los insurrectos. Yo también necesito mojarme en algo, Mercedes, necesito comprobar que, al menos, puedo intentarlo.

-No sólo tú, Ignacio, yo también necesito comprobarlo –dijo Mercedes con voz queda.

Se durmieron abrazados. Él último pensamiento de Mercedes fue “permanecería así, abrazada a ti para siempre, sin salir de esta cama”

En su lecho, Inés daba vueltas sin cesar. Después de trescientos años, su eternidad estaba con ella, a los pies de su cama. Era por fin dueña de su destino. Sería tan fácil destrozar esa pintura, ver como su retrato y ella se consumían conjuntamente. Sería demasiado fácil y difícil a la vez.

Pensó en todas las personas que pasaron por su larga vida: Anselma Sarmiento, la vieja avara, Constanza, su querida Elena, el duque de Bramante, tantos que no podría enumerarlos. Algunos dejaron huella en ella, vivirían a su lado mientras ella también viviese, porque mantener en el recuerdo a las personas era también una forma de concederles otro tipo de eternidad. Su último recuerdo fue para Pablo Segura, y sin poder evitarlo a su mente vino la imagen de ese mismo hombre hundido por el tiempo y por la vejez, y entonces maldijo a ese mismo tiempo que tenía poder sobre todo, menos sobre los recuerdos, y también al abate de Santa Úrsula que seguramente contempló su cuadro alimentando su perversión. Cuando al fin se durmió en su rostro apareció una sonrisa: soñó que estaba abrazada a Pablo y a la juventud del hombre que amó.

Al levantarse, lo primero que hizo fue volver a mirar ese cuadro, y supo con certeza que lo que había planeado lo intentaría, supo que desde ese instante su meta sería ir tras ese Max Strassburger. Luego, pensó con preocupación en la misteriosa desaparición de su chofer.

XXV

LISBOA 1941- INÉS SE COMUNICA CON OTO VON BAUER.

No hay tal misteriosa desaparición, Inés, lo han asesinado, mejor dicho murió luchando contra ese alemán que debió seguirme hasta mi casa, cuando fui a por el retrato de Strassburger–contó Ignacio, aprovechando que Renato seguía en su cuarto.

- ¡Pobre! ¡Pobre hombre! – exclamó Inés sobrecogida.

-Inés, no debes sentirte culpable, nosotros no lo matamos. Toda la culpa la tiene ese maldito alemán que mató a Segura.

Desayunaron los cuatro juntos. Renato seguía en una nube, alucinado por la deferencia que todos mostraban hacia él. Antes de irse, Inés metió en el bolsillo de su camisa un sobre.

-Contactaré contigo, Renato, no dejaré que tus extraordinarias cualidades las eches a perder -dijo Inés, depositando en su mejilla un beso.

Este beso supuso para el chico un regocijo mayor que el dinero que se había ganado por un trabajo coronado con el éxito.

-Tengo que irme a Lisboa y llevar mi cuadro. Poseo el escondite perfecto para guardarlo, además desde allí me será más fácil contactar con las personas que podrían informarme.

- ¿Te pondrás en contacto con nosotros? – preguntó Mercedes.

-No os llamaré ni escribiré. Podría ser peligroso. Simplemente volveré cuando me confirmen la información.

-Todavía no habéis visto el rostro de Strassburger. Rico hizo un magnífico primer plano, tenemos que memorizar esos rasgos.

Los tres contemplaron la fotografía que Rico había tirado del hombre

que quería ser dueño de la eternidad de los que eran como él.

- ¿Os habéis fijado en sus ojos? Si la maldad tuviera ojos, serían los de este hombre ¡Da escalofríos sólo de mirarlo! –exclamó Mercedes.

-Tienes razón, eriza el vello, a pesar de que sus facciones son normales –añadió Ignacio.

- Me gustaría que me hicierais un favor, quiero que os quedéis en esta casa hasta que yo regrese. Estaría más tranquila, me da miedo que Mercedes permanezca sola mientras tú acudes a tu trabajo, Ignacio. Aquí habrá gente dispuesta a protegerla.

Ignacio miró a Mercedes deseando que ella aceptara. El alemán que los seguía había muerto, pero también lo había hecho el pobre hombre que intentó protegerle. Allí estaría más segura, no había duda. De cualquier forma era algo que tendría que aceptar ella.

-De acuerdo–dijo Mercedes. acepto encantada.

Inés confirmó a Ignacio que había dado las ordenes oportunas para que alguien se encargara de que el chofer tuviera un entierro en condiciones. pero que le rogaba que no se sintiera obligado a acudir, era mejor que se mantuvieran apartado.

-Me consuela saber que ese hombre no tenía familia, y que al menos durante los últimos cinco años que estuvo a mi servicio le proporcioné una vida digna. Era un ex presidiario destrozado y amargado antes de que yo le conociera. Fue un buen hombre y pagó con creces el favor que le concedí en su día.

-Tengo la impresión, Inés, de que te rodeas de gente muy especial. Los que te sirven parecen venerarte–dijo Ignacio.

-Sí, es cierto, me rodeo de gente especial, pero no lo hago sólo por altruismo, sino también por interés. Cuando la gente ha perdido todo, cuando vive sin esperanza, es más fácil que no traicione a la mano que le brinda algo de ella. Además, yo también soy especial, por lo tanto los que vivan conmigo en parte también tienen que serlo–contestó Inés con un matiz   tan triste en su voz que aturdió a Ignacio.

El hombretón que vigilaba el jardín, al que habían visto coger un fusil y azuzar a los perros, vino para decir que el coche estaba preparado, que emprenderían la marcha cuando la señora estuviera dispuesta.

Otro hombre, de aspecto más rudo que el anterior, y que Ignacio no

conocía se acercó con deferencia al coche. Inés le habló en voz baja, y ese hombre asintió.

-Es Wenceslao, él os protegerá a vosotros y a la casa.

Después de la despedida, pasearon un rato por el jardín. Ignacio tenía que ir a la redacción, pero prefirió esperar un poco porque notó que Mercedes, repentinamente, pareció cambiar de estado de ánimo. Sabía que ella deseaba hablar, expresar a viva voz sus emociones.

-Ella vivió en Italia–dijo Mercedes. Acudió allí cuando murió su mejor amiga. En Italia se le confirmó que efectivamente su pintura le otorgaba vida eterna. Me dijo que cuando visitó Bomarzo se extasió al contemplar sus figuras extrañas y monstruosas. Pensó que ella se había convertido en algo parecido. Ignacio, todo es tan extraño, tan increíble que a veces pienso que es imposible que tú y yo estemos viviendo esta situación, pero me alegro de haber conocido a Inés. No me cambiaría por ella, pero al contemplarla siento algo especial. No sé, es difícil de explicar, pero es como si su visión me confirmara que los sentimientos, aunque particularmente dejen de sentirse, siguen vivos, gozan de autonomía, esperando una y otra vez depositarse en el hombre para seguir recordándole que es humano.

- ¿Y Strassburger? También es eterno como Inés ¿Qué simboliza para ti? –preguntó Ignacio con interés.

-Significa el lado oscuro de la gente, su perversidad, que también es eterna, y que seguirá y seguirá hasta el final, intentando destruir los otros sentimientos que nos hacen soportar la vida y vivirla a pesar de todo.

-Mercedes, entiendo que te sientas impresionada por la vida de Inés y su resistencia, pero tú no eres un ser pueril que pueda entender el mundo como la lucha del bien y del mal, y me estás comparando al bien absoluto personificado en Inés, con el mal absoluto personificado en ese hombre, aunque reconozco que en este último caso hasta yo me creo que efectivamente el tal Strassburger personifique el mal en su concepto más amplio.

-No, no quiero decir que vea en la eternidad de estas dos personas el símbolo del bien y el mal en términos absolutos, quiero decir más bien que Inés es como si representara los sentimientos por los que merece la pena la vida, los que nos hacen humanos. Inés sintió una amistad profunda por una mujer que sufrió con ella en la cárcel; pues bien, yo simbolizo en su eternidad el concepto del sentimiento de la amistad

como algo imperecedero, y en el amor que sintió por Segura el sentimiento del amor eterno, lo cual no quiere decir que crea que una persona pueda amar eternamente a otra, pero ese sentimiento está ahí, esperando encontrar cobijo en otro hombre o en otra mujer, una y otra vez, infinitamente. Cuando Inés vaga con hastío por el mundo, con un aburrimiento que le impide hasta moverse, en ese momento su eternidad me está simbolizando nuestro eterno vacío, nuestra eterna fragilidad. En cambio, la eternidad de un hombre como Max Strassburger, creador y difusor de una doctrina que quiere seleccionar, elegir a los hombres y mujeres que merecen vivir o morir, significa para mí en lo que nos podríamos convertir las personas si los sentimientos dejaran de vivir, si se cansaran de ser eternos. ¿Me comprendes, verdad?

Ignacio la besó con infinita ternura, y ella sintió en ese momento que él era su amigo, que él era su amante, y que a pesar de sentir así, tenía miedo y se encontraba un poco perdida. Los sentimientos que simbolizaba en la eternidad inexplicable de Inés.

Se fue a la sede de su periódico, cuando subía por las escaleras del edificio se encontró con Rico que se paró a hablarle.

-Franchute, hace un café. Te voy a invitar a un sitio en donde lo hacen de verdad. Es de estraperlo.

-Gracias, Rico, pero tengo mucho trabajo atrasado. Padilla terminará despidiéndome.

-Tienes a Padilla más contento que unas castañuelas. Ven conmigo, quiero hablar contigo.

Terminaron en una pequeña tasca, donde una mujer con una sonrisa misteriosa les preguntó si querían café.

-Lo traen de Portugal. Todo el mundo sabe que tienen café auténtico.

- ¿Qué quieres, Rico? – preguntó Ignacio.

-Darte las gracias. Sé que si no hubiera sido por ti, no cubriría el encuentro en Hendaya, y para mí tiene importancia, mucha importancia, te lo aseguro. Algún día podré contar lo que de verdad se dijo allí.

-No te dejarán estar personalmente en la reunión –dijo Ignacio sonriendo-. Publicarás lo que Padilla quiera que publiques y fotografiarás lo que te permitan fotografiar.

-Eso ya veremos. Efectivamente publicaré lo que me digan, pero te aseguro que me enteraré de todo lo que se diga.

-Rico, perteneces a los que ganaron esta guerra. ¿De verdad dirás alguna vez lo que pasó si deja mal parado a tu caudillo? – preguntó Ignacio.

-Es la primera vez que dices lo que piensas, tu caudillo, en vez de nuestro caudillo. Tranquilo, chico, no te delataré. Ya sé que se pasan dos pueblos si alguien dice cualquier tontería. Sí, lo diré. Yo no soy un lameculos como Padilla.

-Lo sé. Le dije a mi tío que si podía ver a su amigo Goebbels intentara hablarle sobre esa chica alemana.

-Ya –dijo Rico sin convencimiento.

-No sé cuándo todavía, pero voy a necesitar salir de España. Me gustaría ir a Italia ¿Crees que lo conseguiré?

-Italia es una vieja amiga. No creo que te sea difícil. ¿Te puedo preguntar por qué quieres ir a Italia?

-Asuntos personales–contestó-. Me imagino que mi viaje no se retrasará mucho. ¿Tendré problemas con Padilla? Necesitaré mi empleo a mi vuelta.

-No, no tendrás problemas, el único problema es que no te pagará en tu ausencia, pero no te pondrá inconveniente –afirmó Rico.

-Tienes razón. Mi columna cultural puede suplirla cualquiera, y si la eliminan tampoco se notará mucho.

-Ignacio, sé que eres un buen escritor. Tranquilo, algún día publicarás. Ahora corren malos tiempos, pero yo podría ayudarte.

-Te lo agradezco, lo tendré en cuenta.

-No está el mundo ahora para viajar, pero Italia no es el peor sitio –repitió Rico.

Transcurrieron casi dos semanas en la cual Ignacio y Mercedes vivieron en el palacete de Arturo Soria, en espera de la llegada de Inés, la cual, después de guardar a buen recaudo su cuadro, había escrito al exiliado profesor alemán, Otto Von Bauer, la persona que informó a Pablo de que Strassburger era realmente el ideólogo que

estaba detrás de Hitler y sus acólitos, los responsables de que él abandonara su país, su cátedra y su hogar.

Tenían que dejarse guiar por el comentario que el propio Goebbels había hecho al tío de Ignacio cuando le dijo que Strassburger guardaba su colección de retratos en Venecia. Era más fácil viajar a esa ciudad que intentar ir al propio Berlín. Si fracasaban, no tendrían más remedio que pensar en la posibilidad de ir allí. La idea de que en Venecia estuvieran ocultos los retratos no podía ser descartada. Cualquier alemán podía sentirse seguro en un país que se sometía incondicionalmente a Alemania.

Inés recordaba perfectamente Venecia. La primera vez que la visitó fue cuando se alejó de Lisboa al morir sus seres queridos. El aire de esta ciudad provocó en ella sentimientos contradictorios: la cautivó y la espantó; era una ciudad viva, que se resistía el cieno de su laguna, a la podredumbre que se alimentaba de sus cimientos, que devoraba centímetro a centímetro sin conseguir engullirlos. Venecia se parecía a ella, a todos los que fueran como ella, que también resistían al tiempo, a las leyes físicas, a la lógica. Seguro que el cuadro de Strassburger estaba allí, porque ese lugar era el idóneo para guardar todo lo que se resistiera a morir.

La carta que había dirigido a Otto fue escueta, sin dar demasiados detalles, pero los suficientes para que este hombre se diera cuenta de que necesitaba su ayuda. Al escribirla había invocado el nombre de Pablo Segura.

“Querido profesor: Me dirijo a usted para notificarle la muerte de Pablo Segura. Conocí la amistad que les unió, supe de boca de Pablo que ambos se conocieron en Munich, y que desde ese día mantuvieron un lazo que ninguno de los dos rompió con el paso de los años. Usted no me conoce, ni tan siquiera sé si Pablo le habló alguna vez de mí, pero yo a usted sí, conozco sus ideas, sus aficiones, y esperó su ayuda y consejo.

Sé que la noticia de esta muerte le causará un profundo dolor. Pablo no murió de muerte natural, sino asesinado por un alemán. Él quería impedir que un retrato, que averiguó que estaba en un convento de Toledo, fuera a parar a manos de Max Strassburger, la persona de la cual Usted le informó, algo que nos fue de gran ayuda, y que confirmó lo que ya sabíamos.

Usted tiene contactos repartidos por el mundo, y quiero pedirle un inmenso favor: que me dé las señas de alguien de confianza que viva

en Venecia para recabarle una información que necesito, y que espero encontrar en esa ciudad. Perdone que no le explique más, razones importantes me obligan a no ser más explícita.

No tema, fui la mujer durante veinte años de Pablo, y pienso igual que mi amado esposo y que usted. Sólo le suplico que confíe en mí como confío en Pablo. Estaré en Lisboa hasta que se digne escribirme. Es un lugar seguro donde el correo no será interceptado.

Cuando su doncella le entregó una carta con matasellos de Nueva York, sus manos temblaron.

“Querida Inés: Cuánto dolor me causa esta muerte. Pablo no sólo fue un colega, sino algo más importante, un verdadero amigo al que echaré en falta hasta el final de mi vida. No piense que no la conozco, la conozco lo suficiente para saber que puedo confiar. Pablo me habló tanto de usted. que no supone para mí ningún problema poder darle el nombre de la persona que podrá ayudarla: Se llama Luigi Costello; este hombre no sólo es amigo mío sino que también llegó a conocer a Pablo en un viaje que ambos hicimos a Italia. Luigi es de los nuestros, con eso le digo todo, y seguramente no pondrá ningún inconveniente en informarla si puede hacerlo. Es el propietario de un café ubicado en la misma Plaza de San Marcos, antiguamente lugar de encuentro de intelectuales y artistas que encontraban en este refugio el lugar perfecto para intercambiar ideas y pensamientos. Por lo que sé todavía lleva ese negocio, aunque parece ser que su clientela ya no es la misma que Pablo y yo conocimos. Diga que va en mi nombre, que es amiga mía. Mi estimada señora no sé qué es lo que va a hacer en Venecia, sólo le pido que, sea lo que sea, tenga cuidado, mucho cuidado, vivimos en un mundo peligroso, demasiado peligroso.

Incluyo una nota para Luigi en la cual le pido intente ayudarla en todo lo que pueda. Me gustaría que volviera a escribirme cuando regrese.

El pliego que Otto escribía a Luigi era conciso, sólo le decía que la mujer del amigo que le presentó en una ocasión, Pablo Segura, iba a viajar a Venecia, y que le rogaba la atendiera personalmente y en todo lo que pudiera.

El final de la misiva hizo palidecer a Inés. No había pensado en el problema y sus ojos se llenaron de lágrimas pensando en Pablo, en su vida.

XXVI

MADRID 1941 – EL REGRESO DE INÉS

Pensaba en Pablo Segura, en Inés, en las dos personas que habrían paseado tantas veces por ese jardín lleno de encanto. Qué terrible tuvo que ser el amor de esas dos personas en su último tramo: uno envejeciendo, observando el deterioro de su cuerpo, su vejez, y la otra la paralización de ese mismo tiempo que se detenía en ella y le proporcionaba una juventud eterna que cavaba entre los dos una profunda zanja insuperable. Suspiró angustiada, estaba deseando que volviera Inés, y a la vez angustiada por un regreso que le haría despertar de la placidez que sintió en estos días vividos en casa de la que hace nada era una extraña.

Siempre guardaría en su recuerdo los momentos que compartía con Ignacio en un entorno que para ella era mágico. dormían, comían y paseaban por estos dominios de Inés como si les pertenecieran, disfrutando de la belleza que esta mujer había reunido en los trescientos años de vagar por distintos lugares. Ignacio iba a la redacción cada mañana y ella le esperaba, embriagada por la ilusión de creer haber construido un hogar estable con el hombre al que ya amaba con todas sus fuerzas. Disfrutaba de estos sentimientos, los disfrutaba con deleite porque en su fuero interno pensaba que lo que ahora sentía por él, mañana uno de ellos podía dejar de sentirlo, a pesar de creer con firmeza, y tal como había comentado con Ignacio, que las sensaciones, como cualidades humanas que eran, gozaban por sí solas de eternidad, viajando en un eterno retorno de hombre a hombre, de mujer a mujer.

En los ratos que permanecía sola, pintaba y pensaba mucho, más de lo que nunca lo había hecho. Cuando Ignacio llegaba, evitaba pensar, se imbuía sólo de las sensaciones que él despertaba en ella, y en esos momentos saboreaba esas mismas sensaciones que ahora la habían elegido a ella para vivir.

Algo le decía que la intuición de viajar a Venecia era certera. Ella conocía esta ciudad, de hecho conocía casi toda Italia; había viajado

allí antes de la guerra, cuando todavía no se había emancipado por entero de sus padres, y éstos no habían perdido ni la fe en ella ni en su trayectoria futura. Venecia la impactó sobremanera. Tuvo la suerte de verla con distintas luces, que le dieron la impresión de estar ante la única ciudad del mundo en que la muerte y la eternidad se abrazaban, fusionándose en una apretada y asfixiante caricia que producía al que lo pudiera captar júbilo y tristeza: dos estados de ánimos contrapuestos que podían agotar emocionalmente al visitante.

El cuadro de Strassburger estaba allí, lo presentía, de la misma forma que presintió cuando atravesaba sus puentes y contemplaba, uno por uno, los monumentos de esta ciudad, sus estrechas calles y plazas, que jamás viviría su vida como sus padres esperaban que la viviera.

Al pensar en sus padres, suspiró con tristeza. Había ido a visitarlos y tuvo un recibimiento más que frío, sobre todo por parte de su padre, del poderoso banquero que ni tan siquiera conocía que ella llevaba unos días viviendo fuera de su casa. El recibimiento de su madre, sus aspavientos, no pudo encuadrarlos en un sentimiento de frialdad o alegría, porque en cuanto se besaron de lo único que se ocupó fue de detallarle sus últimos síntomas que hablaban por sí solos de lo mal que se encontraba, a pesar de ese médico de pacotilla que siempre repetía que enterraría a todos. Cuando le dijo que había recibido la invitación de una amiga suya, compañera del internado inglés, para que pasara unos días con ella en su casa de Venecia, su madre únicamente preguntó: ¿Es italiana? ¿Proviene de buena familia?

Contestó que sí, que su amiga era italiana y que sus antecedentes familiares se remontaban al siglo XVII; riendo para sí al notar aprobación en los ojos de su progenitora. Su padre, curiosamente, tampoco puso pega alguna, simplemente comentó:

-Me parece una buena idea que te largues por una temporada de Madrid. Desde que ese profesor tuyo se murió en tus brazos, estás en boca de todo el mundo. Mientras decía esto, Alberto Escobar pensó que efectivamente esta hija suya había salido a la cupletista que deshonró a su familia.

Un jueves por la tarde, ya anochecido, regresó Inés. En la casa sólo se encontraba Mercedes, Ignacio no había regresado aún de la redacción. Cuando Inés entró en la habitación donde Mercedes se había hecho colocar sus utensilios de pintura, sintió que los recuerdos se agolpaban en su cerebro de forma dolorosa. Por un instante rememoró su vuelta, después de compartir unos días con el duque de Bramante, al antiguo y primer hogar que de verdad poseyó. Elena siempre esperaba con una

sonrisa, haciéndola sentir la felicidad que su regreso le producía. Ahora era parecido, Mercedes se convertía en el recuerdo de su querida Elena y le hacia percibir que alguien la esperaba, que no volvía a la soledad de unas paredes que tantas veces le habían producido una desesperación atroz.

Contó todo lo que sabía, que no era demasiado. Alguien que conocía del gobierno portugués, país neutral como España, con la diferencia de que se declaraba anglófilo y partidario por tanto de la derrota de Alemania, le había informado que, por supuesto, era plausible pensar que algún alemán poderoso, que no tuviera demasiada fe en que esta guerra terminara como su Führer soñaba, hubiera escondido en Italia cuadros que hubiera expoliado a ciudadanos particulares alemanes, judíos en su mayoría.

-Lo que está claro es que nadie nos va a decir que en tal edificio de Venecia un alemán tiene a buen recaudo una colección de pinturas, porque no se sabe. La única posibilidad que tenemos de enterarnos es yendo allí –había comentado Ignacio al oír la explicación de Inés.

-Escribí al amigo de Pablo y me ha contestado. Me ha dado el nombre de una persona que nos podrá informar. Sólo hay un inconveniente, en la carta que Otto Von Bauer escribe a ese hombre diciéndole que me atienda, le comenta que procure ayudarme en todo ya que por mi avanzada edad no considera oportuno que yo me dedique a investigar sobre el asunto que me traigo entre manos. ¿Os dais cuenta? A Otto no le ha importado darme esta referencia porque Pablo le habló de mí, pero cree que soy una persona de edad, y con esta indicación que ha hecho a la que supuestamente es amigo suyo e intimó con Pablo cuando ambos estuvieron en Venecia, le va a hacer desconfiar. Al verme pensará que yo no pude ser la mujer de Pablo Segura; sospechará que mis intenciones sean otras, porque está claro que el tal Luigi, si es amigo de Otto y simpatizó con Pablo, será alguien contrario a la dictadura de Mussolini y por tanto antifascista.

-Puedes decir que eres la hija que Pablo tuvo con Inés. Ni el tal Otto ni ese Luigi conocen a la verdadera Inés. De acuerdo –dijo Mercedes, dándose cuenta que no la convencía; sé que estás pensando que Otto pide ese favor para la esposa de Pablo, no para una hija de la que ni tan siquiera ha oído hablar, pero eso Luigi no lo sabe. No creo que Otto se comunique con su amigo italiano por esta nimiedad. A ti te ha entregado una carta de presentación para él, pues bien se la entregas y a continuación le dices que tu madre, que es muy mayor, ha desestimado el viaje. ¿Qué puede ocurrir? Sólo que desconfíe y no te informe, es lo único, porque desde luego es imposible que te denuncie.

Si él es como realmente creemos que es, no crea que pierda el tiempo en acudir a delatarte ante gente con la que seguramente no querrá tener cuentas.

A la mañana siguiente Ignacio habló con Padilla. Tal como le había dicho Rico, éste no puso el más mínimo inconveniente, sólo comentó con su sonrisa de conejo que desde luego los días de asuetos serían descontados del sueldo, pero que pensaba que se merecía unas vacaciones que esperaban fueran cortas.

-Chico, no están los tiempos para viajar. Es peligroso, pero ya sé que la juventud no repara en peligros, cuando lo que quiere es darle una alegría al cuerpo ¿verdad? –había comentado Padilla dándole un codazo a Ignacio, que únicamente se limito a hacer una mueca de asentimiento.

A la salida de la redacción casi se dio de bruces con el inspector. Humberto le dijo que quería hablar con él. Ambos se dirigieron por la calle San Bernardo al bar donde ya se habían reunido en otra ocasión.

-Me voy a ir unos días fuera –comentó Ignacio.

- ¿Dónde se va? – preguntó el inspector.

-A Italia, me voy con una amiga. Siempre deseé visitarla, y me han aconsejado que lo haga ahora, que quizás, y si las cosas se ponen peor, no pueda ir en mucho tiempo.

Humberto hizo un ademán con la cabeza, preguntando a bocajarro.

- ¿Su visita a Italia tiene que ver con la persecución de que ha sido objeto?

-No, claro que no –contestó Ignacio.

-Ignacio, de momento no le sigue nadie. Desde la muerte del alemán y de ese hombre en el edificio de su pensión, mi contacto ha sido su sombra, y no parece que nadie quiera liquidarlo. El día que ocurrieron estos hechos, y fue a cenar a casa de su tío, se me informó que antes que usted. y la señorita Escobar salió del mismo edificio un chaval, que por cierto vive en el mismo edificio que la Srta. Escobar, corriendo como alma en pena. ¿Qué hacía allí el muchacho? ¿Lo conocía usted.?

-Sí, lo conozco, es el hijo de la portera del edificio. Un buen muchacho, por favor no le interrogue, él no ha hecho nada malo.

-Le creo–dijo el inspector-. Mire, Ignacio, sé que en todo este embrollo tiene mucho que ver el cuadro que Ramírez supuestamente descubrió. Conozco el interés desmesurado que usted y sobre todo Mercedes Escobar han demostrado por la maldita pintura, y también sé que los dos mantienen una relación muy estrecha con una enigmática mujer que, curiosamente, es propietaria del palacete en donde vivió Segura con su mujer, bueno con su mujer o con su querida, porque no me consta que estuviera casado. Quiero ayudarle, se lo repito, confíe en mí.

-No me puede ayudar, Humberto, si realmente creyera que podría hacerlo le contaría una extraña historia, pero no puede hacer nada y yo no puedo contarle más. ¿Me comprende? Al hablarle como le estoy hablando, ya estoy confiando en usted, se lo aseguro.

- Escuche, tenga esta tarjeta, es de un inspector de policía que trabaja en una comisaria de Roma. Si ocurre algo, acuda a él. Dígale que yo le mando –dijo Humberto extendiendo una tarjeta a Ignacio-. Le dije una vez que no todos los que trabajamos dentro del sistema comulgamos con todas las doctrinas del sistema. Paolo es un buen hombre, le ayudará si puede hacerlo. ¿Espera solucionar su extraña historia en Italia? –preguntó a continuación.

Ignacio hizo un ademán con la cabeza, dando a entender que no sabía. Humberto calló, mirando al joven que tanto le recordaba al hombre decidido que le salvó de la cárcel y le restituyó su honor.

-Le deseo mucha suerte, Ignacio.

-Gracias, Humberto –dijo Ignacio apretando con fuerza la mano que se le extendió.

Mercedes e Inés le habían hablado sobre la luz de Venecia, sobre la impresión tan parecida que en ambas produjo esta ciudad. Él no la conocía, pero creía haber sentido el pulso de esta ciudad a través de una novela que leyó, precisamente la última noche que pasó en Francia, en el hogar de su madre y padrastro. Se titulaba “La muerte en Venecia” cuyo autor, Thomas Mann, curiosamente de nacionalidad alemana, había huido de su país a la subida de Hitler al poder.

Venecia se reflejaba como un lugar de vida y muerte entrelazadas, abrazadas con el mismo éxtasis con que el protagonista de esta novela hubiera deseado abrazar al indolente efebo Tadzio.
¿Qué les depararía en Venecia? ¿Lograrían llevar a cabo su peregrino plan y conseguirían arr0ebatar la eternidad al poderoso hombre que

había vivido a través de la historia arrebatándosela a los demás? No lo sabía. Tenía miedo.

XXVII

LLEGADA A VENECIA

Tenía miedo, no por ella, su cuadro estaba seguro. Nadie podría hacerle daño, lo tenía por las dos personas, sentadas a su lado en la góndola, que habían abandonado todo por seguirla en un plan que todavía no había sido trazado. ¿Y si fracasaban? Podrían morir, y entonces ella sería la causante, la verdadera responsable de que dos vidas tan jóvenes desaparecieran de la faz de la tierra. ¿Había sido justo involucrarlos?

-Lo ves, Ignacio, es como te dije. Es distinto a todo–comentaba Mercedes con Ignacio que miraba todo con mucho interés.

El cielo era grisáceo, soplaba el viento, y así y todo, visto desde esa opacidad, los majestuosos palacios, lamidos por el agua del gran canal, producían una emoción que conmovía. La tenue luz parecía mostrar la visión de una ciudad que se resistía a morir, y que esperaba la luz del sol para gritar a sus visitantes que estaba viva porque era eterna.

El hotel al que se dirigieron estaba en una estrecha calle, muy cerca de la Plaza de San Marcos. Inés propuso descansar de la fatiga del viaje, pero Mercedes quería enseñar a Ignacio la famosa Plaza. Era un poco tarde; quizás no era el momento adecuado para que alguien apreciara la belleza del lugar, que se mostraría en todo su esplendor a la luz del sol, pero ella la había contemplado en distintos momentos, con distintas luces, y sabía que su compañero percibiría el encanto que ella percibió cuando la visitó en un instante con una atmósfera muy parecida a la actual.

-Id vosotros, –dijo Inés-. Os espero a cenar.

-Oh, no, tú también tienes que venir. Luego nos ocuparemos de las maletas.

Inés declinó el ofrecimiento, dijo que los esperaría en el hotel, y Mercedes e Ignacio salieron cogidos del brazo, perdiéndose en la

niebla que el agua de la laguna levantaba.

-Nos ha querido dejar solos. No está cansada, lo sé, pero quiere que veas a solas conmigo la plaza –comentó Mercedes.

Se quedaron quietos, observando maravillados la plaza. Mercedes miró a Ignacio, intentado averiguar la impresión que le causaba. Pareció satisfecha y abrazándose más a él, comenzó a explicar los mil y un detalle que configuraban el lugar y sus edificios. De repente, se quedó callada.

Desde un café de los soportales salía música, alguien entonaba una canción en alemán.

-Mira ese es el café de Luigi. Su nombre aparece en el toldo, -dijo.

- ¿La persona que nos tiene que informar? –preguntó Ignacio mirando hacia la cafetería.

- Eso creo. Hay alemanes dentro. Vayamos al hotel, Ignacio.

Le hubiera gustado continuar callejeando con Mercedes, atravesar puentes, adentrarse en las estrechas calles, cruzar canales. Le encantaba oír las explicaciones de Mercedes, porque tenía el don de contagiar su entusiasmo, de trasmitir lo que sentía al explicarlo, y a él siempre le había gustado escuchar más que hablar, sobre todo a ella, a la persona que se aferraba ahora a su brazo, presa de nerviosismo, rota ya la magia que antes parecía envolverla.

Iban a regresar, cuando vieron a un soldado alemán. Este hombre era muy alto y parecía tener la intención de ir a acercarse a ellos.

-Vámonos, vámonos cuanto antes –dijo en voz baja Mercedes.

-No, sigue explicándome como antes. No tengas miedo, no nos puede hacer nada. Recuerda que somos ciudadanos españoles que hacen turismo.

Mercedes empezó a dar explicaciones sobre la catedral. Su voz denotaba el gran nerviosismo que le dominaba, pero Ignacio se mantenía sereno y tranquilo, con la convicción de que no pasaba absolutamente nada fuera de lo normal.

El soldado alemán pasó cerca de ellos, miró a la mujer, e Ignacio se dio cuenta de que se volvió en más de una ocasión a mirar de nuevo a Mercedes, que parecía envarada, antes de dirigirse hacia la cafetería

que, efectivamente, indicaba a grandes trazos el nombre de Luigi.

En el hotel, estaba Inés; se reunieron con ella y Mercedes le explicó que creía haber encontrado la cafetería del hombre que Otto Von Bauer les había indicado, y que parecía que allí se reunían alemanes.

-Vimos a un hombre vestido de soldado, pasó cerca de nosotros. Es buena señal, Inés, quizás sea la cuadrilla que Strassburger tiene para proteger el edificio donde guarda sus retratos.

A pesar de que Mercedes no mostraba deseos algunos de volver a salir, se dejó convencer por Ignacio y por la propia Inés que propuso ir a cenar a un buen restaurante que le habían aconsejado en la misma recepción del hotel, cerca del Rialto.

El restaurante resultaba acogedor, sólo chirriaba, según opinión de Ignacio, el gran retrato de Benito Mussolini presidiendo el gran comedor.

-Lo siento, siento haberme puesto tan nerviosa. Valiente ayuda voy a ser, veo a un soldado alemán y me empiezan a temblar las piernas –comentó Mercedes más animada.

-Es lógico, Mercedes, no pasa nada –dijo Ignacio.

-No, no es lógico, porque me pongo nerviosa por una tontería. Ya me dirás cómo me pondré cuando realmente hagamos un plan y tengamos que seguirlo.

Ignacio empezó a tamborilear con sus dedos sobre el vaso de vino que le habían servido. La palabra "plan" le ponía a él más nervioso de lo que estaba Mercedes. Era algo en lo que había pensando con detenimiento antes de emprender el viaje en cuestión. ¿Qué planes iban a seguir? ¿Existía alguno? De momento los tres se habían embarcado en una especie de aventura de la que no sabían nada y de la que no se había trazado, que él supiera, ningún plan, si es que realmente podía haber alguno, ya que de lo único que se había hablado, quizás con demasiado infantilismo, o llámese puerilidad, era de la necesidad de destruir el cuadro de Stressburger.

-Primero tenemos que ponernos en contacto con Luigi; confío que con la carta que Otto me escribió para él nos informe si conoce la existencia de una pinacoteca particular, propiedad de algún alemán. Luego, trazaremos el plan entre los tres; si podemos trazarlo, y si estáis de acuerdo, lo seguiremos. Si no, nos volveremos como hemos venido. No pienso poneros en peligro por nada del mundo.

-Inés–habló Mercedes, haciendo un esfuerzo, no vamos a dejarte sola en esto, pero la verdad tengo mis dudas. Hasta llegar aquí lo veía fácil, pero sinceramente ahora me parece toda una locura. Imagínate que ese hombre nos informa que realmente existe una colección de un alemán ¿Qué podríamos hacer? Ninguno de nosotros es capaz de forzar una cerradura ni de robar nada, y mucho menos de enfrentarnos a unos soldados alemanes. Perdona que te lo diga ahora, pero la verdad es que aquí todo me parece distinto. Lo siento.

-No lo sientas, yo también pienso así. De cualquier forma era necesario venir para obtener información y aunque sea lo único que consigamos, me siento mejor en vuestra compañía. No sé si sola me hubiera atrevido a venir ni tan siquiera a hablar con ese Luigi. Venecia me hace sentir demasiado vulnerable, lo reconozco. Estáte tranquila, Mercedes, lo más seguro es que sólo obtengamos la información, si es que ese hombre decide confiar en mí, y que optemos por el regreso.

Ignacio observó a Inés durante el resto de la cena. No parecía que esta mujer estuviera inquieta o disgustada por la advertencia, llena de sentido, de Mercedes. Había que reconocer que tanto él como su compañera se habían dejado llevar demasiado alegremente por la algarabía de una aventura extraordinaria, sin sopesar realmente que ellos tres solos serían incapaces de llevarla a la práctica. Inés también parecía que se hubiera dejado arrastrar por una ingenua exaltación que le había hecho soñar con conseguir eliminar del mundo un peligro, cuyas consecuencias estaban todavía por ver.

A su mente vino repentinamente la imagen de Paul, y la de su padre abandonando su sillón para defender el honor de una persona que había pertenecido a distinto bando que el suyo.

Regresaron al hotel de nuevo en góndola. Esta vez la explicación de los diferentes palacios que contemplaron a lo largo del gran canal llegó de labios de Inés, que no parecía en absoluto ofendida por los comentarios y dudas de sus amigos, que sólo mostraba el agradecimiento por la compañía de los que habían vuelto con ella al lugar que unía en su esencia eternidad y muerte.

A la mañana siguiente el sol lucía en el cielo de Venecia, confiriendo a la ciudad un aspecto totalmente distinto al del día anterior, como si quisiera dar a entender a sus visitantes que ese sol que hacía brillar balaustradas y cúpulas, y esa pasada opacidad cubierta de niebla era la muestra del abrazo que la sostenía: vida y muerte fusionadas, abrazadas entre sí.

Acompañaron a Inés hasta la Plaza, donde las palomas sumaban sus ruidos peculiares en un chirriante compás que llegaba a aturdir. Inés les dijo que era mejor que fuera ella sola, que ellos podían pasear mientras tanto.

-De acuerdo, es mejor que vayas tú primero. Si todo sale bien y te informa, ya nos presentarás–dijo Mercedes.

- ¿Dónde queréis que quedemos?

-Dentro de una hora en el Puente de los Suspiros–volvió a decir Mercedes. Aprovecharemos para visitar el palacio ducal.

Entró en la cafetería prácticamente desierta. Se dirigió al mostrador sin fijarse en las escasas personas que tomaban su desayuno, y le preguntó al camarero situado tras la barra, en un perfecto italiano, por el señor Luigi.

El camarero la miró con fijeza antes de contestar. Inés sostuvo la mirada de ese hombre que parecía desconfiar. Superó el examen, porque el que parecía un empleado, con una amplia sonrisa que dejaba a la vista las fundas de oro de sus muelas, dijo que se sentara un momento que iba a llamar a don Luigi.

Mientras esperaba, Inés se repetía mentalmente “soy la hija de Pablo Segura, soy la hija de Pablo Segura”, “mi padre ha muerto, mi padre ha muerto”

Una rechoncha figura, con cabeza de patricio romano, se acercó a la joven dama que preguntaba por él. Se presentó e Inés le entregó la carta de Otto Von Bauer.

El hombre leyó la corta misiva, sin dejar de mirar a Inés. Le habló en italiano y ella le respondió en el mismo idioma.

-Otto, dice que vendrá la mujer de Pablo.

-Soy la hija de Pablo Segura y de Inés Castro. Mi madre no ha podido venir. Desde la muerte de mi padre ha empeorado su salud.

-Lamento mucho la muerte de su padre, -dijo Luigi-. Siempre recordaré su estancia en Venecia con Otto. Llegué a simpatizar mucho con él. ¿De qué murió?

-Murió asesinado –contestó Inés con lágrimas en los ojos.

Luigi miró a Inés compasivo, escrutando el rostro de la mujer. Al igual que su empleado pareció quedar satisfecho con el examen, porque con gentileza dijo: -pasemos al interior.

- ¿Cómo se llama, señorita? – preguntó ya dentro de una estancia recubierta de una añeja elegancia.

-Como mi madre, Inés.

-Otto me dice que conteste a sus preguntas, pero no sé si podré dar respuesta a lo que quiere saber; si puedo, no dude que le informaré, pero antes explíqueme quién asesino a don Pablo.

-Un alemán. No sé si sabe que mi padre fue retirado de su cátedra antes de su jubilación, –comentó Inés-, observando que Luigi negaba con la cabeza tener conocimiento del hecho. Desde ese día se dedicó obsesivamente a investigar por su cuenta. Él decía que muchos de los tesoros pictóricos de nuestro país se encontraban todavía perdidos en Iglesias, conventos y casas particulares. Encontró un retrato, pensó que podía ser de Velázquez, y así lo hizo saber a las autoridades académicas correspondientes. Desmintieron su hallazgo y lo asesinaron por él.

-No entiendo–dijo Luigi, conmovido por la pena que esta joven española demostraba.

-No sé si sabrá que las autoridades civiles de mi país no tienen reparo alguno en desprenderse de cualquier obra de arte que Hitler les solicite. ¿Entiende?

-Sí –respondió, aquí ocurre igual.

-Mi padre fue asesinado porque estaba dispuesto a gritar que el cuadro que él atribuía a Velázquez iba a ser expoliado. Intentó esconderlo, pero no le fue posible.

-Es terrible lo que me cuenta. Pablo Segura fue la persona más cabal que he conocido, pero no entiendo lo que quiere de mí.

-Las últimas palabras de mi padre, aferrado a la mano de mi madre que presenció el asesinato, fueron que recuperáramos el cuadro, que no consintiéramos que saliera de España. Mi madre es medio portuguesa y consiguió información. Un diplomático inglés, que le fue presentando en Lisboa, le habló de los rumores que oyó en cierta ocasión acerca de que en Venecia existe una gran pinacoteca, propiedad de alguien muy importante en el entorno de Hitler. Ella

enseguida deseó venir hasta aquí para comprobarlo, sin importarle que esta información pudiera ser o no cierta. Yo le decía que era una tontería, que el cuadro por el que mataron a mi padre bien podía encontrarse en Alemania, pero mamá insistía en venir aquí para recabar más información. Estaba obsesionada y escribió al profesor Otto Von Bauer, porque sabía que él había vivido en esta ciudad varios años. Pensaba que podría ponerle en contacto con alguien como usted que nos pudiera informar. Esta absurda obsesión suya ha ido en aumento, a pesar de que yo le insistí mucho para que olvidara el asunto sin lograr convencerla. Cuando ya tenía preparado su viaje, un viaje en el que yo le iba a acompañar, enfermó. Mamá es mayor, no tanto como papá, se llevaban bastantes años, pero las últimas emociones vividas, el ostracismo al que fue sometido mi padre por declararse partidario de la República, han minado su salud de forma alarmante. Su estado obsesivo ha llegado a tal extremo que temo por su cordura, por eso estoy aquí.

- ¿Qué espera conseguir si obtiene esa información? – preguntó Luigi

-No lo sé. Me imagino que nada, pero al menos podré regresar y decirle que efectivamente el cuadro que papá descubrió está aquí. Quizás con esta noticia ella descanse un poco. Intentaré hacerle entender que la pintura no está perdida, y que cuando esta maldita guerra termine igual podremos reclamarlo. ¿Sabe si aquí existe alguna colección privada que pertenezca a algún alemán?

-Sí, existe, pero usted no podrá ni acercarse al lugar. ¿Es la primera vez que viene a Venecia? – preguntó Luigi.

-La visité hace tiempo, cuando mis padres me mandaron a estudiar a Inglaterra. Estuve un verano en Italia y visité en varias ocasiones Venecia.

- ¿Conoce un palacio llamado Ca' D'oro? –preguntó Luigi. Allí viven unos pocos soldados alemanes, y según he oído con la única misión de vigilar unos cuadros que son retratos de personas. Esos soldados suelen venir por aquí para mi desgracia. Uno de ellos, el que parece el jefe, llamado Rudolph, oficial de las SS, se emborracha a menudo, coge unas cogorzas tremendas. Cuando ocurre le da por gritar a pleno pulmón, y decir que él no es un soldado para vigilar unos malditos retratos que no valen nada. Yo hago que no me entero, pero por supuesto que me entero a la perfección, porque hablo el alemán, lo aprendí en mi juventud cuando en el hotel que trabajaba en el Lido se recibía la visita de muchos turistas alemanes

El corazón latía en el pecho de Inés; habían acertado, Strassburger, por los motivos que fuera, guardaba aquí los retratos. ¿Por qué en esta ciudad? ¿Le habría unido algo a ella en el pasado? ¿O quizás pensaba que la eternidad que esas pinturas otorgaban sólo podía guardarse en la ciudad que mejor representaba el concepto?

-Es todo lo que sé. Si por un momento ha pasado por su cabeza intentar entrar en el palacio, no lo haga. Ese edificio ha sido cedido por el propio Mussolini a estos soldados alemanes. Adentrarse en él es como adentrarse en territorio alemán. Vuelva a su casa y dígale a su madre que olvide el cuadro. ¿Puedo hacerle una pregunta que me intriga?

-Claro –dijo Inés

-Es usted muy joven para ser la hija de Segura. ¿Cuántos años tiene? Dieciocho, veinte.

- Mi padre me tuvo a edad avanzada–contestó Inés temblorosamente.

-Claro, al final me hizo caso. Lo recuerdo sentado en una mesa del exterior, contemplando fascinado todo lo que le rodeaba, siempre leyendo o anotando algo en un cuaderno. A veces, yo le distraía, le decía que mirara un poco a las mujeres que paseaban por la plaza. Él me contestaba “tranquilo Luigi, las miro, las miro”, pero yo sólo lo veía escribir, dibujar, anotar. Le decía que el estudio del arte, de las formas que tanto admiró en esta ciudad, y de cualquier pintura, por valiosa que fuera, no le compensaría nunca del calor de una mujer compartiendo su lecho. Me alegro de que me hiciera caso y se casara con su madre.

Cuando salió de allí, se dirigió al Palacio Ducal, ese palacio, cuyas salas había recorrido con Piero. Desde allí caminó hacia el Puente de los Suspiros, en espera de que Ignacio y Mercedes llegaran. Miró por las ventanas del mismo el agua que corría bajo él, y sumó sus suspiros a los de los reos que durante siglos contemplaron esa laguna por última vez.

XXVIII

VENECIA -PARECE CONFIRMARSE QUE EL CUADRO DE STRASSBURGER PERMANECE EN ESTA CIUDAD.

Suspiraban al pasar, iban a la muerte. De ahí su nombre. Este puente une el palacio ducal con el de las prisiones–explicaba Mercedes, mientras conducía a Ignacio a la construcción colgante de estilo barroco.

Habían visitado el palacio ducal, y aunque lo hubieran hecho demasiado rápido, habían podido echar una ojeada a las numerosas salas del mismo. Se habían detenido sobre todo en la Sala del Consejo de los diez, una sala –según Mercedes-, maravillosa y terrible a la vez, porque era el lugar donde los magistrados juzgaban los delitos que consideraban políticos.

-Mira, ya ha llegado Inés –señaló Ignacio.

Se acercaron a la ventana por donde Inés miraba. Ya a su altura, percibieron la abstracción de ella, y esperaron unos segundos para hablarle.

- ¿Qué ha pasado, te ha informado de algo? – preguntó Mercedes.

-Sí, me ha informado. Creo que el retrato de Strassburger está aquí.

Salieron de allí, y todos ellos respiraron con cierto alivio el aire del exterior. De alguna manera ese Puente de los Suspiros acongojaba, producía una tristeza especial. Era difícil cruzarlo y no imaginar los ojos dolientes de los prisioneros avanzando a duras penas por él.

Se alejaron de la Plaza de San Marcos, mientras Inés con voz pausada explicaba con detalle toda la conversación mantenida con Luigi.

- ¿Y dices que están en Ca’ D’oro? Saben elegir estos alemanes–comentó Mercedes, que ante la mirada de no entender que mostraba Ignacio le explicó.

- Es el palacio que mejor muestra el fantasioso estilo veneciano del siglo XV. Lo viste ayer. Cuando vine a Venecia por primera vez visité allí una magnifica colección de cuadros que junto con el palacio fue cedido al Estado por su propietario.

-El palacio se ha convertido en territorio alemán. Los soldados son de las SS, y sólo tienen como misión vigilar esos cuadros, impedir que nadie se acerque a ellos –comentó Inés.

- ¿Qué vamos a hacer? – preguntó Ignacio.

-No creo que podamos hacer nada– contestó Mercedes. al menos de momento.

-Lo siento – volvió a decir Ignacio, mirando a Inés.

-Esos nazis no dejarán ni que nos acerquemos, nadie podrá hacerlo ni entrar en el palacio mientras permanezcan en él. Ellos, en cambio, tendrán libertad para acercarse a donde quieran y a quien quieran. Italia es su segunda casa, por eso cantaban y vociferaban en el café de Luigi. Todavía me acuerdo de la mirada de ese soldado, con qué descaro se volvió –comentó Mercedes con rabia.

- ¿Te diste cuenta de las miradas que te echó? – preguntó Ignacio con ironía.

-Ese tipo de mirada no pasa nunca desapercibida para ninguna mujer, te lo aseguro.

Inés escuchó atentamente estas últimas palabras y calló. Propuso callejear por la ciudad, comentando con un tono que pretendía ser jovial que nadie que quisiera conocer perfectamente Venecia podía limitarse a contemplar el Canal Grande y San Marcos, que era necesario adentrarse por sus calles, llenas de laberintos, por el resto de los canales y de sus campos y campillos, y Mercedes la secundó en su plan, pensando que de momento no podían hacer otra cosa.

Cuando volvieron a su hotel, ya anochecido, se despidieron en la puerta de sus habitaciones. Inés dio un beso a ambos y les dijo:

-No os preocupéis, estoy contenta con lo que he conseguido, al menos sé que está aquí, y eso es bastante. Quiero permanecer en Venecia de momento, y me gustaría que os quedarais conmigo.

-Nos quedáremos todo el tiempo que tú quieras, Inés –contestó Mercedes adelantándose a la respuesta de Ignacio.

-Mercedes, yo vine pensando que estaríamos aquí una semana más o menos. No es que pretenda regresar mañana mismo, pero tampoco puedo permanecer indefinidamente, me espera el trabajo– comentó Ignacio ya en la habitación.

-Lo sé, pero nos tenemos que quedar, es lo menos que podemos hacer. Tu trabajo puede esperar, y si no espera tampoco pasa nada. Pierdes tu talento y tu tiempo en ese periódico –contestó Mercedes. ¡Qué ingenuos fuimos al creer que viniendo aquí podríamos conseguir hacernos con el retrato! Ojalá se nos ocurriera algo. Oye –dijo de improviso-, y si a través de Luigi pudiéramos contactar con algún delincuente que lograra entrar en ese palacio.

-Mercedes, desvarías. Nadie haría eso ni aunque Inés le ofreciera todo el oro del mundo.

-Claro que sí, hay gente dispuesta a todo por dinero. Podríamos enseñarle la foto de ese tipo y decirle que robara sólo ese cuadro.

-Preciosa, te olvidas de dos detalles fundamentales: estamos hablando de las SS por un lado, y por otro de que una de las características que ayudan a las dictaduras es que los delincuentes comunes desaparecen, se escabullen. El robo del cuadro de Inés nos debió trastocar y hacernos creer que éramos una especie de héroes, capaces de cosas increíbles, y te aseguro, y lo digo a mi pesar, que nosotros no estamos capacitados para robar nada, y menos el retrato de ese tipo.

- ¿Crees que Inés piensa de la misma forma? – preguntó Mercedes con gesto preocupado.

-No lo sé. Tiene una ventaja sobre nosotros, su inmortalidad, cualquiera de esos alemanes podría pegarle un tiro y serían ellos los que morirían del susto cuando comprobaran lo que ocurriría–comentó Ignacio, recordando la terrible escena en la cual esta mujer clavó el puñal en su corazón, pero ese prodigio suyo–continuó diciendo no le permitiría en ningún caso paralizar a varios hombres y llevarse el cuadro con tranquilidad. Ella no tiene posibilidad de entrar allí.

-Al menos podemos decir que un momento de nuestra vida soñamos con héroes y fuimos capaces de dejar nuestros sillones ¿verdad? –preguntó Mercedes, abrazada al cuerpo del hombre acostado junto a ella.

- Si, al menos fuimos capaces de soñar–contestó Ignacio, pensando en Paul y en su padre.

Permanecieron en silencio, sumergidos en sus propios pensamientos; los de Mercedes se dirigían en ese momento a la expresión de Inés cuando ella mencionó que, a pesar de su miedo, había notado la mirada perruna que el soldado alemán le echó.

En su cama, Inés daba vueltas a una idea. No había pensado en esa posibilidad, primeramente porque ese pensamiento hacía ya mucho tiempo que no formaba parte de ella, incluso antes de conocer a Pablo Segura había dejado de planteárselo; bien es cierto que por entonces ya disfrutaba de una seguridad económica que le permitía vivir sin la angustia de temer que el entorno, y que la falta de recursos no le habían obligado a dedicarse de nuevo a una actividad que para ella siempre había sido humillante, a pesar de haber aprendido bien la lección que Anselma Sarmiento le enseñó y saber separar la envoltura corporal de su corazón.

Ahora el pensamiento volvía a introducirse en su mente y con él la sensación de culpa que, después de la traición de Lope y hasta conocer a Pablo, dejó de sentir.

-No te engañaría, Pablo, no puede engañar quien no da su corazón y el mío te lo llevaste tú –dijo en voz alta-, pensando a la vez que probablemente se estaba engañando de nuevo, como se había engañado al creer que ella podría encontrar la forma de encontrar el cuadro de Strassburger y destruirlo.

Al levantarse, lo primero que hizo fue escribir una nota que dejó en recepción para sus amigos. Se dirigió hacia San Marcos, a la elegante cafetería de Luigi Costello. El camarero detrás del mostrador le enseñó sus muelas de oro al sonreír. Pidió un café con un dulce que el hombre dijo que era especialidad de la casa y se sentó en el alto taburete delante del mismo mostrador, alentando con su mirada la conversación que se había iniciado con las palabras rituales de rigor.

-Ayer por la noche los soldados cantaban muy alto –dijo.

-Se emborrachan, beben mucho y luego cantan, pero ayer no vinieron todos. Alguno tendría otro entretenimiento–dijo riendo el camarero.

- ¡Entretenimiento! – exclamó Inés. Están lejos de sus casas, no creo que puedan encontrarlo.

-La señora Catarina se los proporciona -dijo sonriendo el camarero.

- ¿Es amiga de Luigi? – preguntó, sonriendo angelicalmente al hombre.

-La señora Catarina no es amiga de don Luigi. Esa sólo es amiga de quien reclama a sus chicas y paga por ello.

Comprendió perfectamente y decidió averiguar donde vivía la tal Catarina.

Cuando Ignacio y Mercedes leyeron la nota que se les entregó en recepción, entendieron que Inés por los motivos que fuera deseaba permanecer a solas ese día.

“Ignacio, Mercedes, aprovechad el día sin mí. Podéis visitar todo lo que todavía no ha visto Ignacio. Os aconsejo un paseo por las islas. Ignacio no debe irse sin conocerlas. Os veré esta noche en el hotel”.

A los dos les extrañó la misiva y la desaparición de Inés, pero siguieron el consejo y se lanzaron a la calle. Mercedes quería ver todo lo cerca que le fuera permitido el famoso palacio donde Luigi le había informado a Inés que había cuadros vigilados por soldados alemanes.

La hermosura de su fachada, los adornos en forma de sutiles encajes, no podían contrarrestar el temor con que lo miró Mercedes, que se sentía sobresaltada, pensando en Inés, intuyendo que el plan que no tenían, ya había sido iniciado por esta mujer. Se sorprendió pensando en la expresión de amor de Pablo Segura contemplando el cuadro de Inés. Repentinamente sintió una pena muy grande.

Decidieron ir a las islas que Inés recomendaba. Mercedes quería mostrar a Ignacio dos cosas de la isla de Torcello que a ella le habían fascinado: el puente del Diablo, un puente solitario y enigmático y la catedral de Santa María Asunción. No podían hacer otra cosa y la espera y su presentimiento serían más llevadero si distraían su tiempo hasta la noche cuando volvieran a encontrarse con Inés.

Como suponía, a pesar de que Ignacio también parecía inquieto, aunque Mercedes no le hubiera hecho partícipe de lo que temía, a éste le entusiasmó todo lo que ella le mostró. Después de visitar Murano, donde contemplaron la basílica de Santa María y Donato, y a petición de Ignacio, que quería conocer el lugar exacto donde Thomas Mann ubicaba el encuentro entre el viejo intelectual y el joven Tadzio, la embarcación que habían alquilado los dejó en el Lido.

Paseando por la solitaria playa, ahora sin turistas sentados en sus hamacas, con las casetas de baños cerradas, los dos sintieron que el ambiente de la guerra se percibía en el aire triste que inundaba el lugar, antes sitio de recreo y placer para los visitantes que llegaban de todos los países del mundo.

Cuando llegaron al hotel, Mercedes casi sin esperar a Ignacio, que se paró para consultar algo en recepción, subió con precipitación al cuarto de Inés, estaba ansiosa y nerviosa por hablar con ella.

XXIX

VENECIA – ENTREVISTA CON LA SEÑORA CATARINA

Estaba ansiosa y nerviosa por hablar con la persona que el camarero había mencionado. Le había costado dar con la casa, situada en el campo San Bartolomeo, pero allí estaba, delante de la puerta de un piso extraño, pidiendo, como en una oración, perdón al recuerdo de Pablo Segura.

Una doncella le abrió y la miró de arriba abajo, preguntándole qué quería. Preguntó por la Señora Catarina, y fue conducida a un salón decorado en rojo, con telas adamascadas. Esperó impaciente, acordándose del momento en que acudió a casa de Constanza do Riveira.

La Señora Catarina no se parecía en nada a Constanza do Riveira. Su rostro redondo como una manzana, flaqueado por una inmensa papada, producía una sensación desagradable, que se avivaba por la expresión de unos ojos ratoniles que parecían querer penetrar en el fondo de lo que mirara.

Le dijo que era de Florencia, y que necesitaba su ayuda. Habló precipitadamente, soltando el discurso que en el camino se había preparado.

Catarina la miró, alzó su barbilla y pasó su mano por el cutis nacarado. El contacto de esta mujer desagradó a Inés, recordándole las manos melifluas del abate de Santa Úrsula cuando la acariciaban.

-Tu acento me resulta raro –dijo. ¿Naciste en verdad en Florencia?

-Sí, pero mi padre fue español, nací en Florencia porque mi madre es de allí, pero viví en España antes de la guerra civil.

- ¿Por qué abandonaste España? – preguntó Catarina.

Sus ojos se posaron en la figura imponente del hombre del retrato que presidía el salón.

-Estábamos en zona roja. Mi padre había muerto y mi madre y yo decidimos regresar a Florencia.

-Ahora podrías regresar a España si es tu gusto –comentó Catarina.

-No tengo dinero. Me considero más italiana que española. Italia prospera y prosperará más aún.

Catarina dirigió su mirada hacia el retrato y miró con fervor al hombre del mismo.

-Él nos traerá la grandeza que nos corresponde. Con él se acabaron las huelgas y las andaduras de tantos agitadores que sólo consiguieron poner al país al borde del abismo. Cuando ganemos la guerra, Hitler nos dará lo que nos corresponde. ¿Quién te dio mi dirección?

-Una chica que conocí en Florencia. Creo que se llamaba….

-Fiora, debió de ser Fiora; me abandonó cuando se casó, pero no me importó porque su casamiento fue digno. Su marido es un camisa negra, y se parece tanto físicamente a Benito –exclamó mirando de nuevo con arrobo a la figura del retrato, que sólo puedo alegrarme por ella.

Lo que esta mujer se reservaba para sí, que era prácticamente la totalidad del cobro del servicio, en nada se podía comparar al justo porcentaje de lo que percibió Constaza, pero le era indiferente, porque ese dinero le iba a quemar más aún las manos, y de forma más brutal a cómo le había quemado el que hacía tanto habían depositado en sus manos, cuando su subsistencia dependía de él.

-Por supuesto alojamiento y comida gratis. Vendrás aquí a vivir. Me gusta tener a mis chicas cerca. Los encuentros suelen ser aquí o donde el señor pida. ¿Dónde te alojas?

-En una pensión por San Trovoso –contestó Inés.

-Diré a Lucrecia que te acompañe, quiero que te instales aquí de inmediato.

-No es necesario, mi equipaje es pequeño. Gracias, señora, muchas gracias –dijo Inés

Cuando salió de allí, conmocionada, se dedicó a pasear sin rumbo fijo. Era demasiado pronto para que Ignacio e Inés hubieran regresado. No sabía qué les diría, se sentía avergonzada, pero estaba decidida, ni tan

siquiera el recuerdo de Pablo se lo impediría. Si él fue en una ocasión el motivo que justificó su infernal poder, ahora, la razón de aniquilar a este maldito hombre, era la justificación de su vida actual.

Tuvo que inventarse el barrio en donde se hospedaba, para no producir sospechas. El lujoso hotel no hubiera podido justificar el papel de chica pobre y desamparada. Catarina no preguntó casi nada, pareció estar conforme con lo poco que ella contó. ¿Necesitaría más chicas a quienes explotar?

Cuando se hubo ido Paola, como dijo la muchacha que se llamaba, se sirvió un buen vaso de vino para brindar por su suerte. ¡Qué mujer! En su vida había tenido entre su rebaño a una chica con ese porte, con esa finura. Ese cutis nacarado, esa juventud inocente de la chica haría que se la disputaran, y conseguiría que el dinero corriera con más abundancia de la que corría últimamente por sus bolsillos. Paola parecía una Madonna, con un aire inocente y misterioso a la vez que dejaría boquiabierto al que estuviera dispuesto a pagar lo que esta chica valdría, de eso se encargaría ella, y ya sabía quién lo haría.

Debía tener un protector que había costeado el traje que llevaba. Se dio cuenta de que, a pesar de su corte sencillo, la calidad de esa tela nunca hubiera podido ser pagada por ninguna de sus chicas antes de trabajar para ella, pero no le importaba, era mejor así. Una cara inocente unida a una experiencia que no le hiciera gemir como a la estúpida de Marietta, que tanto lloró y disgustó al que ella quería tener contento a toda costa, le convenía. Si a la profesión, a la que se dedicaba con tanto celo no le hubieran salido últimamente tantas competidoras, a esta chica no sólo le hubiera valido su belleza, que por sí ya era suficiente, sino que también hubiera necesitado de más garantías que ahora no pensaba pedir. Quien sabe, quizás hasta fuera una de las chicas de la señora Tommasa, la que últimamente le robaba a alguna de sus ovejas con promesas que nunca cumplía.

Al pensarlo, la enorme papada de Caterina tembló aún más. Siguió bebiendo mientras fantaseaba con la idea de que esta vez hubiera sido ella la que robaba el más preciado tesoro de Tommasa, porque esa mujer era una tirana difícil de aguantar, siempre viajando por los alrededores, rescatando a pobres niñas indefensas a las que luego maltrataba, pero pregonando de continúo la labor de misericordia que hacía al sacarlas de tanta miseria.

Quizás no había hecho bien en permitir que Lucrecia no le acompañara; hubiera podido enterarse de más detalles de la chica, y también estaría más tranquila pensando en su regreso.

Mientras Catarina fantaseaba sobre lo que le supondría la gran adquisición de tener en su ejercito de chicas alguien de la indiscutible categoría de Inés, ella bajaba por la escalera de caracol del Palacio Contarini Dal Bóvolo. Había subido hasta el piso más alto donde una vez estuvo con Piero. Desde allí él le había dicho, a pesar de tener ya tomada su decisión final: "Inés, mira, hay tanta hermosura en el mundo que siempre encontrarás algo que justifique tu existencia" ¿Estaba intentando justificar su vida realizando un acto heroico por un mundo que se apoyaba en sus hombros aplastándola, agotándola? O sólo era la disculpa para no llevar a cabo lo que tantas veces había afirmado. El valor que siempre había creído que tendría para destruir su cuadro con sus propias manos

Cuando bajó, cansada de tanto andar, de cruzar tantos puentes, se dirigió al hotel; tenía que hablar con Ignacio y con Mercedes, aunque sintiera angustia al explicarles cuál era su intención.

Llegó al hotel cuando sus amigos ya estaban allí. Se disculpó por su tardanza y propuso que fueran a cenar. Tenía que contarles algo.

- ¿Cómo que te vas a ir a casa de una alcahueta que te obligará a aguantar al tipo que quiera pagar por ti? No lo puedes hacer, Inés, por favor no lo hagas –había rogado Mercedes.

-Tengo que hacerlo, es la única posibilidad para acercarme a ese cuadro –contestó Inés. Los alemanes suelen ir a esa casa de citas.

-No creo que aunque acudan a esa casa, tengas garantías de que se te permita ir con alguno al palacio. Me imagino que no llevarán allí a sus amantes. –dijo Ignacio.

-Es un riesgo que tengo que asumir. Intentaré que uno de ellos se fije en mí, me haré indispensable, y tendré ocasión de pedirle que me lleve allí.

-Para eso no necesitas que ningún cerdo te ponga las manos encima –chilló Mercedes indignada- Nadie te puede matar. ¿No eres inmortal? Entra en el palacio, descuelgas el cuadro y te largas. ¿Qué te pueden hacer a ti las balas?

Ignacio sujetó la mano de Mercedes y le indicó con un ligero apretón que se callara. Reconocía estas palabras que su pareja pronunciaba, porque ya las había pronunciado él, pero a Inés se le veía tan derrotada, tan frágil que temía que esa rabia de Mercedes, que comprendía perfectamente, dañará aún más a la mujer que había asumido el papel de liberar al mundo de ese ser tan peligroso.

-Es cierto, si pudiera entrar y me dispararan no me matarían. ¿Pero cómo entro? ¿Cómo me acercó al cuadro si me sujetan? Mi don–dijo con ironía no me concede esos poderes.

Regresaron pronto y en silencio, Inés quería coger alguna cosa para llevarse a la casa, el resto pensaba dejarlo en la habitación. Pidió a Mercedes que fuera con ella y le ayudara, e Ignacio comprendió que querían hablar a solas.

-No lo hagas, Inés, no lo hagas. ¡Por favor! – exclamó Mercedes con lágrimas en los ojos.

-Estoy decidida. No te preocupes. Quiero pediros que os quedéis en el hotel. Sé que a Ignacio le espera su trabajo, pero os necesito, necesito saber que tengo a alguien cerca de mí que me espera. No tardaré mucho, te juro que si no lo logro en poco tiempo, lo dejaré, me olvidaré de ese hombre.

-No soporto que tengas que venderte por conseguirlo. No lo soporto–repitió Mercedes.

-Mercedes, escucha, escúchame. Vendí mi cuerpo a muy corta edad, era la forma que teníamos de subsistir mi abuela y yo; ella me inició en este oficio y luego seguí vendiéndolo, no sabía hacer otras cosas y deseaba alejarme de la pobreza. No es algo nuevo para mí.

-Pero es distinto. En esa época ninguna mujer podía vivir sola como tú estabas, sin dinero y protección, pero ahora es distinto. Ni aunque pudieras destruir el cuadro valdría la pena semejante humillación.

-Sí, sí lo valdría. Mi posición actual nació de esa actividad. Mi hermana Elena y yo fuimos prostitutas, y es en lo que me voy a convertir otra vez y no me importa. No te preocupes, Mercedes, aprendí desde el principio a separar mi envoltura de mi corazón. Nadie me humillará, te lo aseguro.

-Soy una persona libre en cuanto al sexo se refiere. Siempre pensé que la represión que nos imponían a las mujeres, ya fuera por parte de la Iglesia o de la sociedad, era una represión hipócrita con el único objeto de volvernos más sumisas, ciudadanas de segundo orden, que es lo que gusta al mundo de hombres en que vivimos, pero no puedo comprender que tú ahora, en este instante de tu vida, cuando no es el desamparo ni el hambre lo que te obliga, tengas que aguantar semejante vejación por una idea que no logrará salvar al mundo. De acuerdo, destruyes a Strassburger y qué, volverá a surgir otro, y después de él otro. No merece la pena, Inés, no lo merece.

-Para mí sí, Mercedes, para mí sí, mucho más que vender mi envoltura. ¿Nadie te dijo jamás que un cuerpo sin alma es un cuerpo que deja de pertenecerte? Yo aprendí de la vieja avara a separar mi envoltura de mi corazón, y cuando alguien hace eso no siente nada, nada puede realmente afectarle, sólo cuando vuelve a unir su alma a él puede sufrir, no antes.

-No me lo creo, Inés, y si no por qué sufrías cuando iba el abate a verte, por qué te dolía pensar quién iría al día siguiente. No, no me lo creo, pero aunque fuera así ¿dime qué sientes cuando tu corazón vuelve adentrarse en tu carne?

-Sólo sé que deseo y necesito volver a justificar mi inmortalidad ¿Lo entiendes? –preguntó Inés sentándose en la cama, en una actitud de completa derrota.

-Pero tú no necesitas justificar tu inmortalidad, simplemente aceptarla o destruirla, nada más

-Todos necesitamos saber que el tiempo en que vivimos nos pertenece, que somos necesarios para algo o para alguien, pero y yo ¿cuál es mi tiempo? ¿para qué o para quién soy necesaria? No te das cuenta de que tengo miedo, un miedo terrible, Mercedes.

- ¡Oh, Inés, lo siento, lo siento mucho! – exclamó Mercedes abrazándola.

-Me pregunto si realmente hago esto para justificar mi inmortalidad con el único propósito de no destruirla ahora que puedo, me pregunto si a pesar de ver desaparecer a los que quiero, a pesar del hastío del tiempo pesándome como una carga insoportable, en el fondo soy capaz de todo por aferrarme a una vida que no es la mía, que ya no me pertenece. ¿comprendes?

Mercedes, con un nudo amargo en la garganta, asintió. Claro que entendía, como no entender esta incongruencia del alma humana. La gente decía en un momento de desesperación “quiero morir” pero luego algo más fuerte que ellos mismos les hacía aferrarse a esa misma vida, a una vida que en muchos casos no podía merecer tal calificativo. Se podía perder todo: padres, hermanos, compañero, hijos, y se seguía viviendo a pesar de todo. Así actuaba la inmensa mayoría, sólo unos pocos, héroes o cobardes, nadie podría definirlos, eran capaces de inmolarse y dejar por propia voluntad esta vida. Podía entender que Inés, aunque encontrara terrible vivir sin que el tiempo corriese, temiera más aún a la muerte, porque la vida se conoce al

vivirla, pero ¿quién conoce a la muerte? Ni tan siquiera los muertos podrían conocerla porque dormían abrazados a ella sin mirarle la cara. Inés había intentado quitarse la vida cuando sabía que no se la podía quitar voluntariamente, y ahora que podía hacerlo a su libre voluntad, necesitaba de algo que justificara su negativa a hacerlo, porque Inés era sólo una mujer, no era ni héroe ni cobarde, los únicos capaces de dar el salto al vacío.

-Te esperáremos aquí, no nos moveremos hasta que tú regreses, pero hazlo pronto, por favor. ¡Te quiero! –dijo Mercedes abrazándola.

Cuando regresó a su cuarto, después de permitir que Inés se fuera con su pequeño maletín a casa de esa mujer, sin poder convencerla para acompañarla hasta allí, Ignacio la esperaba impaciente.

- ¿La has convencido?

-No, está firmemente decidida a hacerlo, se ha ido ya, pero me dado las señas y el número de la casa de la tal Catarina.

- ¿Cómo os habéis despedido? –preguntó Ignacio.

XXX

VENECIA -INÉS SE TRASLADA A VIVIR A CASA DE CATARINA

Su nueva amiga le había dicho que la quería y al hacerlo había inundado su corazón con la sensación de que alguien se preocupaba por ella. Fue feliz al oírlo, porque ese “te quiero” fue pronunciado en el mismo tono familiar que el que empleaba Elena para decírselo, cuando ella le recordara que era la mejor Oriana que un Amadís podría encontrarse.

La propia Catarina le abrió esta vez el piso y la recibió ansiosa. La tardanza había puesto nerviosa a esta oronda mujer, que ya había dudado que volviera. Eran seis mujeres las que trabajaban para ella, y con la nueva serían siete. ¡Ojalá esta nueva adquisición lograra que sus salones estuvieran atiborrados como antaño! Todavía recordaba cuando decenas de hombres contemplaban a las veinte muchachas que llegó a cobijar en esta casa, desfilando con la lencería fina que compraba en Milán, pagando luego con sobrada generosidad.

Los alemanes eran buenos clientes, lástima que después de probar a todas sus chicas, ya no sólo visitaran su casa como al principio, sino que también empezarán a ir a la de su odiada Tommasa, que presumía mucho de la real hembra napolitana que engrosaba sus filas.

De momento no había cliente para Paola, pero no importaba, el que le tenía destinado a esta mujer no había venido aún y prefería reservarla.

Le asignó un cuarto que compartiría con otra compañera, y la dejó allí ocupada en desalojar su pequeña maleta, no sin antes preguntar si quería que Lucrecia le preparara algo para cenar, algo que Inés declinó, comentando que no tenía hambre

Se tumbó en la cama que se le había designado, comprobando el estado de las sábanas. En los días siguientes pudo darse cuenta de que Catarina era escrupulosa en cuanto a la limpieza de las camas, y que esas sábanas eran cambiadas por Lucrecia en cuanto una de las parejas

abandonaba la habitación para ser ocupada por otra.

Su compañera de habitación era una muchacha espigada, morena, y bastante guapa. Simpatizó de inmediato con Simonetta y no pudo evitar sonreír ante el comentario que vertió del hombre al que acababa de despedir: "Cómo me gustaría cortarle el rabo de cuajo a ese maldito hombre", diciéndole a continuación que si necesitaba algo de ella no tuviese problemas, al tiempo que exclamaba, ¡qué cutis tienes, parece de nácar!

Congeniaron bien y esa empatía se agrandó en los días sucesivos. Simonetta no tenía reparo alguno en dar a Inés la información que ella pedía, e Inés tampoco lo ponía al prestarle algo personal que gustara a Simonetta, la cual se sintió en una ocasión más que agradecida cuando su querida Paola, como así era llamada, le solucionó un pequeño problema que le atormentaba en demasía.

Simonetta, a pesar de no poder negársele bastante atractivo, tenía un problema físico: la gran cantidad de vello negro que oscurecía su labio superior, barbilla y ambos lados de la cara, algo que Catarina le obligaba a solucionar de continuo con un método que le hacía llorar.

Inés había aprendido muchos remedios de la vieja que curó a su querida hermana Elena, y que servían para diferentes cosas; entre esos remedios tenía uno que solucionaba el inconveniente que restaba atractivo a su simpática compañera.

Al decirle a Inés que se tenía que someter de nuevo al suplicio, señalándole el vello que ya sombreaba en su rostro, ésta le indicó que podía utilizar un preparado que ella tenía y que le iría muy bien. Sacó de su neceser particular unos polvos, con los cuales realizó un emplaste que untó cuidadosamente por el rostro de Simonetta, el cual retiró a los pocos minutos, dejando a la mujer encantada de la vida al comprobar cómo esos pelos parecían haber desaparecido de raíz.

Este detalle, sumado a otros tantos, consiguió que definitivamente Simonetta fuera para ella una verdadera aliada durante el tiempo que permaneció en la casa la cual le recordaba la prisión que una vez sufrió en Toledo.

Durante algunos días Inés permaneció en esa cárcel sin que fuera requerida para ningún trabajo en especial, aliviada por un lado y extrañada de no haber visto a ningún alemán entrando por la casa, máxime cuando había escuchado al camarero de Luigi decir que los soldados alemanes solían utilizar a menudo los servicios de Catarina.

Comentó el tema con tiento, ya que tampoco quería que Simonetta adivinara sus intenciones de querer trabajar exclusivamente para un alemán, y expresó ante ella su extrañeza por no ser requerida ni para el desfile ni para realizar algún servicio.

-Tranquila, Paola, aprovecha y descansa. Ojalá yo pudiera hacerlo como tú. Casa y comida gratis sin tener que ganármelo. Perdona, no he pensado que a ti Catarina no te ha pagado todavía ni una lira. ¿Estás necesitada de dinero? – preguntó Simonetta, pensando que igual Paola tenía también una madre y hermanos que necesitaban de ese dinero.

-No, de momento no necesito nada–comentó Inés, enternecida al darse cuenta de que Simonetta había metido la mano en el sujetador, lugar que le servía de monedero para camuflar algún dinerillo extra que conseguía del cliente de turno sin que Catarina se enterara.

Después de que Inés en tono agradecido le comentara que ella por desgracia no tenía a nadie que necesitara de su dinero, y ver como Simonetta escondía el suyo en lugar seguro, escuchó con mucho interés lo que su compañera le comentó.

Simonetta le dijo que Catarina la tenía destinada a un personaje muy peculiar, y que el tal personaje parece ser estaba un tanto remiso a acudir a la casa por la actuación de una chica que Inés ya había tenido la oportunidad de conocer: Marietta, la frágil muchachita, de ojos permanentemente asustados e implorantes, alguien–según pensó Inés a quien seguramente nadie le habría explicado que para realizar su trabajo y no hundirse permanentemente en la desesperación era necesario separar su cuerpo de su alma.

- ¡Cuánto siento que te tenga destinada a un maldito alemán poderoso! – había exclamado Simonetta apenada -, pero tú no sufras porque en la cama no lo notarás

Antes de tener que soportar, como dijo Simonetta, a un alemán poderoso, tuvo un enfrentamiento con Catarina, que quizás precipitó que ella tuviera al fin que aguantar al alemán de turno, y de nuevo volviera a sentir la esperanza de que podría lograr su objetivo, aunque para conseguirlo fuera necesario cerrar su recuerdo y corazón para Pablo Segura.

Cuando se disponía a salir de la casa, Catarina le dijo que no podía alejarse, que si quería salir a pasear lo hiciera por la pequeña piazzetta cercana al piso, y que si necesitaba algo en particular, Lucrecia saldría

a por ello. Inés le contestó que lo único que quería era caminar un poco para desentumecerse, algo que con el corto paseo que le proponía no lograría. Su intención era acercarse al hotel, donde Ignacio y Mercedes estarían impacientes esperando noticias de ella.

Pudo ver un momento a sus amigos y los tranquilizó diciendo que de momento no había pasado nada, que parecía ser que Catarina esperaba que los alemanes volvieran a acudir a la casa, ya que según le había notificado su compañera de cuarto, desde que ella había llegado se dedicaba a propagar por Venecia la noticia de que entre sus rebaños había una nueva oveja que merecía la pena. Al escuchar hablar así a Inés, Mercedes tuvo que contenerse para no gritar de rabia y decirle que olvidara el asunto, que era mejor que todos regresaran de una vez, pero la tristeza que notó en su mirada mientras repitió ese comentario de la alcahueta, le hizo pensar que quizás recordaba la actuación de Anselma Sarmiento, cuando intentaba que todo Toledo supiera de la existencia de su nieta y a lo que se dedicaba, y se contuvo.

De nuevo Inés no quiso que sus amigos le acompañaran, prefería ir sola hacía la casa de Catarina. Tomó una góndola y pidió al gondolero que se acercara a Ca´ D´Oro. En ese tramo del Gran Canal le ordenó que dejara de remar. Contempló la fachada del palacio, esa fachada que tanto admiró junto a Piero. En esos instantes, un hombre corpulento salía del palacio y subía a otra embarcación atracada en la misma escalinata del mismo. Notó claramente que se fijaba en ella, que la miraba con detención y sin recato, e Inés ordenó entonces al gondolero que siguiera remando, sintiendo la mirada de ese soldado clavada en su espalda.

Cuando abandonó la góndola, observó que el alemán también abandonaba su embarcación. Sintió las pisadas que le seguían mientras atravesaba puentes y piazzettas. El hombre, vestido con un uniforme que imponía, iba tras sus pasos, y ella le condujo al hogar de Catarina. Subió las escaleras deprisa, dejando al que la había seguido quieto en el portal.

Una llamada en su cuarto hizo que su corazón latiera. Era lo que esperaba, pero resultaba más doloroso de lo que creyó. Se levantó con la decisión reflejada en su rostro, alejando de ella la voz de Pablo Segura que parecía implorar. Catarina le dio una bolsa, pidiéndole que se pusiera la ropa que había en ella, y que acudiera a la salita en donde las chicas pronto empezarían a desfilar.

Inés empezó a vestirse con una ropa interior un tanto provocativa, que

dejaba al descubierto más de lo que cubría. Estaba sujetando las finas medias de seda al liguero de encaje cuando entró Simonetta un tanto excitada.

-Vamos a desfilar, Paola. La persona que la señora Catarina esperaba ha venido. Lo siento, cariño, pero tu descanso no podía durar.

Era humillante el desfile, una vuelta alrededor de una sala que no conocía, parándose en cada silla ocupada por un hombre que miraba fascinado el espectáculo. Inés calculó que habría diez y se apenó al pensar en la compañera que tendría que hacer doble trabajo. Ella sólo tendría que cumplir un servicio, aunque no supiera lo que ese servicio le supondría, y con una sola persona, la que nada más verla sujetó con fuerza su muñeca y la obligó a sentarse en sus rodillas.

Catarina, sentada en un extremo del salón, vestida con su traje negro de seda, miraba todo complacida. ¡Lo sabía! Rudolph Waldstein, el corpulento oficial de la SS, que parecía detentar el mando de los pocos alemanes que pululaban por la ciudad, cuya misión nadie parecía conocer, se había fijado en la chica de cutis nacarado. Por fin volvía de nuevo a su casa, y con él regresarían los demás soldados que pagaban con una generosidad mayor de la que cualquiera de los que miraban a sus muchachas con esas bocas entreabiertas, por cuyas comisuras salían gotas de saliva.

La habitación que le fue asignada para utilizar con el acompañante, que le hablaba en un perfecto italiano, debía de ser la de la propia Catarina, por el lujo que allí se respiraba. Le dio su nombre al hombre que la miraba fascinado, y cerró los ojos de su alma cuando él procedió a sobarla y desvestirla.

Mucho más tarde, terminado el trabajo, a solas en su cama, lloró desconsoladamente. Tenía razón Mercedes, su envoltura a fuer de no separarla en los últimos tiempos de su alma, se resentía a esa separación, y ella no pudo permanecer indiferente a la atroz vejación que sintió, esta vez con más intensidad que las que sus recuerdos tantas veces habían llevado a su memoria. Ese hombre era tan insaciable como lo fue el capitán que le prometió sacarla de la prisión, y con tanto vicio en su sangre como el abate de Santa Úrsula.

Simonetta, acostada en la cama gemela, dormida cuando ella llegó, se despertó al oír los lloros que Inés intentaba reprimir. Se levantó, se acercó a su cama y acarició su pelo, diciendo:

-Tranquila, Paola, te acostumbrarás. Es la primera vez ¿verdad? Me di

cuenta nada más verte que tú no eres una puta como nosotras, pero llegarás a soportarlo, y tendrás suerte porque ese hombre pagará más por ti de lo que pagan los demás. Te irás pronto y olvidarás todo esto. Lo presiento, pero tienes que hablar con Catarina y pedirle más dinero, ella ha ganado esta noche más por ti que por todas nosotras juntas.

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó Inés, agradeciendo el contacto que le proporcionaba esta mujer, sintiendo nuevamente que el espíritu de Elena volvía a aparecer a su lado para consolarla, para quererla.

-Creo que dos años, ya ni me acuerdo ¿por qué? –preguntó Simonetta.

-Vives feliz, estás contenta ¿cómo es posible?

-Lo que mi familia ha pasado desde que ese cabrón del retrato que está colgado en el salón subió al poder no está escrito en los libros–contestó Simonetta-. Ahora como, les mando dinero… que quieres que te diga, a todo se acostumbra una.

-A esto no, a esto no –afirmó Inés

-A todo, una se acostumbra a todo, te lo digo yo que sé lo que me digo. Yo no me acobardo, pienso salir alguna vez de esto, casarme, tener hijos, y olvidarme de todo.

Inés sonrío a Simonetta y se sintió más tranquila, intentando alejar ese temor tan antiguo que siempre vivió con ella mientras permaneció en casa de su abuela, viendo marchar al hombre de turno y esperando con el corazón encogido por el que volvería al día siguiente. Ahora tenía que sufrir esperando de nuevo por el tal Rudolph, ya que este hombre le había prometido que volvería a encontrarse con ella, y tenía plena certeza de que lo haría.

A pesar de su tristeza, de la sensación humillante que la envolvía y que azuzaban otros recuerdos antiguos, tuvo la intuición clara y perceptible de su suerte. Ese hombre, el tal Rudolph, le había recordado a su gordo capitán y también al abate de Santa Úrsula, pero había algo en él que le hizo adivinar que podría dominarlo. Sólo tenía que esperar, ir actuando instintivamente. Algo le decía, quizás erróneamente para engañarse y soportarlo, que la brutalidad que este hombre le demostró en ese primer encuentro, de alguna forma iría cediendo hasta poner en sus manos el poder de una relación que deseaba con desesperación no tuviera que ser prolongada mucho tiempo. Ese alemán debía ser alguien brutal ¡Cómo si no podía

pertenecer a las terribles SS! Alguien fanático que creía en su labor, pero capaz de envolver su fanatismo en el cuerpo de ella, en la necesidad que de ella iría teniendo, y que ella sabría aprovechar.

Al día siguiente se sintió más dueña de la situación: fue perfectamente consciente de que no se había engañado al intuir que alcanzaría poder con el hombre que la poseía con tanta pasión. Percibió su obnubilación mientras alababa su cutis nacarado, sus ojos claros, y se sorprendió al comprobar que el deseo de él se acrecentaba cuando ella tuvo el valor de gritar: ¡Basta ya!

El plan se había iniciado, un plan que no fue pensando, en el cual había involucrado a dos buenos amigos que la esperaban pacientemente en un hotel, porque en este plan ellos no podían intervenir. Sería difícil volver a ir a verlos. No quería que el tal Rudolph la encontrara por ningún lugar que no fuera las paredes de la habitación que compartían. En los sucesivos días, aunque faltara alguno, el soldado llegaba sin previo aviso, como un perro hambriento, y ella aguantaba esperando poder pasar a la siguiente y definitiva fase de su plan.

Tenía que comunicarse con Ignacio y Mercedes y decidió que pediría ayuda a la mujer que en esos momentos aliviaba con su presencia el asco y humillación que sentía: Simonetta.

XXXI

VENECIA: INÉS SE COMUNICA CON SUS AMIGOS A TRAVÉS DE SIMONETTA

Me lo ha entregado una mujer que dice llamarse Simonetta, lo trae de parte de Paola – dijo Mercedes excitada, mostrando la carta a Ignacio.

Estaba desayunando en el comedor cuando alguien de recepción la había avisado; no había despertado a Ignacio porque éste se había quedado escribiendo la noche anterior hasta muy tarde. Desde que Inés se había recluido en esa casa de citas, y de eso hacía más de doce días, ellos apenas salían, habían olvidado lo que era callejear como hicieron nada más llegar a Venecia. A lo sumo se acercaban un rato a la Plaza de San Marcos, y poco más, porque vivían impacientes, esperando que ella apareciera de un momento a otro, tal como hizo a poco de irse a vivir a la casa de la tal Catarina. Ignacio había decidido empezar a escribir una nueva novela, y a ella le había complacido mucho la idea, porque desde que le rechazaron y tacharon salvajemente la que le dejó leer a poco de conocerse, él no había vuelto a coger la pluma, a no ser para escribir en el periódico las tonterías que Padilla le permitía. Así se mantenía ocupado, y no le oía protestar sobre la incomodidad que le suponía vivir a cuerpo de rey pagado por Inés, sin poder hacer nada de utilidad para el plan que ésta quería llevar a cabo.

Ella no pensaba de esa forma, aunque reconociera que Ignacio llevaba algo de razón al sentir así, porque entendía que algo hacían de utilidad, aunque esa utilidad sólo fuera convertirse en el asidero de seguridad a nivel afectivo para Inés, en los amigos que esperaban por ella. Ojalá pudieran intervenir como cuando recuperaron su cuadro de casa de Norberto Castilla, pero la situación en esta ciudad no tenía nada que ver con esa otra que pudieron resolver tan favorablemente. Reconocía que, a pesar de la furia tremenda y las ganas de vomitar que sintió cuando Inés les explicó lo que iba a hacer, ya que siempre había colocado al oficio de la prostitución en el punto más álgido de las situaciones humillantes por las que tenía que atravesar una mujer,

estuvo luego tentada de decirle que le acompañaba a esa casa, y que se quedaría allí si también era aceptada, fantaseando con la idea de que igual ella también podría encandilar a un alemán, parecido al que la devoró con su mirada mientras agarraba el brazo de Ignacio, que le facilitaría la entrada en el recinto y permitiría que ella destruyera con sus propias manos el maldito retrato, pero desechó pronto la idea, por varios y concluyentes motivos: primero, porque no hubiera podido, era imposible que ella hiciera algo así por destruir a un hombre que, aunque peligroso, sería uno más de entre los hombres peligrosos que seguirían poblando el mundo hasta el final de los días, segundo, porque para ella lo importante era haber salvado de las garras de ese maldito monstruo el cuadro de Inés, los demás retratos que guardaban la inmortalidad de seres como Inés no le preocupaban hasta ese extremo, tercero, porque estos pensamientos suyos le parecieron una auténtica imbecilidad, reconociendo que lo único que los guió fue el sueño fantasioso de verse convertida en una especie de Mata Hari de pacotilla; y cuarto, porque cuando le insinuó algo a Ignacio, éste realmente furioso había dicho: ni lo pienses.

El botones que se había acercado a avisarle al comedor, le había dicho que en recepción estaba una señorita que preguntaba por Ignacio Castilla o Mercedes Escobar.

Cuando se acercó a Simonetta diciendo que ella era Mercedes Escobar, ésta le entregó el sobre que Inés le había dado.

-Lo haré, no te preocupes –había contestado Simonetta-, sin preguntar a Inés porque no hacía ella misma el recado.

Se estaba encariñando cada vez más con Paola. Nunca había compartido la habitación con una compañera tan agradable y educada como ella, siempre dispuesta a hacerle un favor o prestarle algo de lo suyo. Además fue la única, de entre las demás chicas, que intentó consolar a Marietta y darle unos consejos que a la criatura le debieron de valer, porque desde que esta chica nueva hablaba tanto con ella, parecía distinta y más conformada con el mísero destino que todas compartían por ser medio analfabetas y pobres de solemnidad.

-Por favor no comentes con nadie que me has hecho este encargo –había pedido Inés.

-Soy una tumba, no te preocupes, –había contestado ella.

Si después de haber hecho la entrega en el lujoso hotel, Simonetta se había sentido intrigada, preguntándose quién sería realmente Paola

para codearse con semejante gente, no lo dijo. Únicamente se le afianzó el convencimiento de que la mujer de cutis nacarado, buena compañera y ya amiga, no pertenecía a la misma clase de las que, como ella, compartían el hogar de Catarina.

La nota que venía dentro del sobre de la tal Paola, nombre del que ya Mercedes había sido advertida por Inés como el elegido cuando se presentó en casa de Catarina, extrañó a Mercedes. Era escueta, sólo decía:

“No os preocupéis, estoy bien. Toda marcha como deseaba, pero no es conveniente que se me vea por la ciudad. Me volveré a comunicar con vosotros. Es un alivio saber que permanecéis a mi lado. Os quiero.

Después de esta nota, antes de que recibieran la última que les avisó que tuvieran todo preparado para salir de Venecia, recibieron dos misivas más, en las cuales Inés volvía a recordarles su necesidad de sentirlos cerca de ella.

Inés prosiguió su relación con el oficial alemán, soportando la vejación de su alma, a pesar de que ésta parecía estar curtiéndose, separándose cada vez más de la envoltura corporal que le permitía adormecer ese desgarro brutal que sintió la primera vez que él la condujo al lujoso cuarto que Catarina cedió, y así pasó un mes, en el cual se dio cuenta de que la voluntad de este hombre empezaba a claudicar y a cedérsela a ella. Con caricias que dejaban al rudo oficial alemán en un estado de completa sumisión le había sonsacado que sólo eran cinco los soldados que vigilaban en Ca´ D´oro. Él era el mando superior de la pequeña cuadrilla, aburrida de perder su tiempo vigilando unas miserables pinturas de retratos de hombres y mujeres que para este soldado no valían nada y que a nadie importaban.

Con maestría, sus manos recorrían el cuerpo desnudo del hombre, erizando su vello corporal, sumergiéndole en un sopor que anulaba todavía más su fuerza, y que era aprovechado por Inés para preguntar cada vez más. Poco a poco, notaba que la fuerza brutal que éste le demostró la primera vez que pagó por ella se estaba tornando en una dependencia absoluta que, como había intuido, le dio el mando absoluto en la relación.

Sin que él se diera cuenta, como si de una mantis religiosa se tratara, tejía alrededor de este oficial alemán una tupida red, mientras sus dotes seductoras se adentraban por unos vericuetos que jamás antes había empleado con nadie, y que ponían al hombre fuera de sí, hasta conseguir esclavizarle, someterlo a sus caprichos que, en vez de hartar

al rudo soldado, conseguían el efecto contrario

Llevaba ya demasiado tiempo recluida en casa de Catarina, de la cual, y gracias a las ganancias que le proporcionaba, recibía un trato especial, trato que ella consiguió extender en alguna medida hacia el resto de sus compañeras, consciente también de tener en sus manos el poder sobre la mujer que vivía a costa de ellas, y que engordaba también gracias a ellas.

Ese poder suyo, que sabía aprovechar tanto con Rudolph como con Catarina, no era un poder que a ella le hiciera olvidar ni por un instante quién era ni a lo que había ido. Jamás nubló su entendimiento ni provocó en ella la sensación de euforia o de placer, sino el aguante para soportar una situación que ya veía a punto de finalizar.

Un día que Rudolph apareció por la casa, cuando ya ella ejercía un pleno control en la relación, y la tomó de la mano, no sin antes hacer entrega a Catarina de la gran suma de liras que Paola valía. Inés, ante la consternación del hombre, se negó.

-No estoy dispuesta a seguir acostándome contigo. Si quieres seguir siendo mi amante tendrás que venir todos los días. No estoy acostumbrada a que se me abandone como tú haces de continuo.

-No puedo venir todos los días ¡qué más quisiera yo! – exclamó de forma suplicante el rudo oficial de las SS.

A Inés no dejaba de sorprenderla lo que había llegado a conseguir de él; esa especie de sumisión no cuadraba con lo que este hombre era, con lo que representaba y mucho menos con lo que sus compañeras le habían contado, y se preguntaba entonces, retornando al espíritu primigenio que vivió en su interior en el entorno que Anselma Sarmiento le proporcionó, antes de que la cultura adquirida lo desbancase, si ello sería porque en ella este hombre veía a su jefe, es decir, al propio Belcebú.

- ¡No eres el oficial de mando! Deja que los otros soldados vigilen esos estúpidos cuadros.

Inés no cedió, impidiendo que el hombre se acercara, incitando su contacto para luego rechazarlo, y Rudolph, que llegó a Venecia pisando fuerte su suelo, con el orgullo del amo que pisa un campo de su propiedad, siguió rogando hasta que ella pareció ceder.

Cuando el hombre creyó que la tenía, Inés se incorporó y dijo: estaré

hoy contigo, si me prometes que mañana volverás.

Rudolph, el hombre que siempre había tenido fe en su superioridad por el hecho de ser alemán, se arrodilló ante Inés e imploró.

-Mañana yo haré guardia. No puedo prometértelo.

-Mañana harás conmigo lo que quieras–dijo Inés, acercándose al hombre, separándose luego, permitiendo que él mirara hipnotizado sus carnes prietas y jóvenes, su cutis nacarado que él acarició como si estuviera sumido en un trance místico.

- ¿Me lo prometes? – preguntó indefenso, como el vencido que reconoce al ganador, pero tendrás que venir conmigo. Arreglaré todo para llevarte allí.

XXXII

VENECIA: INES ACUDE CON EL OFICIAL DE LAS SS. AL PALACIO DONDE SE GUARDAN LOS CUADROS.

Lo hará mañana–gritó Mercedes excitada-, mostrando la nota que Simonetta había entregado en un sobre cerrado.

"Mercedes, Ignacio, mañana vendrá a por mí a las diez de la noche. Iremos directamente allí. Recoged todo y esperadme frente a ese lugar, alquilar una barca sin gondolero. Os quiero, gracias por esperar este interminable mes".

Era cierto, el mes había transcurrido lento, lleno de incertidumbre, pasando miedo por esta mujer a quien nadie podría destruir. La espera sólo les había reportado una ventaja, el hecho de que Ignacio se diera cuenta de que no podía seguir perdiendo el tiempo como hasta ahora lo había perdido, y que era hora de retomar su verdadera vocación sin que le sirviera de excusa los malos tiempos que corrían o el futuro incierto que se cernía sobre la humanidad.

A la mañana siguiente hicieron las pesquisas pertinentes para alquilar una pequeña barca que conducirían hasta Ca´ D´Oro. Antes de las diez de la noche, surcaron las aguas negras del gran canal, escondiéndose antes de avistar el hermoso palacio veneciano.

Rudolph, tal como prometió a Inés llegó a por ella a las diez. Antes de irse con él, Inés dejó en la gran caja que servía de joyero a Simonetta, donde cada noche guardaba la gran cantidad de bisutería que se ponía, un sobre dirigido a ella y otro a Marietta.

Explicó a Catarina que Rudolph quería llevarla a un hotel. La mujer con arrobo le dijo: -No vuelvas tarde, querida, te esperaré despierta, permitiendo que Inés sin ocultarse cogiera una de las botellas del buen vino siciliano que guardaba para su uso personal.

-Beberás el mejor vino siciliano de mi propia boca –había dicho al hombre, sentado a su lado en la barca que los llevó al palacio sobre el gran canal.

Rudolph no la hizo entrar por la puerta principal, sino que abrió otra mucho más pequeña, situada en uno de los extremos de la fachada. Inés observó cada movimiento de éste, y se adelantó a sus intenciones que planeaban guiarla hasta su propia habitación.

-Tengo un capricho–dijo, abrazándose a él. No quiero ir a tu dormitorio, quiero que me lleves a la sala donde están esos cuadros.

-Hay un soldado en esa sala –contestó Rudolph.

-Ordénale que se marche. Di que tu vigilarás esta noche.

- Estaremos incómodos–volvió a decir Rudolph. Mi cama es mejor que la de Catarina.

-Hoy no quiero cama, quiero otra cosa distinta. Sorpréndeme –dijo Inés acercando su boca a la del hombre.

- ¿Cómo quieres que te sorprenda? – preguntó extrañado el hombre.

-Te falta imaginación, qué pena–dijo Inés alejándose de él, pero no te preocupes, yo la tendré por ti. Llévame allí. Di a ese soldado que vaya al piso superior. ¿No te apetece? –preguntó mirando a Rudolph de tal forma que él, como si estuviera hipnotizado, tomó su mano, conduciéndola a una pequeña salita vacía, rogando que le esperase.

A pesar del largo pasillo que separaba esta pequeña estancia de la habitación en donde se guardaban los cuadros, pudo escuchar y entender con su deficiente alemán la orden altanera que obligó al soldado a retirarse al piso superior. No perdió el tiempo, abrió la pequeña bolsita de tela, escondida en su pecho y vertió con precipitación unos polvos blancuzcos en el interior de la botella. Mientras agitaba la botella, de nuevo cerrada, dio las gracias a las enseñanzas de la extraña mujer que curó las comezones del rostro de Elena.

En el dintel de la puerta el hombre miraba hipnotizado la blusa desabrochada que dejaba asomar a través del sostén los turgentes pechos de Inés, y ella, recordando los mordiscos del gordo capitán, se la abrochó con precipitación.

En la sala sin disimular su emoción, desvistiéndose para que el hombre se distrajera en su contemplación, miró cada una de las caras de esos hombres y mujeres allí reunidos, y se reconoció en ellos. Sin escuchar las palabras suplicantes del hombre desnudo ya y tendido en la manta que había colocado en el suelo, observó la cara del que venía

a destruir. De la túnica borrosa, emergía el rostro que ya conocía. La mirada de esos ojos que parecían taladrarla la hicieron tiritar y pensar que era la mirada del mal, del mal absoluto que ella iba a destruir.

Los brazos de Rudolph la rodearon, obligando a la mujer a tumbarse a su lado. Inés comentó que hacia frío, que el vino que había traído les daría calor.

-Bebe de mi boca, te sabrá mejor–había dicho Inés antes de proceder a beber directamente de la botella y acercar sus labios a los del hombre que, con deleite, lo recibió.

Los sonidos acompasados que salían de la garganta del hombre, con la boca entreabierta, le confirmaron que los sueños de él navegaban ya por otras orillas, que no había peligro. Sin vestirse, destrozó con saña el cuadro, notándose ligera, como si el peso del tiempo que siempre le acompañó pareciera ceder, y con tranquilidad se vistió. Cogió el manojo de llaves de un bolsillo del uniforme dispuesta a salir, pero antes de hacerlo se volvió hacia el cuadro destrozado, con la cara vacía de sangre, y lo descolgó. Tanteando, y con el corazón latiéndole fuertemente, consiguió llegar a la puerta que antes había abierto Rudolph.

En el exterior una barca la había visto, y se acercó a ella. Montó y en mitad de la laguna hundió el destrozado cuadro del que ya no tenía poder.

Casi de madrugada, a la hora que ordenó su oficial, llegó el resto de la pequeña cuadrilla que vigilaba el palacio, y encontraron a su superior completamente dormido y al soldado que debía permanecer con él, chillando e intentando reanimarle.

Cuando todo pasó, Rudolph permitió que uno de los soldados colocara en el lugar del desaparecido el nuevo cuadro que acababa de llegar desde Alemania.

El temor de esos soldados ante la consecuencia de la desaparición de una de las pinturas que debían vigilar, los mantuvo por un tiempo sin salir de su guarida, quietos, con miedo. El único que no parecía temer era Rudolph, su oficial, que se pasaba las horas muertas mirando el nuevo cuadro, sin importarle lo que ocurriera a su alrededor, ni hacer caso a la reciente orden que por escrito les llegó de Berlin, la de colocar en su uniforme la señal de luto por la muerte repentina del más fiel amigo del Führer: Max Strussberger.

Con el paso de los años, cuando Ca´ D´Oro se convirtió en la sede del

Museo que albergó en su interior una colección de pinturas de maestros conocidos, el público pudo también contemplar, extrañado y maravillado, una serie de retratos casi sin acabar. Pertenecían a hombres y mujeres que maravillaban por la expresión viva que un pintor o pintores anónimos, con una técnica no demasiado elaborada, pudieron plasmar. De entre ellos, el que más causaba asombro era el de una mujer de cutis nacarado, con una belleza extraordinaria que, curiosamente, se había analizado y sacado la conclusión de que había sido pintado en el siglo actual, a diferencia de los otros que parecía no coincidir entre ellos en cuanto a la datación de la fecha en que fueron terminados, algo que confirmaba la teoría de que no podían pertenecer al mismo pintor, aunque algún humilde profesor o periodista se empecinara en proclamar que eran obras de una misma persona.

De cualquier forma estos estudios de los retratos, hechos por gente sin verdadera cualificación, nunca llegaron a ser de interés para las altas esferas intelectuales ni objeto de curiosidad por parte de los grandes museos, que sólo veían en el popular interés un elemento folclórico que venía bien a este Museo Veneciano en concreto, que alimentaba un pequeño misterio que a nadie de verdad podía interesar, un misterio acrecentado por la foto que el periodista, que tanto le gustaba escribir sobre el enigma de los retratos, había hecho de un anciano, que otoño tras otoño, viajaba desde Alemania a Venecia para mirar obsesivamente el cuadro de la mujer. Lo curioso del caso es que el que parecía un inocente viejete, había sido, según este periodista, nada más y nada menos, que un oficial de las temibles SS. que a viva voz y para regocijo de los curiosos hablaba a la mujer pintada del cuadro, gritando; “Paola, te quiero”

Cuando lo decía delante de un público más o menos numeroso, muchos pensaban que probablemente el pobre viejo veía en este cuadro la figura de su mujer desaparecida, o puede que de su propia hija.

XXXIII

PARIS 1950

Te quiero, Paola, Inés, o como te llames! – había gritado Mercedes, abalanzándose hacia la mujer que ya había dejado de tiritar.

-Vuelvo a ser Inés, Inés Castro –contesto con orgullo la mujer, abrazando a su vez a sus dos amigos.

Todo había terminado, o quizás comenzado para Inés, la misteriosa mujer que vagaba eternamente por un mundo que no era suyo. Inés ya sería libre por completo, libre para decidir su fin, libre para seguir viviendo a través del tiempo, para lo que quisiera. Ese hombre que ella había destruido no podría ya acabar con nadie que fuera como él había sido, y con su muerte habían eliminado a un elemento más que perturbador para el mundo. Quizás con su desaparición el poder de Hitler, de momento tan fuerte, fuera decayendo, y con su poder mermado las cosas cambiaran y la guerra diera un viraje que diera el triunfo a los que no querían que el nazismo fuera la ideología que se adueñara de Europa. Quién sabe, igual todo podría cambiar

Una soleada tarde de abril del año 1950 una atractiva mujer, muy bien vestida, saludaba al amigo de su marido. Este amigo, todavía con la huella de la lucha en la que había participado en su rostro, llevaba la manga de su chaqueta sin brazo introducida en el bolsillo de la misma. Había tristeza en sus ojos y un poso de frustración en las palabras que pronunció nada más abrazar a Ignacio.

-Tenías razón, Ignacio, mi acción sólo sirvió para esto–dijo señalando la manga hueca de su americana-. Luchamos, vencimos, y qué, si quizás dentro de nada o los rusos o los americanos aprietan el botón y "boom", todos muertos.

-No hables así. Tu acción sirvió para mucho. Mira a tu alrededor, la gente no camina ya mirando hacia el suelo. Tu fuiste parte de esa libertad, –contestó Ignacio.

- ¡Libertad! –exclamó con desprecio Paul-, qué libertad. Un mundo

dividido en bloques, dispuestos a devorarse entre ellos y en medio borregos como tú y como yo. Bueno como yo, tú fuiste más inteligente, pensaste que el mundo cambiaría por esas ideas que tan magistralmente expones en tus libros. No lo lograrás, pero al menos no te dejarán tullido como a mí.

-Hay a veces que es necesario pasar a la acción–dijo Ignacio, cruzando su mirada con la de Mercedes-. Gracias a la tuya, yo puedo escribir ahora sobre lo que quiero. ¿Recuerdas nuestra discusión juvenil sobre que fue antes el huevo o la gallina?

-Sí –contestó Paul con una triste sonrisa. ¿Lo averiguaste?

-Claro, son acciones simultáneas, si hay gallina hay huevo y si hay huevo hay gallina, no importa el orden. Las ideas, las nobles ideas, impulsan acciones nobles, y al contrario, las acciones nobles de los hombres provocan a su vez ideas nobles. ¿Entiendes?

-No –dijo Paul, pero no importa ¿Os quedaréis por un tiempo en Paris?

-Por mucho tiempo–contesto Ignacio, pensando "todo el que necesitemos para sacarte de esta postración, amigo".

Paul se levantó al poco rato, quedó con ellos para cenar, y Mercedes e Ignacio siguieron allí, sentados en la terraza al aire libre, disfrutando de las vistas del Sena, de la alegría que parecía trasmitir una gente que hablaba locuaz, sin ocultar su mirada.

Repentinamente Mercedes sintió que era observada, miró a un hombre de aspecto extraño y vio que la estaba pintando. Se levantó precipitadamente, se acercó hasta él e impulsivamente le arrebató lo que parecía ser el inicio de su retrato. Con él en la mano y sin mirarlo, volvió a la mesa donde estaba su marido y se lo mostró.

- ¡Qué desfachatez, había empezado a pintarme sin mi permiso! –exclamó.

- ¿Por qué lo has roto? – preguntó Ignacio mirándola con infinita ternura.

-Por nada –respondió Mercedes.

- ¿No te gustaría que nos pintara a los dos? Siempre juntos los dos, eternamente juntos.

- ¡Qué tonterías dices! – exclamó Mercedes.

Se levantaron y pagaron. Antes de doblar la esquina de la calle que los conduciría hacía su hotel, se pararon en una pequeña librería. Mientras Ignacio examinaba con interés los libros ordenados en el expositor, Mercedes volvió a ver al hombre que había pretendido pintarla. Tuvo un sobresalto que le hizo estremecer. Miró con detenimiento al extraño que también parecía observarla a ella y apretó el brazo de Ignacio.

-Vámonos, sigamos paseando –comentó, tirando de él.

- ¿A quién has creído ver? –preguntó Ignacio.

-A nadie, no ves que no hay nadie–dijo ya en la calle-, comprobando que el extraño parecía haber desaparecido entre la multitud.

Mientras paseaban por el hermoso parque, pensó que desearía tener la suerte de vivir con Ignacio hasta que la muerte los separase, pero no más.

F I N